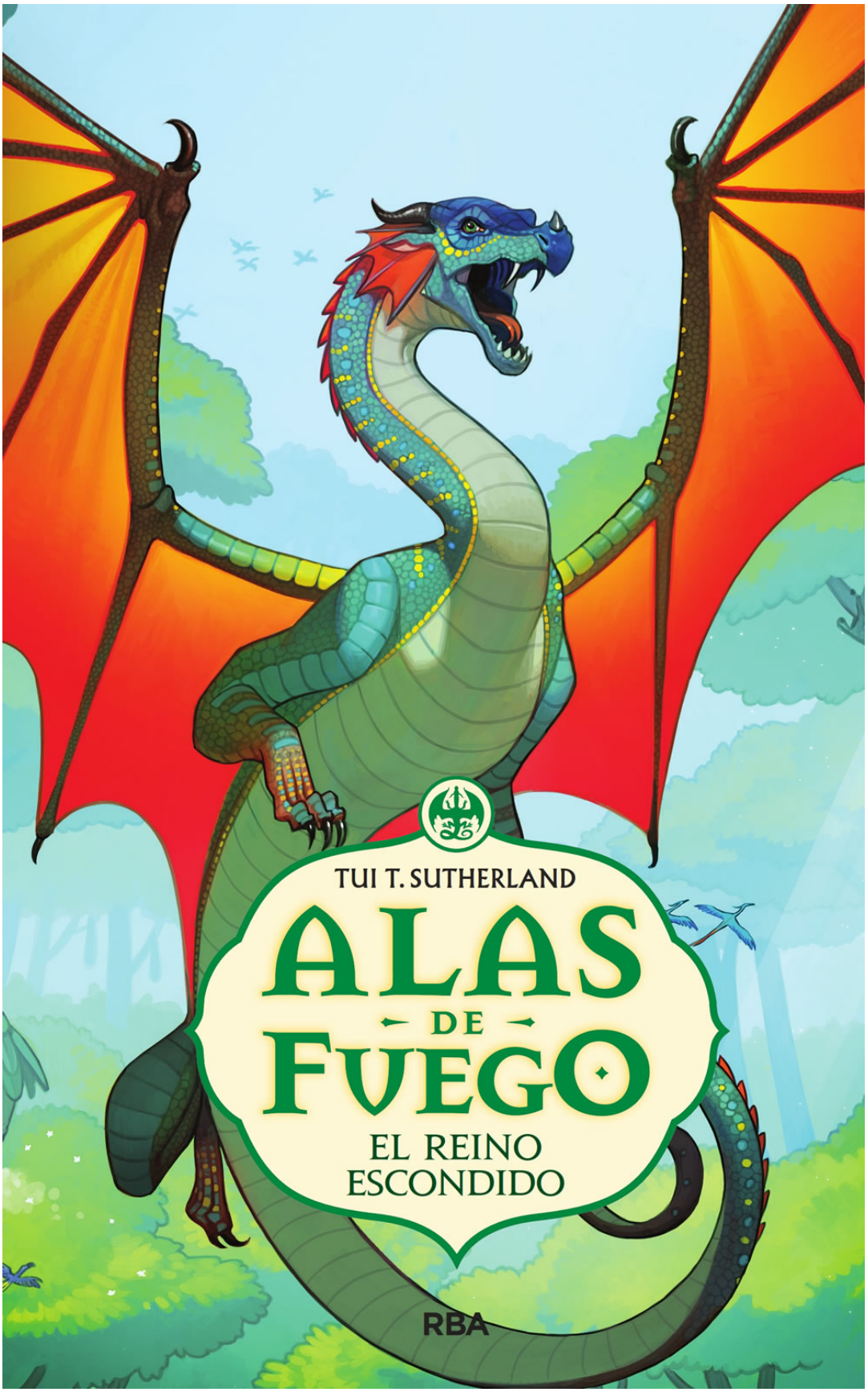
TUI T. SUTHERLAND

ALAS DE FUEGO

EL REINO ESCONDIDO

RBA


TUI T. SUTHERLAND
ALAS DE FUEGO
EL REINO ESCONDIDO
RBA

Título original: *Wings of Fire. The Hidden Kingdom*

© Tui T. Sutherland, 2013.
© de la traducción: Leara Martell, 2017.
© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2017.
Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

REF.: ODBO072
ISBN: 9788427211988

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

Dedicatoria
Mapa
Guía de los alas nocturnas sobre los dragones de Pirria
- Alas Arenosas
- Alas Lodosas
- Alas Celestes
- Alas Marinas
- Alas Heladas
- Alas Lluviosas
- Alas Nocturnas

La profecía de los dragonets
Prólogo
Primera parte. Los monstruos del bosque tropical
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10

Segunda parte. Arena, hielo y humo
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18

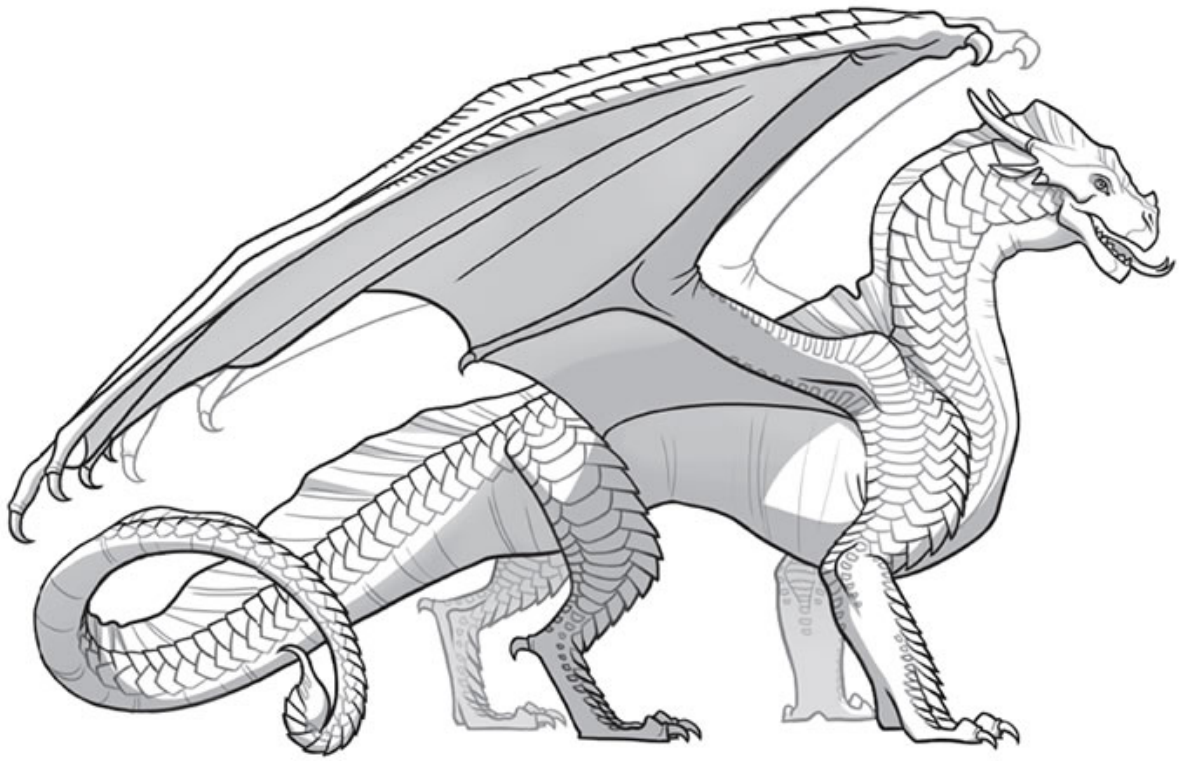
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Tercera parte. Un trono en la copa de los árboles
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
Tui T. Sutherland

PARA ELLIOT, NACIDO EN UN MARAVILLOSO
AÑO DEL DRAGÓN, AL IGUAL QUE ESTOS LIBROS

Palacio de la reina Glaciar
Reino Helado
Reino Celeste
Fortaleza de Brasas
Bajo la Montaña
Reino de Arena
Madriguera del Escorpión
Montaña de Jade

Palacio de la reina Escarlata
Río de Espuma Diamantina
Reino del Mar
Delta de Espuma Diamantina
Reino Lodoso
Madriguera de los Carroñeros
Madriguera de los Carroñeros
Reino del Bosque Tropical
W
E

GUÍA DE LOS ALAS
NOCTURNAS SOBRE LOS
DRAGONES DE
PIRRIA
lta de Espuma



ALAS ARENOSAS

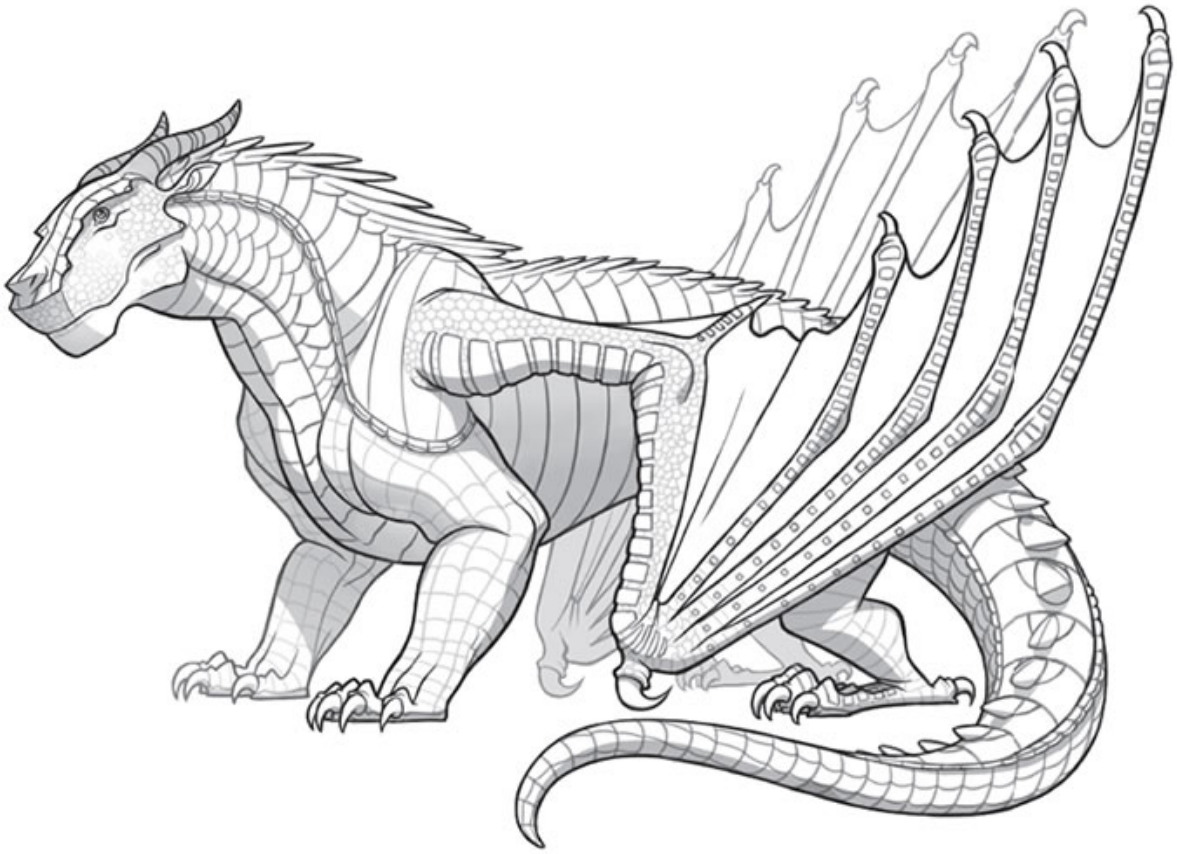
Descripción: escamas dorado claro o blancas, del color de la arena del desierto. Cola con púas venenosas. Lengua bífida negra.

Características: pueden sobrevivir largas temporadas sin agua. Envenenan a sus enemigos con la punta de la cola, como los escorpiones. Se entierran a sí mismos en las arenas del desierto para camuflarse. Respiran fuego.

Reina: desde la muerte de la reina Oasis, la tribu se dividió entre las tres rivales al trono: las hermanas Brasas, Ampolla y Llamas.

Alianzas: Brasas tiene de su parte a los Alas Celestes y a los Alas Lodosas, los aliados de Ampolla son los Alas Marinas y Llamas cuenta con el apoyo

de la mayoría de los Alas Arenosas, además de haber formado una alianza con los Alas Heladas.



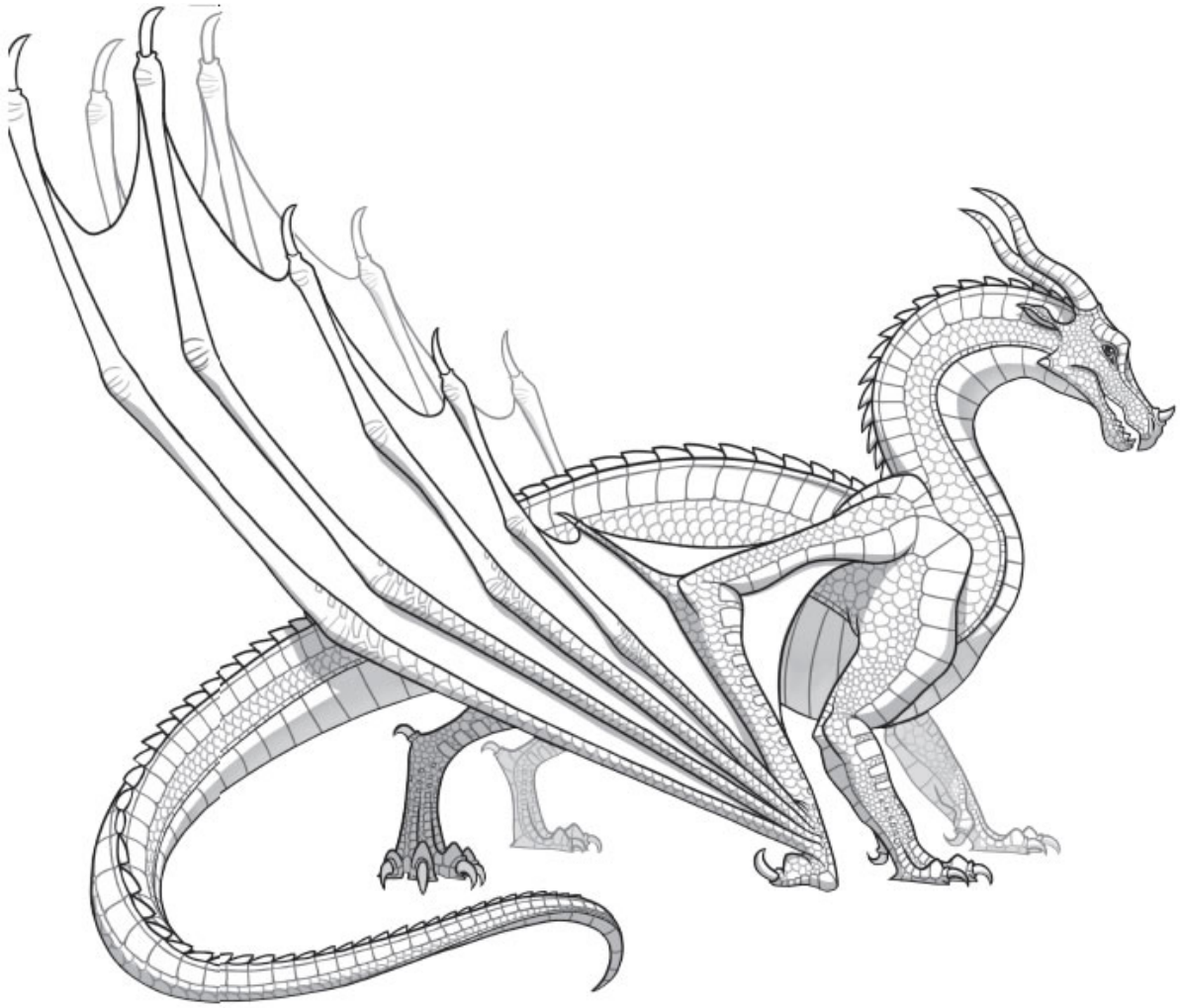
ALAS LODOSAS

Descripción: dragones fuertes con escamas marrones reforzadas con algunos reflejos dorados y ámbar. Grandes, de cabeza chata y con los orificios nasales en la parte superior del hocico.

Características: pueden respirar fuego (si alcanzan una temperatura lo bastante alta). Son capaces de aguantar la respiración casi una hora entera. Habitan en grandes charcos de lodo. Suelen ser muy fuertes.

Reina: la reina Gallareta.

Alianzas: actualmente, aliados de Brasas y los Alas Celestes en la gran guerra.



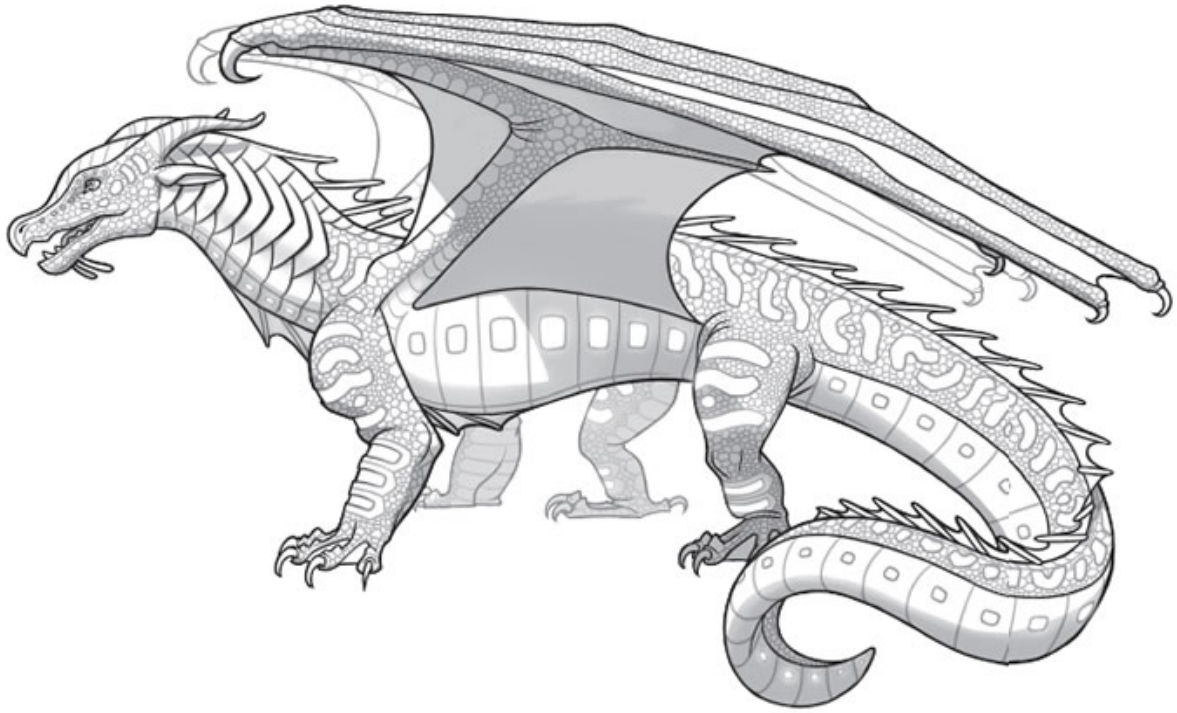
ALAS CELESTES

Descripción: escamas doradas, rojizas o naranjas. Alas enormes.

Características: poderosos luchadores y expertos voladores. Pueden respirar fuego.

Reina: la reina Escarlata.

Alianzas: actualmente, aliados de Brasas y los Alas Lodosas en la gran guerra.



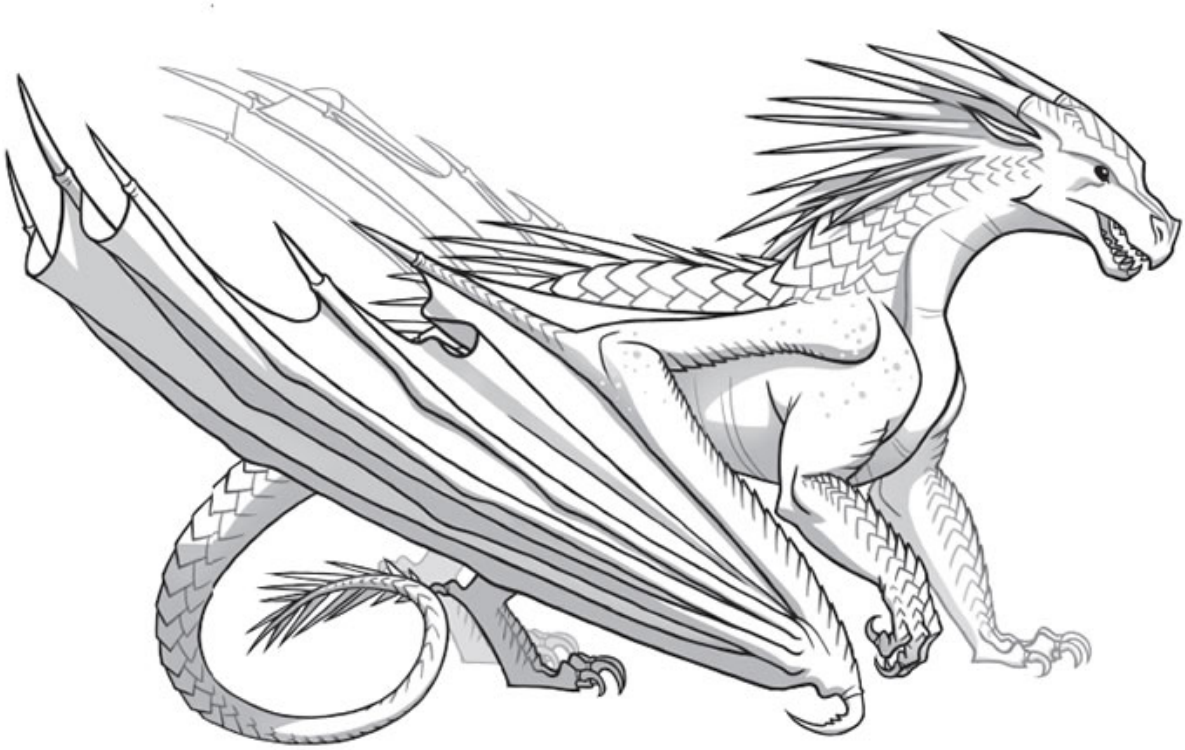
ALAS MARINAS

Descripción: escamas azules, verdes o aguamarina. Membranas entre las garras. Agallas en el cuello. Rayas en la cola/hocico/ estómago que brillan en la oscuridad.

Características: pueden respirar bajo el agua, ver en la oscuridad, crear olas enormes con un solo golpe de su poderosa cola y son excelentes nadadores.

Reina: la reina Coral.

Alianzas: actualmente, aliados de Ampolla en la gran guerra.



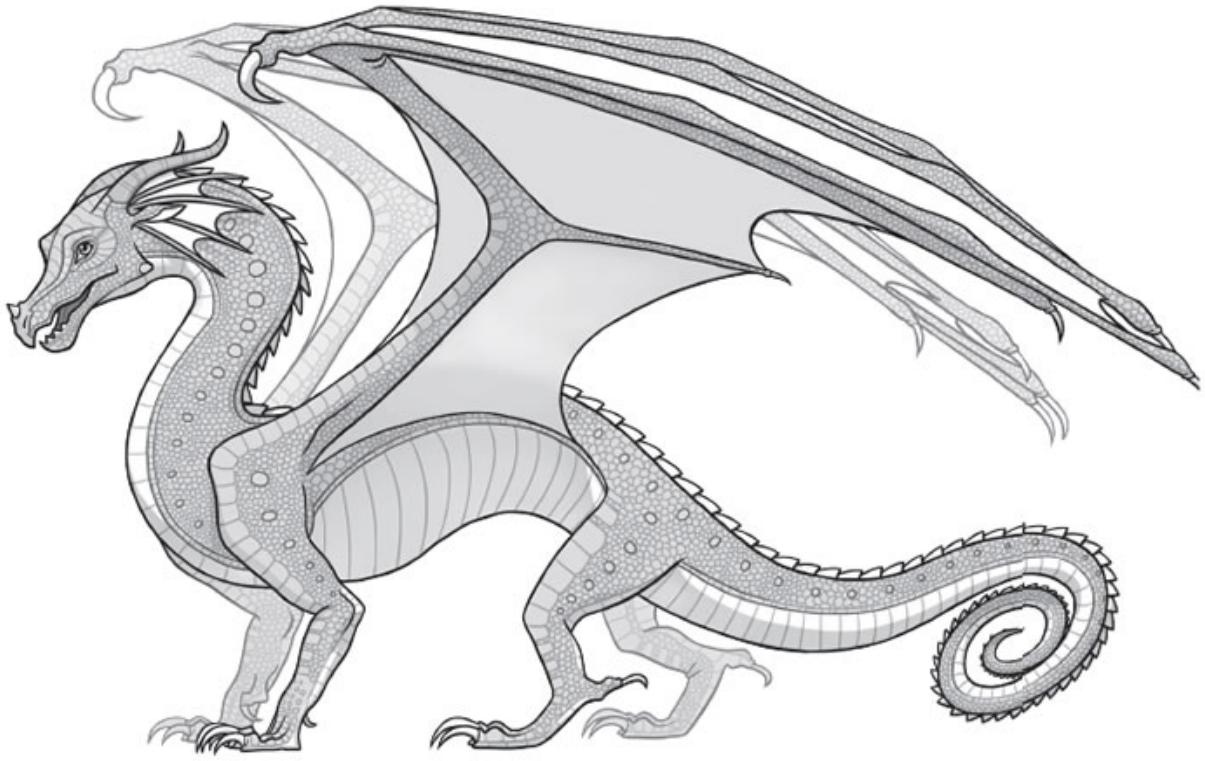
ALAS HELADAS

Descripción: escamas plateadas del color de la luna o azul claro como el hielo. Garras rugosas para sujetarse a las superficies heladas. Lengua bífida azul. Cola estrecha acabada en forma de látigo.

Características: pueden soportar temperaturas bajo cero y la luz brillante. Exhalan un mortífero aliento helado.

Reina: la reina Glaciar.

Alianzas: actualmente aliados de Llamas y la mayoría de los Alas Arenosas en la gran guerra.



ALAS LLUVIOSAS

Descripción: sus escamas cambian constantemente de color. Suelen brillar como las aves del paraíso. Cola prensil.

Características: pueden camuflarse adaptando el color de sus escamas a aquello que los rodea. Usan la cola prensil para escalar. No se les conoce ningún arma natural.

Reina: la reina Destello.

Alianzas: no participan en la gran guerra.

ALAS NOCTURNAS

Descripción: escamas negras violáceas y, bajo las alas, algunas escamas plateadas diseminadas, como un cielo nocturno salpicado de estrellas. Lengua bífida negra.

Características: pueden respirar fuego. Desaparecen en las sombras oscuras. Leen la mente. Ven el futuro.

Reina:es un secreto celosamente guardado.

Alianzas: demasiado misteriosos y poderosos como para formar parte de la gran guerra.

LA PROFECÍA DE LOS DRAGONETS

Cuando la guerra veinte años haya durado... los dragonets se alzarán.
Cuando la tierra se empape de sangre y lágrimas... los dragonets se alzarán.

Encuentra el huevo Ala Marina azul oscuroy las alas de la noche vendrán a tu encuentro. El huevo más grande de la más alta montaña traerá consigo las alas del cielo.
Para unas alas de tierra, buscad en el lodo un huevo del color de la sangre de dragón.
Y escondido de los ojos de las rivales reinas, el huevo de Alas Arenosas aguarda a la espera.

De las tres reinas que hieren y queman y arden, dos morirán y la otra aprenderá el juego:
si se inclina ante un destino poderoso e inabarcable, conseguirá el poder de las alas de fuego.

Cinco huevos que se abrirán en la noche más brillante, cinco dragones destinados a terminar la lucha.
La oscuridad se alzará para traer la luz. Los dragonets se acercan...

PRÓLOGO

Los cinco dragonets estaban peleándose. Otra vez.

Las escamas verdes, rojas y doradas brillaban bajo la luz del sol del amanecer, mientras los jóvenes dragones corrían a toda velocidad entre las rocas, lanzando destellos a su alrededor con sus garras y dientes. Cinco lenguas bífidas sisearon furiosas. A lo lejos, al pie del acantilado, el mar chocaba contra la arena con un sonido rápido y amortiguado, como si no quisiera competir con los gritos de los dragones.

Era vergonzoso. Eso es lo que era. Nautilo alzó la cabeza y miró, incómodo, al enorme dragón negro que estaba tras él. Los dragonets estaban tan ocupados gritándose los unos a los otros que aún no se habían percatado de su presencia. El Ala Marina deseó poder leerle la mente a Oráculo de la misma forma que, sin duda, él estaba leyendo la suya.

También deseó que hubiera más Garras de la Paz a su alrededor, pero cuando se corrió la voz de que el Ala Nocturna iba a hacerles una visita, la mayoría de ellos había encontrado alguna misión urgente de la que ocuparse en otro lado. Aquella mañana, la guarida del movimiento por la paz de los Garras, situada en los acantilados al lado de la costa, estaba prácticamente desierta. De vez en cuando, algún dragón asomaba el hocico desde una de las cuevas, miraba a Oráculo y, al instante, volvía a desaparecer.

Los cinco dragonets eran los únicos que se encontraban en la cima del acantilado. Había más dragones jóvenes viviendo con los Garras de la Paz, pero no se veía a ninguno de ellos por ningún lado.

Aunque, por lo visto, nadie parecía dispuesto a avisar a los dragonets de la llegada de Oráculo ni de que iban a ser inspeccionados.

—Bueno —comentó el Ala Nocturna—. Tienen mucha... energía.

—Solo son un plan de refuerzo —le dijo Nautilo a la defensiva—. Nadie pensó que al final los fuéramos a necesitar. Al menos, no a todos. Creímos que quizás a uno o a dos, si algo les pasaba a los originales. No los hemos entrenado demasiado.

—Ya lo veo.

Oráculo entrecerró los ojos cuando vio a Víbora, la Ala Arenosa, tropezar con una grieta y al Ala Lodosa trastabillar tras ella y caerle encima.

Con un siseo, Víbora se dio la vuelta rápidamente y le mordió la cola a Ocre, que dejó escapar un aullido quejumbroso.

—Discúlpame —soltó Nautilo.

El Ala Marina sabía cómo acabaría todo aquello. Se acercó a los dragonets, agarró a Víbora de las orejas y quitó a Calamar, el pequeño Ala Marina verde, de en medio antes de que cualquiera de los otros pudiera prenderle fuego a su cola.

—¡Parad! —siseó Nautilo—. ¡Os están observando!

Fulgor, el dragonet Ala Celeste rojo, cerró la boca y miró a su alrededor, inspeccionando las retorcidas rocas del acantilado. Oráculo dio un paso al frente, dejándose ver bajo la luz del amanecer e inclinando majestuosamente el hocico hacia ellos.

—¡Lo sabía! —cacareó Profecía, la pequeña dragonet Ala Nocturna. Se bajó de un pilar de piedra y batió las alas, orgullosa—. ¡Sabía que un Ala Nocturna iba a venir a vernos! ¿No os dije que esto pasaría, chicos?

—¿Ah, sí? —preguntó Ocre, rascándose su enorme cabeza marrón.

—No —contestó Víbora.

—Yo creo que no —añadió Calamar, que aún seguía escondido tras la espalda de Nautilo.

—Aunque lo hubieras hecho, también predijiste un terremoto, un nuevo

Garra de la Paz y algo para desayunar esta semana que no fueran gaviotas —le dijo Fulgor—. Y ya que nada de eso ha ocurrido, puedes deducir por qué hemos dejado de escucharte.

—Bueno, lo sabía —dijo Profecía alegremente—. ¡Lo vi con mis poderes! Y también preveo que nos ha traído algo maravilloso para desayunar. ¿A que sí? —le preguntó a Oráculo.

El Ala Nocturna parpadeó lentamente.

—Esto... Nautilo... ¿Podemos hablar, por favor?

—¿Puedo ir yo también? —preguntó la dragonet negra, acercándose más a Oráculo—. Nunca había conocido a otro Ala Nocturna. Aunque, claro, siento una conexión psíquica brutal con toda nuestra tribu.

—Tú quédate aquí —le contestó Oráculo, poniéndole una garra en el pecho y empujándola de nuevo hacia los otros dragonets.

La Ala Nocturna se sentó y se enroscó la cola alrededor de las patas con un bufido de indignación.

Oráculo se alejó entre las rocas, hasta donde nadie pudiera oírlo. Cuando se giró, se topó con Nautilo justo detrás de él. Para disgusto de Oráculo, Nautilo tenía al pequeño Ala Marina, Calamar, agarrado a la cola. El Ala Nocturna le lanzó al dragonet una mirada de desaprobación.

—No puedo dejarlo solo con ellos —le explicó Nautilo—. Cuando no los estoy vigilando, uno de ellos lo muerde.

—O todos —bufó el pequeño dragón verde.

Oráculo deslizó la lengua dentro y fuera de la boca, pensativo.

—Lo que está claro —dijo el enorme Ala Nocturna tras un momento de silencio— es que haber dejado a los dragonets de la profecía al cuidado de los Garras de la Paz ha sido un error. Tanto a los verdaderos como a los falsos.

—¿A quién? —preguntó el dragonet.

—Silencio —le ordenó Nautilo, tapándole el hocico al dragonet con una garra. Miró a Oráculo a la cara y añadió con rapidez—. Acuérdate, Calamar. Ya os hemos hablado de la profecía. ¿Te acuerdas de la guerra en la que están involucradas todas las tribus?

—¡Esa que queréis parar! —dijo Calamar—. ¡Porque somos los buenos! ¡Queremos la paz!

—Correcto —le dijo Nautilo—. Casi correcto. La profecía dice que los cinco dragonets eclosionaron hace más o menos seis años. Un Ala Marina, un Ala Celeste, un Ala Lodosa, un Ala Arenosa y un Ala Nocturna serán los encargados de terminar esta guerra. Ellos serán los que elijan qué hermana debe reinar: Brasas, Ampolla o Llamas.

—Vaya —soltó Calamar—. Oye... ¡yo eclosioné hace más o menos seis años!

—¿En serio? —le preguntó Oráculo—. Apenas tienes el tamaño de un dragonet de tres.

—Pero tengo una gran personalidad —le informó Calamar, como si se lo hubieran repetido tantas veces a lo largo de su vida que estuviera seguro de que todo el mundo lo sabía.

—Y tus amigos también tienen unos seis años —añadió Nautilo con rapidez.

—Ellos no son mis amigos —murmuró Calamar—. Son todos unos abusones. Excepto Profecía, que simplemente está loca.

Oráculo miró de nuevo a Profecía, la dragonet Ala Nocturna: estaba sentada encima de una columna retorcida de roca, tan inclinada hacia ellos que corría el riesgo de perder el equilibrio y caerse al suelo.

—Bueno, Calamar —le dijo Nautilo—. ¿Y si te dijera que eres uno de los dragonets de la profecía? ¿Qué pensarías de eso?

El dragonet le dedicó a Oráculo una mirada astuta.

—¿Tendría un tesoro?

—Tendrías fama y poder —le contestó el Ala Nocturna—. Si haces todo lo que te digamos, lo tendrás.

—Pero... ¿y el tesoro? —insistió Calamar.

Oráculo miró a Nautilo con incredulidad.

—¿Está negociando conmigo este dragonet?

—Me gustan los tesoros —le explicó Calamar—. Los Garras de la Paz son tan sosos porque ninguno de ellos tiene un tesoro.

—Renunciamos a las cosas materiales para luchar por algo más importante —le dijo Nautilo—. La paz es mucho más importante que cualquier joya o que el oro.

—¡Oye! —exclamó Calamar—. También quiero un poco de oro.

—¿Estarías dispuesto a elegir a la reina Ala Arenosa que nosotros te digamos que elijas? —le preguntó Oráculo—. Si es así, quizá podamos hablar sobre el oro.

—Está bien —le dijo Calamar con un brillo extraño en los ojos—. Pero no quiero que Fulgor forme parte de esto. Él se tiene que quedar aquí.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa a vuestro Ala Celeste? —le preguntó Oráculo a Nautilo.

—Nada —le contestó el Ala Marina—. Pero es que hoy se han peleado.

—¡Nos peleamos todos los días! —exclamó Calamar—. ¡Porque es malvado!

—El Ala Celeste es innegociable —le dijo Oráculo.

—Tú eres el *noneciable* —le contestó Calamar.

—Calamar, ten un poco más de educación —lo amonestó Nautilo, cansado.

—Preveo que voy a arrepentirme de esto —soltó Oráculo, frunciendo el ceño hacia los dos Alas Marinas—, pero a partir de ahora yo me encargaré

del entrenamiento de los dragonets de la profecía. Se les ha consentido demasiado durante mucho tiempo. Es obvio que necesitan un guía mejor.

—¿Qué significa eso? —le preguntó Nautilo.

Un miedo visceral empezó a recorrerle las escamas.

El Ala Marina miró a Calamar. Quizá deberían haber elegido a otro Ala Marina para que fuera el dragonet falso de la profecía. «Si Oráculo le hace daño a Calamar... si le ocurre algo... su madre me mata», pensó Nautilo.

—Significa que se vienen conmigo —sentenció Oráculo, con un latigazo de su cola.

—¿Adónde? —preguntó Calamar.

—Lo sabrás cuando lleguemos —le contestó el Ala Nocturna—. Y si sabes lo que te conviene, dejarás de preguntarme tonterías y harás lo que te digo.

—Eso puedo hacerlo —respondió Calamar—. Que tengas suerte con Fulgor y Víbora —dijo, tras lo cual se quedó pensativo un momento—. Y, ya que estamos, con Profecía también.

—No. Espera —dijo Nautilo, mientras intentaba llenar sus pensamientos de ruido para que el Ala Nocturna no pudiera leerle la mente—. No puedes llevártelos. Excepto Profecía, que la trajiste tú, los padres de todos estos dragonets forman parte de los Garras, así es como conseguimos sus huevos. Ellos no querrán que te los lleves.

—Excepto Ocre —aportó Calamar—. A su madre no le importará. Es una Ala Lodosa.

—Callaos —espetó Oráculo.

El Ala Nocturna estudió a Nautilo entrecerrando sus ojos negros.

«No pienses. No pienses. No pienses», se repetía el Ala Marina a sí mismo.

—¡Por las tres lunas! —dijo Oráculo con disgusto—. Este dragonet es tu

hijo.

Nautilo bajó la mirada y la fijó en sus garras. Le había parecido una buena idea cuando los Garras de la Paz decidieron tener dragonets de repuesto. Calamar eclosionó más o menos durante la fecha indicada, si no exactamente en la noche más brillante. Y eso significaba que todos los miembros del movimiento trataban al dragonet como la preciosa criatura que Nautilo sabía que era.

—Claro que lo soy —dijo Calamar—. ¿No es una divertida coincidencia? ¡Caray! Soy el hijo del líder de los Garras de la Paz y uno de los dragonets del destino —dijo, hinchando el pecho—. Soy incluso más importante de lo que pensaba.

Dicho esto, volvió pavoneándose hasta donde estaban los otros dragonets, olvidando, como solía hacer, que a ninguno le gustaba escuchar lo importante que era y que no tardaría demasiado en acabar con el hocico chamuscado.

Nautilo lo vio marchar, preguntándose cómo se había podido estropear todo tanto. ¿Por qué habían accedido los Garras a trabajar con Oráculo? ¿Por qué habían decidido involucrarse con la profecía? ¿Y cómo era posible que hubieran perdido a los dragonets auténticos? Aquella última pregunta era la que de verdad lo estaba volviendo loco.

Rapaz, Desierto y Membranas deberían haber podido manejar a cinco dragonets, especialmente cuando se suponía que estaban atrapados en una cueva secreta. En vez de eso, los cinco dragonets habían escapado y era muy probable que después hubieran matado a la reina Escarlata de los Alas Celestes, sumiendo al Reino Celeste en una revuelta política. Además, habían hecho que la reina Coral les diera la espalda a sus aliados, habían destrozado el palacio de los Alas Marinas y habían desaparecido, una vez más, entre los bosques salvajes de Pirria.

Peor aún, ya no quedaba nadie a quien poder castigar. Rapaz y Desierto estaban muertos, y Membranas había conseguido escabullirse de los Garras y había desaparecido. Y quién sabía dónde estaban los dragonets o cuándo volverían a aparecer con su espectacular talento para los problemas y el caos.

—Una coincidencia muy oportuna —dijo Oráculo, repitiendo las palabras de Calamar. No parecía muy impresionado.

—Bueno —dijo Nautilo—. Pensé... ¿por qué no? Claro que ninguno de estos cinco dragonets eclosionaron en la noche más brillante, si no serían los verdaderos dragonets de la profecía, ¿verdad? Pero tienen la misma edad y nadie más tiene que saber el resto.

—Excepto aquellos que estuvieron presentes durante sus nacimientos —reflexionó Oráculo—. Sería todo más limpio si pudiéramos matar a todos los testigos.

Nautilo palideció. «¿Los padres contaban como testigos?», se preguntó antes de poder reprimir el pensamiento.

—Nos encargaremos de ello cuando llegue el momento —soltó Oráculo bruscamente—. De momento, no sabemos a cuáles de estos dragonets usaremos ni a cuáles desecharemos.

Oráculo le lanzó una mirada a Profecía, que en aquellos momentos no paraba de interrogar a Calamar.

Nautilo sintió que estaba a punto de desmayarse.

—¿Desechar? —repitió.

El Ala Nocturna bufó.

—Muy bien. Intentaré devolverte al tuyo de una pieza —dijo Oráculo arrugando el hocico, con la expresión más próxima a la alegría que Nautilo le había visto jamás—. Pero ¿acaso la paz no es lo más importante, Ala

Marina? ¿No les dices todo el tiempo a tus Garras que estén dispuestos a hacer cualquier sacrificio para acabar con esta guerra? —Sí, pero...

—Fue idea tuya lo de tener unos dragonets de repuesto. Una buena idea, como se ha demostrado, ya que los de verdad han resultado ser insatisfactorios —siseó Oráculo con suavidad—. Así que nos desharemos de los más peligrosos y yo mismo entrenaré a sus repuestos.

El Ala Nocturna sonrió de una forma tan terrorífica que Nautilo sintió náuseas.

—Y entonces nos ocuparemos de que la profecía se cumpla de la forma que debería cumplirse.

PRIMERA
PARTE
LOS MONSTRUOS
DEL BOSQUE
TROPICAL

CAPÍTULO 1

Llevaba cinco días lloviendo.

Ya era oficial: Gloria odiaba la lluvia.

Tampoco le gustaban demasiado los comentarios de los otros dragonets cuando decían que, «siendo una Ala Lluviosa», debería adorar aquel tiempo.

Estaba claro que no le gustaba en absoluto. En las cuevas, bajo la montaña, los dragonets nunca, jamás, habían tenido que sufrir la lluvia sobre sus escamas. Aquella llovizna no parecía natural. Era imparable y horrible, y ella se sentía desagradablemente mojada.

«No me importa si a los Alas Lluviosas de verdad les gusta esto», pensó, mientras las gotas le resbalaban por el hocico, se le colaban entre las escamas y le mojaban las alas hasta volverlas demasiado pesadas. «Si les gusta, entonces les pasa algo raro en la cabeza. A ningún dragón sensato le gustaría un clima que le hiciera tan difícil volar».

«Por las tres lunas, por favor, que sean dragones sensatos. Que no se parezcan en nada a las historias que cuentan de ellos».

Todo el mundo decía que los Alas Lluviosas eran unos inútiles y unos vagos. Pero la tribu vivía sola en el bosque tropical, donde nadie los veía nunca. Así que todo el mundo podía estar equivocado. La dragonet deseaba con todas sus fuerzas que lo estuvieran.

Sacudió el cuerpo y miró hacia el cielo cubierto de niebla. Lo que de

verdad quería era más sol. Había echado de menos el sol toda su vida, y no lo había sabido hasta que sus rayos le habían bañado las escamas cuando huyeron de las cuevas. Le encantaban los días soleados.

Pero en vez de sol, lo que tenía era aquello. Lluvia. Lodo. Más lluvia. Y más lodo.

Y, para más inri, un lento y quejumbroso Ala Marina herido que no paraba de gemir de dolor.

—¿Podemos parar un momento? —jadeó Membranas—. Necesito descansar.

El guardián trastabilló por el lodo hasta un punto ligeramente seco debajo de un árbol.

Gloria lo miró fijamente mientras el dragón azul verdoso se desplomaba sobre el suelo. Los otros dragonets también se detuvieron e intercambiaron unas miradas. Aquel día iban caminando en vez de volando porque Membranas les había dicho que le resultaba mucho más fácil andar a causa de su herida. Y aun así, pedía que pararan casi cada diez pasos. Gloria empezaba a sospechar que no quería que llegaran al bosque tropical.

«Pero ¿por qué? —se preguntó—. ¿Nos oculta algo? ¿Tiene algo que ver con mis padres?».

Al ser el guardián que se había encargado de robar su huevo de la tribu de los Alas Lluviosas, Membranas debería haber sido una útil fuente de conocimiento acerca del lugar del que ella provenía. En vez de eso, el Ala Marina se volvía muy olvidadizo y no paraba de farfullar cada vez que le preguntaban sobre los dragones del bosque tropical.

Cieno se acercó lentamente a Membranas y le echó un vistazo a su herida. Le habían estado aplicando algas mojadas en agua de mar siempre que habían podido, pero ahora estaban demasiado tierra adentro y ya no era posible. El arañazo envenenado que Membranas tenía cerca de la cola se

había convertido en un feo tajo rodeado por escamas ennegrecidas. Ninguno de ellos sabía cómo podían combatir el veneno de un Ala Arenosa.

«Sin mencionar que tampoco tenemos ni idea de por qué Ampolla quería tan desesperadamente que muriera. Es decir, yo sé que Membranas es lo peor, pero ella ni siquiera lo conoce». Gloria miró a Nocturno, el Ala Nocturna negro, y el dragonet más inteligente que ella conocía... Seguramente seguiría siendo el más inteligente aunque conociera a más de cuatro dragones. Se preguntó si él tendría alguna teoría sobre Ampolla y Membranas.

Cieno deslizó la cola sobre el lodo. Parecía preocupado.

—Espero que los Alas Lluviosas puedan ayudarlo —dijo—. Aunque no se trate de su veneno, puede que tengan más idea que nosotros sobre lo que hay que hacer.

Gloria se sacudió las alas y miró a lo lejos. A ella no le importaba mucho lo que le ocurriera, aunque los otros dragonets sintieran una especie de errónea lealtad que los impulsaba a creer que tenían la responsabilidad de salvarlo.

La Ala Lluviosa parecía ser la única que recordaba que había estado dispuesto a hacerse a un lado y dejar que otro dragón la asesinara.

Además, también había sido idea suya robar su huevo. La profecía hablaba claramente de un Ala Celeste, pero cuando los Garras de la Paz perdieron el huevo Celeste antes de que eclosionara, Membranas decidió reemplazarlo por uno de Ala Lluviosa. Era culpa suya que Gloria hubiera tenido que crecer bajo la montaña, lejos de su hogar y de su familia, a la sombra de una profecía en la que ni siquiera había un hueco para ella.

Para los otros era más fácil. No había ninguna duda sobre sus destinos. Pero para Gloria... Si estaba destinada a ayudarlos a salvar el mundo, entonces ¿por qué la profecía no mencionaba a una Ala Lluviosa? Y, si no

la necesitaban para ese importante y gran destino, entonces ¿qué sentido tenía su vida?

Quizá todo había sido un error enorme, pero cuando se paraba a pensarlo, acababa teniendo sueños violentos en los que abría en canal a Membranas. Así que lo mejor era no pensarlo. El destino tendría que abrirse paso él mismo.

Ahora mismo, Gloria iba de camino a casa.

De pronto, la rama que colgaba sobre la Ala Lluviosa se hundió y dejó caer un pequeño lago de agua sobre su cabeza. Gloria retrocedió con un siseo y alzó la vista hacia los árboles.

—Shhhh —la silenció Tsunami por encima de ella. La Ala Marina saltó al suelo y miró alrededor de la sombría ciénaga—. Hay un par de Alas Lodosas dirigiéndose hacia aquí, pero nunca nos verán con este tiempo.

Retazos de una niebla espesa y gris cubrían el suelo lleno de lodo, rodeando los raquíticos árboles como el humo alrededor de los cuernos de un dragón. Era difícil adivinar qué hora era. Miraran donde miraran, el cielo era gris y la lluvia caía sin parar. Gloria estaba de acuerdo con Tsunami. Un dragón apenas distinguiría sus propias alas con aquel tiempo, y mucho menos a otro dragón.

—Aun así deberíamos permanecer ocultos —dijo Nocturno, ansioso—. Solo estamos a un día de vuelo del palacio de la reina Gallareta. Si nos cogen...

—Volverán a encerrarnos —suspiró Cieno.

Todas las reinas que habían conocido hasta el momento parecían decididas a mantener a los dragonets atrapados bajo sus garras. Habían conseguido escapar de la prisión de la reina Escarlata en el Reino Celeste solo gracias al veneno de Gloria... un arma secreta que ni siquiera ella misma conocía, hasta que la había necesitado.

Se tocó los colmillos con su lengua bífida y miró fijamente al cielo. Aún no sabían si la reina Escarlata había sobrevivido al ataque de Gloria. Dada su suerte, la Ala Lluviosa estaba segura de que la reina Celeste estaba viva y planeando algún tipo de horrible venganza.

Después de escapar, habían ido a buscar a la madre de Tsunami, la reina Coral de los Alas Marinas, creyendo que ella los mantendría a salvo. Y, por supuesto, Coral también había decidido encerrarlos. A Gloria aquello no la había sorprendido lo más mínimo. Cuando se trataba de la profecía, uno no podía confiar ni siquiera en su familia. Todo el mundo tenía sus propios planes sobre cómo había que poner fin a aquella guerra.

Así que, si la reina Gallareta de los Alas Lodosas los encontraba en su territorio, seguramente no los invitaría a tomar té antes de dejarles que siguieran su camino.

La reina Ala Lodosa tenía su corte junto a un gran lago en el extremo sur del Reino Lodoso. Un escalofrío de inquietud le recorrió el cuerpo a Gloria cuando recordó el mapa de Pirria. Si Nocturno tenía razón y solo estaban a un día de vuelo de su palacio, entonces solo debían de estar también a un día de vuelo del bosque tropical. Del bosque tropical... y de la tribu de Gloria.

«Y entonces podré pertenecer a algún sitio. A los Alas Lluviosas no les importará que yo no forme parte de la profecía».

—Gloria —la amonestó Tsunami—. Con tus escamas amarillo brillante sí que nos verán. Vuelve a camuflarte.

La dragonet bajó la mirada y vio la explosión de color dorado que ahora le recorría las escamas. Por lo que sabía, ese color significaba felicidad o emoción, ya que había aparecido muy raramente a lo largo de su vida. La volvía loca que las escamas le cambiaran de color sin ella ordenárselo. Y

solían hacerlo demasiado a menudo. La dragonet tenía que reprimir cualquier emoción importante antes de que se reflejara en su cuerpo.

Se concentró en el burbujeo continuo de la ciénaga que los rodeaba, mirando fijamente el barro espeso que le salía de entre las garras. Se imaginó la niebla que le acariciaba las alas, se le colaba por los huecos de las escamas y se iba extendiendo como las nubes grises que cruzaban el cielo.

—Y... se fue —dijo Tsunami.

—Sigue aquí —soltó Sol, acercándose a Gloria y chocando con una de sus alas—. ¿Lo ves? Está aquí mismo.

Alzó una garra, pero Gloria fue más rápida y se colocó fuera de su alcance. Sol azuzó el aire un momento y, enseguida, se rindió.

La pequeña Ala Arenosa había estado extrañamente callada los últimos días. Gloria dedujo que Sol también odiaba la lluvia... Los dragones del desierto estaban diseñados para el tórrido calor, el sol abrasador y los días infinitos de cielos despejados. Incluso una dragona con un aspecto tan extraño como Sol debía de seguir conservando los instintos de su tribu.

En realidad, Cieno era el único que parecía feliz con aquel tiempo. Solo un Ala Lodosa podía apreciar el chapoteo y las salpicaduras bajo sus garras mientras atravesaban las ciénagas.

De repente, Nocturno giró abruptamente la cabeza.

—Creo que alguien se acerca, lo huelo —susurró, temblando desde los cuernos hasta las garras.

—No te dejes llevar por el pánico —le susurró Tsunami a su vez—. Cieno, escóndenos a Sol y a mí. Nocturno, encuentra una sombra y haz tu cosa esa de Ala Nocturna invisible y petrificado. Gloria, tú puedes servirle de escudo a Membranas.

—No, gracias —contestó la Ala Lluviosa inmediatamente. No pensaba

acercarse de ninguna de las maneras a Membranas y mucho menos para salvarle la vida—. Yo esconderé a Sol.

A Gloria no le gustaba tocar a otros dragones, pero Sol era mucho mejor que Membranas.

—Pero... —empezó a decir Tsunami dando un pisotón con la garra.

Gloria la ignoró, alzó un ala y abrazó a la pequeña dragona dorada acercándola a ella. Cuando volvió a bajar el ala, Sol había desaparecido bajo el camuflaje marrón grisáceo de Gloria.

—Caray —exclamó Cieno—. Eso ha sido muy raro. Como si la niebla se hubiera tragado a Sol.

El estómago de Cieno rugió tristemente cuando pronunció la palabra «tragado». El Ala Lodosa arrastró los pies, avergonzado.

—Sol estará bien —le dijo Gloria—. Ve a seguir órdenes como un buen dragonet o puede que Tsunami te ofrezca de comida para las anguilas.

Tsunami miró con el ceño fruncido en su dirección, pero Nocturno se alejó y encontró un hueco oscuro en un árbol donde sus escamas se fundieron con las sombras.

Ahora Gloria también podía oírlo: el retumbar de unas enormes garras marchando por la ciénaga hacia donde ellos se encontraban. El calor que desprendían las escamas de Sol, en su costado, se le antojo incómodo.

Membranas no se había movido lo más mínimo mientras hablaban. Seguía tumbado hecho un ovillo contra las raíces de los árboles, con el hocico descansando sobre la cola. Tenía un aspecto horrible.

Cieno arrastró a Tsunami hasta colocarla al lado de Membranas y extendió sus alas color barro para taparlos a ambos. No era una solución perfecta: una cola azul salía por uno de los lados y la punta de un ala azul verdosa por el otro. Pero en aquella niebla, parecían una pequeña montaña de barro. Tendría que bastar.

Un paso. Y otro. Y otro.

—No me gusta esta patrulla —rugió una voz profunda. Gloria tuvo que reprimir un respingo, sorprendida. La voz sonaba solo a dos árboles de distancia—. Si me pides mi opinión, estamos demasiado cerca de ese escalofriante bosque tropical.

—No está encantado —le respondió una segunda voz—. Sabes que los únicos que viven ahí son los pájaros y los vagos de los Alas Lluviosas.

El autocontrol practicado durante años fue lo único que evitó que Gloria se encogiera de dolor. Había escuchado demasiadas veces a sus guardianes utilizar la expresión «vagos Alas Lluviosas» cuando vivían bajo la montaña. Pero oírselo decir a un completo desconocido era como una puñalada extra en el ojo.

—Si eso fuera verdad —dijo la primera voz—, entonces su majestad nos dejaría cazar ahí. Pero sabe que no es seguro y ya has oído los ruidos nocturnos. ¿Me estás diciendo que son los Alas Lluviosas los que gritan así?

«¿Gritar?».

Bajo el ala de Gloria, Sol giró un poco la cabeza, como si intentara oír mejor lo que esos desconocidos estaban diciendo.

—Sin mencionar los cadáveres —murmuró la primera voz.

—No existe ninguna especie de monstruo del bosque tropical —dijo la segunda guardia, pero hubo un titileo en su tono de voz que la hizo sonar insegura—. Es por culpa de la guerra. Alguna clase de ataque de guerrilla para asustarnos.

—¿Hasta aquí? ¿Tan lejos? ¿Por qué iban a recorrer todo este camino los Alas Marinas o los Alas Heladas para matar a uno o dos Alas Lodosas de vez en cuando? Hay batallas mucho más grandes desarrollándose en otros lugares.

—Vayamos un poco más deprisa —dijo de pronto la segunda voz. No parecía muy cómoda—. Deberían dejarnos patrullar en grupos de tres o cuatro en vez de en parejas.

—Dímelo a mí. —Los dragones oyeron el retumbar de sus garras en la ciénaga—. ¿Y qué piensas de la situación de los Alas Celestes? ¿Estás de parte de Rubí o piensas que...?

Gloria aguzó el oído, pero las voces se disiparon en la niebla mientras los dos Alas Lodosas se alejaban de allí. Se moría de ganas de saber cuál era «la situación de los Alas Celestes». Quizá sus amigos no lo notaran si se alejaba de allí solo un momento.

—Volveré enseguida —le susurró a Sol, levantando el ala y alejándose de allí.

Sol la agarró de la cola, con los ojos como platos.

—¡No te vayas! —murmuró—. ¡No es seguro! Ya has oído lo que han dicho.

—¿Sobre los monstruos del bosque tropical? —dijo Gloria, poniendo los ojos en blanco—. No es que eso me preocupe demasiado. No me alejaré mucho.

Se quitó a Sol de encima y se escabulló en busca de los soldados, poniendo mucho cuidado en pisar solo terreno seco para que sus garras no chapotearan en el barro.

La ciénaga estaba extrañamente silenciosa, especialmente con la niebla amortiguando la mayoría de los sonidos. Intentó seguir el murmullo distante de las voces y lo que creyó que sería el sonido de las pisadas de los Alas Lodosas. Pero tras unos momentos, incluso eso resultó imposible de oír.

Gloria se paró un segundo y escuchó. Los árboles goteaban. La lluvia salpicaba de mala gana entre las ramas. Pequeñas pompas burbujeaban en el lodo aquí y allá, como si la ciénaga tuviera hipo.

Y, entonces, un gritó cortó el aire.

A Gloria se le hinchó la gorguera, de puro terror, y unas rayas verde pálido zigzaguearon a través de sus escamas. Intentó deshacerse del miedo, centrándose en hacer que sus escamas volvieran a ser grises y marrones.

—¡Gloria! —gritó Sol desde algún sitio, tras ella.

«Cállate —pensó Gloria furiosa—. No llames la atención. No dejes que nadie sepa que estamos aquí».

Los otros dragonets debían de haber pensado lo mismo y la habían hecho callar, porque Sol no volvió a gritar.

«A menos que sea uno de ellos el que ha gritado». Pero aquello era imposible. El grito provenía de algún lugar situado por delante de ella.

Gloria comprobó de nuevo sus escamas para asegurarse de que estaba bien escondida y luego echó a correr, moviéndose con rapidez entre los árboles en dirección al lugar del que venía el grito.

La niebla era demasiado densa y casi no vio los dos bultos oscuros que parecían troncos caídos. Pero sus garras tropezaron con algo que, sin lugar a dudas, era la cola de un dragón. Entonces retrocedió.

Había dos dragones marrones tirados sobre el lodo, en mitad de un charco de sangre que ya se estaba diluyendo por culpa de la lluvia. Les habían rajado el cuello de una forma tan cruel que la cabeza casi se les había separado del cuerpo.

Gloria miró la niebla gris que los rodeaba, pero nada se movía allí fuera excepto la lluvia.

Los soldados Alas Lodosas estaban muertos y no había ni una pista de qué era lo que los había matado.

CAPÍTULO 2

—Recordadme una vez más por qué estamos yendo hacia el lugar donde se encuentra el monstruo, los gritos y la cosa que mata dragones —pidió Cieno.

—Podríamos ir a cualquier otro sitio —dijo Nocturno—. ¿Quizás a pedirles ayuda a los Alas Heladas?

—¡Los Alas Heladas! ¡Sí! —lo animó Cieno—. Parece un gran plan. Hagámoslo. En el Reino Helado no habrá ninguna cosa misteriosa que asesine dragones. ¿Verdad? ¿Cómo se llaman esos animales que tienen allá arriba? ¿Pingüinos? Me apuesto lo que queráis a que puedo ganar a un pingüino o dos en cualquier pelea. ¿A que sí? ¿Cómo son de grandes? Quizá solo pueda con un pingüino.

—Genial, así moriremos congelados —dijo Gloria. Un rumor y un par de cadáveres no iban a asustarla lo suficiente como para alejarla de su casa cuando estaba ya tan cerca—. Un plan fantástico, Nocturno. Sin mencionar que el Reino Helado está a medio continente de distancia y que el bosque tropical está justo aquí.

—Además, Membranas jamás conseguirá llegar al Reino Helado —intervino Sol, mirando con nerviosismo las copas de los árboles, que parecían hacerse cada vez más altos a medida que avanzaban.

Cuanto más se alejaban, más calor hacía y, por encima de las lianas que colgaban sobre su cabeza, Gloria veía distintos destellos de color. Brillantes

tonos amarillo verano, morado y azul, que quizá fueran pájaros o flores, pero que sin lugar a dudas no eran típicos del Reino Lodoso, donde todo, todo, era marrón. Gloria no estaba segura, pero aventuró que los dragonets ya habían llegado al bosque tropical.

Los árboles del pantano, con sus troncos en forma de garras retorcidas, quedaban a medio día de camino por detrás de ellos, al igual que los cadáveres de los Alas Lodosas. Tsunami había querido quedarse allí para inspeccionar el área en busca de pruebas, pero se había visto en inferioridad numérica cuando habían votado después de que Nocturno señalara que se meterían en un buen lío si los relacionaban con un asesinato doble... Sin mencionar, claro está, que lo que fuera que había matado a los soldados no podía haber ido muy lejos. Aquello había sido más que suficiente para hacer que todos, incluso Membranas, volaran durante la noche y solo bajaran a tierra cuando el sol había vuelto a salir, en busca de algo que comer.

—¿Lo veis? —les dijo Gloria a Cieno y a Nocturno—. Incluso Sol es más valiente que vosotros dos, carroñeros cobardicas.

—¿Incluso Sol? —repitió la Ala Arenosa—. ¿Qué se supone que significa eso? ¡Soy valiente! ¡Soy valiente siempre! —dijo. Movió la cola y retrocedió un par de pasos cuando Cieno intentó darle unas palmaditas en la cabeza.

Los cálidos rayos del sol se colaron a través del follaje de los árboles, haciendo que las escamas de la Ala Lluviosa resplandecieran. Gloria dejó que sus escamas se volvieran del color que ellas quisieran. Un verde escarabajo brillante le tiñó el cuerpo, con algunos bucles color ámbar aquí y allá. Le gustaba la sensación de ir a juego con los árboles y los rayos del sol.

«Pronto estaremos allí —pensó con un escalofrío de anticipación—. Aunque no debo tener demasiadas esperanzas. Puede que las cosas no sean

como las he imaginado. Solo deben ser mejor que toda una vida viviendo bajo las montañas, atrapada en una cueva con unos guardianes que me odiaban. No creo que esté pidiendo demasiado».

Algo crujió a su izquierda, pero cuando Gloria se volvió, lo único que vio fue a un perezoso peludo y gris colgando de un árbol y pestañeando, somnoliento, mirando hacia ella.

—¿He dicho ya que este sitio me pone las escamas de punta? —preguntó Cieno.

—Solo unas mil veces —le respondió Gloria.

—Ojalá supiéramos de qué hablaban los Alas Lodosas —dijo Sol—. ¿Cómo podían vivir al lado del bosque tropical y no saber por qué es tan peligroso?

—¿Cómo pueden los Alas Lluviosas vivir en el bosque tropical si es tan peligroso? —contraatacó Gloria.

Membranas olfateó el aire débilmente. Era el primer sonido que emitía en muchas horas.

—Porque son Alas Lluviosas —murmuró—. Probablemente ni siquiera se hayan dado cuenta.

Gloria lo miró fijamente.

—Y quizá tú quieras una herida venenosa a juego con la que ya tienes en el otro lado —gruñó la Ala Lluviosa.

Tsunami se giró y le agarró el hocico a Membranas. El Ala Marina bufó, sorprendido, e intentó zafarse, pero ella lo tenía cogido con fuerza de manera que pudiera mirarle directamente a los ojos.

—Vale ya. Es suficiente. ¿Qué sabes de todo lo que está pasando? —exigió saber—. Eres el único que ha estado en el bosque tropical. ¿Vive ahí alguna clase de monstruo? —preguntó la dragonet, al tiempo que le sacudía

el hocico sin demasiada amabilidad—. Deja de encorvarte como un helecho mojado y dinos todo lo que sepas.

—*Nafa* —balbuceó, a través de las garras de Tsunami.

—Písale la cola —sugirió Gloria— o golpéale la herida. Eso lo hará hablar.

—No seas mezquina —intervino Sol, acariciándole el hombro a su guardián con el hocico—. Membranas, por favor, si sabes algo, cuéntanoslo. Tampoco será seguro para ti.

Membranas suspiró y Tsunami lo soltó.

—Juro que no sé nada sobre ningún monstruo —dijo el guardián—. No vi nada peligroso cuando me colé para robar el huevo de Gloria. Sinceramente, fue muy fácil. Fue la noche antes de la noche más brillante, así que era fácil saber qué huevos estaban a punto de eclosionar. Simplemente cogí uno y volví volando a la montaña. Ni siquiera me tropecé con ningún Ala Lluviosa, mucho menos con un monstruo.

—¿Mis padres no estaban vigilando el nido? —preguntó Gloria.

Membranas bajó la mirada hacia las garras y negó con la cabeza.

«Eso no quiere decir nada», pensó Gloria. Pero entonces se acordó del pueblo de los Alas Lodosas y de la madre de Cieno que había vendido su huevo a los Garras de la Paz por un par de vacas. La Ala Lodosa no echaba de menos a su hijo y tampoco quería que volviera con ella. Gloria esperaba que sus padres no fueran así.

Tanto Cieno como Tsunami habían acabado decepcionados. Puede que los padres dragones siempre fueran decepcionantes... especialmente cuando uno se pasaba años soñando cómo serían.

Bueno, a Gloria no le importaba demasiado si sus padres no eran los dragones más maravillosos del mundo. Lo único que ella quería era conocer a otros Alas Lluviosas y demostrarle a sus amigos que no solo no eran unos

vagos comefrutas como pensaban las otras tribus. Con sus escamas de camuflaje y su veneno secreto, estaba segura de que tenían que ser más duros y fuertes de lo que todo el mundo sospechaba.

—Quizá sea un nuevo monstruo —sugirió Cieno—. Algo que se ha instalado en el bosque tropical en estos seis años.

—Quizá —dijo Membranas—. Los Garras nunca envían a nadie aquí.

—Yo tampoco puedo deciros mucho de este sitio —intervino Nocturno preocupado, levantando una de sus garras—. Apenas había ningún pergamino sobre el bosque tropical ni sobre los dragones que viven en él.

Gloria ya lo sabía. Hacía años que había memorizado todas las referencias sobre los Alas Lluviosas que había encontrado y, en conjunto, no le decían nada de utilidad sobre su tribu. Había leído un pergamino llamado *Los peligros del bosque tropical*, así que sabía bastante sobre arenas movedizas, serpientes venenosas y bichos que podían resultar mortales. Pero en ese pergamino solo se mencionaba brevemente a los Alas Lluviosas y, por supuesto, no decía nada sobre criaturas lo suficientemente grandes como para masacrar a soldados Alas Lodosas.

Se oyó un ruido entre las ramas que colgaban sobre sus cabezas y todos retrocedieron, asustados.

—Solo será un mono —dijo Gloria con fiereza, bloqueando lo nerviosa que estaba para que sus escamas no cambiaran de color—. O un... un tucán o algo.

—¿Los tucanes son comestibles? —preguntó Cieno esperanzado.

—Solo si podemos atraparlos —le dijo Tsunami, flexionando las alas y mirando hacia arriba, a las ramas y lianas que colgaban encima de sus cabezas.

Gloria ya no tenía hambre. No ahora que el sol por fin había salido. Cada rayo de sol parecía saciarla más que cualquier vaca. Con una punzada de

culpabilidad, se acordó del Palacio Celeste y de la escultura en forma de árbol que la reina Escarlata había mandado hacer para lucir a Gloria, como si fuera un valioso tesoro.

Allí había disfrutado de mucho sol... algo que nunca jamás había experimentado mientras vivía bajo aquella montaña. La reina Escarlata había sacado a Gloria al exterior y había dejado que sus escamas cambiaran de color durante todo el día. No había intentado hablarle. Nunca la había tocado ni le había gritado ni la había insultado. Tampoco la había comparado con nadie. El único deseo de Escarlata había sido que Gloria durmiera y fuera hermosa.

«Pero a mí no me gustaba —se dijo la dragonet con rabia—. Solo era algo nuevo y diferente. Una forma nueva y diferente de ser una prisionera y de no tener control sobre mi vida. Soy algo más que un tesoro».

«Supongo que Escarlata aprendió la lección de la peor de las maneras».

Escucharon un fuerte graznido. Luego dos.

Tsunami adoptó su pose de batalla, con los dientes al descubierto. Cieno estaba solo un paso detrás de ella. Los otros se pararon mientras la dragonet miraba a su alrededor, buscando el origen de aquel ruido.

—Te lo estoy diciendo —insistió Gloria—. Son solo los tucanes. No hay nada que temer. Estás demasiado nerviosa.

—¿Por qué debería estar yo nerviosa? —contestó Tsunami—. Ah, es cierto. Los cadáveres.

—Al menos yo os he hablado de ellos —le espetó Gloria, mientras le empezaba a brillar la gorguera—. Tú viste el cadáver de alguien a quien todos conocíamos el primer día que pisamos el Reino del Mar y decidiste no contarnos nada.

—Chicas... —las llamó Nocturno.

—¡Eso era muy diferente! ¡Era Rapaz! —gritó Tsunami—. Tenía que

encontrar la forma adecuada de decíroslo.

—Pues hiciste un gran trabajo —ironizó Gloria.

—¡CHICAS! —gritó otra vez Nocturno.

Las dragonets se callaron un momento y giraron la cabeza para mirarlo. El Ala Nocturna no paraba de girar en círculos, nervioso, mirando a través de los árboles. A Gloria le costó un momento descubrir qué era lo que estaba buscando antes de que él preguntara:

—¿Dónde está Sol?

Todos guardaron silencio.

Sol se había esfumado.

CAPÍTULO 3

—¡SOL! —la llamó Cieno con todas sus fuerzas.

—Estaba enfadada —dijo Nocturno, preocupado—. Puede que haya salido corriendo porque estaba enfadada con nosotros.

—¿Lo estaba? —preguntó Cieno—. ¿Por qué estaba enfadada?

Gloria tampoco lo recordaba.

—¿Salir corriendo por un bosque que no conoce? ¿Ella sola? —dijo Tsunami—. No parece propio de ella.

Gloria cerró los ojos y rebuscó en su cerebro. «Serpientes venenosas. Colonias de hormigas mortíferas. ¿Cuáles eran los otros "peligros del bosque tropical"? ¿Arenas movedizas?». Abrió los ojos y examinó el suelo que pisaban, pero allí solo había suciedad, desechos de los árboles y raíces retorcidas. Nada de lo que había allí se parecía a las arenas movedizas.

—¡SOL! ¡SOL! —la llamó de nuevo a gritos Cieno.

Tsunami rugió.

—Hemos atravesado el Reino Celeste y el Reino del Mar sin perder a nadie y ahora, ¿nos pasamos dos minutos en el bosque tropical y desaparece uno de nosotros?

—No ha desaparecido —dijo Nocturno. La voz le vibraba a causa del miedo—. ¡No puede haber desaparecido! Tiene que estar en algún sitio. ¡Hace un momento la estaba mirando!

Gloria contempló de nuevo la copa de los árboles. Había otro perezoso

gris colgado de una rama, bostezando. Parecía la criatura menos amenazadora que había visto en su vida. Lo miró con el ceño fruncido.

—Membranas, ¿qué crees que ha podido pasar? —le preguntó Tsunami, siguiendo la mirada de Gloria.

No hubo respuesta. Los dragonets se giraron.

Membranas también había desaparecido.

—No puede ser —dijo Cieno, extendiendo las alas—. Estaba justo aquí. Le he visto la cara cuando nos hemos dado cuenta de que Sol había desaparecido. De eso solo hace diez segundos. No puede haber desaparecido en diez segundos.

—Pero lo ha hecho —gritó Nocturno—. Lo ha hecho... y Sol también. Han desaparecido sin dejar rastro.

—¡Ay! —se quejó Tsunami, llevándose una garra al cuello—. Algo me ha picado.

Cieno también se llevó la garra al cuello, sorprendido. Los ojos de Nocturno se abrieron como platos y entonces se tiró al suelo y rodó hasta quedar debajo del arbusto más cercano, con las alas sobre la cabeza.

—¿Qué se supone que estás haci...? —empezó a decir Gloria, agachándose para mirarlo.

Al hacerlo, escuchó el suave zumbido de algo que pasaba volando muy cerca de su oreja, seguido de un golpe seco cuando aquello, fuera lo que fuera, chocó contra el tronco de un árbol que tenía detrás.

Se giró y vio a Cieno, literalmente, despareciendo delante de sus ojos. Era como si el bosque, de pronto, estirara unos brazos hechos de hojas, agarrara en silencio al dragonet y se lo llevara lejos de allí. Hacía nada estaba allí, pestañeando un poco aturdido, y en unos instantes había desaparecido. Solo un pestañeo después, Tsunami corría su misma suerte.

«Vaya», pensó Gloria.

Se plantó delante del escondrijo de Nocturno e infló su gorguera. Notó las oleadas de naranja claro y rojo oscuro recorriéndole las escamas, pero no intentó esconderlas. No le importaba en absoluto que su público supiera que estaba enfadada.

—¡Ya es suficiente! —gritó—. Salid ahora mismo.

Hubo una pausa y, entonces, el aire pareció vibrar un momento. De repente, un dragón del color de las frambuesas apareció delante de ella, sonriendo.

Gloria nunca había visto a nadie usar las escamas de camuflaje como ella. Era sorprendente y perturbador, y lo más chulo que había visto en su vida. «Benditas lunas —pensó—. Es maravilloso. Lo hacemos. Los Alas Lluviosas como yo lo hacen».

Otra dragona, con las escamas azul oscuro y motas doradas, apareció al lado del primer dragón. Ella también estaba sonriendo.

Gloria oyó un ruido por encima de su cabeza y alzó la mirada.

De repente, los árboles estaban llenos de dragones.

Un montón de Alas Lluviosas estaban enroscados en los troncos o colgaban de las ramas agarrados de la cola. Muchos de ellos eran de colores que Gloria ni siquiera había imaginado. Vio sombras profundas color violeta, melocotón brillante, jade pálido y un amarillo tan brillante que era como ser apuñalado en los ojos por el sol.

«Somos hermosos».

—¡Vaya, mirad! —dijo el dragón frambuesa—. ¡Está feliz de vernos!

El dragón le sonrió y Gloria se dio cuenta de que un montón de burbujas rosas le estaban coloreando las escamas, desde las garras hasta las alas.

—Pobre y pequeña dragonet —murmuró la Ala Lluviosa azul oscuro—. ¿Por qué tus escamas son tan aburridas?

Gloria pestañeó. «¿Está hablando de mí?».

—Shh, no seas maleducada —la silenció el primer Ala Lluviosa—. Hola, pequeña. Soy Jambu y esta es Liana. ¿Cómo te llamas? ¿Y por qué no te conocemos?

—Soy Gloria y el dragón negro que se asusta con facilidad es Nocturno —contestó la dragonet, mirando por encima del hombro justo cuando Nocturno se asomaba por debajo del arbusto—. ¿Dónde están mis amigos?

La dragona azul oscuro —Liana— señaló los árboles con una de las alas. En medio de los dragones, apiñados por encima de sus cabezas, había cuatro nidos colgantes hechos de enredaderas. Sol, Membranas, Cieno y Tsunami estaban dentro. Todos tenían los ojos cerrados y yacían inertes como un saco de peces.

—¿Están bien? —gritó Nocturno.

—Dardos del sueño —le explicó el dragón frambuesa, sacando una cerbatana de una bolsa que tenía colgada del cuello—. Digamos que por aquí tenemos algunas ranas de los árboles que no os gustaría lamer. Vuestros amigos se despertarán a las mil maravillas dentro de unas horas.

—Es más fácil conocer a dragones nuevos así —dijo Liana—. Hemos tenido a una pareja de dragones marrones muy gruñones merodeando por aquí y, por alguna razón, empezaron a mordernos antes de que pudiéramos siquiera decirles hola. De esta forma podemos hablarles primero mientras siguen un poco drogados.

—Además es más divertido —dijo Jambu—. Practicar el lanzamiento de dardos entre nosotros no es tan chulo.

—Posiblemente ellos no lo consideren tan «chulo» —dijo Gloria—. Especialmente la azul. Puede llegar a ser un poco cascarrabias. Solo lo digo para avisaros.

—Así que... ¿ahora somos vuestros prisioneros? —preguntó Nocturno con aire sombrío.

La dragona azul oscuro rompió a reír a carcajadas y todos los dragones que los rodeaban empezaron a emitir sonidos divertidos.

—Los Alas Lluviosas no toman prisioneros, divertido dragoncito negro —dijo Liana cuando pudo volver a hablar—. ¿Qué haríamos con ellos?

—Interrogarlos para sonsacarles información —sugirió Gloria—. Intercambiarlos por otros prisioneros o armas. Apresarlos para minimizar las amenazas.

Los Alas Lluviosas la miraron desconcertados, como si de repente hubiera empezado a hablar el idioma de los tucanes.

—Solo son unas pocas ideas —concluyó la dragonet, encogiéndose de hombros.

—Si no somos vuestros prisioneros —intervino de nuevo Nocturno—, ¿entonces qué vais a hacer con nosotros?

—Bueno —dijo el dragón frambuesa, mirando la posición del sol por encima del follaje de los árboles—. ¿Alguien tiene hambre?

Y, entonces, los árboles empezaron a gritar.

CAPÍTULO 4

Nocturno casi se desmayó de miedo. Gloria sintió cómo sus garras se clavaban en el lodo lleno de hojas, mientras intentaba no echar a correr hacia la jungla.

Los gritos se fueron apagando y se dio cuenta de que todos los Alas Lluviosas la estaban mirando de manera burlona.

—¿Estás bien? —le preguntó Jambu—. Ese color sí que es de miedo. ¡No te asustaste tanto cuando nos viste! Está claro que necesitamos mejorar nuestras apariciones terroríficas.

—No estoy asustada —le contestó Gloria, apretando los dientes con fuerza e intentando recuperar el control de sus escamas.

—Yo sí —tartamudeó Nocturno—. ¿Qué... qué era ese ruido?

—¡Vaya! —exclamó Liana—. Son los monos gritones. —La dragona señaló las ramas de los árboles que tenían sobre la cabeza y Gloria distinguió a una pareja de monos marrones allí colgados—. Hace unos cuantos años que empezaron a hacerlo.

—Al principio, a nosotros también nos asustó —les explicó Jambu, en tono comprensivo—. Solían emitir unos gruñidos profundos, pero ahora lo único que hacen es gritar y balbucear como si fueran dragones a los que están asesinando. Ya te acostumbrarás.

—¿En serio? —preguntó la dragonet.

Por un lado, los monos gritones explicaban lo que los soldados Alas

Lodosas oían desde el bosque tropical. Pero, por otro, no explicaban, ni por asomo, lo de sus cadáveres en el lodo. Además, ¿por qué iban los monos a empezar a hacer ruidos diferentes de los que solían hacer? Y, por último, ¿por qué los Alas Lluviosas no lo consideraban extraño?

—Volvamos a nuestra aldea —dijo Jambu—. Podríamos dormiros para hacer el viaje, si queréis. Os será mucho más cómodo. Hay muchas ramas desde aquí hasta casa.

—No, gracias —contestó Nocturno.

—Por supuesto que no —dijo Gloria al mismo tiempo.

Jambu se encogió de hombros.

—Está bien. Entonces, seguidnos.

El Ala Lluviosa se elevó con gracia en el aire y se dirigió en espiral hacia la copa de los árboles. El resto de los dragones lo imitaron. En conjunto, fue como si un arcoíris hubiera explotado y hubiera bañado de color los árboles.

Gloria y Nocturno los siguieron, muy por encima del suelo del bosque, donde pronto se vieron rodeados por un brillante verde esmeralda teñido de rayos de sol y por el incesante susurro de un montón de delicadas alas. Los pájaros revoloteaban a su alrededor, con colores tan brillantes y alegres como los de los Alas Lluviosas. Cuando Gloria dejaba de volar un momento, decenas de mariposas moradas y doradas se le posaban en las garras y la cabeza. Quizá pensaran que ella era una flor, ya que se mantenían alejadas de las escamas más oscuras de Nocturno.

Los Alas Lluviosas se movían entre las copas de los árboles con una gracia inusual, usando sus colas o extendiendo las alas para deslizarse entre los árboles. Más que estar volando, parecían nadar en el aire. Gloria no estaba segura de que algún día pudiera pillarle el truco.

Pero todo aquello tenía sentido, ya que volar en dirección recta entre la densidad de los árboles de la jungla podía resultar difícil para criaturas del

tamaño de un dragón. Nocturno no paraba de enredarse con las lianas mientras intentaba mantener el ritmo. Gloria se preguntó si su amigo se estaría arrepintiendo de no haber aceptado la oferta de que lo durmieran y lo transportaran en aquel extraño nido como a los otros. La dragonet vio el nido de Sol planear a su lado, pasando con cuidado de garra en garra, de Ala Lluviosa en Ala Lluviosa.

Después de echar una rápida ojeada y de asegurarse de que nadie la observaba, Gloria intentó rodear con la cola una rama y balancearse en un círculo completo, como hacían los otros dragones.

—Casi hemos llegado —le dijo Jambu aterrizando a su lado.

El peso del Ala Lluviosa al posarse en la rama hizo que Gloria perdiera el equilibrio y que acabara colgando cabeza abajo, sujeta por la cola, durante un incómodo momento. Con una sonrisa, el dragón se agachó y la ayudó a incorporarse de nuevo. La dragonet usó las patas traseras para agarrarse con fuerza a la corteza áspera de la rama. El tacto era como el de las escamas de un dragón anciano bajo sus zarpas.

—Es verdad que no eres de aquí —le dijo el dragón.

—No —le contestó Gloria, al tiempo que Nocturno aterrizaba torpemente en la rama, a su lado—. Robaron mi huevo de la tribu hace seis años.

—Bueno, yo puedo llevarte a practicar deslizamiento entre los árboles siempre que quieras —se ofreció el Ala Lluviosa—. Estoy seguro de que aprenderás muy rápido.

Jambu abrió las alas y se lanzó de nuevo hacia los árboles.

Gloria frunció el ceño mientras veía desaparecer su cola rosa.

—Sí, eso ha sido muy raro —contestó Nocturno a su pensamiento silencioso.

—¿A que sí? Como si no le importara en absoluto —dijo Gloria—. No me ha preguntado quién me robó ni dónde me han criado. Ni siquiera

parecía recordar que hubieran robado un huevo. Como si los huevos desaparecieran todos los días. Algo sin importancia. —Gloria se rascó la gorguera, pensativa—. Bueno, da igual. Puede que sí pase. Puede que sí que haya un monstruo en el bosque tropical y los dragones estén acostumbrados a perder los huevos por su culpa.

—Eso no es muy reconfortante. No lo es en absoluto —dijo Nocturno, abrazándose con sus alas negras y echando un vistazo hacia el suelo del bosque como si esperara que, de improviso, algo lleno de dientes saliera de la tierra y se abalanzara sobre él.

Reconfortante. A Gloria no se le ocurría ninguna explicación reconfortante para la falta de interés de Jambu ante el robo de su huevo. «Quizá sea un dragón muy raro que no le presta atención ni a los dragonets ni a los huevos. Estoy segura de que al resto de la tribu sí que le importará».

—Vamos. No perdamos el ritmo —la animó Nocturno.

De repente, unos cuantos balanceos y planeos después, todos los Alas Lluviosas que los rodeaban viraron bruscamente y subieron aún más hacia la copa de los árboles. Nocturno dejó escapar un ruidito de miedo cuando vio pasar junto a él los nidos en los que viajaban sus amigos inconscientes.

Entonces, los dragones empezaron a aterrizar y Gloria vio, por primera vez, el hogar de los Alas Lluviosas.

—Vaya —dijo casi sin aliento, planeando en el aire para poder observarlo todo mejor.

El iridiscente color de los dragones hizo que el mundo escondido emergiera ante sus ojos. De no haber sido por los colores de los Alas Lluviosas, la aldea seguiría camuflada entre las hojas de los árboles.

Había enormes pasarelas hechas con lianas, decoradas con orquídeas naranjas del tamaño de una garra de dragón, que colgaban entre frondosas plataformas. Algunas de las casas de los árboles tenían paredes bajas o

techos entretejidos con ramas; otras estaban a cielo descubierto, alfombradas con suaves flores blancas, como si fueran nubes caídas del cielo. Gloria vio a unos cuantos perezosos grises que caminaban sin prisas o colgaban de las pasarelas. Se preguntó si no eran lo suficientemente inteligentes para saber que estaban rodeados de dragones que podían comérselos en cualquier momento.

«Este es el sitio más guay que he visto nunca —pensó Gloria llena de alegría—. Y es mi hogar».

—¡Visitantes! —gritó Liana.

La dragona azul oscuro sujetaba con una de las garras la punta del nido de Cieno. Con cuidado, ella y otros Alas Lluviosas lo depositaron en una plataforma lo suficientemente grande como para albergar a veinte dragones. Gloria voló hasta aterrizar a su lado y vio cómo su tribu dejaba con cuidado al resto de sus amigos en las plataformas.

Un montón de dragones empezaron a asomar la cabeza por todas partes. Gloria se dio cuenta de que la mayoría de ellos estaban tumbados en artilugios parecidos a hamacas. La dragonet estudió la que tenía más cerca. Estaba amarrada entre dos árboles, firmemente tejida con lianas y rematada con plumas violetas y pétalos azules. Era imposible ver al dragón que había dentro hasta que este asomó la cabeza; sus escamas combinaban a la perfección con el verde y el morado que lo rodeaban.

—Muy inteligente —dijo Nocturno, estirando la cabeza hacia la hamaca. Echó un vistazo al suelo, muy por debajo de ellos, y tembló—. Estoy seguro de que no me gustaría dormir desde tan alto sin un trasto de esos. Mira el diseño de la hamaca... no puedes caerte y, gracias al camuflaje de los Alas Lluviosas, tus enemigos tampoco pueden verte.

Gloria bajó la mirada y se fijó en sus escamas. Habían adquirido un color que nunca antes en su vida había visto: un radiante tono morado azulado

que, imaginó, significaba orgullo. Estaba orgullosa de su tribu. Apenas los conocía y ya los consideraba tan impresionantes como siempre se había imaginado. «Ahí lo tenéis, guardianes —pensó—. ¡Todos esos años obligándome a dormir en la incómoda roca dura y en la oscuridad! ¿Ahora quiénes son los dragones subdesarrollados?».

—Lo sé. ¿No es precioso? A nosotros también nos gusta nuestra aldea —les dijo Liana, que estaba al lado de Gloria.

La dragonet retrocedió de un salto, moviendo la cola. Está bien, sí que había algo que la ponía de los nervios: la forma en la que los otros Alas Lluviosas la miraban como si esperaran entender todos sus pensamientos simplemente leyéndole las escamas. Gloria bloqueó sus emociones, haciendo que sus escamas volvieran a ser del mismo verde que la copa de los árboles que los rodeaban.

Liana no parecía alterada por la reacción de Gloria. La Ala Lluviosa escudriñó las hojas por encima de su cabeza y sonrió cuando cinco dragones pequeños de color azul cielo y cobre aparecieron entre el follaje y se dirigieron a ellos.

—Espero que tengáis hambre —dijo Liana mientras los dragones abrían las garras.

Unas formas extrañas rebotaron y rodaron por la plataforma, chocando contra los dormidos amigos de Gloria. La dragonet cogió la que tenía más cerca: de color verde lima y con forma de estrella, olía a piña y a albahaca. Le dio unos golpecitos con una garra, preguntándose si tendría que pelarla.

Bajo la montaña, los dragonets apenas habían comido fruta en su vida. Sabía más de ella por lo que había leído en los pergaminos que por las pocas bayas que Membranas les llevaba de vez en cuando. La reina Escarlata había sido quien le había dado a probar la piña.

«No pienses en la reina Escarlata».

Nocturno examinó la plataforma con un gesto de decepción.

—¿Todo es fruta? —preguntó el Ala Nocturna—. ¿No hay nada de carne?

Liana arrugó la nariz.

—Puedes ir a cazar si quieres —le respondió—, pero es un gasto de energía inútil. —La dragona volvió a mirar el cielo—. Y ya casi es nuestra hora de sol, así que si tienes que hacerlo, hazlo en silencio.

—¿Hora de sol? —preguntó Gloria.

—Cariño —dijo Liana, negando con la cabeza—. ¿A ti qué te pasa?

—No tenía ni idea de que me pasara algo —le respondió Gloria, luchando por mantener las escamas bajo control—. Al menos nada que tuviera que ver con los Alas Lluviosas.

—Son tus escamas... —le dijo la dragona—. Son muy... tímidas.

Gloria le devolvió la mirada. «¿Tímidas?».

—Ya sabes —agregó Liana, disculpándose—. Un poco aburridas. No como las nuestras.

La dragona estiró un ala y dejó que una cascada de arcoíris la recorriera.

«¿Está insinuando que no soy tan bonita como el resto de los Alas Lluviosas?». Era cierto que todos los demás eran muy brillantes y centelleantes. Puede que las escamas de Gloria no fueran lo suficientemente vibrantes.

Gloria no sabía muy bien qué pensar. De hecho, estaba bastante segura de que no le importaba. Siempre había sido «la más bonita» y eso nunca la había llevado a ningún sitio, salvo a acabar encadenada a un árbol decorativo en el Palacio Celeste.

—Háblame de la hora de sol —le pidió a la dragona, encogiéndose de hombros.

Unos cuantos rayos naranjas y esmeralda brillaron a través de las

escamas de Liana, que enseguida volvieron a teñirse de azul oscuro. Naranja y esmeralda... si las escamas de Liana adoptaban los mismo colores que ella, entonces eso significaba que Liana estaba un poco sorprendida e irritada. Como si hubiera esperado provocar una reacción mayor en Gloria.

«Esto de leer las escamas de los demás es una calle de doble sentido, queridos amigos».

—La hora de sol —dijo Liana con suavidad, como si sus escamas nunca hubieran cambiado de color—. Es el momento del día en que el sol está más alto. Entonces trepamos lo más alto que podemos para estar cerca de él y dormimos.

—Oh —intervino Nocturno con su voz de «todo empieza a tener sentido»—. ¡Gloria! Son como esas siestas que te echabas siempre después de comer. Sabía que tenía que ser algo típico de los Alas Lluviosas. Pero nunca me pude imaginar por qué lo hacías. ¿Por qué vais a dormir en mitad del día? ¿No tenéis nada más importante que hacer?

Gloria movió con fuerza la cola y lo miró entrecerrando los ojos, pero Liana no parecía ofendida.

—El sol recarga nuestras escamas mientras dormimos —explicó la dragona—. Nos hace ser más hermosos, más inteligentes, más felices y, además, mejora nuestra capacidad de camuflaje. ¿Qué podría ser más importante que eso?

—Vaya —volvió a hablar Nocturno, mirando a Gloria como si se tratara de un pergamino que por fin cobraba sentido—. ¡Vaya! ¿Más feliz? Es decir... ¿menos gruñona?

—Cállate —le cortó Gloria, dándole un empujón.

La dragonet ya había llegado a esa conclusión ella sola. Sabía que lo que habían hecho sus guardianes —mantenerla atrapada bajo tierra, lejos del sol toda su vida— probablemente era la razón de que se hubiera vuelto una

dragona más gruñona y menos poderosa de lo que tendría que haber sido. Pero no necesitaba que nadie se diera cuenta de ello. No necesitaba su compasión.

¿Y quién sabe cómo habrían sido las cosas si su vida hubiera sido de otra manera? Si le preguntaban a ella, ser quisquillosa era la esencia de ser Gloria.

La verdad era que, en el Reino Celeste, donde la reina Escarlata la había dejado al sol todo el día, Gloria se había sentido más feliz y más en paz que en toda su vida... y menos ella misma. Sabía que eran los efectos del sol, nada más. Sabía que lo que había experimentado era el equivalente a comer todo lo que su cuerpo necesitaba después de una vida entera de hambruna. Sabía que la reina Escarlata era malvada y que ella solo había sido otra pieza más de su tesoro.

Una parte de ella había odiado aquello. Había odiado la extraña somnolencia y la alegría injustificada que la hacían sentir como un charco de babas.

Y a pesar de eso, en cierto modo, le habría gustado quedarse así toda la vida.

Gloria se sacudió violentamente.

—Entonces id a dormir —le dijo a Liana—. Nosotros no nos vamos a ir a ninguna parte.

Los otros Alas Lluviosas que habían estado cargando con los nidos de sus compañeros ya se habían ido volando a las plataformas más altas en las copas de los árboles. Algunos estaban despatarrados bajo los rayos del sol, mientras que otros se habían tumbado en las ingeniosas hamacas, y estaban roncando.

—Es cierto —admitió Liana—. Nos despertaremos antes que vuestros amigos.

—¿No quieres hacerles antes todas tus preguntas? —le preguntó Nocturno a Gloria—. ¿No quieres encontrar a tu familia y...?

—No hay prisa —lo cortó Gloria—. De todas formas, ya se han dormido. La respuesta seguirá siendo la misma dentro de unas horas.

Gloria sabía que se le daba bien fingir que algo no le importaba. De hecho, lo que quería era que Liana pensara que no le importaba.

Tenía suerte de que las preguntas no pudieran reflejarse en sus escamas al igual que sus emociones o estaría cubierta de ellas. Pero no estaba dispuesta a parecer desesperada en su primer contacto con su nueva tribu. La verdad es que ellos no parecían dispuestos a formularle un millón de preguntas. Así que estaba bien, podía fingir que aquel reencuentro tampoco tenía la menor importancia para ella.

Quizá parecer guays y despreocupados era algo natural entre los Alas Lluviosas.

Nocturno se rascó la cabeza.

—¿Al menos podríamos preguntarles por el monstruo?

—¿Monstruo? —se rio Liana—. No existe ningún monstruo.

—¿De verdad? —preguntó Nocturno—. Entonces, ¿qué es lo que está matando a los soldados Alas Lodosas en los límites de vuestro bosque?

—Vaya —exclamó Liana—. Te refieres a ese monstruo.

Las alas de Nocturno brillaron y los ojos se le volvieron tan grandes como las lunas. Liana estalló en una carcajada.

—¡Tendrías que verte la cara! —gritó—. Ha merecido la pena decírtelo. Solo estoy bromeando, dragoncito negro. No sé nada sobre ningún Ala Lodosa muerto, pero lo que sí sé es que por aquí no hay ningún monstruo.

—Relájate, Nocturno —le dijo Gloria—. Piensa en bibliotecas o algo parecido.

—Dragoncita —la llamó Jambu desde su percha por encima de la cabeza

de Gloria. Ella lo miró, asombrada por la luz tan brillante que reflejaban sus escamas magenta—. ¿Te unirás a nosotros durante la hora de sol? ¿Quieres una hamaca? —le ofreció—. ¿O una plataforma?

Gloria miró a sus amigos. Los ronquidos de Cieno eran más ruidosos que los de todos los Alas Lluviosas juntos. Tsunami tenía el ceño fruncido incluso en sueños, con las garras crispadas como si estuviera soñando con una pelea. Sol estaba hecha un ovillo, tranquila, como una chinchilla dormilona. Y Membranas, con su respiración poco profunda, parecía y sonaba medio muerto.

Si de todas formas no se iban a despertar...

—Adelante —la animó Nocturno—. Está bien. Yo los vigilaré.

El Ala Nocturna sacudió las alas y sacó pecho con gesto imponente, aunque más bien se asemejaba a una rana intentando parecer amenazadora.

—No dudes en despertarme si me necesitas —advirtió Gloria—. Si oigo a alguien gritar como un pequeño carroñero, daré por hecho que eres tú.

Nocturno resopló furioso mientras Gloria cogía un par de frutas misteriosas y volaba hasta la rama de Jambu.

—Me quedaré con la plataforma —dijo la dragonet, aterrizando al lado del Ala Lluviosa rosa.

—¿Estás segura? —le preguntó—. Normalmente, los dragonets se meten en las hamacas, por si acaso empiezan a rodar en sueños y se caen. Te despertarías antes de tocar el suelo, pero seguramente te golpearías con varias cosas antes de eso. Ya sabes, no te estoy diciendo que vayas a morir, pero sí que puedes hacerte bastante daño.

—Estaré bien —le dijo Gloria.

La dragonet nunca se había caído del espantoso saliente de roca donde la habían obligado a dormir durante seis años. E, incluso, en su estado casi

comatoso por sobredosis de sol en el Reino Celeste, siempre se había quedado perfectamente sujeta a su árbol de mármol.

—Una soñadora tranquila, ¿eh? —dijo Jambu—. ¿Conciencia tranquila, sueños tranquilos?

—Claro —le contestó Gloria.

«Como si fuera a contarle mis sueños a un dragón al que acabo de conocer. O mis crímenes».

—Entonces puedes dormir con nosotros —le dijo el Ala Lluviosa, saltando de la rama a una plataforma cubierta de hojas perfectamente colocadas para parecer una única hoja gigante.

Los otros dos dragones que había allí asintieron con aire somnoliento. Gloria giró en círculos y se tumbó con las alas extendidas para poder tomar tanto sol como le fuera posible.

El calor la inundó, como si estuviera revolcándose en oro fundido. «Sí», pensó mientras cerraba los ojos y relajaba todos los músculos.

«Podría haber dormido bajo el sol todos los días de mi vida».

«Adiós, estúpida profecía. Este era mi destino».

CAPÍTULO 5

Gloria se despertó revitalizada y relajada, pero se quedó allí tumbada, con los ojos cerrados, mientras sentía cómo una extraña ola de furia la invadía.

«Está bien, sí, no soy la Magnífica y Asombrosa Gran Dragonet de la Profecía. Puede que nadie llegue a escribir nunca una profecía sobre una Ala Lluviosa. Puede que ningún dragón de Pirria espere que alcancemos un destino importante ni que hagamos nada que merezca la pena. Pero ¿esto? ¿Dormir todo el día bajo el sol? ¿Esto es todo para lo que sirvo? ¿Solo sirven para esto los Alas Lluviosas? Tenemos que servir para algo más... Tengo que servir para algo más».

Lo único que quería era golpearse a sí misma. Se había quedado dormida casi al momento de haber encontrado su hogar... y eso era exactamente lo que Gloria no quería que sus amigos pensaran de ella o de su tribu. Tenía que demostrarles que había alguna buena razón para que los Alas Lluviosas necesitaran su hora de sol. Que el sol los hacía más inteligentes o más fieros... o algo así.

La dragonet levantó un ala y se quedó paralizada en su sitio.

Tenía algo enroscado en el hueco que le separaba el hombro del ala. Una parte de lo que fuera aquella cosa también se le había enroscado en torno al cuello. Estaba caliente, más caliente que los rayos del sol y su respiración era profunda y regular.

Gloria levantó la cabeza y la giró para ver qué era aquella cosa.

Había una perezosa durmiendo encima de ella.

El animal había reptado por la curva de su hombro y se había acomodado allí, encajando perfectamente en el hueco. Luego había apoyado un brazo sobre el cuello de la dragonet para que le sirviera de almohada. Su peludo cuerpo gris plateado descansaba sobre sus escamas verdes. Tenía los ojos cerrados y una sonrisa apacible en su dormido rostro.

«¡Qué criaturas más ridículas! ¿Es que no tienen miedo o es que son estúpidas? O quizá sea un diabólico plan maestro».

Después de todo, ahora no se lo podía comer. De ninguna manera se comería nada que le sonriera así. Le recordaba un poco a Sol, que seguramente tampoco tendría problemas en quedarse dormida encima de algo lo suficientemente grande para poder comérsela.

La dragonet alzó la cabeza, moviéndose lo justo para no molestar a la perezosa. Los otros Alas Lluviosas de su plataforma seguían dormidos. El sol ya estaba bajo en el cielo, pero estaba segura de que aún quedaban algunas horas de luz antes de que cayera la noche. Una brisa suave arrastraba hojas huérfanas a través del follaje y dos ranas gordas y azules estaban manteniendo una adormilada y curiosa conversación en una rama cercana.

—¿Berp? —farfulló la perezosa, mientras abría sus enormes ojos oscuros, miraba a Gloria y soltaba un profundo y elegante bostezo—. Beeerp.

—Estoy despierta —dijo Gloria—. Así que probablemente deberías salir pitando muerta de miedo.

—Ruuumble ruuump ruuulp —contestó la perezosa apaciblemente, acurrucándose más sobre sus escamas y bostezando de nuevo.

—Yo no soy como todos esos dragones. Yo tengo cosas que hacer —le explicó Gloria—. No puedes seguir durmiendo aquí.

—Muum huuum —concluyó el animal, cerrando los ojos.

La plataforma vibró bajo el cuerpo de Gloria, mientras Jambu intentaba ahogar una risita. El dragón se acercó rodando hasta ella y señaló a la perezosa con la cabeza.

—Te ha elegido —le dijo—. Menuda rapidez.

—No, gracias —dijo Gloria—. No quiero que me elijan. Y menos aún si es una perezosa.

La dragonet se impulsó hasta quedar completamente sentada pero, de alguna forma, la perezosa había conseguido pasarle los brazos alrededor del cuello y se había quedado allí colgada, acurrucada junto a su ala.

—Le gustas —le dijo Jambu—. Ahora tienes que ponerle nombre. La reina llama al suyo Peludo.

—Para empezar: ¿qué? Y, para continuar: no. Es muy poco digno para una reina dragona tener un perezoso. Además, esta perezosa es demasiado bonita para ponerle un estúpido nombre como Peludo —replicó Gloria, y entonces se calló—. Y no voy a ponerle ningún nombre, porque no pienso quedármela. Acabará yéndose si la ignoro el tiempo suficiente.

Jambu resopló divertido.

—O puede que me la coma —terminó Gloria—. ¿Por qué no os los coméis?

La dragonet le dirigió una mirada a su perezosa y se dio cuenta de lo tranquila que estaba.

Él se encogió de hombros.

—Porque son muy monos. Y demasiado peludos. Son todo pelo. Sufrirías de indigestión durante días.

Gloria levantó la pata y le dio unos golpecitos a la perezosa con una garra. No parecía que fuera casi todo pelo.

—Ruuumble —se retorció la perezosa, como si le hubieran hecho

cosquillas.

—No estoy jugando contigo —le advirtió Gloria—. Tienes que irte. Tengo cosas importantes que hacer, como encontrar a mis padres.

Jambu inclinó la cabeza hacia ella. Entre sus escamas de color frambuesa se advertían un montón de remolinos de color rosa claro. Gloria estaba segura de que nunca había visto aquel tono y no tenía ni idea de lo que significaba. A veces le aparecían algunas escamas rosas cuando estaba contenta, pero Jambu era rosa de garras a cabeza. Nadie podía ser tan feliz.

—¿Encontrar a tus padres? —repitió—. ¿Cómo?

—Dímelo tú —dijo Gloria—. Puedo decirte cuándo me robaron y uno de los Alas Marinas que hay allí abajo puede decirte de dónde. ¿No es suficiente?

—¡Ja! —se rio Jambu, como si de verdad pensara que ella estaba bromeando. Cuando pasó de las carcajadas a una risita, se dio cuenta de que Gloria hablaba en serio—. ¿De qué estás hablando? Los Alas Lluviosas no tienen padres.

Gloria intentó ignorar la punzada de decepción que sintió en el estómago.

«Sabías que esto podía pasar. Acuérdate de los Alas Lodosas. Quizá los Alas Lluviosas son iguales y a ellos los crían sus hermanos».

—Así que... —empezó a decir la dragonet.

—De todas formas, ¿por qué ibas a querer encontrarlos? —le preguntó Jambu.

Gloria bloqueó sus sentimientos para que no se reflejaran en sus escamas.

—Por dos motivos —empezó—. El primero es que quiero saber de dónde vengo y qué me he perdido. Y el segundo, quiero que mi familia sepa que estoy bien. Debieron de preocuparse mucho cuando mi huevo desapareció.

La dragonet se fijó en la reacción del Ala Lluviosa. Jambu alzó el hocico y la miró confuso.

—Pero no deben saberlo —le dijo—. Supongo que no... quiero decir...

Calló un momento y miró a su alrededor, a los dragones dormidos que había por todas partes.

Algunos ya se habían levantado y se paseaban por la aldea, pero la mayoría seguían durmiendo.

—Te lo mostraré —añadió finalmente el Ala Lluviosa, extendiendo las alas.

Gloria también las abrió.

—Hora de que te bajes de ahí, perezosa —dijo—. A menos que estés lista para un viajecito por el aire.

—Beeerp —dijo la perezosa, mientras se le agarraba con más fuerza al cuello.

—¿Pueden entendernos? —preguntó Gloria.

—Lo dudo —le contestó Jambu—. Se limitan a leer nuestro lenguaje corporal y a responder.

El dragón se sacudió de encima una enredadera y saltó de la plataforma.

Gloria volvió a mirar a su perezosa. Estaba bastante segura de que le estaba sonriendo. Puede que su perezosa sí que pudiera entenderla. Quizá fuera más inteligente que todos los demás perezosos del bosque tropical.

La dragonet siguió a Jambu, deslizándose con cuidado entre los árboles y las lianas. Intentó no preocuparse por la criatura peluda que tenía colgada del cuello, pero se dio cuenta de que estaba volando más lentamente de lo normal y de que estaba intentando evitar las cosas que podrían golpearla.

«Eres una dragona ridícula. Solo es comida, no importa lo mona que sea».

Fuera cual fuera el lugar al que Jambu la estaba conduciendo, se encontraba bastante alejado del centro de la aldea. Dejaron atrás más plataformas con dragones dormidos sobre ellas y algo parecido a una cama

elástica hecha con hojas entretejidas entre sí y atada a cuatro árboles, donde unos cuantos dragonets saltaban y movían ferozmente sus alas mientras intentaban aprender a volar.

Todo el mundo parecía feliz. No había ni rastro de las horribles heridas y cicatrices que Gloria había visto en los otros reinos. Nadie parecía tenso ni aterrorizado. A nadie se le estaba obligando a volar hacia la muerte ni era castigado por fallar durante sus horas de guardia.

«Sin peleas ni preocupaciones por la guerra. Sin morirse de hambre ni tener que inclinarse ante una reina loca... al menos hasta donde yo sé... ¿Quién necesita una profecía cuando tiene un hogar así?».

Jambu giró hacia abajo describiendo un ángulo alrededor de una estructura con forma de huevo verde gigante. Había agujeros por todo el tejado de aquella construcción que permitían que la luz del sol se colara entre las hojas superpuestas, pero la parte de abajo estaba reforzada con lianas estrechamente tejidas entre sí y ramas, así que parecía más resistente que todo lo que Gloria había visto hasta el momento. Se preguntó durante un instante si aquel sería el palacio, pero no era lo suficientemente grande. Aún no había visto nada lo suficientemente grande ni regio como para ser el palacio de la reina de los Alas Lluviosas.

Aterrizaron en una rama al lado de los agujeros de una de las ventanas y Jambu le hizo señas para que se asomara al interior.

Había huevos muy pálidos alineados por todo el suelo, muy juntos los unos de los otros. Gracias a los rayos de sol que llegaban desde el techo, unos colores brillantes refulgían bajo la fina cáscara mientras los dragonets que aún no habían eclosionado se movían y retorcían en el interior. Gloria dedujo que los huevos del borde exterior eran a los que menos le faltaba para eclosionar, ya que podía apreciarse más movimiento en su interior. Algunos incluso tenían pequeñas fisuras en la parte de arriba.

—¿Entonces? —dijo la dragonet—. Tenéis un nido. Todas las reinas lo tienen. Quiero decir que sí, que evidentemente son demasiados huevos para una sola reina, pero... espera, ¿me estás diciendo que este es el nido del que me robaron?

«¿Yo también soy la hija de una reina?». No es que aquello cambiara nada, pero sería muy divertido ver la expresión de la cara de Tsunami si aquello fuera verdad.

—No tengo ni idea —contestó Jambu—. Hay tres nidos, así que podría ser cualquiera de ellos. Pero no te estás dando cuenta de un detalle importante. Todos estos huevos no pertenecen a una sola reina ni a único dragón. Nosotros juntamos todos nuestros huevos. Todos.

Gloria pestañeó ante el despliegue de formas blancas y suaves que tenía delante.

—Así que estos son la tercera parte de los huevos de toda la aldea. Y... todos están mezclados.

—Exacto —dijo Jambu—. Se mantienen calentitos los unos a los otros y eclosionan cuando llega el momento. Les hacemos una visita cada dos días o así para ver si ha nacido algún dragón. Así no tenemos que preocuparnos por nuestros huevos. Todos están a salvo aquí.

—Excepto yo —señaló Gloria—, que fui robada.

La Ala Lluviosa guardó silencio un momento, al comprender todo lo que aquello implicaba. Tuvo la sensación de que le habían succionado todo el viento bajo las garras y de que no paraba de caer con unas alas inservibles.

—Y nadie se dio cuenta —dijo la dragonet, despacio—. Eso es lo que estás intentando decirme. No teníais ni idea de que faltaba mi huevo.

Jambu se encogió de hombros. Ni siquiera parecía avergonzado.

—¿Por qué íbamos a saberlo? —dijo—. Como puedes ver, tenemos

muchísimos huevos. Y cada semana llegan huevos nuevos, así que... ¿por qué íbamos a tomarnos la molestia de contarlos?

—Porque yo no era solo un huevo «que llega» al nido —le espetó Gloria, con la gorguera refulgiendo—. Ahí dentro había una dragona de verdad. Una dragonet que tuvo que pasar los primeros seis años de su vida sin familia ni bosque tropical ni sol.

—Reeeerp —le dijo la perezosa con lástima, abrazándose a su cuello con más fuerza.

Gloria se había olvidado de que estaba ahí.

Las escamas de Jambu empezaron a volverse de un nublado azul grisáceo desde sus garras, mientras le dedicaba a Gloria una cara de pena que podía haber resultado hasta cómica.

—¿Sin sol? —le dijo.

—Fui capaz de sobrevivir —le contestó la dragonet, mientras se alejaba del ala de Jambu cuando él intentó acariciarla—. Esta no es una de esas situaciones en las que espero que me tengas pena. Solo te estoy diciendo que quizá deberíais preocuparos un poco más por vuestros huevos y los dragones que hay dentro.

—Nos preocupamos —le dijo Jambu con una angustia verde oscura brillando en su gorguera—. ¡Cuidamos muy bien de nuestros dragonets! Es solo que no nos preocupamos por nuestros huevos porque nunca habíamos perdido ninguno.

—¿Cómo lo sabéis? —gritó Gloria—. Si me robaron tan fácilmente, puede que también hayáis perdido otros.

Él abrió y cerró la boca unas cuantas veces. En ese momento, Jambu le parecía tan estúpido que Gloria solo tenía ganas de darle un puñetazo en el hocico. Aquello iba mucho más allá de unos padres que no querían a sus huevos. Nadie la había echado de menos. No tenía ninguna familia que se

preguntara qué podría haberle ocurrido. A nadie le había importado su desaparición.

Membranas debía de saber que los Alas Lluviosas eran así. Esa era la razón por la que había acudido al bosque tropical para robar su huevo. Eso era lo que no le había querido decir mientras iban hacia allí.

Los Alas Lluviosas no eran una tribu secreta, maravillosa y perfecta. Eran mucho peor de lo que se había temido. Su tribu era demasiado vaga hasta para contar sus huevos.

—Vaya... te has enfadado —observó Jambu, tristemente.

Gloria era incapaz de frenar las líneas rojas que le estaban apareciendo en las alas. Lo miró con el entrecejo fruncido.

—¿Y cómo sabéis quiénes son los padres de cada dragonet? —le preguntó.

—No lo sabemos —se limitó a contestar el Ala Lluviosa—. Los criamos todos juntos. Toda la aldea. Todo el mundo ayuda. Yo les enseño a deslizarse entre los árboles —dijo con orgullo.

El azul grisáceo de sus escamas estaba desapareciendo y Jambu estaba volviendo a recuperar su color rosa natural.

—Pero entonces —dijo Gloria, lentamente—, eso significa que no tenéis ni idea de quién es pariente de quién, ¿no?

—Oh, ya sé lo que estás pensando —le dijo Jambu—. No te preocupes, tenemos una forma de saberlo. Antes de que dos dragones decidan tener huevos juntos, se someten a la prueba del veneno. —El Ala Lluviosa giró en un círculo y arrancó una hoja con forma ovalada de uno de los árboles y la dejó caer sobre la rama que había entre ellos—. Observa.

Jambu abrió mucho la boca, desencajando casi por completo la mandíbula de abajo y escupió un poco de veneno negro a la hoja. Gloria se había imaginado a sí misma como una dragona amenazadora y guay cuando

había disparado su veneno, pero el otro Ala Lluviosa parecía espeluznante, como una serpiente mentalmente desequilibrada.

Inmediatamente, la hoja empezó a chisporrotear y a deshacerse.

—Ahora dispara tú tu veneno —la animó—. Solo un poco. Intenta golpear en el mismo sitio.

Gloria nunca había practicado puntería con su veneno ni tampoco había aprendido a controlar la cantidad que expulsaba. La dragonet enseñó los colmillos y terminó empapando la hoja de veneno negro. La rama que había debajo y alrededor de la hoja también empezó a echar humo y a burbujear.

Pero, por extraño que pareciera, allí donde el veneno de Gloria había tocado el de Jambu, la hoja dejó de derretirse.

—¡Vaya! —exclamó Jambu.

El Ala Lluviosa escupió un poco más de su veneno sobre el resto de la hoja y la rama sobre la que había caído el veneno de Gloria. Las burbujas y el humo desaparecieron al instante. La hoja yacía en medio de lo que parecía un montón de pringue negro inofensivo.

Gloria lo miró fijamente.

—Vaya —dijo—. Eso sí que no me lo esperaba.

Jambu golpeó una de las alas de Gloria con la suya. De cada una de sus escamas rosas emanaba una sensación de placer.

—¿No acabas de ver lo que ha ocurrido aquí? Tu veneno ha contrarrestado el mío. ¿No es maravilloso? ¡Es maravilloso!

—¿Lo es? —preguntó Gloria.

—¡Significa que somos familia! —gritó Jambu—. ¡Eres mi hermana pequeña!

Gloria flexionó las garras y lo pensó un momento. Después de todo, había ido al bosque tropical en busca de una familia, pero justo después de decidir que Jambu era el dragón más tonto e inútil que había conocido

nunca, descubría que eran hermanos. ¿Y de qué servía una familia que nunca había estado a su lado? ¿Que nunca se había preocupado por ella, ni había intentado averiguar si estaba viva, perdida o en peligro?

—Oh —soltó Gloria—. Vaya. Hermanos.

La dragonet levantó la pata y le acarició la barbilla a la perezosa. Esta se arrimó aún más a ella, emitiendo otro sonido de placer.

—Así es como lo sabemos —le dijo Jambu, señalando con una mano la hoja medio derretida—. Si tu veneno hubiera hecho que se derritiera más rápido, entonces significaría que no somos familia y que podríamos tener huevos juntos. Pero cuando tu veneno bloquea el de otro dragón, vienes de la misma familia que él. ¿Puedes creerte que seamos hermanos? Vale, sí, probablemente solo seamos medio hermanos, pero aun así es muy guay.

—Seguro que no eres mi padre —le preguntó Gloria—. ¿Verdad?

Jambu soltó una risotada.

—Solo tengo nueve años —le explicó—. Te prometo que aún no he sido padre de ningún huevo y, más aún, no tuve ninguno cuando solo tenía tres años.

«Vale. Menudo alivio», pensó Gloria.

—Así es como la tribu debe curar a los dragones que han sido envenenados, ¿verdad? —dijo la dragonet—. ¿Buscáis a un familiar que pueda parar la propagación del veneno?

Su recién encontrado hermano parecía horrorizado.

—Nosotros no utilizamos nuestro veneno en otros dragones —dijo, con la gorguera teñida de un verde brillante—. ¿Quién haría algo así?

—Esto... nadie —le dijo Gloria. «Puede que en vuestro mundo perfecto nadie lo haga, pero dímelo cuando seas prisionero de una reina que está obligando a tus amigos a luchar hasta la muerte»—. Me refiero a si un dragón golpeara a otro por accidente. No es algo imposible, ¿verdad?

—Nuestros entrenadores de veneno nunca dejarían que algo así sucediera —protestó Jambu, mirando al estropicio que Gloria había montado en la rama—. Supongo que podrías dar unas cuantas clases con uno de ellos si quieres. Nosotros solo usamos nuestro veneno para estas pruebas y, muy de vez en cuando, para cazar si lo necesitamos o, bueno, ya sabes, si hipotéticamente algo nos atacara.

—¿Que algo os atacara? —le preguntó Gloria, aguzando los oídos.

«Por ejemplo... ¿misteriosos monstruos del bosque tropical?», se preguntó.

—Deberíamos volver para ver cómo están tus amigos —dijo Jambu—. Se despertarán en cualquier momento. ¡Podemos contarles la buena noticia de que somos familia! ¡Es maravilloso!

—Está bien —le contestó Gloria—. Ya he visto suficiente.

«Y estoy segura de que ya he conseguido todas las respuestas que voy a encontrar sobre mi familia».

—¡Una hermana perdida! —berreó Jambu, enroscando la cola en la rama —. ¡Qué guay! Puedo enseñarte a deslizarte entre los árboles, y mostrarte todas las frutas del bosque tropical, a cuidar de tu perezosa y...

Se balanceó sobre la rama y se deslizó, sin parar de hablar. Gloria miró una vez más al nido de la aldea y siguió al otro dragón. No pudo evitar darse cuenta de que Jambu no tenía ninguna pregunta que hacerle. No le importaba dónde había estado o quién se la había llevado ni por qué. No preguntó nada acerca del mundo que se extendía más allá del bosque tropical. Tenía un montón de ideas acerca de lo que podía enseñarle, pero no parecía interesado en lo que ella podría enseñarle a él.

Gloria sacudió la cabeza y esquivó un tronco cubierto de musgo.

«De todas formas, ¿a quién le importa? Incluso si era verdad todo lo que los guardias decían sobre los Alas Lluviosas... aunque sea verdad que son

todos unos inútiles y que no se preocupan por las cosas que importan... sigo siendo yo misma. Y yo no voy a ser como ellos. Nunca. Ni hablar».

CAPÍTULO 6

A Gloria no le sorprendió ver a Tsunami peleándose violentamente en sueños cuando Jambu y ella aterrizaron a su lado. Probablemente, la Ala Marina estaría preparada para pelearse con cualquiera en cuanto abriera los ojos.

Aunque, lo que de verdad la sorprendió, fue descubrir lo que Nocturno hacía cuando se aburría.

—Eh, Gloria —la llamó en cuanto la vio aterrizar—. ¡Mira esto!

El Ala Nocturna deslizó una de las piezas más grandes de fruta (una cosa redonda con forma de melón rosa) delante de la nariz de Cieno y dio un gran salto hacia atrás.

Aunque el Ala Lodosa seguía dormido, la nariz de Cieno empezó a olfatear. Le tembló el hocico, olió y se acercó cada vez más al melón. El estómago le rugió con fuerza y empezó a deslizar la lengua dentro y fuera de su boca.

Nocturno volvió a alejar el melón de él y Cieno dejó de moverse con un profundo suspiro de pena.

—¿A que es muy divertido? —le preguntó Nocturno a Gloria.

Ella le dedicó una mirada traviesa.

—Siempre he pensado que torturar a nuestros amigos en sueños sería muy gracioso.

El dragonet se sentó sobre sus cuartos traseros y se rodeó las patas con la

cola, frunciendo el ceño.

—No tenía nada más que hacer. Todo ha estado horriblemente silencioso mientras dormíais —dijo, desviando la mirada hacia Jambu—. ¿Le has preguntado sobre tu...?

—Sí —lo interrumpió Gloria—. Fin de la discusión.

—¡Somos hermanos! —anunció Jambu con alegría.

Nocturno ladeó la cabeza hacia un lado y le dedicó a Gloria una mirada de «¿está de broma?».

—No... no os parecéis mucho —dijo, educadamente.

Gloria se encogió de hombros y la perezosa que llevaba a la espalda protestó:

—¡Squerble!

A Nocturno casi se le salieron los ojos de las órbitas.

—¡Gloria! —le dijo—. ¡Tienes una perezosa en la espalda! ¡Tienes perezosa... una perezosa... sentada en tu cuello!

—Lo sé —le dijo su amiga—. Por lo que parece, son una especie de mascotas para los Alas Lluviosas. A esta le gusto, aunque le haya explicado que soy bastante desagradable.

—Vaya... es fascinante —dijo Nocturno. Contrajo las garras como si se estuviera muriendo de ganas de encontrar un pergamino para comprobar lo que Gloria había dicho o algún sitio donde escribirlo—. Si no recuerdo mal, las mascotas no suelen durar demasiado en las comunidades de dragones. Normalmente acaban siendo comidas por parientes olvidadizos o por la propia dueña. Los carroñeros, por otra parte, suelen tener todo tipo de extraños animales de caza como mascotas. Vacas, cabras, incluso peces. Al menos eso es lo que se podía leer en *Un estudio longitudinal sobre el comportamiento peculiar de los carroñeros*.

Gloria se acordaba de aquel pergamino, pero no se lo había tomado muy

en serio. Algunas de las cosas que se suponía que hacían los carroñeros eran demasiado absurdas para ser verdad.

—Nunca nos comeríamos a nuestras mascotas —intervino Jambu—. ¿Por qué íbamos a hacerlo? Hay suficiente fruta en el bosque tropical para asegurarnos de que ningún Ala Lluviosa pase nunca hambre. Además, el sol nos da más de la mitad de la energía que necesitamos para sobrevivir.

—¿Así que de verdad no coméis carne? —le preguntó Nocturno, mirando a Gloria de reojo—. ¿Todos sois vegetarianos? ¿Dragones vegetarianos?

Jambu agitó las garras delanteras en el aire.

—Es algo sobre lo que no somos demasiado estrictos. Comemos lo que nos apetece. Los plátanos son mucho más fáciles de conseguir y pelar que los monos. Eso es todo.

«Vagos comefrutas —pensó Gloria—. Justo lo que todo el mundo dice que son. Pero también tienen cerbatanas con tranquilizantes y una aldea con un diseño muy bien escondida. Eso es muy inteligente», se recordó a sí misma.

Pero eso no la ayudó.

«Ni siquiera se dieron cuenta de que mi huevo había desaparecido».

—¡Vaya! —dijo una vocecita detrás de ellos—. Creo que algo... me ha mordido... ¿Qué?... ¿Dónde estamos?

Nocturno se acercó a Sol de un salto.

—¿Estás bien? —le preguntó el Ala Nocturna, ayudándola a ponerse en pie.

La pequeña Ala Arenosa parpadeó un par de veces y miró fijamente la aldea de los Alas Lluviosas, a su alrededor.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —extendió las alas y se asomó por el borde de la plataforma—. Dios mío, es una caída muy alta. ¡Gloria! ¡Tienes una cosa peluda muy mona! ¿Puedo cogerla? ¡Porfi! ¡Porfi!

—¿Por qué no? —le contestó la dragonet, quitándose a la perezosa del cuello—. Pero no te la comas.

Se la pasó a Sol, que la acunó con delicadeza entre sus garras delanteras. La perezosa le dio unos golpecitos a Sol en el hocico, como una forma curiosa de explorarla, luego trepó hasta su cabeza y se sentó allí con un bostezo.

—No le tiene ningún miedo a los dragones —murmuró Nocturno—. Es fascinante.

—Aargh —gruñó Membranas, agarrándose la cabeza con los ojos cerrados todavía—. Me duele todo.

Sol se acercó a él y le inspeccionó la herida. Incluso desde donde estaba, Gloria se dio cuenta de que estaba mucho peor. La oscuridad se extendía por sus escamas y la herida parecía un amasijo perverso en carne viva.

—¡Nada va a atraparme! —gritó Tsunami poniéndose en pie—. ¡Lucharé contra cualquier bicho venenoso! ¿DÓNDE ESTAMOS?

La Ala Marina se tambaleó sobre las garras y volvió a caerse de culo con un golpe seco.

—No te muevas demasiado —le sugirió Jambu intentando ayudar—. Los efectos del tranquilizante que te hemos puesto tardan un poco en desvanecerse.

—¿TRANQUILIZANTE? —gritó la dragonet—. ¿Cómo te atreves...?

—Tsunami, deja de gritar —la reprendió Gloria—. O le pediré que vuelva a dejarte inconsciente.

—¡Me gustaría ver cómo lo intenta! —gritó la Ala Marina.

—Hazlo, por favor —le dijo Gloria a Jambu—. ¿Tienes algún dardo que dure... digamos... unos días?

—No le disparamos a nadie varios dardos en un solo día —le explicó Jambu, al creer que Gloria hablaba en serio—. Solo por si acaso.

Tsunami iluminó las alas y las hizo brillar con fuerza hacia Jambu y al resto de los Alas Lluviosas que empezaban a aterrizar en la plataforma a su alrededor. De repente, Gloria pensó que los morados brillantes, los naranjas oscuros, azules turquesas y amarillos limón eran, de alguna manera, demasiado brillantes y vívidos en ese momento. La dragonet supuso que los Alas Lluviosas intentaban presumir un poco delante de sus amigos, aunque tuvo la impresión de que cuando todos los Alas Lluviosas se despertaban, dedicaban horas a intentar ser más coloridos que cualquier otro miembro de la tribu.

—¿Cieno? —susurró Sol, dándole un codazo al Ala Lodosa dormido—. Cieno, despierta. ¿Estás bien? ¿Está bien?

—Lo estará —le contestó Liana, aterrizando tras Jambu—. Su dosis no fue diferente que la del resto de vosotros.

—Estoy despierto —murmuró el dragonet, enterrando la cabeza bajo las garras—. Solo estoy esperando a que Gloria y Tsunami dejen de pelearse. Estaba soñando con ovejas, búfalos y osos. Estaban todos en una mesa delante de mí y tenía que elegir a cuál de ellos iba a comerme primero. ¡Ay! Todos olían a melón. Esa parte fue un poco rara.

—¡Sol! —gritó Tsunami, haciendo que la Ala Arenosa saltara de la sorpresa—. Quédate muy quieta. Tienes un perezoso en la cabeza. Si lo golpeo, podemos compartirlo para cenar.

Tsunami dio un paso hacia Sol, flexionando las garras. De pronto, se extendió un murmullo de desaprobación entre los Alas Lluviosas que los estaban mirando.

—Ni se te ocurra —la regañó Gloria, apartando a Tsunami de su camino y alejando a la perezosa de Sol. El animal volvió a rodear el cuello de la dragonet con los brazos, contenta, y enterró de nuevo la nariz en su gorguera—. Es mía —le explicó Gloria a Tsunami.

—¿Tuya? —repitió la Ala Marina—. ¿Con tuya quieres decir que la estás guardando para que te sirva de tentempié a medianoche?

—Con mía quiero decir que ni se te ocurra tocarla —le contestó la Ala Lluviosa—. Ni tampoco hagas ningún comentario sarcástico.

—¿Yo? —dijo Tsunami—. ¿Tú me estás diciendo a mí que no haga ningún comentario sarcástico?

—Venga, Cieno —intervino Sol, tirándole de las orejas al Ala Lodosa—. Haz que paren de pelearse para que alguien pueda ayudar a Membranas.

Gloria casi se había olvidado de que habían ido allí para encontrar alguna cura para la herida provocada por una Ala Arenosa que Membranas tenía cerca de la cola. La dragonet echó un vistazo a su alrededor, a los Alas Lluviosas. Tenían los ojos tan abiertos que más que ojos parecían lunas llenas y las escamas se les habían vuelto rosas y azules por la curiosidad y la diversión que sentían. Parecían tan entretenidos con la pelea verbal entre Gloria y Tsunami como lo habían estado los Alas Celestes con las peleas de gladiadores en su arena.

«Quizá resuelvan todas sus peleas echándose una siesta», pensó Gloria, gruñona.

Cieno se enderezó y se estiró, dando rienda suelta a sus músculos. Unos cuantos Alas Lluviosas más jóvenes soltaron algunas exclamaciones e intentaron cambiar el color de sus escamas para imitar las de Cieno, marrones como el lodo, pero con relucientes toques de ámbar gracias a la luz del sol.

—Tienes razón —le dijo Nocturno a Sol—. Deberíamos centrarnos en Membranas. Claro que sí. Yo me ocuparé de esto —añadió, volviéndose hacia Jambu y Liana—. Solicitamos urgentemente ver a la reina Destello.

Los dos Alas Lluviosas arrugaron el hocico pensativamente.

—¿La reina Destello? —repitió Liana—. No creo que quieras hacer eso.

—Sí que quiero —insistió Nocturno—. Es de máxima importancia. Debemos verla ahora mismo.

—Destello —le dijo Jambu a Liana—. No estamos en su mes, ¿verdad?

—No lo creo —terció ella—. Aunque supongo que podrían verla.

—¡Debemos hacerlo! —dijo Nocturno con firmeza—. ¡Llevadnos ahora mismo hasta ella!

—Espera —le espetó Gloria—. ¿Qué queréis decir con eso de que «no estamos en su mes»?

—Bueno —le dijo Jambu—, ¿no preferiríais ver a la actual reina? ¿Si es tan importante?

La actitud pomposa de Nocturno se desinfló de repente, como si alguien la hubiera pinchado.

—Pero... —empezó a decir el Ala Nocturna—, pero la *Guía de los Alas Nocturnas sobre las tribus* decía... estoy seguro de que dice que la reina Destello...

—También decía que no tenemos ninguna clase de arma natural —señaló Gloria—. Así que quizá no sea la fuente de información más fiable, al menos en cuanto a Alas Lluviosas. ¿Quién es la reina actual? —le preguntó a Liana.

—Estoy bastante segura de que ahora mismo es Magnífica —dijo Liana —. A no ser que le haya pasado el turno a Grandiosa antes de tiempo.

«Oh, no —pensó Gloria—. No lo digas. No lo digas».

—¿Hacéis turnos para ser reina? —soltó Tsunami—. ¿Hablas en serio?

—Solo aquellas que quieren serlo —le respondió Liana—. Algunas de nosotras lo encontramos demasiado trabajoso, ¿sabéis?

—Sí, es MUY aburrido. Los dragones no paran de molestarte todo el día —terció Jambu—. Me hace muy feliz no poder ser reina.

—¿Y quién puede serlo? —preguntó Gloria—. ¿Cualquiera? ¿O solo la

familia real?

—¡Familia real! —repitió Jambu, muerto de risa.

—Sí, claro —añadió Gloria, cayendo en la cuenta—. Los Alas Lluviosas no tienen familia —informó a sus amigos.

Sol ladeó la cabeza, pero afortunadamente, los Alas Lluviosas siguieron hablando antes de que pudiera decirle algo que reflejara la pena que sentía por ella.

—Básicamente, cualquier hembra de la tribu puede ser reina si quiere —dijo Liana.

—¿De verdad? —preguntó Tsunami, curiosa—. ¿Yo también podría? ¿Puedo ser reina? De hecho, ya soy una princesa, ¿sabéis? Y soy muy buena diciéndole a los dragones lo que tienen que hacer.

Liana y Jambu la miraron, no muy convencidos. Tsunami elevó sus alas azul marino, alzó el hocico tal y como lo haría una reina e iluminó los dibujos reales de sus escamas.

—Bueno —le dijo Jambu—. Supongo que podrías pedirlo.

—Por supuesto que no —intervino Gloria—. Tened un poco de dignidad como tribu, por el amor de las tres lunas. No podéis tener a una Ala Marina como reina de los Alas Lluviosas. Tsunami, olvídate de eso.

—Cuando lo dices así, sí que suena raro —le dio la razón Liana, rascándose la gorguera con una garra.

Gloria no quería ni imaginarse lo que Tsunami estaría pensando en aquellos momentos. Seguramente, algo sobre lo inútil y ridícula que era la tribu de los Alas Lluviosas.

—Está bien. Llevadnos ante la reina Magnífica —dijo la dragonet—. ¿Está muy lejos su palacio?

La mayoría de los Alas Lluviosas intentaron esconder sus risitas disimuladamente.

—Tampoco tenemos palacios —le explicó Liana—. Vamos. Seguidme.

Jambu y los otros Alas Lluviosas se quedaron atrás, despidiéndolos con la mano, como un puñado de mariposas, mientras Gloria se colocaba a la perezosa en el hombro otra vez y, junto con sus amigos, seguía a Liana en dirección a la copa de los árboles.

La casa del árbol a la que los condujo no era muy distinta de la del resto de casas que habían visto antes, aunque era un poco más grande y estaba más cerca del sol, sin tejado, pero con cinco ventanas gigantes en los muros curvos exteriores. Una corta pasarela colgante, repleta de resplandecientes flores fucsias con forma de lenguas de dragón, iba desde la puerta hasta otra plataforma muy grande. Había siete dragones haciendo cola en la plataforma. La mayoría parecían aburridos o adormilados, aunque uno o dos tenían rayas rojas refulgiendo rabiosamente por sus escamas.

—Ya hemos llegado —dijo Liana, aterrizando y señalando el final de la cola—. Magnífica os atenderá de un momento a otro. —Miró al cielo—. Seguramente antes de que oscurezca. Dependiendo de lo que quieran estos dragones de aquí.

—¿Tenemos que ESPERAR? —rugió Tsunami—. ¿En una COLA? ¿No deberían avanzar automáticamente al principio de la cola los visitantes del bosque tropical?

Molestos, los Alas Lluviosas de la cola se pusieron verdes y le lanzaron a Tsunami miradas de pocos amigos.

—Podemos esperar —dijo Gloria—. No tiene la mayor importancia.

La perezosa que Gloria llevaba en la espalda se revolvió e hizo un ruido somnoliento.

—Para Membranas sí que tiene importancia —señaló Sol—. Mira cuánto le duele.

Membranas consiguió parecer mucho más patético de lo que parecía un

momento antes. El Ala Marina se dejó caer sobre la plataforma y jadeó suavemente.

—Lo siento —dijo Liana—. Así es como nosotros hacemos las cosas y tenemos que ser justos. Nadie puede colarse delante de nadie.

Tsunami se irguió tanto como pudo y la miró.

—¿No he mencionado ya que soy la hija de la reina de los Alas Marinas?

—Suena maravilloso —le dijo Liana—. Me toca patrullar para la recolecta, pero volveré después para ver cómo estáis.

La Ala Lluviosa retrocedió un paso, hizo una pequeña reverencia insolente a Tsunami y salió volando de allí.

—Vaya, nunca me lo hubiera imaginado —escupió Tsunami—. Quizá debamos decirles quiénes somos.

—Shh, calla —siseó Gloria—. Todos acordamos dejar de hacer eso.

—La reina Magnífica no nos irá a encerrar, ¿verdad? —preguntó Sol.

—Lo dudo mucho —corroboró Nocturno—. Me apuesto lo que queráis a que estos dragones ni siquiera han oído hablar de nuestra profecía. No creo que les preocupe lo más mínimo.

—Es cierto —dijo Gloria—. No se preocupan por gran cosa.

—Mejor prevenir que curar, ¿no creéis? —dijo Cieno—. Yo voto porque lo sigamos manteniendo en silencio. Quiero decir que nunca se sabe cómo va a reaccionar un dragón, ¿verdad? Lo siento, Tsunami.

—No. Tienes razón —masculló la Ala Marina, estirando el cuello y las alas—. Aún no me puedo creer que nos dejaran inconscientes y que ahora nos hagan guardar turno para ver a la reina.

—Sí —le dijo Gloria—. Tendría mucho más sentido si nos encadenaran en una cueva, nos mataran de hambre y nos ignoraran durante un día o dos y luego nos encerraran en una prisión por haber salvado a una de sus princesas. Ah, no, espera. Eso es lo que hizo tu madre.

—Al menos aquí hay comida —sentenció Cieno por encima de Tsunami. El dragonet había reunido una pila de fruta de la primera plataforma y se la había llevado. Complacido consigo mismo, empezó a ordenar su tesoro delante de él—. ¿Qué creéis que es esto? —preguntó, mientras señalaba una rama cubierta de flores amarillo brillante.

Los dragonets compartieron la fruta y hasta Membranas se irguió lo suficiente para comer. Pero Gloria no tenía hambre. Le pasó una pequeña fruta naranja a la perezosa, pero ella no comió nada. Tal y como le había dicho Jambu, el sol la había saciado más que cualquier fruta. Le parecía muy raro, pero no quería pensar demasiado en eso ni en lo que significaba que se hubiera mantenido tan lejos de algo tan importante durante casi todos sus años de dragonet.

En vez de eso, deambuló por la pasarela, yendo y viniendo, intentando ver algo a través de la casa del árbol de la reina. A través de las ventanas, podía ver unas escamas del color del arcoíris: azul fuerte, amarillo brillante y verde esmeralda. También vio guirnaldas de flores blancas con pétalos como las alas de un dragón. Los Alas Lluviosas parecían usar las flores para decorar, tal y como hacían el resto de las tribus con las joyas.

Gloria miró a Tsunami. La Ala Marina seguía llevando el collar de perlas que le había regalado su madre en el Reino del Mar. Actuaba como si hubiera olvidado que aún las llevaba, pero de vez en cuando Gloria la veía acariciarlas con las garras.

«Pero su madre estaba un poco loca y era un poquitín malvada —pensó la Ala Lluviosa—. ¿No sería mejor no tener madre a tener una como la reina Coral? ¿Aunque me regalara perlas?».

—¿Por qué quieres ver a la reina? —preguntó al primer dragón de la cola, sorprendiéndolo al dirigirse a él.

—Esto... —dijo despacio—. Solo quiero saber si puedo cambiar mis

tareas. Ahora mismo me toca enseñar a los dragonets a recolectar la fruta, pero creo que sería mucho mejor en... esto... técnicas avanzadas para echarse la siesta.

Gloria apenas pudo contener una carcajada. Estaba claro que el dragón no bromeaba. ¿Era «técnicas avanzadas para echarse la siesta» una asignatura de verdad? Gloria decidió que sería de demasiada mala educación preguntarlo.

—¿Y tú qué? —preguntó a la siguiente dragona de la fila.

Era una dragona alta y de un color naranja claro, además llevaba un pequeño dragonet gris azulado sentado en la curva de su cola con el entrecejo fruncido. Parecía enfadado.

—Traigo a este dragonet para que lo castiguen —dijo la dragona—. Al parecer, cree que es divertido meterles bayas en la nariz a los dragones dormidos durante su hora de sol.

El pequeño dragonet gris azulado resopló y emitió un ruido que estaba a caballo entre burlón y enfadado. A continuación, le dedicó una mirada repelente a Gloria. Ella le devolvió el gesto y el dragonet contuvo una exclamación, sorprendido.

—Te diré por qué estoy aquí —gruñó el tercer dragón de la cola.

Era uno de los dos que tenían rabiosas manchas rojas en la gorguera; el otro estaba al final de la cola. Gloria pensó que eran los únicos Alas Lluviosas enfadados que había visto hasta el momento.

—Vaya, vaya... —dijo el dragón de las «técnicas para echarse la siesta» con una sonrisa somnolienta—. Manglar ya se está quejando otra vez.

La dragona naranja se rio entre dientes.

—¡Quejarme de algo! —aulló Manglar—. ¡Yo te diré sobre qué! ¡Algo sobre lo que deberíamos estar quejándonos todos! ¡Mi Orquídea no es la única que ha desaparecido! ¿Lo sabéis?

Gloria ladeó la cabeza.

—¿Tu orquídea? —preguntó.

¿Era aquella otra extraña costumbre de los Alas Lluviosas, la de estar extrañamente unidos a sus flores?

—Mi compañera —gruñó Manglar—. Orquídea. Lleva desaparecida tres semanas. Desde entonces, llevo pidiéndole a la reina cada día que envíe una patrulla en su búsqueda.

—Algunas veces los dragones necesitamos un descanso —intervino el primer dragón, encogiéndose de hombros.

—Quizá se esté echando una siesta muy larga en algún sitio —estuvo de acuerdo la dragona naranja.

—Tres semanas —siseó Manglar.

—¿Y también han desaparecido otros dragones? —le preguntó Gloria a Manglar.

—Al menos doce en el último año, incluida Orquídea —dijo Manglar gravemente.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo a Gloria. Así que los Alas Lodosas no habían sido los únicos que se habían topado con algo maligno en el bosque.

Había algo ahí fuera, acechando tras los coloridos pájaros, las exuberantes flores y los susurrantes árboles. Algo que podía enfrentarse a dos Alas Lodosas a la vez... y también hacer desaparecer a doce Alas Lluviosas sin dejar ningún rastro.

CAPÍTULO 7

—¡SIGUIENTE! —bramó la voz de la reina desde el interior de la cabaña.

El primer dragón cruzó el puente, bostezando, y se deslizó a través de la cortina de flores de un tono amarillo plateado que colgaba delante de la puerta.

—¿Puedo entrar contigo a ver a la reina? —le preguntó Gloria a Manglar.

La dragonet quería saber cómo iba a tratar la reina Magnífica el problema de los Alas Lluviosas desaparecidos.

—¿Por qué? —le preguntó Manglar no muy convencido—. No voy a dejar que te quedes con mi turno.

—Solo voy a escuchar —le prometió Gloria.

—Hum —meditó el dragón—. Entonces creo que vale.

Se volvió hacia la última dragona de la fila y decidió jugársela también con ella.

—¿Tú también estás aquí por la desaparición de un dragón? —le preguntó.

—Una dragonet —respondió la Ala Lluviosa. Las motas escarlata de su gorguera se reflejaban en el borgoña oscuro de sus escamas—. Todo el mundo cree que la perdí cuando estábamos entrenando a escupir su veneno, pero sé que no fue culpa mía.

Dio un pisotón en la madera de la plataforma bajo sus garras y siseó cuando reparó en la mirada escéptica del dragón que tenía más cerca.

—Entonces ¿qué le pasó a la dragonet? —le preguntó Gloria.

La dragona borgoña elevó las alas.

—No lo sé. Puede que se escapara. Es una estudiante malísima y un grano en la cola. Solo quiero que todo esto se solucione para que me devuelvan mis tareas.

—Pobre Bromelia. Si no te asignan ninguna tarea, entonces te quedas con los peores sitios durante la hora de sol y las sobras a la hora de la comida —le explicó la dragona de color naranja claro a Gloria—. No es muy divertido.

—También debes de querer encontrarla —le dijo Gloria a Bromelia—. ¿No estás preocupada?

—Ya aparecerá —sentenció Bromelia, moviendo la cola de un lado a otro.

«Suponiendo que aún siga con vida», pensó Gloria.

—Si ambos estáis aquí debido a la desaparición de unos dragones —les dijo—, ¿no sería más sensato que fuerais los dos juntos a ver a la reina?

Bromelia y Manglar intercambiaron una mirada, pensándoselo.

—¡SIGUIENTE! —gritó otra vez la voz.

El primer dragón volvió a aparecer y salió volando de allí, mientras la dragona naranja arrastraba al dragonet por el puente y lo metía en la cabaña.

—Las dos desapariciones podrían tener explicaciones completamente distintas —dijo Manglar—. Estoy seguro de que a Orquídea le ha pasado algo terrible.

—Y yo estoy segura de que Kinkajú huyó para fastidiarme —agregó Bromelia.

—Aun así —dijo Gloria—. Lo que quiero decir es que, para mí, una cosa no es diferente de la otra, pero puede que ella escuche más a dos dragones que a uno.

Bromelia miró a los tres dragones que había en la cola entre ella y Manglar. Uno se había quedado dormido y los otros dos parecían estar medio escuchando, medio observando las mariposas.

—¡SIGUIENTE!

—Vamos —dijo Manglar, retrocediendo y arrastrando a Bromelia consigo—. Y tú también —añadió mirando a Gloria.

—Esperadme aquí —les indicó la dragonet Ala Lluviosa a sus amigos.

Cieno la miró con las mejillas infladas debido a los melones que se estaba comiendo. Mientras seguía por la pasarela a los Alas Lluviosas, Gloria oyó protestar a Tsunami, pero Nocturno y Sol la hicieron callar.

Las enredaderas colgantes de flores amarillas olían a miel y vainilla. Le acariciaron el hocico a Gloria cuando esta entró en la habitación, iluminada por el sol que tenía detrás.

Para su sorpresa, allí no había ningún guardia, ningún soldado que protegiera a la reina, ningún heraldo que anunciara cada visita. La única dragona que había en la habitación era la propia reina Magnífica, sentada sobre una especie de nido hecho de flores escarlata entretejidas y mechones de pelo de mono, de color marrón rojizo. La reina era tan grande como Coral pero, personalmente, a Gloria le pareció mucho más impresionante que la Ala Marina. En vez de unos chabacanos collares de perlas, Magnífica solo llevaba unas guirnaldas de flores blancas en forma de lengua de dragón, que resaltaban el brillo iridiscente de sus cambiantes escamas.

Bajo una de las alas, la reina tenía a un perezoso gris plateado muy parecido a la perezosa que Gloria llevaba sobre la espalda. El animal hizo un ruidito de bienvenida y la mascota de Gloria berreó a modo de respuesta.

La reina giró rápidamente la punta de la cola y se inclinó hacia delante para olfatear a Gloria. En sus ojos verdes, algo adormilados, se advertía una mirada cordial.

—Tú eres nueva —dijo la reina con alegría—. ¿Verdad? ¡Qué emocionante! Me gustan las cosas nuevas.

—Me toca a mí —insistió Manglar—. Esta dragonet solo quería pasar y mirar.

—Está bien —concedió la reina Magnífica, como si, de todas formas, no tuviera tanta curiosidad. Se giró hacia Manglar y Bromelia y arrugó el hocico para fingir que estaba escuchando—. Adelante.

—Ya sabes por qué estoy aquí —dijo Manglar—. ¡Orquídea sigue desaparecida! ¡Ya han pasado tres semanas! ¡Tenemos que ir a buscarla!

—Orquídea —repitió la reina, dándose unos golpecitos en la barbilla, pensativa—. Por supuesto. Sigue desaparecida. Orquídea.

—Vengo cada día a hablarte de lo mismo —le dijo Manglar—. ¿Te acuerdas? Estábamos recolectando fruta y desapareció.

—Ya... Ya —soltó la reina—. ¿Y tú?

Bromelia sacudió las alas.

—Mi alumna, Kinkajú, huyó durante uno de nuestros entrenamientos para controlar el veneno y no ha vuelto. Quiero que me quiten la falta y poder volver a mi vida normal.

—¿Hace cuánto que ocurrió eso? —preguntó la reina.

—Unos dieciocho días más o menos —dijo Bromelia—. Debo añadir que a nadie le gusta esa dragonet.

—Entonces, de acuerdo —terció la reina—. Puedes volver a tus entrenamientos.

—Gracias —agradeció Bromelia con una reverencia, retrocediendo hacia la puerta.

—Espera —dijo Gloria—. No es que a mí me importe demasiado, pero ¿a nadie le preocupa que dos dragones hayan desaparecido con solo unos pocos días de diferencia?

—¿Ah, sí? —preguntó la reina. Magnífica deslizó sus garras delanteras hasta la cabeza de su perezoso y se la acarició—. Seguramente acabarán apareciendo. Es lo que suelen hacer los dragones.

—No últimamente —dijo Manglar—. Ahora mismo, tenemos a doce dragones de la aldea desaparecidos, incluyendo a Orquídea y a Kinkajú.

—Doce —murmuró la reina—. ¿Alguien los ha contado? ¿Quién tiene tanta energía?

La reina bostezó y se miró las garras.

En ese momento se instaló un incómodo silencio. Bromelia dio unos cuantos pasos más en dirección a la puerta. Manglar enroscó con fuerza la cola alrededor de sus garras y miró fijamente a la reina.

—Esto... —dijo Gloria—. Mirad. De nuevo, no es que sea asunto mío, pero quizás alguien debería investigar. Algo así como si, por ejemplo, todos desaparecieron en la misma área o si han dejado algún tipo de pistas.

—Está bien —agregó la reina afablemente—. Suena agotador. ¿Quién quiere hacerlo?

Gloria miró a Manglar, pero él ya la estaba señalando.

—Debería hacerlo ella —dijo el dragón—. Parece que es capaz de hacer preguntas muy útiles.

—Espléndido —dijo la reina—. Hagámoslo. Problema resuelto. ¡SIGUIENTE!

—Esperad —dijo Gloria—. Yo no hago este tipo de cosas. Y estoy bastante ocupada con otros asuntos.

«Aunque, supongo, que eso depende. Salvar al mundo y parar esta guerra es lo que se supone que deben hacer los dragonets de la profecía y, técnicamente, yo no formo parte de ella. Pero me temo que si acepto mi destino como Ala Lluviosa, entonces no tendré absolutamente nada que hacer. Unirme al destino de otros dragones o prepararme para el futuro de

una idiota dormilona. Me habéis dejado con unas cartas maravillosas, Garras de la Paz».

Manglar y Bromelia ya habían salido por la puerta. Gloria comenzó a seguirlos y entonces retrocedió de un salto cuando Tsunami irrumpió en la habitación, seguida de los otros dragonets. Cieno y Nocturno sostenían sobre sus hombros las alas de Membranas, que no paraba de tambalearse como si la cola estuviera a punto de caérsele.

—Halaaaa —exclamó la reina espabilándose—. ¡Sois todos nuevos!

—¿Qué ha pasado con...? —dijo Gloria.

Echó un vistazo a la plataforma de fuera y vio que los otros tres dragones que quedaban allí habían desaparecido.

—Los convencimos de que nuestra situación era una emergencia —le explicó Nocturno—. Bueno, Sol lo hizo.

La Ala Arenosa sonrió.

—¡Saludos, reina de los Alas Lluviosas! —dijo Nocturno solemnemente, extendiendo las alas y dedicándole una profunda reverencia.

—Halaaaa —volvió a exclamar la reina.

—Acudimos a ti a pesar del grave peligro, en un tiempo de crisis, para postrarnos ante tu misericordia...

—Necesitamos tu ayuda —resumió Tsunami.

Magnífica dejó caer un poco las alas.

—Vaya, queridos —dijo la reina—. ¿Tengo que hacer algo?

—Este es Membranas —dijo Sol, tirando de su garra para acercarlo.

La dragonet señaló la herida envenenada que el guardián tenía cerca de la cola y la reina Magnífica hizo un ruidito de desaprobación.

—Qué cosa más fea —observó la reina.

—Sí que lo es —contestó Gloria—. Además, lo está matando. Un detalle sin importancia.

—Tus dragones están acostumbrados a los venenos —le dijo Tsunami—. Necesitamos a alguien que pueda ayudarnos a curarle.

—No parece que esa herida se la haya causado uno de los nuestros —dijo la reina—. ¡Los Alas Lluviosas nunca usan su veneno con otros dragones!

Todos los dragonets miraron de reojo a Gloria. Ella los miró entornando la mirada. «Os reto a que le digáis lo que tuve que hacer para salvar vuestras estúpidas escamas».

—No es veneno de Ala Lluviosa —añadió Nocturno apresuradamente—. Lo hirió el aguijón de la cola de una Ala Arenosa.

—Vaya —dijo la reina—. No sé nada sobre ellos.

La reina inspiró profundamente, lista para gritar el próximo «¡SIGUIENTE!», pero Sol la interrumpió antes de que pudiera hacerlo.

—Por favor, debes de tener sanadores —suplicó la dragonet—. ¿Alguien que pueda echarle un vistazo a la herida? ¡Por favor! No queremos que muera.

—Bueno, algunos no quieren —murmuró Gloria.

La reina Magnífica dio unos golpecitos con su garra en el suelo de la cabaña. Su perezoso le cogió una de las garras y se la intentó mordisquear.

—Sí que tenemos sanadores —dijo la reina, deslizándose el perezoso por la espalda de manera juguetona—. Supongo que podríais hablar con ellos. Están a unas doce cabañas de aquí, en la que tiene bayas rojas en el balcón —dijo señalando a través de una de las ventanas—. Quizá no puedan hacer nada, pero podéis preguntar.

—Gracias —dijo Sol, retrocediendo hacia la puerta.

—Y no te olvides de tenerme al tanto de tu investigación —le dijo Magnífica a Gloria—. Será genial alejar un poco de mí a Manglar. ¿Cómo te llamas?

—Gloria —contestó la dragonet, y añadió señalando a Membranas—:

Ese dragón robó mi huevo hace seis años.

—Oh, Dios mío —exclamó la reina—. ¡Qué descortés! Bueno, me alegro de que al final te haya traído de vuelta, querida.

—¡Él no ha hecho tal cosa! —estalló Gloria—. ¡Yo misma me traje de vuelta! ¡Él me iba a dejar morir!

—Gloria —la interrumpió Tsunami frunciendo el ceño—. ¿Qué estás haciendo?

«No lo sé —pensó Gloria—. Puede que solo quiera que alguien sea castigado por todo lo que he tenido que pasar... y por el hecho de que aquí nadie se haya dado cuenta de que había desaparecido».

Inspiró hondo y se obligó a sí misma a hacer desaparecer el rojo oscuro y el naranja furioso que le bañaban las escamas, hasta que adquirió el blanco sereno de los capullos alrededor del cuello de la reina.

—Nada —le dijo la Ala Lluviosa a Tsunami—. Da igual. Solo pensé que a lo mejor Magnífica querría saber lo que me pasó, pero no es así. De todas formas, ¿a quién le importa? —dijo Gloria. Luego se inclinó ante la reina y retrocedió hacia la puerta—. Vosotros id a ver a los sanadores. Yo empezaré a buscar a los dragones desaparecidos.

La dragonet atravesó la cortina de flores amarillas.

«Alguien debería preocuparse cuando los dragones desaparecen».

CAPÍTULO 8

Cuando iba por mitad del puente, Gloria escuchó la voz de Cieno tras ella.

—Espera —gritó el dragonet. Sus pesadas garras retumbaban en la pasarela, que se tambaleaba y se movía bajo el peso de la Ala Lluviosa—. ¿Qué dragones desaparecidos?

—Algo enorme y terrorífico está rondando el bosque tropical —le explicó Gloria, ajustando las alas—. O, al menos, algo está haciendo que desaparezcan un montón de Alas Lluviosas. Probablemente lo mismo que mató a los Alas Lodosas. Lo averiguaré. No tiene importancia. Me reuniré con vosotros después.

—No hace falta que todos acompañemos a Membranas a todas partes —le dijo Cieno con una sonrisa—. Yo iré contigo. Y también nos llevaremos a Nocturno. Quizá podamos ayudarte. ¡Nocturno! —gritó. El Ala Nocturna asomó la nariz a través de la cortina de flores—. Deja que Tsunami y Sol se lleven a Membranas. Tú ven con nosotros.

Gloria se encogió de hombros, pero las puntas de sus alas se volvieron de color rosa, en contra de su voluntad. Al menos un par de dragones sí que se preocupaban por ella. Después de todo, la única razón por la que seguía con vida era que Cieno había estado dispuesto a arriesgar la suya en el río subterráneo para salvarla a ella.

Los dorados rayos de sol se colaban entre los verdes y altos árboles. Mientras Gloria, Cieno y Nocturno se deslizaban entre las ramas, pequeños

remolinos de mariposas azules y naranjas alzaban el vuelo y volvían a posarse en cuanto se alejaban de allí. Unos pequeños monos de cara graciosa y larga cola gritaron indignados cuando los dragones pasaron por su lado.

Encontraron a Manglar, solo, en una plataforma pequeña, seleccionando la fruta. Gloria aterrizó con delicadeza en el centro, mientras Cieno se posaba en el filo e intentaba mantener los pies y la cola bien lejos para no espachurrar ninguna de las bayas. Nocturno encontró una rama cercana y estudió la fruta como si intentara relacionarla con los dibujos de los pergaminos que había memorizado.

Las manchas rojas de la gorguera de Manglar habían sido reemplazadas por espirales moradas. El dragón alzó la mirada y saludó a Gloria con brusquedad.

—Tú me has metido en esto —dijo la dragonet—. Así que empezaré contigo, ya que pareces ser el único dragón que lo sabe todo sobre los Alas Lluviosas desaparecidos. ¿Quién fue el primero en desaparecer?

Manglar dejó en el suelo un plátano y miró al cielo, pensativo.

—La primera debió de ser Esplendor —contestó el dragón—. Acababa de terminar su turno como reina y le pasó el puesto a Destello.

—Vaya —exclamó Cieno—. ¿Hay una reina desaparecida?

—Bueno, ese mes ya no era ella la reina —señaló Manglar—. Y, cuando no volvió, simplemente empezaron a saltarse su turno. Pensaron que, si lo quería, ya volvería a por él.

—¿Había alguien con ella cuando desapareció? —le preguntó Gloria.

Su perezosa le rodeó el cuello y volvió a acurrucarse. A la dragonet se le había olvidado que estaba allí. Cuando se movía, parecía un collar blando y calentito.

Manglar sacudió la cabeza.

—Por lo que yo sé, no. Noté que había desaparecido cuando los compañeros de su turno volvieron y ella no estaba entre ellos. Pero puedo adivinar cuándo desapareció porque su perezoso encontró a otro dragón con el que vivir rápidamente.

Gloria tamborileó sus garras sobre la plataforma y pensó en la corte de los Alas Marinas, donde las intrigas políticas y las traiciones hervían a fuego lento bajo la superficie. Sin mencionar a los Alas Arenosas, donde tres hermanas estaban haciendo pedazos el mundo de los dragones en sus luchas por el poder.

—Puede que otra de las reinas se deshiciera de ella —sugirió la dragonet —. Quizá Destello o alguna otra quería un turno más largo y tener menos rivales.

Nocturno asintió, dando a entender que había tenido la misma idea.

Las orejas de Manglar se tiñeron ligeramente de amarillo, antes de volver a su morado original.

—Nada de eso ha cambiado —dijo—. Los turnos duran lo mismo, un mes cada uno. De todas formas, solo había seis dragonas en la tribu dispuestas a ser reina. Ahora cinco. Así que ninguna tenía que esperar demasiado para volver a reinar. Además, a nadie le gusta ser reina.

—¿Me puedo comer esto? —preguntó Cieno, señalando una esfera roja chiclosa cerca de sus garras.

—Si quieres... —le dio permiso Manglar.

Cieno se la metió en la boca y empezó a masticarla con una expresión de sorpresa.

—¿Quién fue el siguiente en desaparecer después de Esplendor? —preguntó Gloria.

—Dos dragones que estaban en sus clases de entrenamiento de escupir veneno —siguió Manglar—. Uno de ellos estaba teniendo problemas de

puntería, así que el otro se lo llevó fuera de la aldea para practicar y ninguno de los dos volvió.

—Kikajú también estaba practicando su puntería —observó Gloria—. ¿Hay algún sitio en especial donde vayan los Alas Lluviosas a practicar?

Manglar sacudió la cabeza.

—Donde digan los entrenadores.

—Eshto esh mu correosho —farfulló Cieno dándole vueltas a la fruta dentro de la boca.

—Sí. Sí que lo son —le dijo Manglar—. Seguramente tardes una hora más en poder tragártelo y varios días más en poder quitarte todos los trozos que se te queden en los dientes.

—Vaya —rio Nocturno—. Llevémonos unas pocas para Tsunami.

Gloria escondió una sonrisa, intentando parecer responsable y con un aire de gran investigadora.

—¿Qué más puedes decirme sobre los dragones desaparecidos? —le preguntó a Manglar—. ¿Cuántas hembras? ¿Cuántos dragonets? Cosas así.

Manglar contó con las garras.

—Siete hembras y cinco machos. Cuatro dragonets menores de siete años. Kinkajú tiene tres. Ella sería la más joven y Tapir el más viejo; tiene alrededor de ciento diez años.

—¿Alguno de ellos tiene enemigos en la tribu? —preguntó Gloria—. ¿Alguien podría desearles algún daño?

Manglar se puso en pie y unos rayos naranja refulgieron en las escamas bajo sus alas.

—Los Alas Lluviosas ni siquiera se pelean entre sí —dijo—. No existen los enemigos dentro de la tribu. ¿No has notado lo pacíficos y armoniosos que somos todos?

—Sí, claro —contestó Gloria—. Todo el mundo excepto tú. Tú pareces

ser bastante gruñón. Así que, por lo que se ve, también existen Alas Lluviosas gruñones.

El dragón la miró fijamente con la boca abierta.

«Vaya —pensó Gloria—. Espero no haber perdido mi mejor fuente de información».

—Quiero decir —añadió—, no es que tenga nada de malo. Yo misma suelo ser bastante gruñona la mayor parte del tiempo.

—¿La mayor parte? —repitió Nocturno.

—Ajá —murmuró Cieno mostrándose de acuerdo con su compañero.

—Algunas cosas se merecen que me ponga gruñona con ellas —les respondió Gloria, mirándolos con el ceño fruncido.

Manglar dejó escapar una risotada.

—Está bien. Tienes razón. Supongo que he estado descuidando mi hora de sol desde que Orquídea desapareció —dijo—. Solía ser tan feliz como el resto de los dragones, pero estoy preocupado por ella —dijo Manglar. Se pasó la garra por la gorguera y las orejas—. Confía en mí, Orquídea era perfecta hasta la última escama. Es imposible que nadie quisiera hacerle daño.

«Eso es precisamente lo que temo», pensó Gloria. Si no había ningún Ala Lluviosa detrás de las desapariciones, entonces tenía que ser algo mucho más misterioso... y peligroso. La dragonet no podía evitar pensar en los soldados Alas Lodosas asesinados.

Pero... ¿qué podía ser lo suficientemente peligroso y fuerte como para matar dragones? ¿Y por qué nadie sabía que estaba ahí fuera?

Gloria miró a Nocturno, pero el dragonet parecía tan desconcertado como ella.

—Ahora mismo no quiero volver a hablar de esto —añadió Manglar, dejando caer los hombros.

—Entonces haz algo por nosotros —le dijo Gloria—. Llévame al sitio donde viste a Orquídea por última vez.

Manglar agachó la cabeza, juntó toda la fruta que le quedaba por clasificar en una pila torcida y abrió las alas. Gloria y los otros lo siguieron hasta el filo de la plataforma y rápidamente se lanzaron a dar vueltas, descendiendo hasta el suelo del bosque tropical.

Cuanto más bajaban, más oscuro estaba todo, pues la luz que se reflejaba en la copa de los árboles quedaba ya muy por encima de sus cabezas. Gloria buscó en el bosque pistas que pudieran ayudarlos a encontrar el camino de vuelta: un platanero caído por aquí, una telaraña tan grande como su ala por allá... Por el rabillo del ojo vio a otras criaturas que vivían en el suelo. Un oso hormiguero grande y peludo tenía la nariz enterrada en un agujero, rebuscando en su interior. Dos pájaros patilargos de color lavanda dejaron de volar y observaron con recelo a los dragones.

A Gloria le sorprendió lo mucho que se habían alejado de la aldea.

—¿No se puede recolectar fruta más cerca de casa? —gritó.

Manglar asintió y giró la cabeza para poder mirarla.

—A Orquídea y a mí nos gusta buscar bien lejos por si encontramos algo nuevo. El bosque tropical está lleno de sorpresas... encontramos una fruta nueva, al menos, una vez al año.

El Ala Lluviosa aterrizó al lado de un árbol caído gigante, cubierto de musgo y enredaderas. La tierra bajo sus garras estalló de vida, mientras un montón de lagartos e insectos intentaban salir corriendo de allí. Unas cuantas ranas de color azul cielo y ojos saltones se asomaron desde detrás de las ramas del árbol caído, sacando repetidamente la lengua como los dragones.

—Ni se te ocurra comerte una de esas —le advirtió Manglar a Cieno, al ver la mirada del dragonet puesta en las ranas.

—Esssssssshtto binnnnnn —murmuró Cieno señalándose las mandíbulas, donde la fruta roja parecía haberse quedado pegada.

—¿Son venenosas? —preguntó Nocturno, dándole unos golpecitos a las ranas.

Las ranas se limitaron a mirar al Ala Nocturna con una expresión de «Venga, atrévete, enorme lagarto gigante».

—No —le contestó Manglar—, pero te harían tener las alucinaciones más raras sobre insectos que podrías tener durante una semana. No valen la pena.

—¿Así que Orquídea desapareció por aquí? —preguntó Gloria—. ¿Sabes si Kinkajú estaba también por esta área?

Manglar se encogió de hombros.

—Posiblemente. A Bromelia le gusta tener toda la privacidad posible cuando entrena a sus alumnos más difíciles, para que nadie la vea gritarles.

Gloria se giró lentamente, estudiando el bosque que la rodeaba. Podía oír a los monos y pájaros gritando en los árboles, a su alrededor. Alas batiendo, ramas rompiéndose, garras arrastrándose entre los arbustos... El aire olía a mangos y a hojas mojadas, como si hubiera un estanque o una cascada cerca. También se podía apreciar otro olor, uno bastante horrible, por debajo de los demás.

—Nocturno —dijo la Ala Lluviosa—. ¿Qué es lo que hueles?

Gloria ya se había dado cuenta de que la nariz del Ala Nocturna era mejor que la de los otros dragonets, y había sido el primero en oler el fuego cuando los Alas Celestes atacaron el Palacio de Verano de los Alas Marinas. Quizá fuera una habilidad que poseían los de su tribu.

El dragón negro respiró hondo, lentamente. Luego arrugó la nariz.

—Algo en descomposición —dijo—. Como un animal muerto.

Manglar palideció desde los cuernos hasta la cola, volviéndose de un

enfermizo verde claro.

—No saques conclusiones —le dijo Gloria rápidamente—. Estoy segura de que no es ella. No huele a dragón, ¿verdad, Nocturno?

—No estoy seguro —dijo el dragonet, levantando el hocico y olfateando de nuevo. Gloria le pisó un pie y él dio un salto hacia atrás, gritando de dolor—. ¿QUÉ? ¡No estoy seguro!

—Vamos a averiguarlo —le dijo Gloria a Manglar—. Tú quédate aquí.

El Ala Lluviosa se dejó caer contra el árbol caído con una expresión abatida.

—¿No podrías haber tratado de tranquilizarlo un poco? —le siseó Gloria a Nocturno una vez que estuvo segura de que Manglar no los podía oír—. ¿No le has visto las escamas?

—¿Desde cuándo te importa a ti lo que sientan otros dragones? —le preguntó él.

—Me importa más que a ti —arguyó la dragonet—. Quizá, si tuvieras alguno de los poderes de los Alas Nocturnas y pudieras leer la mente, te darías cuenta de lo que pasa a tu alrededor.

—HUUM. QUE IFFUMNDO —añadió Cieno detrás de ellos.

Nocturno plegó sus alas contra su cuerpo y miró fijamente a su compañera.

—¿Y bien? —le preguntó Gloria—. ¿Puedes seguir el rastro o no?

Nocturno se giró y se lanzó hacia los árboles.

—Naaf maand naaf —le dijo Cieno a Gloria, preocupado.

—Uy, tus sermones son incluso más monos cuando no puedo entender ni una palabra de lo que dices —bromeó la dragonet.

Cieno le dio un golpecito juguetón en el hombro a Gloria, aunque a punto estuvo de lanzarla contra el árbol más cercano.

Cuando alcanzaron a Nocturno, estaba junto a una pequeña cascada, tan

alta como los hombros de Cieno, que desembocaba en un pequeño estanque. Un riachuelo no más ancho que la cola de un dragón burbujeaba por encima de la cascada y se alejaba del estanque al final de esta. Unas malas hierbas marrones y gruesas atascaban la lodosa superficie del estanque y un pez muerto flotaba en el agua.

La parte de arriba de la cascada estaba flanqueada por un par de árboles altos y oscuros, tan gruesos como las columnas donde los Alas Celestes mantenían a sus prisioneros. Los troncos eran tan marrones que parecían negros y las ramas crecían muy altas, así que más que árboles parecían pilares negros.

El más cercano tenía una piedra a su lado de dos veces el tamaño de Oráculo. En la base de la cascada, con la mitad del cuerpo dentro del estanque, flotaba un perezoso jadeante, aunque a Gloria le costó bastante descubrir qué era entre la nube de moscas que lo rodeaba. Aquel olor tan repugnante impregnaba el aire.

—¿Ruuurp? —murmuró la perezosa de Gloria, asomándose por su cuello para mirar al perezoso del estanque.

Gloria levantó un ala para tapar aquel horrendo espectáculo a su nueva mascota.

—¿Qué le pasa? —preguntó Gloria.

Se inclinó, acercándose al jadeante perezoso y se dio cuenta de que tenía un mordisco en una pata. La herida estaba ya negra e infestada de insectos. Tenía incluso peor aspecto que la herida de Membranas.

—No estoy del todo seguro —le dijo Nocturno—. No creo que ese mordisco sea suficiente para matarlo, pero se está muriendo.

—¿Podría ser por el veneno de un Ala Lluviosa? —preguntó la dragonet —. Parece tener el tamaño de un mordisco de dragón.

Su perezosa empezó a gorjear de manera trágica y angustiada. La

dragonet se la quitó del cuello y se la colocó en el pecho, de espaldas al perezoso del estanque. Era muy reconfortante sentir su sedoso pelo debajo de las garras.

—Quizá —le dijo Nocturno no muy convencido—. Pero a mí me parece que se trata de algo que actúa con más lentitud. Yo diría que lleva varios días muriéndose.

—Huele fatal —dijo Gloria—. Pobrecito.

Cieno se agachó al lado del perezoso y lo levantó de una pata con cuidado. Lo examinó por todas partes, como si esperara encontrar la forma de curarlo. Las moscas revolotearon furiosas alrededor de su hocico, con un zumbido de indignación. El perezoso moribundo gimoteó suavemente.

Gloria los rodeó y ascendió por la cuesta hasta el árbol con forma de pilar. Había algo en la piedra que no la convencía. Parecía apoyarse contra el árbol de manera poco natural, como si la hubieran colocado allí a propósito.

Rodeó el tronco y, de repente, se detuvo.

Había un agujero en la piedra.

Más que un agujero... una entrada.

CAPÍTULO 9

Gloria no estaba segura de cómo sabía que aquello no era un agujero natural en la roca. Se asemejaba a un agujero: oscuro, de piedra lisa en los bordes y lo suficientemente grande para que un dragón adulto pasara por él. Una cortina de musgo lo cubría parcialmente, aunque de una forma que no parecía lo bastante accidental.

Pero al mirarlo le daba vueltas, como si estuviera sobre el filo de un acantilado rodeada de fuertes vientos. Un sonido débil salía del interior de la roca, como el rugido de una tormenta al otro lado del mundo.

Tenía la sensación de que aquel agujero se abría a un túnel y de que aquel túnel llevaba a algún lado. Era imposible. Podía rodear la roca y ver que no había hueco en ningún sitio para un túnel, pero estaba segura de que sí existía.

—Nocturno —dijo lo más calmada que pudo—. ¿Qué piensas de esto de aquí?

El Ala Nocturna trepó hasta llegar a su lado, echó un vistazo alrededor de la roca y dio un salto hacia atrás cuando vio el agujero. Un temblor se extendió por sus alas.

—Creo que es horrible —dijo—. ¿No lo notas? Hay algo ahí dentro que no encaja. Como si alguien hubiera hecho un agujero donde no tendría que haberlo. No te acerques.

—Creo que tengo que entrar —dijo Gloria.

—Lo dices como si no estuvieras asustada —le contestó Nocturno—, pero las escamas se te están volviendo del mismo color verde que han adquirido antes las de Manglar. Significa que estás aterrorizada, ¿verdad?

—No intentes leerme las escamas —le espetó Gloria, volviéndose deliberadamente tan negra como Nocturno—. No es una coincidencia que este agujero esté aquí, cerca de donde ha desaparecido al menos un dragón. Quizás Orquídea se metiera en él... o puede que algo saliera y la atrapara.

—Ajá... exacto —dijo Nocturno—. Y nadie la ha vuelto a ver. Estoy seguro de que sabes lo que quiero decir.

—He prometido que resolvería esto —insistió Gloria—. No que huiría y me escondería nada más encontrar la primera pista.

Cieno llegó hasta ellos, con las alas caídas. Sus mandíbulas se habían liberado por fin de la correosa fruta roja.

—No he podido hacer nada por el perezoso —dijo—. Era demasiado grave.

—Weerb —ronroneó la perezosa de Gloria, en tono lastimero.

Gloria miró por encima del hombro de Cieno hacia la figura gris plateada que yacía inmóvil en el suelo.

—¿Está muerto? —susurró la dragonet.

Cieno asintió.

—No he podido dejar que siguiera sufriendo así.

—¿Y no te lo vas a comer? —le preguntó Gloria, ladeando la cabeza.

—Sería muy insensible por mi parte, ¿no crees? —le dijo su amigo.

—Y por como huele, seguramente haría que te pusieras enfermo —señaló Nocturno—. Me pregunto qué lo mordió y si tiene o no algo que ver con este agujero.

Por primera vez desde que había llegado, Cieno reparó en el agujero y extendió las alas, sorprendido.

—¡Escalofriante! —gritó—. ¿Por qué es tan escalofriante?

—Gloria quiere entrar —le dijo Nocturno, poniendo los ojos en blanco.

Cieno se acercó al agujero, lo olió y asintió pensativamente.

—Sí, seguramente tengamos que hacerlo.

—¡No! ¡No tenemos que hacerlo! —gritó Nocturno, abrazándose a sí mismo con las alas—. ¡Es de locos! ¡Podría haber algo acechando ahí dentro!

—Incluyendo la respuesta a qué es lo que está atacando a los Alas Lluviosas —le dijo Gloria—. Yo voy a entrar. Vosotros dos quedaos aquí.

Cieno saltó sobre la cola de su amiga y se sentó en ella.

—¡Ay! —gritó Gloria, intentando liberarse—. Quítate de ahí, grandullón.

—Si vamos a acabar haciéndolo, hagámoslo de manera sensata —le dijo Cieno—. Por ejemplo, mañana por la mañana, cuando no sea casi de noche, con refuerzos, una cuerda y un plan.

—¿Mañana por la mañana? —dijo Gloria. Lo empujó con todas sus fuerzas, pero él no se movió—. ¡Yo quiero las respuestas ahora!

—Eso ha sonado a Tsunami —señaló Nocturno con una expresión tan petulante que dejaba claro que sabía que a Gloria no le iba a gustar nada la comparación.

—Estás pidiendo a gritos que te muerda —gruñó Gloria. La Ala Lluviosa miró a la roca un momento, pensativa. Entrar con prisas era algo propio de Tsunami. En vez de eso, Gloria tendría que ser paciente y sensata—. Está bien, podemos esperar hasta mañana, pero voy a quedarme aquí para vigilar este agujero.

—No creo que vaya a irse a ningún sitio —añadió Nocturno con condescendencia.

—Sí, pero puede que vea a algo entrar ahí dentro —le espetó Gloria—. O salir.

Nocturno se alejó del agujero con un salto rápido, moviendo las alas, con nerviosismo.

—Yo me quedaré contigo —le dijo Cieno—. Nocturno, trae a los otros hasta aquí mañana por la mañana, junto con las lianas más largas y fuertes que encuentres.

—Y dile a Manglar que nos quedaremos aquí toda la noche, así que puede irse a casa —agregó Gloria—. Intenta ser amable, si es que eres capaz. Por ejemplo, dile que no hemos encontrado el cadáver de Orquídea o algo así.

—Está bien —dijo Nocturno, retrocediendo varios pasos más—. Ni se os ocurra hacer ninguna tontería mientras yo no esté.

—Intentaremos contenernos —contestó Gloria.

El Ala Nocturna salió volando hacia los árboles y en cuanto las sombras se lo tragaron, Gloria se dio cuenta de lo tarde que se había hecho ya. Sobre todo allí abajo, en las profundidades del bosque. Posiblemente aún brillara un poco el sol sobre las copas de los árboles. Pero la noche caía rápidamente. La Ala Lluviosa se dio cuenta de que le había aliviado un poco que Cieno la detuviera cuando quiso entrar en el agujero. Necesitaba poder ser capaz de ver en la oscuridad como Tsunami o de expulsar fuego como los otros dragones si quería explorar algo sin luz.

—Ya puedes bajarte de mi cola —le dijo a Cieno.

—Encontremos un sitio para escondernos —sugirió el Ala Lodosa, levantándose—. Esto... y quizás algo para comer. ¿Tienes hambre? Porque yo sí.

—¡Qué raro! —le dijo Gloria riéndose—. Sabes que tienes los suficientes trozos de esa fruta pegados a los dientes para que se pueda considerar otra comida, ¿verdad?

—Lo sé —soltó Cieno con tristeza, pasándose la lengua por los correosos

trozos rojos que tenía entre los dientes—. Pero ojalá tuviera una oveja o una vaca en vez de esto.

—Lo siento —le dijo Gloria—. Seguramente no encuentres nada de eso por aquí.

La dragonet extendió las alas y saltó hasta las ramas más bajas de un árbol grueso y gris. Había un montón de enredaderas con flores moradas en torno al árbol y otro árbol, este mucho más escuálido, que parecía crecer a los pies del primero y se le enroscaba en el tronco como si fuera la cola de un mono.

Encontraron un sitio donde las ramas estaban tan juntas que ambos podían tumbarse sin tener que preocuparse por si se caían o no. A través de las enredaderas, Gloria podía vigilar el agujero de la piedra, aunque estuviera desapareciendo rápidamente entre las sombras que lo rodeaban.

Cieno se hizo un ovillo cerca de ella pero sin llegar a tocarla, lo cual Gloria agradeció. La dragonet se preguntó si a los otros Alas Lluviosas tampoco les gustaba que lo tocaran o si era algo solo de ella, el resultado de haberse criado con tres guardianes que la golpeaban cada vez que la veían.

«Seamos justos —pensó Gloria—. Membranas nunca me hizo daño. Solo dejaba que los otros dos hicieran lo que quisieran».

Así que cada vez que Rapaz o Desierto se enfadaban, cuando la guerra empeoraba o alguien lo hacía mal durante los entrenamientos o cuando no había cena suficiente para todos o cuando se acordaban de que tenían a una Ala Lluviosa en vez de a un Ala Celeste tal y como decía la profecía... Gloria se convertía en el blanco fácil para un puñetazo furioso con la garra o para el latigazo de una cola violenta.

«Bueno. Da igual —pensó—. Ahora soy libre y tanto Rapaz como Desierto están muertos».

Gloria levantó una pata y acarició a la perezosa que tenía alrededor del

cuello. Esta se acomodó en su garra y gorjeó suavemente.

—¿Cómo te sientes al estar en casa? —le susurró Cieno tras un momento.

Su cuerpo era solo un bulto oscuro a su lado. Gloria enroscó la cola en una rama. Había estado evitando pensar en ello desde que visitó el nido. «Hice justo lo que me había prohibido hacer... tener esperanzas para que luego pudieran destrozármelas».

—No tengo la sensación de estar en casa —le contestó ella con calma—. La siesta bajo el sol fue increíble y me encanta la fruta, pero los otros dragones... no lo sé. Es raro. Pensé que se parecerían más a mí, pero no se parecen en nada.

Las alas de Cieno crujieron.

—Yo pensé lo mismo —dijo—. Pensé que los guardianes y los pergaminos debían de estar equivocados respecto a los Alas Lluviosas, porque tú no eres ni vaga ni aburrida. Pero me temo que eres diferente al resto.

—Quizá no lo sea —dijo Gloria—. Puede que más horas de sol me vuelvan tan vaga como los otros —dijo, mientras recordaba de nuevo el Reino Celeste y la sensación cálida e hipnotizante de estar durmiendo todo el día bajo el sol.

—Lo dudo —le dijo Cieno—. No todos los Alas Lluviosas son iguales. Serías diferente independientemente de dónde hubieras nacido.

«Eso no lo sé —pensó Gloria—. E incluso si soy diferente, ¿qué tiene eso de bueno?».

—No soy lo suficientemente diferente como para ser parte de la profecía —dijo—. Sigo sin ser una Ala Celeste.

—Nosotros no queremos a una Ala Celeste —le dijo Cieno, rotundo—.

¿Has pensado qué harás? Si vamos en busca de Llamas... Tú no querrás quedarte aquí, ¿verdad? Con tu tribu.

«No tengo ni idea».

—Shh —dijo Gloria de repente—. Escucha.

Ambos guardaron silencio.

El bosque tropical estaba lleno de extraños ruidos por la noche. Unos pájaros que no podían ver ululaban y graznaban, ocultos; las ramas se agitaban y crujían como si hubiera animales hechos de aire moviéndose entre ellas. Desde el río les llegaba un coro de eructos y gorjeos. Gloria dedujo que esto último debía de ser una reunión de ranas.

Pero, en ese momento, descubrieron algo más... algo que caminaba lentamente con unos pies enormes.

Chasquido. Culebreo. Chasquido. Culebreo.

La perezosa se abrazó con fuerza al cuello de Gloria. La dragonet podía notar cómo temblaba. Estaba segura de que sus propias escamas se estaban volviendo verdes del miedo y tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para que siguieran siendo negras.

La cosa hizo un ruido, como si olisqueara y jadeara a la vez.

Culebreo. Culebreo.

Ahora estaba cerca del estanque. Se quedó quieta durante mucho tiempo. Gloria no estaba segura de si se estaba imaginando aquel enorme y pesado bulto que creía estar viendo, como si estuviera hecho de sombras.

Triturar triturar sorber sorbeeeeeeer triturar.

Se oyeron más ruidos, como si algo o alguien tragara y se relamiera y, entonces, abruptamente, llegó de nuevo el silencio.

Chasquido. Culebreo. Chasquido. Culebreo.

Y con la misma rapidez que había llegado, la criatura desapareció. Gloria agudizó los oídos, pero no pudo oír ningún paso perdiéndose en el bosque

ni el sonido de ninguna rama quebrándose bajo los pies. Fuera lo que fuera aquella cosa, había desaparecido muy cerca de ellos.

Como si se hubiera vuelto a meter en el agujero.

Ni ella ni Cieno dijeron nada durante un tiempo. Gloria no estaba segura de que la cosa se hubiera ido, así que no estaba dispuesta a arriesgarse a hacer ningún ruido. Se quedó tan quieta como pudo, incluso cuando empezó a sentir calambres en las patas.

Después de lo que le parecieron horas, escuchó unos ronquidos suaves procedentes de la rama de Cieno. Gloria se removió, colocando bien las alas, e intentó dormirse también. Pero cada sonido que escuchaba hacía que el corazón le latiera desbocado y todo lo que pudo hacer fue entrar y salir de un ligero duermevela durante lo que quedaba de noche.

Fue un alivio cuando el sol empezó a colarse de nuevo entre las hojas, hasta llegar a las profundidades del bosque. Gloria se sentó, se frotó los ojos cansados y miró fijamente hacia el estanque y hacia la piedra.

El perezoso muerto había desaparecido. Lo único que quedaban eran unos pocos pelos grises y algo de sangre en las hojas, goteando sobre el suelo húmedo.

CAPÍTULO 10

Cuando los otros dragonets llegaron, Gloria se había deshecho de cualquier rastro del verde aterrorizado de sus escamas. Esperó junto a la roca, con sus alas llenas de puntitos grises como la piedra, mientras ellos aterrizaban junto a ella. Sol le echó los brazos al cuello a Cieno en cuanto lo vio y lo abrazó.

—¿Cómo está Membranas? —preguntó el Ala Lodosa.

Tsunami bufó.

—No creo que esos sanadores se hayan topado nunca con algo peor que una torcedura de ala o un golpe en una garra —soltó la dragonet—. No hacen más que mirarle la herida y murmurar.

—Pero estoy segura de que se pondrá bien —agregó Sol—. Los Alas Lluviosas lo están haciendo lo mejor que pueden. —La dragonet se giró y pilló a Tsunami poniendo los ojos en blanco a su espalda. Sol frunció el entrecejo—. Sí que lo hacen.

—Sol, tú siempre crees que todo el mundo hace todo lo mejor que puede —señaló Tsunami.

La pequeña Ala Arenosa expulsó una pequeña llamarada.

—¿Y? Es que es la verdad. ¿Por qué no iban a querer hacer lo mejor?

—Sí, querida —le contestó Tsunami, amablemente.

—Holaaaaaaa —les interrumpió una voz.

Un cometa rosa atravesó los árboles y cayó al lado de los dragonets.

Gloria retrocedió de un salto, inflando su gorguera al ver Jambu, mientras este hacía una reverencia a los dragonets, sonriendo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Gloria.

—He oído lo que os traíais entre manos y suena divertido —dijo con una sonrisa—. Así que me he tomado el día libre para ver si os puedo ayudar. Juntos, hermano y hermana... ¡como un equipo! Maravilloso, ¿verdad? —Giró el cuello para mirar el agujero en la piedra que Gloria tenía justo detrás—. ¡Menuda cosa más rara! ¡No me extraña que dé tanto yuyu esta parte del bosque! La mayoría de los Alas Lluviosas evitan acercarse al estanque. Pero nunca nadie hasta ahora había dicho nada de un agujero misterioso. No. Creo que no. ¿Cuál es el plan?

—El plan es que yo entro —le dijo Gloria— y todo el mundo me espera aquí.

Bueno, a nadie le gustó el plan. Tsunami quería ir la primera; Cieno que fueran todos juntos; Nocturno aún seguía a favor de que no entrara nadie. Incluso Jambu empezó quejarse de que no quería que lo dejaran solo.

Gloria se enroscó la cola alrededor de las garras y esperó a que todo el mundo se callara.

Sol se acercó discretamente a ella.

—Quizá podamos llegar a un acuerdo —sugirió la Ala Arenosa en voz baja—. Quizá podrías escoger a alguien para que fuera contigo. Puede que alguien que pueda expulsar fuego y te resulte útil en la oscuridad de ahí dentro.

Por desgracia, aquello tenía sentido. A Gloria no le gustaba nada la idea de internarse en la oscuridad total sola y, si encima tenía razón y había un túnel, no había forma de saber lo largo que era ni si acabaría perdiéndose.

—Como, por ejemplo... —empezó a decir Sol.

—¡Está bien! —gritó Gloria, silenciando a los otros—. Bien. Perfecto.

Hay un nuevo plan. Cieno y yo iremos primero y veremos qué hay ahí dentro.

Sol parecía decepcionada, pero Gloria no entendía por qué. La Ala Lluviosa estaba haciendo lo que su amiga le había sugerido.

—¿Y yo qué? —le contestó Tsunami, enfurecida.

—Tú te quedas vigilando el otro extremo de las lianas —le dijo Cieno—. Si damos tres tirones, significa que estamos en problemas. Así que, o tiráis de nosotros hacia fuera o, si no podéis, entráis y nos rescatáis.

A Gloria no le gustaba demasiado la idea de tener una liana atada alrededor de los hombros, pero estaba en minoría. Mientras Nocturno apretaba los nudos, Gloria se quitó a la perezosa del cuello y se la pasó a Sol.

—Toma —le dijo—. Cuida de Plata mientras yo no estoy, ¿vale?

—Uy —soltó Sol, sonriendo—. ¡Qué nombre más bonito!

Gloria no había querido decirlo en voz alta. No había querido que los otros se dieran cuenta de que había empezado a apreciar al pequeño mamífero.

—Greer —refunfuñó la perezosa, pero se acomodó en la espalda de Sol con una expresión de felicidad en el rostro.

«Debe gustarle el calor que emanan sus escamas de Ala Arenosa —comprendió Gloria—. ¿Y si no quiere volver conmigo?». La dragonet sacudió las alas. «Entonces supongo que será problema de Sol».

—Vayamos a cazar al monstruo —le dijo Gloria a Cieno.

—Recuerda... tres tirones —le dijo el Ala Lodosa a Tsunami.

Cieno cuadró los hombros y se dirigió a la piedra junto a Gloria. Ella sabía que su amigo debía de estar acordándose de los ruidos tan horribles y de la oscura criatura que habían visto la noche anterior. La dragonet estaba contenta de que Cieno le hubiera hecho caso y no le hubiera contado nada a

los demás. Nocturno no necesitaba otra razón para intentar impedirle que entrara en el agujero.

—Déjame entrar a mí primero —le susurró Cieno—. Así podré alumbrar el camino.

Gloria asintió, muy a su pesar, y él dio su primer paso hacia la oscuridad. Ella lo siguió tan de cerca que casi le pisó la cola.

Cieno expulsó una ráfaga de fuego y ambos vieron un túnel de piedra que se abría ante ellos para luego girar abruptamente hacia la derecha.

—Es imposible —susurró Cieno—. Este túnel es mucho más largo que la roca. Y no va hacia abajo... hacia el suelo...

—¿Será alguna clase de magia? —aventuró ella—. ¿Quizás algún tipo de magia animus?

A Gloria no se le ocurría ninguna otra explicación para el túnel que tenía ante sí. A menos que existieran criaturas misteriosas con poderes similares a los dragones animus.

Cuando Gloria tenía cuatro años, había atravesado una fase en la que le había dado por leer todas las historias sobre dragones animus: en aquella época, deseaba convertirse en una de ellos para así poder encantar la cena de Desierto y conseguir que fuera la cena quien se lo comiera a él. Por supuesto, no se le había manifestado poder alguno y, probablemente, había tenido suerte de que así fuera, teniendo en cuenta lo que habían descubierto sobre las consecuencias de usar este tipo de magia gracias a la hermana de Tsunami, Anémona, en el Reino del Mar.

«Por un lado, la habilidad de manipular y encantar cualquier objeto físico —pensó Gloria—. Por otro, tener que decirle adiós a tu alma».

La dragonet apartó a un lado a Cieno, lo adelantó y empezó a recorrer el túnel. El Ala Lodosa se quedó lo suficientemente cerca como para acariciarle las alas con el hocico.

—Creía que los pergaminos decían que no había habido ningún animus desde hacía muchas generaciones —le dijo Cieno, rascándose la cabeza—. Pero entre las hijas de la reina Coral y esta cosa, supongo que no lo recuerdo muy bien.

—No, eso es lo que decían los pergaminos, pero acuérdate de que no eran más que historias escritas por los Alas Nocturnas —le dijo Gloria—. Los Alas Nocturnas no soportan a los dragones animus porque sus poderes son mejores que los suyos. Además, los Alas Nocturnas prefieren ser los únicos dragones con poderes mágicos que haya por ahí fuera. Así que quizá nos hayan mentido.

—O no sabían que existía esa clase de poder entre la familia real de los Alas Marinas —le dijo Cieno—. O quizá, cualquier dragón que posea poderes animus lo oculta para que no lo obliguen a usarlos para la guerra, por ejemplo —concluyó.

Cieno expulsó otra llamarada de fuego y vieron la curva del túnel a unos pocos pasos de ellos.

—Puede que este túnel no tenga nada que ver con un animus —soltó Gloria—. Quizás exista otro tipo de criatura que pueda hacer este tipo de magia.

Cieno no le respondió, pero la dragonet sintió un escalofrío que le recorrió las alas.

En la curva, Gloria se inclinó hacia delante para mirar por el recodo. Antes de que Cieno pudiera usar su fuego, Gloria vio una luz... una luz lo suficiente intensa como para darse cuenta de que el túnel volvía a girar a la izquierda. Y de allí era de donde venía la luz.

Los dragonets reptaron hacia el siguiente recodo y echaron un vistazo.

Otro largo túnel se abría ante ellos y al final de este se veía un charco de

luz brillante... demasiado brillante para tratarse del suelo del bosque tropical.

Cieno y Gloria intercambiaron una mirada.

—¿Nos hemos perdido algo? —le susurró la dragonet—. Pensé que este túnel sería más largo. Además, pensé que tendría... ya sabes, un monstruo dentro.

—Debe de haber venido de ahí fuera —le dijo Cieno, señalando con la cabeza hacia el círculo de luz.

Se deslizaron por el túnel, atentos por si se topaban con alguna entrada oculta. Por lo que Gloria había podido ver, no había ninguna: solo muros de lisa piedra que los llevaban hacia aquella luz, que se volvía cada vez más cegadora a medida que se acercaban.

Los dragonets se pararon bajo la entrada, pestañeando, y se dieron cuenta de que había una montaña de arena que les llegaba casi hasta los hombros y bloqueaba casi por completo la salida. Gloria se internó en ella, apartando la arena a un lado hasta que hizo un agujero lo suficientemente grande para reptar por él. Luego sacó la cabeza.

El sol le bañó las escamas, pero no de la misma forma que lo había hecho en las copas de los árboles del bosque tropical o en las Garras de las Montañas de las Nubes. Allí el calor era tan seco como unos huesos antiquísimos y le succionaba toda la humedad de las escamas. No soplaba ni una brizna de brisa.

Los granos de arena se le escapaban de entre las garras. Mientras los ojos se le acostumbraban a la intensa luz, Gloria se dio cuenta de que la arena se extendía, infinita y pálida, hasta el horizonte por delante de ella. No había árboles. El cielo era peligrosamente azul y sin ninguna nube a la vista. El hedor enfermizo de la muerte flotaba ligeramente en el aire. No había nada más que desierto hasta donde se extendía su vista.

Cieno se apretó tras ella, asomando la cabeza y olfateando con la nariz el llameante calor.

—Au —dijo.

Gloria aguzó el oído. A lo lejos, en el cielo, aparecieron unas pequeñísimas figuras oscuras, acercándose con rapidez.

—Escóndete —le ordenó Gloria, empujando a Cieno de vuelta al túnel.

Quitándose la liana de los hombros, salió del túnel. Gloria estiró las garras sobre la arena y se concentró en sus escamas. La dragonet las hizo volverse rápidamente marrones, doradas y blanco pálido. Camuflada, alzó la vista para fijarse en los dragones que se aproximaban.

Había dos Alas Arenosas, bajando en picado a medida que se acercaban. Durante un horrible momento, Gloria pensó que la habían visto, pero pasaron de largo sin ni siquiera mirar hacia abajo. La dragonet se dio cuenta de que se dirigían a un punto algo más alejado y situado por detrás de ella.

Moviéndose con cuidado, Gloria dio un par de pasos y se giró.

Desde aquel lado, el agujero estaba escondido en una duna rodeada por un semicírculo de aburridos cactus verdes. Cada cactus era la mitad de alto que un dragón adulto, con espinas diminutas y tan afiladas como colmillos. Unas cuantas flores blancas y polvorientas crecían entre las púas.

Más allá de los cactus, las dunas se inclinaban hacia una enorme fortificación a lo lejos. Los dos Alas Arenosas volaron hacia allí, y desaparecieron tras unos gruesos muros de arenisca. Desde donde estaba Gloria no se podía ver ni una ventana. Solo el sólido bloque que era la estructura, como un enorme monstruo de ladrillo irguiéndose en medio de la arena.

«Espera», pensó la dragonet. Había algo adornando la parte superior de los muros... pequeñas formas oscuras a intervalos regulares, agitándose de vez en cuando por culpa del viento.

Gloria entrecerró los ojos, intentando procesar lo que podía ver desde allí. Aquello parecía... pero no podía ser...

La Ala Lluviosa cerró los ojos de repente y se agarró el estómago. Lo era. Gloria recordó de inmediato el pergamino en el que había leído la descripción de aquel sitio.

Las formas oscuras eran cabezas de dragones. Las cabezas de los dragones que habían sido ejecutados, apiladas donde todo el mundo pudiera verlas para recordar a los otros dragones los peligros de la desobediencia. De acuerdo con el pergamino, el hedor se olía desde varios kilómetros a la redonda.

Gloria ya sabía dónde estaban.

Estaban en el Reino de Arena, junto a la fortaleza de Brasas.

SEGUNDA
PARTE
ARENA, HIELO
Y HUMO
elta de Espuma

CAPÍTULO 11

Hubo una vez en la que la fortaleza de Brasas había sido el palacio de los Alas Arenosas original. Ahí era donde habían comenzado todos los problemas. Gloria se apretujó aún más contra la arena y contempló fijamente la fortaleza, recordando la historia que Membranas les había enseñado.

Dieciocho años atrás, la reina Oasis había gobernado a los Alas Arenosas desde allí. Sus tres hijas, Brasas, Ampolla y Llamas, eran dragonas sin importancia, notas al pie en los pergaminos de entonces. Oasis era vieja, fiera y astuta, con un impresionante y vasto tesoro. Nadie creía que la fueran a retar en muchos años.

Y, ciertamente, nadie esperaba que un esmirriado carroñero cazatesoros la matara, pero eso fue exactamente lo que ocurrió.

Ahora el tesoro había desaparecido y las tres hermanas habían sumido a todas las tribus en una lucha por el poder. Dieciocho años de baños de sangre. Gloria movió la cola, concentrada en mantener sus escamas del color de la arena que tenía debajo.

Brasas había echado a las otras dos y se había quedado el palacio para ella. Aunque, dependiendo del pergamino que se leyera, eran Ampolla y Llamas quienes habían escapado antes de que su hermana las matara. Se habían marchado en busca de aliados, sabiendo que ninguna de ellas podría vencer a Brasas en solitario.

Durante el reinado de la reina Oasis, el palacio no era así. Brasas le había añadido los gruesos muros y, por supuesto, las cabezas de dragones en la parte de arriba.

Gloria se preguntó si Brasas estaría allí ahora mismo, en su fortaleza. ¿O estaría en el Reino Celeste, intentando mantener su alianza con los Alas Celestes después de lo que Gloria le había hecho a la reina Escarlata?

Las verdaderas preguntas eran: ¿sabía Brasas de la existencia del pasadizo?, y ¿tenía algo que ver ella con los Alas Lluviosas desaparecidos?

—Gloria —siseó Cieno desde el oscuro agujero en la duna—. ¿Qué ocurre?

Gloria se deslizó por el montículo y se acercó a él.

—Estamos en el Reino de Arena —le dijo—. No tengo ni idea de cómo ni por qué.

—¿Qué es eso de allí? —le preguntó Cieno señalando al norte.

Gloria se giró y vio a una bandada de dragones volando muy alto, en el cielo. Sus escamas brillaban tanto bajo la luz del sol que incluso desde donde estaba, Gloria podía adivinar que se trataban de Alas Heladas, blancos y celestes como diamantes. Por su ángulo de vuelo, parecían que estaban volviendo del Reino Celeste a su propio hogar, en la península helada del norte.

—Alas Heladas —le explicó Gloria—. No estamos muy lejos del Reino Helado.

Aquello era muy difícil de imaginar bajo aquel sol abrasador, pero la dragonet recordaba perfectamente el mapa que tenían en la pared de la cueva donde se habían criado.

—Vaya —exclamó Cieno, vivaz—. Entonces podemos ir a buscar a Llamas.

—Hurra —se limitó a decir Gloria.

La Ala Lluviosa sabía que los otros esperaban que Llamas fuera una buena candidata a reina, para así poder elegirla a ella en vez de a Brasas o a Ampolla. Pero Gloria no tenía demasiadas esperanzas, basándose en todo lo que había leído sobre ella.

¿Tendrían Llamas o los Alas Heladas algo que ver con este pasadizo hacia el bosque tropical?

Y, por otra parte, ¿qué era aquella criatura a la que habían oído Cieno y ella en medio de la noche? ¿Y adónde había ido?

—Muy bien. Vayamos a decírselo a los otros —dijo.

—Pero eso es completamente imposible —dijo Nocturno por millonésima vez—. El Reino de Arena está, literalmente, a medio mundo de distancia, al otro lado de las montañas, por el amor de las tres lunas. No puedes haber ido hasta allí a través de un túnel en el bosque tropical.

—Ve y compruébalo tú mismo —le espetó Gloria—. Es real. Alguien construyó un pasadizo secreto entre el bosque tropical y el territorio de los Alas Arenosas —dijo la dragonet.

Hundió la cola en el agua, feliz de estar de vuelta en el frescor del bosque tropical. Sentía las escamas ardientes, como si acabara de atravesar corriendo un fuego. Plata, que estaba sentada en una de las garras de Gloria, hundió una pata en el agua y luego la apoyó en la garra de Gloria.

—Pero ¿por qué? —preguntó Tsunami intrigado—. ¿Qué sentido tiene?

Gloria no tenía respuesta para esa pregunta. ¿Para que pudieran colarse y comerse a algún perezoso de vez en cuando? Eso no tenía sentido. Y aún tenía menos sentido que secuestraran a Alas Lluviosas.

—¿Creéis que los Alas Arenosas se cuelan por aquí para atacar a los Alas Lodosas? —preguntó Sol con vacilación—. Puede que fuera un Ala Arenosa el que matara a esos soldados.

—Me parece una forma muy complicada de hacer las cosas —le contestó

Tsunami—. Si los Alas Arenosas tienen un animus, podrían crear un pasadizo directo al territorio de los Alas Lodosas o algo mucho más útil.

—Sigo creyendo que este pasadizo tiene algo que ver con los Alas Lluviosas desaparecidos —agregó Gloria—, pero no sé el qué. Si se hubieran metido ahí por accidente, solo tendrían que haber vuelto siguiendo el mismo camino. Pero si se los llevaron... ¿Qué es lo que los Alas Arenosas o los Alas Heladas quieren de los Alas Lluviosas?

—A Brasas le gusta coleccionar cosas —les recordó Nocturno.

—Pero ya viste su cara cuando la reina Escarlata me estaba exhibiendo en el Reino Celeste —le dijo Gloria—. Parecía que Brasas no había visto a un Ala Lluviosa en su vida. Y a ella no le gustan las cosas bonitas, sino las horribles y extrañas. Tenéis mucha suerte de no haber visto el espeluznante regalo que la reina Escarlata le hizo cuando Brasas fue a visitarla. Era un cocodrilo muerto y embalsamado, con unas alas de murciélago cosidas en la espalda que le daban el aspecto de un dragón raro —dijo, estremeciéndose —. Horrible, pero a Brasas le encantó.

—¿Y tú no sabes nada de este pasadizo? —le preguntó Tsunami a Jambu.

El hermano de Gloria levantó sus preciosas alas, desconcertado.

—Lo único que sé es que los Alas Lluviosas no lo pusieron ahí —dijo—. ¿Por qué íbamos a querer tener una forma de salir del bosque tropical? La vida aquí es perfecta.

—A menos que cometas el error de desaparecer, porque entonces te deseo buena suerte, nadie va a ir a buscarte —señaló Gloria.

—Bueno, quizá... —le contestó Jambu, como si aquel fuera un problema normal en una tribu de dragones—. Pero para el resto de nosotros es maravilloso.

Gloria se preguntó de qué color se le pondrían las escamas si lo mordía.

—¿Tenéis algún dragón animus? —le preguntó Nocturno.

—¿Eso qué es? —fue la respuesta de Jambu.

—No importa —los cortó Gloria—. ¿Alguna vez os han visitado los Alas Arenosas? ¿O habéis visto alguna vez uno en este bosque?

Jambu negó con la cabeza.

—No lo creo. Ni siquiera sé qué pinta tiene un Ala Arenosa —dijo.

—Como yo —le señaló Sol—. Bueno... más o menos.

—Pero los habéis visto en los pergaminos, ¿verdad? —dijo Nocturno.

—Pergaminos —contestó Jambu—. Esto... ¿Y eso es...?

Nocturno esbozó la misma expresión que pondría si alguien acabara de preguntarle si respirar era realmente necesario.

—¿No tenéis ningún pergamino? —jadeó el Ala Nocturna—. ¿No leéis? ¿De verdad que no leéis? ¿Nada?

Jambu se encogió de hombros, disculpándose.

—No sé muy bien de qué me estás hablando —le dijo.

Nocturno tuvo que sentarse y cubrirse la cabeza con las alas un minuto.

Gloria no paraba de enroscarse la cola, mientras Cieno le describía los Alas Arenosas a Jambu. Cuanto más descubría acerca de los Alas Lluviosas, peores le parecían. ¿Una tribu sin pergaminos, a la que no le importaba lo que estaba ocurriendo fuera de su territorio? ¿Por qué ni siquiera sentían un poco de curiosidad por el resto del mundo? Gloria tenía ganas de sacudirlos a todos.

—No, no me suenan —soltó Jambu—. Estoy bastante seguro de que los únicos visitantes de otras tribus que hemos tenido se parecían a él —dijo señalando a Cieno—. Y normalmente se han perdido y lo único que quieren es salir del bosque tropical lo más rápido posible.

—Quizá debamos destruirlo —dijo Sol inesperadamente.

Todos se giraron para mirarla. Ella arrastró los pies por el húmedo suelo del bosque.

—Me refiero al pasadizo. No puede estar ahí para nada bueno, ¿verdad? Lo que sé es que no me gusta la idea de que Brasas pueda salir de ahí dentro en cualquier momento. Y si encima está haciendo que desaparezcan los Alas Lluviosas... bueno, ¿a quién le importa qué hace ahí? Limitémonos a destrozar la roca o a llenar el túnel de árboles para luego prenderles fuego o algo así.

Gloria parpadeó.

Eso sí que tenía algo de sentido. Definitivamente, había algo que no terminaba de encajar con aquel túnel que alguien había hecho aparecer de la nada. Puede que destruirlo resolviera el problema... pero Gloria también quería respuestas. Tenía que haber una explicación.

Tsunami fue la primera en hablar.

—No creo que eso funcione. Si hay alguien o algo detrás de todo esto, entonces destruir su pasadizo secreto no los va a detener. Al menos así tenemos algún tipo de ventaja al saber dónde está.

—¿Y si los Alas Lluviosas desaparecidos siguen vivos al otro lado? —intervino Cieno—. ¿Y si tenemos la oportunidad de salvarlos?

—Oh —dijo Sol—. Es verdad.

—Yo no pienso ir a la fortaleza de Brasas —soltó Nocturno inmediatamente—. Ni hablar.

Un mono que había en uno de los árboles sobre sus cabezas tiró una nuez y Nocturno retrocedió de un salto, nervioso, mientras el fruto caía a su lado.

—Si tengo que hacerlo, lo haré —dijo Gloria.

Ella tenía que haber sido la que pensara en salvar a los Alas Lluviosas desaparecidos. Si seguían con vida, por supuesto que tenía que ayudarlos a volver a casa, aunque pensara que todos los miembros de su tribu eran unos cabezas huecas.

—Pero no estamos seguros de que Brasas esté implicada en todo esto —

señaló Nocturno—. Podría ser cosa de los Alas Heladas y no de ella. Tenemos que reunir mucha más información. Quizá debamos espiar la fortaleza y el Reino Helado, vigilar sus movimientos, estudiar el túnel...

De repente, algo mucho más grande que una nuez cayó del árbol que Nocturno tenía a su espalda. El Ala Nocturna gritó y se quitó de en medio en el momento en el que un dragón verde brillante pasaba velozmente a su lado y se internaba en el agujero de la roca.

—¡Eh! —gritó Gloria.

—Ese era Manglar —respondió Jambu—. ¿Qué se supone que está haciendo?

—Va a buscar a Orquídea —dijo Gloria, mientras dejaba a Plata en el árbol más cercano—. Espérame aquí —le ordenó a la perezosa, plegando las alas y entrando en el túnel corriendo tras el Ala Lluviosa—. ¡Manglar! —lo llamó, mientras veía desaparecer su cola tras la curva—. ¡Vuelve! ¡Estamos pensando un plan! Dragón estúpido —añadió en un susurro.

Incluso el único dragón que le gustaba era un lerdo.

Gloria dobló el recodo justo a tiempo de verlo desaparecer bajo el brillante sol del desierto. En lo que tardó en salir del túnel y acostumbrarse a la intensa luz, Manglar ya no era más que una mota verde en el cielo alejándose lo más rápido posible. Un momento después, sus escamas cambiaron de color y desapareció bajo el cielo azul.

Gloria batió las alas, frustrada, y se sentó suspirando.

Uno a uno, sus amigos salieron del túnel.

—¡Por las tres lunas! —dijo Tsunami en cuanto el calor le bañó las escamas—. Esto es horrible.

Sol extendió las alas todo lo que pudo y dirigió la cara al sol.

—Vaya —susurró.

Nocturno parpadeó y miró a su alrededor.

—Tienes razón —le dijo a Gloria—. No me lo puedo creer. Sí que es el Reino de Arena.

Jambu salió disparado tras ellos.

—¿Dónde está Manglar? —preguntó el Ala Lluviosa.

—¿Ha ido a la fortaleza de Brasas? —aventuró Nocturno, haciéndose sombra con la garra sobre los ojos para mirar en la dirección del lejano palacio.

Gloria negó con la cabeza y señaló al norte.

—No —dijo la dragonet—. Ni siquiera creo que lo haya visto. Parece que estamos a punto de visitar el Reino Helado.

CAPÍTULO 12

—¡Aquí no estamos seguros! —se quejó Nocturno—. Esto es lo contrario a seguros. Ya puestos, podríamos entregarnos directamente a la reina Glaciar.

—Estoy justo a tu lado —le dijo Gloria.

Sonrió cuando Nocturno, sobresaltado, dejó un instante de batir las alas y luego tuvo que hacer un gran esfuerzo por mantenerse al ritmo de los demás. No solo era divertido sino también muy placentero saber que su camuflaje funcionaba tan bien.

Su hermano no parecía tener ningún problema. Gloria miró a su alrededor y observó el azul infinito que los rodeaba mientras volaban hacia el norte.

—¿Jambu? —lo llamó.

—Sigo aquí —le contestó un trozo de cielo a su izquierda.

—No tienes por qué venir con nosotros —le repitió.

El semicírculo de cactus estaba a medio día de camino de donde estaban, pero Jambu aún podía volver allí antes de que oscureciera.

—¡Bah! —le contestó—. ¡Esto es mucho mejor que la siesta de la hora de sol! Me siento como si me hubieran rodeado de rayos de sol y rellenado de plátanos. Me apuesto lo que quieras a que al resto de la tribu le encantaría atravesar ese túnel y echarse su siesta tendidos en la arena.

Gloria se imaginó a cientos de Alas Lluviosas desparramados, de repente,

sobre el desierto, roncando a solo unos cuantos kilómetros de la fortaleza de Brasas y le recorrió un escalofrío.

—Esa sería una idea muy, muy mala —le dijo—. Este no es un lugar seguro para ningún dragón.

—¡Eso es lo que os estoy intentando decir! —exclamó Nocturno al otro lado.

—¿Incluso para los Alas Lluviosas? —preguntó Jambu, risueño—. A nadie le importa lo que hagamos.

—El mundo sigue sumido en una guerra —le contestó Gloria—. Y no puedes confiar en algunas de las reinas. No sé lo que harían con vosotros, pero no sería nada bonito.

—¿Por qué no? —preguntó Jambu.

«Porque sois tan tontos que lo habéis estando pidiendo a gritos».

—Porque la mayoría de los dragones son desagradables por naturaleza —fue lo que le dijo la dragonet—. Nacemos para morder y luchar.

—¿De verdad? —le dijo Jambu—. Nosotros no.

Se pudo distinguir una onda en el aire cuando él batió la cola.

—Bueno, pues no os iría mal —le dijo Gloria—. Puede que algún día aparezca otra tribu en vuestro bosque y deberíais ser capaces de defenderos. Prométeme que tendrás cuidado cuando lleguemos al territorio de los Alas Heladas. No dejes que sepan lo que eres.

—Está bien, está bien —le contestó el dragón—. Creo que es encantador que mi hermanita tema por mí y se preocupe por una tontería de nada.

Gloria puso los ojos en blanco. ¿Por qué se preocupaba? Si su tribu quería hacer el idiota, ¿cómo podía afectarla a ella?

Bueno, sí que la afectaba si tenía intención de quedarse en el bosque tropical.

Pero ¿qué era lo que pensaba hacer? Los Alas Lluviosas no eran

precisamente la familia que esperaba.

Pero si no se quedaba con los Alas Lluviosas, ¿adónde iría? ¿Con los otros dragonets, a cumplir con la profecía en la que se suponía que no participaba? ¿Y cuando se cumpliera? Cieno tenía hermanos y hermanas entre los Alas Lodosas. A Tsunami le había encantado el Reino del Mar, incluso su madre loca...; quizás incluso volviera algún día para retarla por el trono. Y, por supuesto, los Alas Nocturnas recibirían a Nocturno con las alas abiertas de par en par en cualquier momento.

Gloria miró a Sol. La pequeña Ala Arenosa parecía bastante cansada mientras volaba, pero tenía la mandíbula apretada y se la veía decidida a continuar el viaje. ¿Encajaría Sol en algún sitio algún día? Era una Ala Arenosa con un aspecto bastante extraño, sin la cola acabada en el aguijón venenoso que tenía toda su tribu. ¿Alguien la querría alguna vez si los dragonets conseguían hacer que la profecía se cumpliera y acabara la guerra?

Bueno, presumiblemente, cualquiera de las hermanas que eligieran para que fuera reina debería estar muy agradecida. Seguramente aceptaría a Sol en su corte... Además, a todo el mundo le gustaba la pequeña dragonet.

Gloria sacudió la cabeza y cerró las garras en un puño. Estaba pensando demasiado. «Lo primero que tenemos que hacer es encontrar a Manglar y hacer que vuelva a casa. Luego encontraré a los Alas Lluviosas desaparecidos y a quien quiera o lo que quiera que se los esté llevando... o matando. Entonces los maravillosos dragonets del destino averiguarán cómo parar esta guerra y quizá me incluyan en sus planes. Ya veremos lo que pasa».

—¿Sabéis? No me importaría parar para echarme una siestecita —dijo Jambu de repente.

—No tenemos tiempo para eso —le dijo Gloria. Entonces, la dragonet

reparó en que Manglar también era un Ala Lluviosa, así que quizá también hubiera parado a echarse una estúpida siesta... aunque no podían fiarse de ello—. Además, Jambu, no va a ser así todo el día. Por la noche va a hacer mucho frío y mañana por fin estaremos en el Reino Helado, donde sí que helará bastante.

—Estoy seguro de que estaré bien —dijo Jambu con ligereza.

Ya hacía más frío que el que había hecho en la entrada del túnel, y la arena del desierto, bajo ellos, se había convertido en colinas rocosas sin árboles, que se inclinaban gradualmente hacia arriba cuanto más al norte estaban. Gloria vio a Sol lanzando una mirada anhelante al desierto que dejaban atrás.

Nocturno tenía razón, aquello no era seguro. Gloria y Jambu estaban camuflados, pero no había forma de explicar por qué volaban juntos un Ala Lodosa, una Ala Marina, un Ala Nocturna y una Ala Arenosa... especialmente en dirección al territorio de los Alas Heladas. Se habían puesto de acuerdo en dejar de decirle a todo el mundo que eran los dragonets de la profecía, pero si llegaban así... lo mismo daba llevar carteles que dijeran: ¡AQUÍ ESTAMOS! ¡POR FAVOR, ENCIÉRRENNOS! Gloria volvió a desear que sus amigos la hubieran dejado ir sola. Estaba segura de que podía haber encontrado a Manglar ella sola.

Tenían suerte de haber evitado a las patrullas de Alas Heladas... Sol oyó acercarse a una de esas patrullas, lo que les proporcionó el tiempo suficiente para esconderse en el paisaje rocoso, aterrizando sobre el suelo un poco después de que oscureciera. Las rocas crujieron siniestramente bajo las garras de Gloria.

—¿Esto es lo que llaman nieve? —preguntó Cieno, señalando la tierra sucia.

—No —respondió Nocturno con su voz de sabelotodo—. Solo es

suciedad congelada. Esta noche vamos a pasar mucho frío.

Los dragones habían escogido un lugar en la base de un pequeño acantilado, lo que los resguardaría del viento, pero Gloria podía sentir perfectamente el frío que emanaba de las piedras y le subía por las garras, colándose bajo sus escamas.

—Y no deberíamos usar fuego —soltó Tsunami, mandona—. No podemos arriesgarnos a ser vistos.

—Me pido dormir al lado de Sol —dijo Cieno, sonriéndole a la Ala Arenosa.

Ella le devolvió la sonrisa. Sus escamas serían la única fuente de calor que tendrían para pasar la noche. Incluso Gloria tendría que acercarse si no quería congelarse durante la noche.

Gloria sabía que Cieno estaba bromeando. También sabía que él era más del tipo de dragón que usaba su propio cuerpo para servirle de escudo contra el viento a los demás, pero miró a Nocturno y vio la mirada decaída de su rostro.

«Vaya, Nocturno. Quizá deberías hacer algo con ese cuelgue tuyo». Nocturno nunca lo había admitido en voz alta, pero Gloria estaba bastante segura de que llevaba toda su vida desesperadamente enamorado de Sol. También estaba bastante segura de que Sol no tenía ni idea y de que existía la posibilidad de que nunca se enterara si seguían así.

«No es problema mío», se recordó a sí misma la dragonet. Pero mientras se colocaban para dormir, Gloria se hizo a un lado para que Nocturno se tumbara junto a las alas de Sol, mientras Cieno se situaba detrás de ambos. Se apretujó todo lo que pudo, encontrando un sitio perfecto junto a la cola de Cieno. Jambu prácticamente se le echó encima en ese momento.

—Aaaargh —susurró Gloria—. Un poco más de espacio personal, por favor.

—No sé qué es eso —le contestó Jambu a su vez en un susurro—. Pero estoy horriblemente helado, ¿tú no?

Gloria suspiró. Sí que tenía frío y Jambu estaba calentito. Y además era su hermano.

Por segunda vez, se hizo un ovillo para pasar otra incómoda noche. Gloria se despertó un poco antes del amanecer. El sol era una delgada línea de luz clara en el horizonte y en el cielo morado oscuro aún brillaban las estrellas. Podía ver el vaho de su respiración flotar en el aire en forma de volutas de humo, como si pudiera respirar fuego igual que los otros.

Salió de debajo de Jambu, que dormía con la boca abierta y las alas extendidas. Al menos aquel día no era rosa. A Gloria le costaba menos tomarlo en serio cuando adoptaba el gris y marrón de las rocas bajo ellos.

Bajó la mirada para comprobar que sus escamas también hacían juego con el paisaje. Le gustaba incluso el sutil brillo que tenían, parecido a la escarcha que cubría el suelo.

Tsunami se revolvió en sueños, gruñendo suavemente. Gloria se dio cuenta de que Nocturno ya estaba despierto. Él la miró por encima de la espalda de Sol. Parecía exhausto. Ella movió la cola, sugiriéndole que debía volver a dormirse. Luego abrió las alas y saltó hasta la cima del pequeño acantilado para ver cómo era el paisaje que se abría ante ellos.

Era muy parecido a la tierra que habían dejado atrás y, aparentemente, la tierra en la que ya estaban. Excepto... ¿eso a lo lejos era nieve? Gloria le concedió a sus alas un momento para que cambiaran y luego se elevó hacia el cielo.

No habían podido verlo antes durante la oscura noche, pero definitivamente había nieve en los riscos más altos que se extendían ante ellos y más nieve tras ellos. Gloria tembló. A partir de allí haría más frío... pero es que el frío que ya sentían era insoportable. Aquello también sería

duro para Sol y para Cieno. Quizá los otros pudieran quedarse donde estaban mientras ella seguía adelante. De hecho, quizá debiera marcharse ya, sin ellos, y así nadie correría ningún riesgo.

Pero sabía perfectamente que sus amigos eran lo suficientemente idiotas como para seguirla y meterse en más en problemas sin ella, y que los tendría que ayudar. Si quería seguir adelante sin ellos, tenía que convencerlos de que fueran inteligentes, la escucharan y se quedaran atrás.

Había algo muy grande por delante de ella, en las montañas cubiertas de nieve... una especie de edificio. No podía ser el Palacio de Glaciar. Gloria sabía que estaba mucho más lejos al norte, en la punta más fría de la península, donde ningún otro dragón querría ir nunca. Aquel edificio estaba casi demasiado al sur para los Alas Heladas.

Gloria se acercó volando un poco más y vio cómo el humo salía de algunas de las chimeneas.

«Humo significa fuego —pensó—. Lo que significa que no habrá ni un Ala Helada». Lo rodeó volando y estudió el edificio un poco más.

Debían de ser Llamas y sus Alas Arenosas. Gloria se había estado preguntando cómo podían sobrevivir en el Reino Helado. Al parecer la respuesta era sencilla: sin internarse demasiado en él.

De repente, un movimiento por debajo de ella captó su atención. Se quedó helada en el sitio, planeando en el aire y esperando que su camuflaje fuera perfecto.

Había un dragón entre las rocas, no demasiado lejos de donde sus amigos estaban durmiendo, pero tampoco lo suficientemente cerca como para verlos. El dragón no paraba de golpear el suelo con los pies y de entrechocar las alas como si intentara entrar en calor.

«¿Manglar?», pensó Gloria esperanzada, planeando un poco más cerca.

No estaba camuflado, exactamente, pero era tan negro como un Ala

Nocturna... quizás había pensado que eso lo ocultaría lo suficientemente bien...

En ese momento, el dragón expulsó una bocanada de fuego, calentando el suelo bajo sus garras antes de tumbarse en él.

Así que no era un Ala Lluviosa. Era un Ala Nocturna de verdad, solo y en el territorio de los Alas Heladas.

«Vaya... esto no puede ser nada bueno».

CAPÍTULO 13

¿Por qué, de entre todos los lugares de Pirria, había un Ala Nocturna allí mismo? Gloria se alejó en silencio y aterrizó con cuidado fuera de su vista. Tenía demasiada curiosidad como para resistirse, así que necesitaba disfrazarse. Los únicos dragones que por lógica deberían estar merodeando por allí eran Alas Heladas y, quizás, algún que otro de sus aliados Alas Arenosas.

Cerró los ojos y pensó en el Ala Helada que había luchado contra Cieno en la arena, Fjord, el primer dragón al que ella había matado utilizando su veneno. No había tenido ninguna otra opción, estaba a punto de asesinar a Cieno. Además, Gloria no tenía ni idea de lo que su veneno le haría. Solo sabía, por instinto, que ella podía hacer algo, que tenía que hacer algo... que tenía un arma de la que nadie le había hablado jamás.

Nocturno pensaba que, de todas formas, no podría haber usado su veneno bajo la montaña. Le dijo que quizá se había activado cuando, por fin, estuvo bajo el sol y sus rayos le bañaron las escamas. Como las escamas a prueba de fuego de Cieno, que se habían activado cuando el Ala Lodosa había entrado en contacto con el lodo por primera vez.

Gloria no podía evitar preguntarse en lo diferente que sería su vida si hubiera podido amenazar a los guardianes de la forma en la que ellos la amenazaban a ella.

«Concéntrate. Fjord».

Sus escamas azul claro, del color del cielo cubierto de nieve. Sus ojos azul oscuro. La dragonet sintió el cambio recorriéndole las escamas. La parte más complicada eran los cuernos extra que los Alas Heladas tenían alrededor de la cabeza. Se concentró en hacer que su gorguera pareciera hecha de témpanos de hielo, deseando que el truco funcionara. Tampoco podía hacer que sus garras se volvieran rugosas como las de los Alas Heladas ni su cola era tan fina en la punta, parecida a un látigo, como la de ellos.

«Puede que esto sea una mala idea. Quizá no haya forma de que pueda funcionar».

Pero aun así, seguía estando muy oscuro... y ella se moría de ganas de saber qué hacía allí un Ala Nocturna.

«Bueno —pensó con remordimiento—, si me descubre, simplemente lo mataré».

Era extraño, pero aquello no le sonaba tan divertido como había imaginado.

Se elevó en el aire y volvió al sitio donde había visto al extraño dragón. Durante un momento, tuvo miedo de haberlo perdido, pero rápidamente se dio cuenta de que estaba tumbado y que sus escamas oscuras estaban medio escondidas entre las sombras.

«Confianza —se dijo a sí misma—. Todo depende de la actitud».

—¡Eh! —rugió la dragonet, aterrizando pesadamente a su lado—. ¿Quién eres y qué estás haciendo en nuestro territorio?

El Ala Nocturna se puso de pie de un salto y la miró con sorpresa. Era mucho más joven y pequeño que Oráculo, enjuto y de movimientos elegantes, a pesar de estar sorprendido. Las escamas plateadas le brillaban bajo las alas, reflejando la luz de la mañana como estrellas atrapadas.

—Benditas lunas. ¿De dónde has venido? —le preguntó.

Alzó la mirada, hacia el cielo, con una mirada perpleja.

—¿De dónde crees? —le contestó la dragonet—. Soy yo la que hace las preguntas aquí. ¿Qué estás haciendo en el Reino Helado?

—Técnicamente, esto aún no es el Reino Helado —fue la respuesta del Ala Nocturna—. ¿O es que no lo sabes?

«¿No lo es?», pensó Gloria en silencio. El mapa que había memorizado no tenía las fronteras dibujadas con toda exactitud. Tampoco es que le hubieran servido de mucha ayuda en esos momentos.

—Estás lo suficientemente cerca —gruñó Gloria—. Explícate.

Deseó tener alguna lanza o algo con lo que poder pinchar al otro dragón.

—Esto podría llegar a ser el Reino Helado algún día —le dijo el Ala Nocturna—. Si Llamas gana la guerra, por supuesto. Le ha prometido a la reina Glaciar todo el territorio que puedes ver desde aquí hasta el horizonte sur... básicamente donde empieza el desierto —dijo.

El dragón se lo señaló, pero Gloria no se permitió desviar la mirada, que en ese momento tenía clavada en el dragón.

El Ala Nocturna sonrió.

—Supongo que ya sabes todo eso —dijo—. Pero es interesante, ¿no? Es mucha la tierra que Llamas quiere entregaros. Pero no es exactamente una tierra útil para ninguna de las tribus, así que... ¿qué es lo que la reina Glaciar puede querer de ella? ¿Crees que hay un tesoro oculto bajo esas rocas? Eso es lo que yo creo. Puede que una mina de diamantes. A lo mejor tú lo sabes. Quizá todos los Alas Heladas lo saben y se lo estáis ocultando sabiamente a Llamas y a sus Alas Arenosas —dijo el Ala Nocturna.

Le dedicó a Gloria una mirada irónica e inteligente como si acabara de abrirle la mente y la hubiera esparcido por las rocas para que ambos pudieran observarla.

A Gloria se le encogió el corazón. Había olvidado que los Alas

Nocturnas podían leer la mente. «Algunos» Alas Nocturnas, se recordó a sí misma. Nocturno no. Y, por lo que ella creía, Oráculo tampoco, a juzgar por su falta de reacción ante todos los pensamientos que ella le había dedicado. Quizás este dragón pudiera ver el futuro en vez de leer la mente.

Aun así, borró de su mente cualquier pensamiento que no fuera «¿Qué estás haciendo aquí?».

—Responde a mis preguntas, Ala Nocturna —le espetó una vez más la dragonet—. O te llevaré hasta la reina Glaciar para que puedas explicárselo a ella tú mismo.

—Eso no sería una buena idea —le contestó este—. No querrás que toda mi tribu venga a buscarme, ¿verdad?

—Y tú no querrás sentarte en una mazmorra hecha de hielo esperando que vengan, lo que sin duda sería después de que te congelaras hasta la muerte —señaló Gloria—. Así que dime qué estás haciendo aquí y puede que te deje marchar. Así ambos saldremos ganando.

El Ala Nocturna ladeó la cabeza. Parecía estar divirtiéndose.

—Está bien —le dijo al cabo de un momento—. Estoy esperando a alguien. Bueno, a unos cuantos más.

—¿A quién? —le preguntó Gloria.

—Eso no puedo decírtelo. Me temo que es algo que solo concierne a los Alas Nocturnas. Estoy en medio de una misión.

—No sabía que los Alas Nocturnas tenían «misiones» —contestó Gloria —. Pensaba que os limitabais a merodear por vuestro lugar secreto felicitándoos los unos a los otros por saberlo todo y no hacer nada.

El Ala Nocturna soltó una carcajada.

—¡Nadie nos habla así! —dijo—. ¿Dónde está tu sentido del miedo? ¿No te aterrorizan nuestros poderes?

El dragón extendió las alas majestuosamente, pero sus ojos eran

juguetones.

—Si vuestros poderes fueran tan impresionantes, haríais algo para parar esta guerra —le espetó Gloria—. Además, aquí soy yo la que tiene... esto... el aliento gélido mortal.

Había estado a punto de confundirse y decir veneno, pero aun así decía la verdad. Los poderes de los Alas Nocturnas no eran tan espectaculares en medio de una pelea. Nocturno era bastante patético en ese aspecto.

—Quizás ayudemos a parar la guerra algún día —le dijo el dragón—. Puede que aún no hayamos elegido bando... como los dragonets de la profecía.

Gloria mantuvo la expresión de su cara calmada y aburrida.

—Menuda antigualla —le dijo—. Yo no creo en las profecías. Lo siento, sé que son la especialidad de los Alas Nocturnas, pero ¿en serio? Si de verdad podéis ver el futuro, ¿por qué sois tan crípticos y vagos sobre ello? ¿Por qué no nos dais una profecía que sea algo así como «Ah, por cierto, Llamas ganará la guerra, así que dadle la corona ya y no os molestéis en luchar por ella»? Ahorradnos las muertes y los derramamientos de sangre.Y dejad fuera de todo esto a un puñado de pobres dragonets.

El Ala Nocturna volvió a reírse.

—Sientes lástima de los dragonets —le dijo—. Eso es interesante. De hecho, lo he visto mucho por toda Pirria. Todo el mundo espera demasiado de ellos, pero también piensan que es una carga demasiado pesada para cinco jóvenes dragones. Me pregunto si a los dragonets les sorprendería la simpatía que despiertan —dijo. Se quedó un momento pensativo y luego bostezó—. No los habrás visto por aquí, ¿verdad? Los rumores dicen que su siguiente paso era ir hasta el Reino Helado.

—¿De verdad? —le preguntó Gloria sin inmutarse—. ¿Y por qué?

—Para conocer a Llamas, supongo —contestó el dragón—. Así que...

¿están aquí? ¿En las mazmorras de la reina Glaciar, quizá?

—No —le informó Gloria—. No hay ninguna señal de ellos. Nada en absoluto —dijo.

Pensó en tormentas de nieve y heladas, bloqueando cualquier otro pensamiento de su mente. El Ala Nocturna la estudió un momento.

—Vale —dijo finalmente—. Bueno. De todas formas, no podrían haber llegado hasta aquí tan rápido. El camino es largo desde el Reino del Mar.

—¿Cómo sabes que estuvieron allí? —le preguntó Gloria—. Ay, espera, se me había olvidado. Los Alas Nocturnas lo saben todo, lo ven todo y son extremadamente brillantes, ¿verdad?

—No te olvides de que también somos maravillosos y muy guapos —le dijo.

Gloria resopló para disimular una risa.

—¿Cómo iba alguien a saber eso si os escondéis todo el tiempo como tortugas? —fue lo que dijo en su lugar—. En serio, salid y mezclaos con los dragones del mundo real de vez en cuando.

—¿Eso es una invitación? —le preguntó el Ala Nocturna—. Probablemente tenga libre un día o dos antes de que... antes de que mi misión empiece. No me importaría ver el interior del Reino Helado si tú estás allí.

Gloria sintió un escalofrío de peligro recorriéndole el lomo.

—Te lo diré claramente —gruñó la dragonet—. No me estás diciendo por qué estás aquí, pero esperas que te lleve a mi reino y te invite a tomar algo. Los Alas Nocturnas os creéis que sois increíbles, ¿verdad?

—¿Y si soy yo el que te invita a tomar algo? —se ofreció el dragón.

—Vaya, entonces estoy segura de que la reina Glaciar lo entenderá. Sin problema —dijo Gloria—. Le encanta tener dragones desconocidos en su territorio. Es lo que más le gusta.

El Ala Nocturna sonrió con un poco de tristeza.

—Está bien —le dijo—. No te preocupes. Pero quizá puedas volver y hacerme una visita alguna vez. Probablemente, estaré aquí, al menos, unos cuantos días más. Es muy aburrido estar aquí sentado.

—Esperando a tus misteriosos desconocidos —añadió Gloria—. De los que no vas a decirme nada más.

Él abrió las alas.

—Lo siento. Ojalá pudiera. Creo que mi misión te impresionaría.

—No se me impresiona fácilmente —le dijo Gloria, que se sorprendió cuando él volvió a reírse—. Bueno... Buena suerte con tu misión, supongo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó cuando ella ya se iba de allí.

—Lo siento, pero no puedo decírtelo —le contestó Gloria en tono burlón —. Cosa de los Alas Heladas.

—¿Quién iba a decir que el sarcasmo creciera en un sitio tan frío? —dijo el Ala Nocturna con una sonrisa—. ¿Me dirás tu nombre si te digo yo el mío?

—No —contestó Gloria—. Francamente, no me interesa.

Le dio la espalda y abrió las alas.

—De todas formas te lo diré —le dijo mientras ella se elevaba en el aire —. ¡Si vienes a verme otra vez! ¿Vendrás?

—Quizá —le gritó ella—. Estoy bastante ocupada.

—Me llamo... —gritó el dragón, mientras Gloria reducía la velocidad para escuchar, aunque sin volverse a mirarlo—. Me llamo Mortífero.

CAPÍTULO 14

«Mortífero».

«Esperando a alguien. A unos cuantos más».

«No los has visto por aquí, ¿verdad?».

La cabeza de Gloria no paraba de dar vueltas mientras se alejaba volando de allí. ¿Estaría el Ala Nocturna esperándolos a ellos?

«Mortífero». ¿En serio?

Le constaba que el único dragón al que los Alas Nocturnas querían ver muerto era ella misma. En cuanto Oráculo la vio, bajo la montaña, decidió que ella acabaría arruinando la profecía. Así que les había ordenado a los guardias que la mataran, lo cual era la razón por la que habían escapado. ¿Había Oráculo enviado a Mortífero para que acabara el trabajo? ¿Por qué malgastar toda esa energía persiguiéndola?

Pero por lo que le había dicho Mortífero, parecía que estaba esperando a más dragones, no solo a ella. Se preguntó si eso significaba que los otros dragonets también corrían peligro. Eso arruinaría la profecía de manera mucho más drástica que la presencia de Gloria.

Aterrizó al lado de sus amigos y casi le provocó a Nocturno un ataque al corazón.

—¡Una Ala Helada! —gritó Nocturno, retrocediendo. Tsunami se levantó, gruñendo y enseñando los dientes—. ¡Cuidado! Es un... ¡vaya! —

dijo Nocturno. Luego respiró hondo, al ver que las escamas de Gloria volvían a teñirse de marrón y gris—. ¡Gloria! ¿Por qué me haces esto?

—Porque es divertido —le contestó su amiga—. Y shh.

La Ala Lluviosa creía que estaban lo suficientemente lejos de Mortífero, pero no estaba segura de cómo se trasladaría el sonido en aquel aire frío.

—Estabas muy brillante —le dijo Sol aún somnolienta.

—Casi te machaco con mi cola —la amonestó Tsunami con voz severa.

—Y yo casi te muerdo el hocico cuando roncaste anoche —le dijo Gloria —. Así que supongo que las dos somos dos claros ejemplos de autocontrol. Jambu, despierta.

Le dio unos golpecitos a su hermano, el único que seguía durmiendo después de los gritos de Nocturno.

—Hace demasiado frío —murmuró, tapándose la cabeza con un ala.

—Qué pena —le contestó Gloria mientras lo golpeaba otra vez—. Además, si te levantas y te mueves entrarás en calor.

—Quiero dormir más —insistió el Ala Lluviosa, pasándose la otra ala también por la cabeza.

Gloria suspiró y lo dejó en paz.

—Nocturno —le preguntó al dragonet—, ¿tienes alguna idea de lo literal que puede llegar a ser el nombre de un Ala Nocturna? Quiero decir, ¿se refiere siempre a algo que pueden hacer?

Los otros dragonets empezaron a levantarse y estirarse. Nocturno se rascó la cabeza.

—Bueno, tenemos a Oráculo —dijo—. Puede ver el futuro y prever profecías. Así que esa es la razón por la que se llama Oráculo.

—Sí, gracias —le contestó Gloria—. Llegué yo sola a esa conclusión.

—Pero ¿sabían que iba a ser un profeta cuando le pusieron ese nombre?

—preguntó Sol con curiosidad—. No todos los Alas Nocturnas lo son, así que... ¿cómo lo sabían?

—Puede que otro profeta lo hubiera predicho —bromeó Tsunami.

Nocturno golpeó el suelo helado con una garra.

—No sé nada más —dijo—. Oráculo no me contó ningún secreto de la tribu. Y vosotros habéis leído los mismos pergaminos que yo.

—Cierto —le dijo Gloria—. Muchas tonterías épicas sin sentido sobre lo maravillosos que son los Alas Nocturnas. Todos tienen esos nombres tan raros. Si no recuerdo mal, creo que en las historias sus nombres siempre tenían relación con sus habilidades.

—¿Por qué lo preguntas? —le dijo Nocturno ladeando la cabeza al mirarla.

—Porque acabo de conocer a uno —le respondió la Ala Lluviosa—. Y creeeeeeo que está aquí para matarnos. Bueno, al menos, a mí.

Eso llamó la atención de todos al instante. Gloria les contó todo lo que Mortífero le había dicho. Bueno, casi todo. La dragonet no quería que sus amigos pensaran que lo consideraba un poco mono. Aunque eso había sido antes de comprender que estaba allí para matarla.

—Salgamos de aquí —soltó Nocturno cuando ella acabó con su explicación—. Volemos hacia el sur ahora mismo y volvamos al bosque tropical lo más rápido que podamos.

Jambu asomó la nariz, esperanzado.

—Me gusta ese plan —lo animó.

—Suena a un plan muy calentito, pero ¿y Manglar? —preguntó Cieno con un escalofrío.

—He visto algo más —les dijo Gloria—. Creo que es el sitio donde están acampando Llamas y su ejército.

La Ala Lluviosa les describió el edificio que había visto. Tanto Nocturno

como Tsunami asintieron.

—Tiene sentido —dijo Tsunami—. Llamas necesita un sitio para ella. No podría sobrevivir un día entero en el palacio de Glaciar.

—Cierto. Está construido casi por entero de hielo, así que tampoco podría usar su fuego —reflexionó Nocturno.

—Esto es lo que yo creo —apuntó Gloria—. Estoy segura de que Manglar también vio ese lugar. Se habrá dirigido directamente allí, probablemente camuflado, y se habrá colado en busca de Orquídea. Así que iré a por él y lo traeré de vuelta, mientras vosotros os escondéis en algún sitio donde Mortífero no os encuentre. Y después todos juntos volaremos hacia el sur lo más rápido que podamos.

—Espera, ¿vas a ir tú sola? —le preguntó Cieno—. ¿No puede uno de nosotros ir contigo?

—¿Quién? —le contestó a su vez Gloria—. ¿Quién más puede disfrazarse de Ala Helada?

Todos sus amigos miraron a Jambu, que no paraba de parpadear muerto de sueño.

—Y ser útil —añadió Gloria.

—Yo puedo ser útil —le dijo Jambu con un bostezo—. Te apuesto lo que quieras a que soy mejor que tú descubriendo a un Ala Lluviosa que esté camuflado.

Gloria dudó. Eso sí que sonaba útil. La dragonet no tenía ni idea de cómo iba a encontrar a Manglar ella sola.

—¿Puedes hacerlo? —le preguntó.

—Solemos jugar mucho a eso cuando solo somos unos dragonets —le dijo el dragón—. Un dragonet se camufla y quien lo vea primero gana. No te aseguro nada, pero creo que he practicado muchas más veces que tú.

Lo pensó un momento y negó con la cabeza.

—Es demasiado peligroso. Puedo cuidar de mí misma, no necesito ninguna clase de ayuda.

—Gloria —le dijo Cieno con una especie de voz amablemente amenazadora—. O te lo llevas a él o todos vamos contigo.

Gloria sabía por la expresión de sus rostros que Cieno decía la verdad. Estúpidos idiotas que se empeñaban en ser un equipo.

—Está bien. Vale. Entraremos camuflados, pero quiero asegurarme de que tú también puedes parecer un Ala Helada. Intenta parecerte a mí —dijo Gloria, mientras hacía que sus escamas volvieran a parecerse a las de un Ala Helada.

Cieno hizo una mueca de dolor y Gloria supo que el Ala Lodosa acababa de comprender en qué dragón se había inspirado ella para camuflarse. Ver morir a Fjord justo delante de él seguramente había sido igual de difícil que para ella.

—Ahora haz que tus escamas sean un poco más blancas —le dijo Gloria a Jambu—, para que no seamos exactamente iguales. E intenta hacer los falsos cuernos de témpano. —Dio un paso atrás y lo observó con cuidado —. Creo que servirá. ¿Podrás recordarlo por si necesitamos convertirnos en Alas Heladas?

—Por supuesto —le contestó él. Extendió las alas y se las miró—. Es un color muy guay. Lo recordaré para cuando volvamos a casa.

—También necesitamos nombres de Alas Heladas. Tú serás Pingüino y yo Tormenta. Deberían ser fáciles de recordar.

—Sigo creyendo que uno de nosotros debería ir contigo —intervino Tsunami.

—Los Alas Lodosas y los Alas Marinas son sus enemigos —señaló Gloria—. Y no os ofendáis chicos, pero ni Nocturno ni Sol serían de gran ayuda.

—¿Que no me ofenda? —chilló Sol, moviendo la cola y frunciendo el ceño—. ¿Cómo se supone que no me voy a ofender si me dices eso?

—Entraremos y saldremos más deprisa si nos camuflamos —le dijo Gloria—. No os preocupéis. Volveremos esta noche.

—¿Y si encontráis a los Alas Lluviosas desaparecidos ahí dentro? —les preguntó Cieno.

Gloria movió la cola, dejando que sus escamas se volvieran del color de la roca.

—Los liberaremos y volveremos con ellos en una gran bandada de dragones invisibles, ¿de acuerdo?

Cieno y Tsunami asintieron no muy convencidos.

—Vámonos, Jambu —ordenó Gloria—. El resto esconderos. Lo digo en serio.

Gloria se elevó en el aire con su hermano a su lado y dejó que sus escamas se ajustaran al color del cielo que los rodeaba. Mientras volaban hacia el norte, miró atrás y vio a Sol mirándolos fijamente mientras Tsunami movía las garras con aire mandón.

—Aún hace frío —se quejó Jambu—. Incluso batiendo las alas. Creo que incluso hace más frío.

—Bueno, estamos en el aire —le señaló la dragonet—. Y seguramente el viento no sea de mucha ayuda. Pero acabará pronto, no te preocupes. —Señaló al edificio que se extendía ante ellos—. Tengo que avisarte, habrá nieve. Pero, seguramente, los Alas Arenosas mantengan el interior caliente con sus fuegos.

—¡Nieve! —exclamó Jambu—. ¡Y fuego! ¿Sabes? Nunca he visto ninguna de las dos cosas.

—Yo tampoco he visto nunca la nieve de cerca —admitió Gloria.

—Parece muy suave —dijo Jambu.

No era suave. Estaba fría y helada bajo sus garras cuando aterrizaron al otro lado de los muros. Jambu dejó escapar un grito de dolor y Gloria casi lo placa para hacerlo callar.

—¿Quién hay ahí? —gritó una voz desde arriba.

Ambos se quedaron paralizados, con sus escamas del mismo color que el suelo blanco bajo sus garras.

Un Ala Arenosa asomó la cabeza por una de las ventanas.

—¿Lo habéis oído? —preguntó.

Otra cabeza de Ala Arenosa se asomó a su lado.

—No. Y no veo nada. Vuelves a imaginarte cosas.

—Cuando el ejército de Brasas se presente aquí para liquidarnos... —rugió el primer dragón.

—Los veremos llegar desde muchos kilómetros antes —dijo el segundo —. Y estarán congelados y débiles por culpa del frío y tendremos el apoyo de los Alas Heladas cuando consigan llegar hasta aquí. Deja de interrumpir el juego —dijo el segundo guardia, mientras volvía a meter la cabeza en la habitación.

El primero echó un vistazo a su alrededor con recelo y recorrió con la mirada la nieve sobre la que Jambu y Gloria habían aterrizado.

Gloria rodeó las garras de su hermano con la cola y lideró la marcha, deslizándose por el muro grueso de piedra hasta que encontró una puerta del tamaño de un dragón. Por supuesto, estaba cerrada con llave. Alzó la mirada, pero mientras volaba, ya había visto que no había ningún patio en el interior ni ningún tejado descubierto en ninguna parte. Solo estaban las chimeneas y eran demasiado pequeñas. Todas las ventanas eran demasiado estrechas para que se colara un dragón por ellas. Aquello era una fortaleza. Gloria se preguntó si se había construido al inicio de la guerra, cuando

Llamas había ido a ver a la reina Glaciar en busca de protección y de una aliada.

Era un regalo bastante generoso viniendo de Glaciar. Una fortaleza entera dentro del territorio de los Alas Heladas. Las palabras de Mortífero le volvieron a la memoria: Llamas le había prometido a Glaciar toda esa tierra si ganaban la guerra.

Gloria pensó en las otras dos hermanas Alas Arenosas. Se preguntó qué era lo que Brasas le habría prometido a los Alas Celestes y a los Alas Lodosas. Y si Ampolla le habría prometido algo a los Alas Marinas o si simplemente habría manipulado a la reina Coral para que la apoyara.

—No veo ninguna forma de entrar —susurró Gloria—. ¿Tienes alguna idea?

Jambu se encogió de hombros.

—Lo siento —se excusó—. Nunca he hecho nada parecido.

Intentaron bordear de nuevo el muro, pero solo había una puerta. Gloria era incapaz de encontrar un punto débil en las defensas de la fortaleza. Su única esperanza era esperar a que se abriera la puerta e intentar colarse... ¿pero quién sabría por cuánto tiempo tendrían que esperar?

Por fin, el sol empezaba a elevarse sobre el cielo azul claro, reflejándose en la nieve brillante. Gloria no quería quedarse allí todo el día, porque lo más probable era que Jambu se congelara y muriera. A ella tampoco le gustaba el frío, pero él nunca había estado fuera del bosque tropical.

«Al igual que Manglar», cayó en la cuenta. De hecho, ¿cómo había conseguido él entrar en la fortaleza? Quizá ni siquiera estaba allí. Quizás estuviera tendido sobre un banco de nieve en alguna parte, desapareciendo lentamente.

Gloria sacudió la cabeza. Si lo había juzgado bien, Manglar no era el tipo de dragón que tiraba la toalla. Y ella tampoco.

—Tendremos que entrar disfrazados de Alas Heladas —dijo la dragonet —. Limítate a seguirme.

Gloria vio a Jambu asentir con la cabeza, mientras sus escamas le cambiaban de color. La Ala Lluviosa dejó que sus escamas también cambiaran y luego giró sobre sí misma para comprobar que estaba lista. No era, ni de lejos, un disfraz perfecto por algunos detalles, pero esperaba que aquellos Alas Arenosas no la inspeccionaran muy de cerca. Y entre sus escamas de camuflaje y el veneno, Gloria creía que tenía una buena oportunidad de escapar incluso si la pillaban.

La dragonet se acercó a la puerta y llamó elegantemente.

—Intenta parecer un soldado —le siseó a Jambu, que no paraba de encorvarse y frotarse el cuello tras ella.

—No sé cómo se hace eso —le respondió él en un susurro, justo antes de que se abriera la puerta.

Un fornido Ala Arenosa con las zarpas de una garra rotas los miró.

—¿Sí? —murmuró.

—Tenemos un mensaje para la reina Llamas —anunció Gloria—. Llévanos adonde podamos esperarla hasta que regrese.

Gloria estaba segura de que, como sus hermanas, Llamas estaría en algún sitio liderando la batalla. Una vez los llevaran hasta la habitación donde podrían esperarla, tanto Jambu como ella podrían volver a camuflarse e inspeccionar la fortaleza en busca de Manglar sin que nadie los viera.

—¿Cómo? ¿Hasta que regrese? —El Ala Arenosa la miró como si estuviera loca—. Llamas está aquí. Siempre está aquí. Puedo llevarte directamente hasta ella ahora mismo.

CAPÍTULO 15

«Oh... oh», pensó Gloria.

—Pero más te vale que sean buenas noticias —le dijo el Ala Arenosa, pisando con fuerza y guiándolos al interior de la fortaleza—. No le gustan las malas noticias y a nosotros tampoco nos gusta que las escuche. La reina Glaciar necesita darse cuenta de eso y dejar de mandar esos informes tan pesimistas.

Gloria y Jambu intercambiaron una mirada y se apresuraron a seguir al guardia. La puerta se cerró de golpe tras ellos y otro guardia Ala Arenosa los siguió muy pegado a sus colas. Escabullirse no iba a ser tarea fácil.

La fortaleza de Llamas no se parecía en nada a los maravillosos y extravagantes palacios de la reina Escarlata ni de la reina Coral. Allí, los pasillos eran estrechos y no había ninguna apertura que diera a cielo abierto. Había una chimenea con un gran fuego en cada habitación por la que pasaban, así que el calor era casi sofocante. Aun así, el viento frío repiqueteaba en las pequeñas ventanas. No había ni un solo tesoro adornando las paredes. Nada de oro ni perlas incrustados en el suelo.

En vez de eso, las paredes de piedra estaban cubiertas de gruesos tapices tejidos. Cada tapiz tenía un sol llameante en el medio, rodeado de imágenes del desierto. Sinuosos lagartos, cactus espinosos, palmeras, camellos... Los tonos blancos, verdes y azules cubrían las aburridas paredes de esquina a esquina.

«Echan de menos su hogar», percibió Gloria, y le sorprendió darse cuenta de que sentía lástima por aquellos Alas Arenosas. Habían ido allí para darle su apoyo a Llamas. Probablemente habían huido con ella cuando Brasas intentó reclamar el trono. Y ahora estaban atrapados en aquel mundo helado que no tenía nada que ver con su propio hogar.

«Muy parecido a haber crecido en una cueva en vez de en el bosque tropical».

—¡Qué guay! —dijo Jambu, señalando el tapiz que representaba el motín de un montón de lagartos verdes—. Ese de ahí es muy salvaje. Me gusta.

Los soldados Alas Arenosas lo miraron fijamente.

—¿De verdad? —le preguntó el que iba delante—. Nuestros visitantes Alas Heladas suelen dejar bastante claro que nuestros tapices les parecen... ¿cómo los llamaron?... chillones y ordinarios.

—Bueno, no son muy de nuestro estilo —soltó Gloria, pisando con fuerza a Jambu—. Pero aun así podemos apreciar el arte que ocultan.

—Vaya —dijo el primer guardia—. Nunca había oído nada parecido de un Ala Helada.

El dragón se giró y siguió andando. Gloria le lanzó una mirada furiosa a Jambu y él arrugó el hocico.

Llegaron al centro de la fortaleza —o al menos eso es lo que intuía Gloria, ya que no había ni una sola ventana allí— y aguardaron en una antecámara ante dos enormes puertas de madera. Uno de los Alas Arenosas llamó dos veces y esperaron.

Mientras el silencio se extendía, Gloria se dio cuenta de que había algo apiñado en el rincón de la pequeña sala. Al principio, le pareció una pila de pelo sucio de algún animal, pero cuando miró más de cerca se dio cuenta de que se trataba de dos carroñeros. Ambos estaban apoyados en la pared, temblando abrazados.

—¿Eso qué es? —le susurró Jambu, mirándolos también.

—Tú eres uno de esos Alas Heladas que nunca han abandonado el palacio de la reina, ¿verdad? —supuso el segundo soldado al escucharlo—. He oído que apenas veis carroñeros tan al norte. —Removió las pieles con una garra afilada, mientras los dos carroñeros lloriqueaban lastimosamente —. Encontramos una de sus madrigueras escondidas cerca de las montañas y cogimos a todos los que pudimos. Son más rápidos de lo que parecen. Solo atrapamos a seis de ellos, cuando debía de haber al menos veinte. —Sacudió la cabeza—. Esos dos son los últimos que quedan.

—¿Os los vais a comer? —preguntó Jambu.

«No parezcas tan sorprendido», pensó Gloria, moviendo la cola, pero entendía perfectamente lo que Jambu sentía. Allí abrazados, con sus enormes ojos y sus extraños brazos, los carroñeros parecían perezosos enormes. Aunque no eran tan monos. Gloria tampoco podía imaginarse comiéndoselos. Solo de pensarlo le entraban náuseas.

Tampoco ayudaba demasiado que una de aquellas bestias la estuviera mirando de la misma forma lastimera en que la miraba Plata cuando no quería que se fuera sin ella.

—Por supuesto —dijo el guardia—. Destrozamos todas las madrigueras de carroñeros que encontramos y nos comemos a todos los que podemos. Son las órdenes de Glaciar. Cree que algún día encontraremos el lugar donde han enterrado nuestro tesoro.

—Si es que aún existe. Quién sabe lo que hacen los carroñeros con el tesoro —murmuró el otro guardia.

Volvió a llamar y esta vez la puerta se abrió bajo su garra.

La habitación que había al otro lado era la más grande que habían visto hasta entonces en la fortaleza. El suave suelo de piedra estaba cubierto de

arena y en los tapices de las paredes, más intrincados, se apreciaban imágenes de dragones, coronas y joyas en torno a los soles amarillos.

Unos cojines gigantes color vino y alfombras de pelo de camello estaban apilados en un nido suelto en el medio de la habitación, y tumbada sobre él se encontraba una Ala Arenosa impresionantemente hermosa.

Tenía la barbilla apoyada en una garra y estaba mirándose con desgana en un espejo apoyado en la arena, ante ella. Su cola estaba enroscada elegantemente sobre los almohadones, tocando el suelo con su aguijón venenoso. Sus alas estaban bien recogidas y sus escamas brillaban como el oro blanco contra el fondo rojo.

Llamas levantó sus ojos oscuros y vio a Gloria y a Jambu esperando en la puerta. Fingió una sonrisa y levantó las garras delanteras hacia ellos en un gesto de bienvenida.

—Maravilloso —dijo la reina—. Hace mucho que no tenemos ningún visitante. Estaba esperando que la reina Glaciar nos enviara alguna noticia.

Gloria hizo una reverencia y Jambu la imitó.

—Si este no es el mejor momento, Majestad, podemos esperar hasta más tarde...

—No. No. Por favor, entrad —exclamó Llamas—. Ocotillo, por favor, tráenos el té. Anda, y algunos de esos lagartos secos si nos quedan.

—Por supuesto, Majestad —dijo el primer guardia con una respetuosa reverencia.

Los dos Alas Arenosas abandonaron la habitación, dejando a Gloria y a Jambu a solas con Llamas.

«Estoy segura de que no sería tan fácil tener una reunión privada con Brasas o Ampolla», pensó Gloria. Llamas no era tan cautelosa ni sospechaba tanto como sus hermanas. De todas formas, se suponía que no tenía nada de qué sospechar de dos Alas Heladas.

—¿Se trata de la reina Escarlata? —preguntó Llamas, inclinándose hacia delante—. ¿Hemos descubierto ya si está muerta? ¿Los Alas Celestes siguen apoyando a Brasas? Ya sabéis... Si Glaciar me dejara ir al Reino Celeste, estoy segura de que podría convencer a los Alas Celestes para que se aliaran con nosotros. Puedo llegar a ser muy convincente. Todo el mundo me quiere.

«O podrían encarcelarte —pensó Gloria—. O entregarte a Brasas».

—Sé lo que me vais a decir —dijo la Ala Arenosa, incansable—. Lo mismo que siempre me dice Glaciar: «Quédate tranquila y deja que ella se encargue de todo». Sé que todo lo relacionado con la guerra es demasiado complicado para mí. Pero creo que podría seros útil hablando. A otros dragones les gusta oírme hablar.

—Estoy segura de que decís la verdad, Majestad —le dijo Gloria educadamente.

—¿Y? —le preguntó Llamas. Sus ojos negro azabache eran espeluznantemente parecidos a los de Brasas y Ampolla y eso hizo que Gloria sintiera un escalofrío, incluso aunque supiera que tras ellos se ocultaba un cerebro muy diferente—. ¿Cuál es ese mensaje tan importante que traéis?

«Opción uno: invéntate una mentira».

«Opción dos: huye».

«Opción tres... cuéntale una versión de la verdad».

Gloria respiró hondo.

—Los dragonets de la profecía quieren reunirse con Su Majestad.

Llamas se sentó rápidamente.

—¿Los dragonets? —gritó—. ¿Glaciar los ha encontrado?

—Os están buscando —continuó Gloria.

—Bueno, entonces traedlos aquí. ¡Traédmelos! —les dijo Llamas—.

¡Podemos organizar un banquete! ¡O una fiesta! Hace millones de años que no damos una, porque... bueno, ya sabéis, la reina Glaciar no aprueba ese tipo de cosas, pero por un motivo así, ¡estoy segura de que lo podemos hacer! Vaya, definitivamente vamos a necesitar más lagartos secos. ¡Incluso tenemos un par de carroñeros que podríamos compartir! Quizá debamos asar un camello... Uno de ellos es un Ala Lodosa, ¿verdad? Seguramente a él le guste. No tenemos nada para Alas Marinas... A lo mejor la reina Glaciar nos puede enviar algún pescado o un pingüino. ¿O crees que preferirá una morsa?

—Esperad —le dijo Gloria.

Por muy tentador que sonara eso del banquete —y la dragonet sabía que Cieno se desmayaría del gusto si le ofrecían un camello asado— no estaba dispuesta a conducir a sus amigos de nuevo a las garras de una reina.

—Hay un pero —prosiguió—. No están dispuestos a arriesgarse a venir aquí. Necesitan que seais vos quien vayáis a reuniros con ellos.

Llamas volvió a tumbarse sobre la alfombra, con aire petulante.

—¿Y qué pasa con mi fiesta? —dijo—. Además, no me gusta salir fuera. Hace demasiado frío y hace que mis escamas se sequen y se pongan horrorosas.

—No tendréis que ir muy lejos —añadió Gloria. Jambu se estaba retorciendo de una forma muy rara, distrayéndolas. Gloria lo golpeó con la cola—. ¿Y no vale la pena si al final los dragonets acaban eligiéndoos a vos para ser la futura reina de los Alas Arenosas?

Llamas se pasó una garra entre los dientes, pensativa.

Jambu le dio unos golpecitos a Gloria y le señaló con la mirada hacia el rincón más alejado de la habitación. Gloria se puso bizca, pero lo único que podía ver era la arena, las paredes de piedra y los tapices.

Excepto por... La arena se movió y, durante un segundo, un par de ojos

parpadearon cerca de la pared antes de volver a desaparecer.

«Manglar está aquí».

—Debería esperar a la reina Glaciar —dijo Llamas—. A ella no le gustaría que fuera sola. Estoy segura de que ella también quiere conocer a los dragonets.

Por lo poco que acababa de escuchar de ella, a Gloria ya no le gustaba la reina de los Alas Heladas. Se apostaría cualquier cosa a que Glaciar era el tipo de dragona que estaría deseosa de encerrar a los cinco dragonets en sus mazmorras.

—De hecho —le dijo Gloria—, ella nos envía para comunicaros que es una buena idea. Deberíais adelantaros y conocerlos. Después podréis contárselo todo a la reina. No debéis temer nada de los dragonets y, además, esto... Pingüino y yo estaremos allí para protegeros.

—Vaya —murmuró Llamas—. Eso es muy tranquilizador.

La Ala Arenosa le dedicó a Jambu una mirada preocupada y él consiguió dejar de retorcerse durante un momento.

—¿Creéis que ellos me elegirán a mí? —le preguntó Llamas a Gloria, esperanzada—. ¿A quién intento engañar? ¡Estoy segura de que me elegirán cuando me conozcan! Está bien. Lo haré.

—¡Maravilloso! —estalló Jambu—. ¡Vámonos!

—¿Ahora? —preguntó Llamas—. ¿Ya?

Gloria tampoco estaba segura de que aquello fuera una buena idea. Sus amigos no esperaban la llegada de Llamas, y sería difícil seguir escondiéndose de Mortífero con la Ala Arenosa pavoneándose a su lado.

Aun así, aquello era lo único que tenían: la oportunidad de conocer a la tercera candidata a reina sin arriesgarse a que los encarcelaran.

—Sí. Ahora mismo —le dijo Gloria.

Lanzó una mirada significativa hacia el rincón que ocupaba Manglar,

esperando que fuera lo suficientemente inteligente como para seguirlos.

Llamas cogió el espejo y se comprobó las escamas desde diferentes ángulos. Finalmente, cogió una de las alfombras de pelo de camello del suelo y se la colocó sobre los hombros a modo de capa. Hecho esto se dirigió a la puerta.

Jambu se giró hacia el rincón, cogió un puñado de arena que resultó ser el codo de Manglar, y lo arrastró junto a ellos.

Llamas empezó a darse la vuelta, pero Gloria la distrajo.

—Habladme de los tapices —le dijo, señalando uno que representaba a dos enormes Alas Arenosas volando sobre un fondo azul—. No recuerdo haberlo visto antes.

—Oh, ese fue idea mía —le explicó Llamas—. Representa la trágica historia de amor de mi hermano, que se enamoró de una dragona a la que nuestra madre jamás aceptó, así que mantuvo su relación en secreto, pero luego ella huyó y le rompió el corazón. Aunque todos creímos entonces que probablemente no había huido. Hubiera sido muy propio de mi madre enterarse y haber ordenado que la mataran. Es algo que ella hubiera hecho sin duda...

Llamas siguió hablando del tapiz mientras atravesaba la antecámara.

Gloria le echó un vistazo por el rabillo del ojo a los dos carroñeros. El que tenía los ojos parecidos a los de Plata se había quedado dormido y ahora parecía mucho más patético que antes.

Llamas estaba a varios pasos por delante de ella, sin prestar atención a nada que no fuera el sonido de su propia voz. Gloria cogió en brazos al carroñero dormido y se lo deslizó por la espalda. No olía demasiado bien. No le extrañaba que los Alas Lluviosas prefirieran la fruta. Los plátanos nunca olían tan mal. Lo cubrió con sus alas, escondiéndolo tan bien como podía.

Jambu vio lo que acababa de hacer y cogió al otro carroñero. Aunque estaba despierto, apenas se resistió cuando Jambu se lo metió bajo el ala.

Se apresuraron a seguir a Llamas por los pasillos hasta la puerta principal. Se cruzaron con unos cuantos guardias Alas Arenosas: Llamas se dirigió a ellos por su nombre y estos le contestaron con un saludo militar. Aun así, en ningún momento la reina les dijo adónde iba, y ninguno de ellos pareció sospechar nada ni sentir curiosidad. Ninguno prestó atención a Gloria o a Jambu ni a sus mal escondidos bienes robados.

Casi todos los Alas Arenosas con los que se cruzaron estaban heridos de alguna manera. Llamas no tenía ni una marca, pero todos sus soldados tenían cicatrices recorriéndoles las escamas, heridas en la cola o les faltaban una garra. Gloria se acordó de Desierto, su guardián Ala Arenosa que había sido herido tan gravemente en la guerra que ya no podía volver a volar. Nunca se le había ocurrido preguntarle qué lado había elegido ni por qué reina había luchado antes de unirse a los Garras de la Paz.

Una ráfaga de aire frío les golpeó el hocico cuando salieron al exterior. Llamas se arrebujó bien bajo su capa y sacó las garras con cuidado de la nieve.

—¿Estáis seguros de que los dragonets no quieren entrar? —gimoteó la Ala Arenosa.

Gloria miró a Jambu. Un titileo en el aire, al lado de su hermano, era lo único que podía distinguir de Manglar, pero le aliviaba saber que estaba ahí.

—Por allí, Majestad —le dijo Gloria, señalando al sur.

Llamas suspiró, abrió las alas y se elevó en el aire.

Rápidamente, Gloria se giró y se bajó al carroñero de la espalda. La dragonet lo soltó en el suelo cubierto de nieve y este se despertó con un grito. Jambu dejó caer al suyo al lado del de Gloria.

—Venga. Corred y salvad vuestras carroñeras vidas —dijo Gloria

mientras empujaba a su carroñero con el hocico.

El carroñero se tambaleó hacia atrás con rapidez, cogió a su compañero de un brazo y ambos salieron corriendo sobre la nieve.

—¿Crees que estarán bien? —le preguntó Jambu, mientras Gloria volaba tras Llamas—. Ahí fuera hace mucho frío.

—Supongo que para eso sirven todas esas pieles que llevan —contestó Gloria—. De todas formas, yo preferiría morir congelada a que me comiera un Ala Arenosa.

—Puaj —soltó Jambu—. Carnívoros. No los entiendo.

Alcanzaron a Llamas y la dirigieron al lugar donde sus amigos los esperaban. Mientras volaban, Gloria escudriñó el suelo que tenían debajo, buscando alguna pista del paradero de Mortífero. El sol estaba ya alto en el cielo, aunque diera la sensación de que estaba muy lejos, detrás de un techo de hielo. La escarcha brillaba en el suelo y Gloria podía ver zonas de hierba marrón cubierta de maleza y arbustos retorcidos. Un lobo gris trotaba entre las rocas, pero esa fue la única señal de vida que vio. Donde quiera que Mortífero estuviera durante el día, se había escondido bien.

Sus amigos también se habían escondido bien. Habían apiñado varias rocas enormes debajo del risco para que pareciera un desprendimiento de piedras. Gloria casi se lo pasó volando. Dio la vuelta en el aire y aterrizó con Jambu y Llamas tras ella.

Sol fue la primera en salir.

—¡Lo has conseguido! —gritó la pequeña dragonet—. Lo has encontrado... Espera. —Le echó un vistazo a Llamas—. Esto... ¿Gloria? Eso es una Ala Arenosa.

—Lo sé, no te preocupes. Manglar también está aquí —le contestó Gloria moviendo la cola—. Ahora es cuando tienes que mostrarte. Estás a salvo.

El Ala Lluviosa empezó a materializarse lentamente, cambiando sus

escamas a un aburrido e infeliz verde. Agachó la cabeza y se negó a mirarla.

—¡Caramba! —exclamó Llamas, apartándose de él—. ¿Cómo has hecho eso? ¿De dónde has salido?

La Ala Arenosa miró a su alrededor repentinamente, como si esperara que aparecieran más dragones por arte de magia.

—¿Qué es lo que sabéis sobre los Alas Lluviosas, Majestad? —le preguntó Gloria.

La dragonet miró fijamente a la reina, preguntándose si la Ala Arenosa sabría algo acerca de los Alas Lluviosas desaparecidos y si se apreciaría en la expresión de su rostro.

La posible reina, sin embargo, parecía tan sorprendida como antes.

—He oído que son muy hermosos —dijo, estirando el cuello—. Pero nunca he visto ninguno.

—Pues ahora ya sí —le contestó Gloria.

La dragonet estiró las alas y dejó que cambiaran a un morado claro nada amenazador. Al mismo tiempo, las escamas de Jambu se volvieron rosas, aunque de un tono más pálido y relajado que el habitual.

—Vaya —exclamó Llamas con envidia.

La reina levantó una pata y cogió una de las alas de Jambu entre sus garras, estudiando sus escamas como si fuera un tapiz sin vida en vez de un dragón. Jambu miró a Gloria pero no se apartó.

—Vaya... Ojalá yo pudiera hacerlo —dijo Llamas—. ¡Sería de un color diferente cada minuto!

Giró el ala y Jambu tuvo que retorcer el cuerpo y acabar en una posición muy extraña.

La dragona no parecía alarmada ni enfadada por haber sido engañada por

sus disfraces de Alas Heladas. Gloria no sabía si admirar su valor o llevarse las garras a la cabeza por la completa falta de precaución que demostraba.

—¿Crees que seguirán cambiando de color las escamas si hago que alguien me fabrique un abrigo de piel de Ala Lluviosa? —le preguntó Llamas—. Sería precioso.

Miró las escamas de Jambu como si estuviera intentando averiguar cómo quitárselas. Por fin, Manglar alzó la vista y miró a Gloria a los ojos con una expresión preocupada.

En ese momento, Cieno, Tsunami y Nocturno ya habían salido de la pila de rocas. Nocturno señaló a Llamas con los ojos a punto de salírseles de la órbita.

—¡Gloria! —gritó—. Es... es... has encontrado a...

—Lo sé —se limitó a decirle su amiga—. Chicos, esta es Llamas. Majestad, estos son... —empezó a decir. Odiaba aquel título, pero así era como todo el mundo los conocía—. Estos son los dragonets del destino.

CAPÍTULO 16

—Oh... vaya... esto es... ¡qué emocionante es conoceros! —les dijo Llamas alegremente—. ¿Dónde está el Ala Celeste?

Gloria consiguió que ni su cara ni sus escamas mostraran ningún tipo de reacción. «El Ala Celeste está muerto —quiso gritar—. Vais a tener que conformaros conmigo. Asumidlo».

—Gloria es nuestra quinta dragonet —le explicó Cieno, señalándola con la cabeza.

—Vaya —contestó Llamas mirando a Gloria con escepticismo—. Pero... es una Ala Lluviosa y la profecía dice un Ala Celeste, ¿no?

—¿Qué profecía? —soltó Jambu—. ¿Qué es un dragonet del destino?

—¿Hablas en serio? —le espetó Gloria—. ¿Sabes algo de lo que está pasando aquí fuera?

—Es muy complicado de explicar —intervino Nocturno moviendo la cola.

—Ahora mismo está desarrollándose una guerra —le explicó Cieno amablemente— y existe una profecía que dice que cinco dragonets la detendrán. Esos somos nosotros.

—Vaya —murmuró Jambu—. Vale. Lo entiendo.

—Sí, muy complicado —le dijo Tsunami a Nocturno.

El dragonet negro la miró con el ceño fruncido.

—Es un poco más específico que eso —señaló Llamas—. También dice

que dos de las hermanas Alas Arenosas morirán... ¡espero que ninguna de ellas sea yo! Además, se supone que los cinco dragonets son un Ala Lodosa, un Ala Marina, un Ala Nocturna, un Ala Arenosa y un Ala Celeste.

—En vez de eso, nosotros tenemos a una Ala Lluviosa —dijo Tsunami —. Y a nosotros nos parece bien.

—También estoy yo —intervino Sol—. Yo soy una Ala Arenosa aunque mi aspecto sea un poco raro.

Llamas agachó la cabeza para mirar a Sol.

—Dios mío. ¡Eres muy extraña! ¿Qué le pasa a tu cola? ¿Por qué tus escamas son de ese color?

—No lo sé —le contestó Sol, extendiendo las alas—. Pero aun así soy el Ala Arenosa de la profecía.

—¿Estás segura? —le preguntó Llamas, mientras daba una vuelta alrededor de Sol, inspeccionándola—. Vaya. Ninguno de vosotros sois lo que esperaba. Todos sois muy pequeños. Además, creía que seríais... no sé... más hermosos —dijo, deteniéndose al lado de Gloria—. Vuelve a explicarme lo de la Ala Lluviosa. Y los otros dos Alas Lluviosas... ¿qué hacen aquí?

—Deberíais iros —le dijo Gloria a Jambu. Miró a Manglar, que no dejaba de temblar, abrazándose con las alas—. Llévalo a casa. Os vais a congelar los dos si os quedáis aquí más tiempo.

—Lo siento —le dijo Manglar—. Pensé que...

—Lo sé. La encontraremos, pero no aquí —dijo Gloria, señalando hacia el sur—. Marchaos los dos. Os alcanzaremos pronto.

Jambu no discutió. Él también estaba temblando de un extremo del ala al otro y parecía especialmente contento de tener alguna excusa para alejarse de Llamas.

—¿Adónde van? —preguntó la reina cuando los dos Alas Lluviosas se

elevaron en el aire—. ¿No está el bosque tropical muy lejos de aquí?

—Bueno, tenemos algunas preguntas que haceros —intervino Nocturno —. Como por ejemplo, ¿podríais decirnos por qué deberíais ser vos la reina en vez de vuestras hermanas?

—¿Porque soy más bonita, más amable y más amigable que ellas? —le contestó la Ala Arenosa—. ¿No es obvio? —Sonrió, girando en un círculo y sujetando la capa para que ondeara como si fuera una bandera—. Quiero decir, ¿no las habéis conocido ya? ¿No son horribles?

—Sí —respondió Cieno con tristeza.

—Bueno... —empezó Nocturno, pero luego se dio cuenta de la mirada en la cara de Tsunami—. Supongo que sí lo son.

—Pero ¿podríais sobrevivir a un reto? —le preguntó Tsunami—. Si os convirtieran en reina, ¿cuánto duraríais antes de que alguien intentara arrebataros el trono?

—Vaya —se quejó Llamas—. Eso es bastante grosero, ¿no crees? Tengo más edad que tú. He estado en una batalla... más o menos —dijo, mientras movía la cola venenosa hacia delante y hacia atrás—. Y además tengo mi cola mortal.

—La tenéis vos y todos los Alas Arenosas —señaló Tsunami muy poco impresionada.

—Escuchad, ¿cómo curaríais a alguien que ha sido herido accidentalmente por la cola de un Ala Arenosa? —le preguntó Sol.

La dragonet había fingido muy bien haberlo preguntado solo por curiosidad, pero Gloria sabía que Sol estaba pensando en Membranas.

—Existe un cactus cuya savia cura nuestro veneno —le dijo Llamas, moviendo la garra con desdén—. Crece por todo el desierto.

«Una vez más —pensó Gloria—, no sospecha nada. Y aparentemente, tampoco se preocupa por guardar los secretos de los Alas Arenosas».

—De todas formas —le insistió Llamas a Tsunami—. Tengo a la reina Glaciar para que me ayude con cualquier cosa que vaya mal.

Tsunami bufó.

—Glaciar no puede luchar por vos si os retan por el trono —le explicó Nocturno.

—¿No puede? —preguntó Llamas como si aquello fuera una noticia nueva para ella—. Esto. Bueno, aún puede ir y matar a cualquiera que se atreva a retarme. No le importaría.

—¡Pero eso no sería justo! —intervino Sol—. ¡Violaría todas las normas de un reto! ¿Verdad, Nocturno?

El dragonet asintió, pero Llamas ya estaba hablando por encima de ellos.

—¿A quién le importa? —dijo—. No os preocupéis por eso. Seré una reina tan maravillosa que nadie querrá retarme nunca. Ahí lo tenéis. Es un buen plan. Bueno, ¿cómo se supone que funciona eso de la profecía? ¿Vais a matar a mis hermanas? Eso me haría la vida mucho más fácil.

Gloria movió la cola. No había pensado nunca en eso. Matar a Brasas y a Ampolla... era una manera muy buena de hacer cumplir la profecía. Siempre y cuando pudieran hacerlo, lo que parecía bastante complicado teniendo en cuenta a los ejércitos de dragones que habían intentado matar a todas las hermanas durante los últimos dieciocho años.

Sol también parecía abatida.

—No nos han contratado para que matemos a nadie —espetó la pequeña Ala Arenosa—. Estábamos pensando en decirle a todo el mundo a quién habíamos elegido y así todos nos escucharían y dejarían de luchar.

—Vaya —dijo Llamas—. Eso suena muy... bonito. ¿Qué es el «poder de las alas de fuego»? ¿Y cómo lo consigo?

Esas eran las preguntas sobre la profecía que Gloria llevaba haciéndose

toda la vida. Aun así, le molestó oírlas de la boca de Llamas. ¡Como si los dragonets tuvieran todas las respuestas!

En ese momento, se le ocurrió preguntarse por qué Ampolla (la más inteligente) no les había hecho esas preguntas. Quizás ella ya conociera las respuestas... o quisiera hacer creer a alguien que las conocía.

—Lo estamos averiguando —dijo Cieno.

—No es algo que nosotros hayamos elegido —intervino Gloria—. A todos nos han arrastrado al rollo ese del «destino».

—A ti no —le dijo Llamas en un tono ligero y perplejo—. La profecía no habla de ningún Ala Lluviosa. ¿Por qué no te vas simplemente a casa?

En el extraño silencio que siguió, Gloria imaginó al resto de sus compañeros pensando exactamente lo mismo. ¿Por qué no se iba a casa, donde podría sentarse a salvo en el bosque tropical, lejos de la guerra, mientras dormía todo el día?

«Quizá debiera —pensó—. Es decir, ¿vale la pena luchar por una de estas tres horribles Alas Arenosas? ¿No sería más fácil rendirme y aceptar que estoy destinada a ser una vaga Ala Lluviosa?».

Que un Ala Nocturna asesino aterrizara en la cima de la montaña de rocas que tenían a su lado, distrayéndolos, fue casi un gran alivio.

Los otros se giraron para mirarlo, con las colas preparadas. Llamas le echó un vistazo con una expresión perpleja.

—Vaya, hola. ¿Él también forma parte de la profecía? —preguntó la reina—. Es mono. Más mono que ese de ahí —señaló a Nocturno, que pareció dolido por el comentario.

—Vaya. Hola a todo el mundo —dijo Mortífero—. ¿No es una gran coincidencia? Justo estaba hablando de vosotros esta mañana. —Se giró hacia Gloria y ladeó la cabeza al fijarse en sus escamas moradas—.

¡Dragona misteriosa! Hum. Hay algo diferente en ti. ¿Te has recortado las zarpas?

—Qué gracioso —le contestó la dragonet, enseñándole los dientes.

—Podrías haberme dicho que eras una de los dragonets —le dijo Mortífero—. Te hubiera pedido un autógrafo. Ahora veo que eres una Ala Lluviosa... Gloria, ¿verdad?

Que supiera su nombre era bastante espeluznante. Incluso si a ella le gustaba cómo sonaba en la boca del Ala Nocturna. Pero eso confirmaba su teoría... ¿por qué, si no, iba a molestarse en aprendérselo?

—Eso es. Soy la dragonet que te han enviado a matar —le contestó Gloria—. Creía que decírtelo tan pronto haría que empezáramos con mala garra.

—No estoy aquí necesariamente para matarte —objetó Mortífero—. E incluso si lo estuviera... parece la oportunidad perfecta para matarla a ella.

De repente, Mortífero abrió las garras, mostrando un par de afilados discos plateados. Los filos brillaron como cuchillos cuando los lanzó, uno tras otro, hacia Llamas.

La Ala Arenosa gritó e intentó retroceder, dejando caer la capa. Sin embargo fue demasiado lenta. Un disco se le clavó en su largo cuello y liberó un torrente de sangre roja y brillante que salpicó a Sol, a su lado.

El segundo disco le rozó el borde de una de las alas a Tsunami, cuando esta se puso de un salto delante de Llamas. El disco rebotó contra una de las rocas, produciendo un ruido metálico. Tsunami se desplomó y se agarró el ala herida.

Sol gritó, bajó la mirada hacia las escamas cubiertas de sangre y volvió a gritar.

Cieno dio un salto hacia delante y taponó con las dos garras la herida del cuello de Llamas.

—¡Pásame la manta! —le gritó a Nocturno.

El Ala Nocturna le devolvió la mirada paralizado por el miedo.

Gloria cogió la capa y se la pasó a Cieno, que empezó a enrollarla alrededor del cuello de Llamas.

Pero, de nuevo, Mortífero estaba allí: aterrizó sobre la espalda de Llamas y empujó a Cieno a un lado, como si el pesado Ala Lodosa pesara menos que una salamandra. Otros dos discos plateados aparecieron en las garras de Mortífero.

Gloria saltó encima del asesino y lo lanzó lejos de la espalda de Llamas. Ambos rodaron sobre el suelo congelado, mientras las alas negras de él se enredaban con las de ella. Era muy fuerte y sorprendentemente rápido. Llevaba una bolsa negra atada en torno al cuello y cuando la bolsa golpeó a Gloria en el pecho, esta se dio cuenta de que ahí era donde debía de tener guardadas sus armas. La dragonet aferró la bolsa con las garras en el mismo momento en que Mortífero le apoyaba las garras en las alas y se las aplastaba contra el suelo.

—¿Matar a Llamas era tu misión? —le preguntó.

—No, pero me gusta improvisar —le respondió—. Y si la mato a ella, supongo que eso hará que no me meta en problemas por no matarte a ti.

—Puedes intentar matarme —gruñó la dragonet—. Pero dudo que sea tan fácil como piensas.

Gloria abrió la bolsa y cogió algunos de los discos plateados, que se le escurrieron entre las garras. La mayoría cayeron al suelo a su alrededor, pero un disco era lo único que necesitaba. Se lo puso a Mortífero en el cuello antes de que él pudiera apartarse.

—No le has dado a Llamas en la arteria principal del cuello —le dijo—. Si no recuerdo mal mis clases de anatomía, está justo aquí.

Gloria apretó con un poco más de fuerza y Mortífero se encogió de dolor

cuando el filo plateado se le hundió en la piel y le dejó un reguero de sangre sobre las escamas. Apartó las garras de los hombros de Gloria y, con cuidado, retrocedió un poco.

Gloria se levantó, sin apartar el disco del cuello de su oponente y echó un vistazo por encima del hombro de Mortífero. Cieno le había envuelto el cuello a Llamas con la capa, pero la sangre la había empapado y se colaba entre el pelo de camello. La reina Ala Arenosa estaba apoyada en él y parecía a punto de desmayarse. Tsunami también se había puesto en pie y se examinaba la herida del ala con el ceño fruncido. Nocturno no se había movido y Sol seguía mirando fijamente la sangre que le cubría las garras y las alas.

—Ya he mencionado la parte en la que no quiero matarte, ¿verdad? —le dijo Mortífero, mirando a Gloria y a los discos que esta sujetaba con una expresión ligeramente divertida—. Estoy bastante seguro de que te habrá resultado una gran sorpresa.

—Ay, está bien —le contestó Gloria—. Entonces supongo que a partir de ahora confiaré en ti.

—Si me dejas que la mate, vosotros podréis iros —dijo—. Eso os dará una buena ventaja antes de que ellos manden a alguien a buscaros, especialmente ya que nadie sabe adónde iréis después.

—¿Todos nosotros? —le dijo Gloria—. ¿Estás aquí para matarnos a todos?

—No —le contestó el Ala Nocturna, aún con una sonrisa en la cara—. Solo a un par.

—Bueno, eso hace que me sienta mejor —dijo—. Deja de parecer tan engreído.

Gloria le golpeó el cuello y él intentó ponerse serio, pero sin conseguirlo.

—¿A quienes? —preguntó Sol.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Tsunami al mismo tiempo—. ¿Quién te envía?

—Los Alas Nocturnas —dijo Nocturno, desolado—. Han sido ellos, ¿verdad? Por lo que pasó en el Reino del Mar. Porque no elegimos a Ampolla.

—¿Los Alas Nocturnas querían que eligiéramos a Ampolla? —le dijo Gloria mientras Tsunami se giraba para mirar a Nocturno—. ¿Por qué iba a importarles?

—No lo sé —reconoció Nocturno—. Eso es todo lo que Oráculo me dijo. Que teníamos que escoger a Ampolla y que yo debía convenceros para que accedierais a ello.

—¡Eso es horrible! —intervino Llamas, que en ese momento abrió los ojos y pareció un poco más viva—. ¿Por qué iban a ser los Alas Nocturnas los que decidieran? ¡Ni siquiera me conocen! ¡Soy maravillosa!

—Vaya, esa es la razón por la que estabas tan raro al lado de Ampolla —le dijo Cieno a Nocturno.

De repente, Mortífero se inclinó hacia delante, más rápido que una cobra, y sujetó a Gloria de las garras. Ella le golpeó la cabeza tan fuerte como pudo con las alas y le pateó la parte interior de las alas con las garras traseras.

—¡Ay! ¡Para! —gritó el Ala Nocturna—. ¿Es que quieres que te mate?

En ese momento, oyeron el batir de muchas alas aproximándose. Tanto Gloria como Mortífero se quedaron inmóviles y miraron hacia el cielo.

—Reina Glaciar —suspiró Llamas con alivio—. Sabía que vendrías a salvarme.

El brillo de las alas de diamante que se aproximaban desde el norte era inconfundible. Los Alas Heladas se acercaban.

CAPÍTULO 17

Si tuviera que elegir entre los Alas Heladas y un asesino Ala Nocturna, Gloria no estaba segura de que de verdad prefiriera enfrentarse a la reina de los Alas Heladas. El encarcelamiento en el Reino Celeste y en el Palacio de Verano de la reina Coral ya habían sido lo suficientemente malos. Si acababan encerrados en las mazmorras de la reina Glaciar, seguramente acabarían muriendo congelados antes de que acabara el día.

—Suéltame ahora mismo —le dijo a Mortífero.

Para su inmensa sorpresa, el dragón obedeció: retrocedió unos pasos, con las garras alzadas para parecer inofensivo, e incluso se atrevió a sonreírle.

—Es hora de irnos —ordenó Tsunami—. Llegarán en menos de dos minutos.

—Oh, no. Esperad —rogó Llamas, abriendo las alas y haciendo señas a los Alas Heladas que se acercaban—. Deberíais conocer a Glaciar. Os gustará.

—No podemos dejar a Llamas aquí con él —soltó Cieno señalando a Mortífero.

—Eso es verdad —corroboró Gloria, entrecerrando los ojos mientras miraba al asesino—. Tienes diez segundos para echar a volar o te damos una paliza y te dejamos aquí para que los Alas Heladas se ocupen de ti.

—¿No deberíamos hacerlo de todas formas? —preguntó Llamas—. Es decir, ha intentado matarme. La reina Glaciar se va a poner furiosa. Hubo

una vez un Ala Celeste que llegó hasta aquí volando y casi me mata cuando estaba tomando el sol. La reina Glaciar le arrancó las alas literalmente y lo mató. Fue muy asqueroso, pero también muy dulce. Ya sabéis... como si de verdad se preocupara por mí.

«O se preocupa mucho por la tierra que conseguirá si os convertís en reina», pensó Gloria.

Sol parecía un poco mareada.

—Adivinad lo que no quiero ver —dijo—. A un dragón arrancándole las alas a otro. Nunca. Gracias.

—Está bien, me habéis convencido —dijo Mortífero retrocediendo—. Pero de verdad que tendríais que haberme dejado que la matara —añadió. Guardó silencio un momento, con las alas abiertas, y le dedicó a Gloria una sonrisa descarada—. Entonces ¿cuándo puedo volver a verte?

—Largo de aquí —le espetó Gloria, contenta de que Jambu no estuviera allí para interpretar en voz alta los colores que intentaba reprimir en las escamas.

Mortífero salió huyendo por el cielo. Llamas lo siguió con la mirada un momento, pero luego pareció perder el interés. Se giró hacia Cieno y Tsunami con una sonrisa triunfante.

—Por favor, no os vayáis —dijo—. La reina Glaciar os estará muy agradecida por haberme salvado la vida. ¡Ahora podremos dar esa fiesta que ya he mencionado!

—Lo siento —le dijo Tsunami—. No vamos a quedarnos por aquí para que nos vuelvan a hacer prisioneros.

—Ya... ya estaremos en contacto —dijo Cieno—. Seguid presionando aquí hasta que un sanador pueda verlo.

Llamas consiguió ponerse derecha y les dedicó a todos un pequeño asentimiento.

—Ha sido maravilloso conoceros —dijo—. Aunque os falte un Ala Celeste y algunos tengáis un aspecto bastante divertido. Os prometo que no os arrepentiréis si me elegís a mí —dijo. Levantó débilmente un ala para señalar el desierto—. Puedo ofreceros la tierra que queráis. ¡Cada uno de vosotros podría tener la tierra suficiente para construir un palacio!

—Dejad de regalar vuestro territorio —le espetó Gloria—. Sé que el Reino de Arena es grande, pero la vida en el desierto es muy dura y vuestros súbditos necesitan todos los oasis que haya. Y si algún día os convertís en reina, necesitaréis reconstruir vuestro tesoro de alguna manera. Recordad eso también.

—Un consejo sobre realeza viniendo de una Ala Lluviosa —se rio Llamas, como si el dolor del cuello la estuviera volviendo chiflada—. Lo que me faltaba por oír.

Gloria frunció el ceño, pero la Ala Arenosa no pareció notarlo.

—Vamos —le dijo Cieno dulcemente a Sol, apremiándola para que se elevara en el aire.

Sol levantó sus garras cubiertas de sangre y Nocturno saltó hacia ella para envolverlas con sus propias garras.

—Te sentirás mejor en cuanto lleguemos al desierto —la animó.

—No dejéis que nos sigan —le espetó Tsunami a la reina, mientras los demás alzaban el vuelo.

—Estarán demasiado ocupados rescatándome —le contestó Llamas, dejándose caer en una grácil y melodramática pose.

Tanto Gloria como Tsunami pusieron los ojos en blanco y empezaron a volar. Los Alas Heladas casi les habían dado alcance. Tendrían que volar todo lo rápido que pudieran.

Tsunami se tambaleó un momento en pleno vuelo.

—¿Duele? —le preguntó Gloria, acercándose a ella—. ¿Conseguirás

llegar hasta el pasadizo?

—Estaré bien —le respondió Tsunami con los dientes apretados—. Solo es un corte —dijo. Pasado un momento, añadió—: Pero sí, duele.

Gloria se quedó a su lado mientras volaban por el frío cielo azul claro. Miró atrás varias veces, pero no vio a ningún Ala Helada persiguiéndolos. Ni tampoco a ningún Ala Nocturna siguiéndoles el rastro.

—Gloria —le dijo Tsunami tras un momento—. ¿Puedo preguntarte algo? ¿Por qué no usaste tu veneno con ese asesino?

Gloria sintió cómo las escamas se le teñían de rosa a causa de la vergüenza que sentía, pero la reprimió hasta que volvieron a ser del mismo color que el cielo.

—No era una invitación para que desaparecieras —le dijo Tsunami.

—Simplemente no me apeteció matarlo —contestó Gloria—. No quiero matar a más dragones de los necesarios.

—Pero se supone que él tiene la misión de matarte a ti —le dijo Tsunami —. Matarlo primero es, básicamente, la definición de «en defensa propia».

—Quizá —murmuró Gloria—. Es solo que... no me dio la impresión de que fuera a matarme.

Tsunami negó con la cabeza.

—Está bien, pero solo para que lo sepas, desde donde yo estaba sí que parecía que quería matarte.

—Da igual —contestó la dragonet—. Es probable que nunca más lo volvamos a ver. La verdadera pregunta que deberíamos hacernos es: ¿por qué los Alas Nocturnas están tan implicados en todo esto? ¿Primero intentan que elijamos a Ampolla y luego nos mandan a un asesino para que nos mate? ¿No quieren que su profecía se haga realidad?

—Puede que, como todos los demás, quieran que se cumpla a su manera —gruñó Tsunami.

—¿Cuál es su manera? —se preguntó Gloria—. ¿Qué diferencia habría para ellos en que eligiéramos a una u otra reina Ala Arenosa?

—No tengo ni idea —admitió Tsunami.

—Bueno, si tienen algo que decir sobre esta guerra —soltó Gloria—, será mejor que salgan y luchen en ella en vez de esconderse y hacer vagas predicciones cada pocos años.

—Y que no manden asesinos —añadió Tsunami—. Menudos cobardes.

No era frecuente que Tsunami y Gloria estuvieran de acuerdo en algo. Gloria no podía recordar la última vez que habían tenido una conversación tan larga sin pelearse. No era que a ella no le gustara Tsunami; de hecho, ni siquiera le importaba que fuera tan mandona. Pero le parecía necesario llevarle la contraria cuando empezaba a actuar como la jefa del grupo, solo para asegurarse de que no se le subía demasiado a la cabeza.

Por otro lado, Tsunami se había comportado mucho mejor desde que se habían escapado del Reino del Mar. Gloria se daba cuenta de que la Ala Marina intentaba contar más con la opinión de los demás, en vez de limitarse a decir lo que tenían que hacer. Además, Tsunami ya no hablaba de su futuro como reina, lo que solía ser su tema de conversación favorito. Quizá lo había dicho en serio cuando les comentó que su lugar no estaba en el Reino del Mar. Quizá ya había desechado la idea de gobernar su tribu algún día.

Ya había oscurecido cuando divisaron la fortaleza de Brasas en la distancia y el semicírculo de cactus que estaban buscando. Gloria y Tsunami descendieron en espiral y se encontraron con Nocturno cavando desesperadamente en la arena.

—¡El agujero ha desaparecido! —gritó—. ¡Desaparecido!

Las escamas de Gloria se volvieron verdes por el pánico que la embargó.

Atrapados entre los Alas Heladas y Brasas, con un asesino dándoles caza... no era así cómo se había imaginado que pasarían la noche.

—No ha desaparecido —dijo Cieno con firmeza—. Déjame cavar a mí.

El Ala Lodosa apartó a Nocturno a un lado, alzó la mirada hacia los cactus y empezó a cavar en un punto diferente.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Tsunami a Sol, que parecía estar bailando un tango con uno de los cactus que los rodeaban.

—Ya oíste a Llamas —jadeó Sol—. Si nos llevamos uno de estos, quizá podamos curar a Membranas. ¡Ay!

Sol se encogió de dolor al clavarse varias espinas y sacudió las garras.

—No necesitamos el cactus entero —le comentó Tsunami, divertida—. Córtale una de esas cosas con forma de brazo y llévatela.

—Eso es lo que estoy intentando hacer —le contestó Sol, furiosa.

Tsunami trepó por la arena para ayudarla. Gloria se fijó en que Sol había usado la arena para quitarse la sangre, pero aún tenía un poco reseca entre las escamas y las garras.

—Aquí está —dijo Cieno, apartando un poco más de arena de la entrada del túnel—. Lo encontré.

Nocturno dejó escapar una bocanada de aire.

—Vaya —dijo—. Esa debe ser la razón por la que nadie lo ha visto antes. El viento lo cubre con arena cada día. —Se acercó al túnel—. Así que... ¿ya nos podemos ir?

Gloria volvió a mirar el cielo, mientras Tsunami y Sol se deslizaban hacia ellos con un trozo de cactus. No había ni un dragón a la vista. Señaló con la cabeza el túnel y Nocturno salió disparado hacia el interior, agradecido. Los otros lo siguieron, uno tras otro. Gloria entró la última, apilando toda la arena que pudo tras ella.

Cuando salió del túnel al oscuro bosque, una bola de pelo saltó del árbol

que había sobre ella y aterrizó en su cuello. La perezosa le rodeó el cuello con brazos y patas y empezó a gorjear y parlotear furiosamente.

—Creo que me está regañando —le dijo Gloria a Cieno, mientras levantaba las patas y acariciaba a Plata.

—WEERB —dijo la perezosa muy seria, acurrucándose más contra su cuerpo.

Sol se metió en el estanque en el que desembocaba la catarata e intentó quitarse la sangre de Llamas de las escamas. Gloria se dio cuenta de que Jambu no estaba, pero Manglar estaba sentado al lado del agua. Con las alas medio caídas, mientras miraba fijamente el estanque.

—Debo entender que no viste ningún rastro de los Alas Lluviosas desaparecidos allí —le dijo Gloria.

Él negó con la cabeza.

—Nada en ninguna parte de esa fortaleza. Me colé aprovechando que salía una patrulla de Alas Arenosas. He buscado por todas partes —dijo, mientras le daba una patada a unos juncos—. Una pérdida de tiempo inútil.

—Probablemente —le dijo Gloria—, pero al menos ahora ya lo sabemos.

—¿Cómo vamos a encontrar a Orquídea? —le preguntó el dragón.

Gloria miró fijamente el agujero de la roca. En medio de la oscuridad, con solo un poco de luz de luna colándose entre los árboles, parecía una boca con las fauces abiertas, lista para devorar a un dragón entero.

—Oímos algo aquí mismo hace un par de noches. Puede que si nos quedamos en este lugar y esperamos, volvamos a verlo —dijo, mientras se giraba y miraba a Tsunami—. Lo único que necesitamos es a alguien que pueda ver en la oscuridad.

CAPÍTULO 18

Gloria se removió en su rama y suspiró. La noche se aferraba a sus alas como una caliente y pegajosa telaraña. Una enredadera con flores color vino que había cerca impregnaba el aire con su olor a rata almizclera rebozada en limón. No era agradable.

—No tienes por qué quedarte —susurró Tsunami.

—Claro que sí —le contestó Gloria—. Te conozco. Da igual lo que veas, saltarías de este árbol y lo atacarías si te quedas sola.

—Yo... —dijo Tsunami, pero después guardó silencio—. Bueno. Puede que lo haga.

—Entonces, al menos estaré aquí para ayudarte —añadió Gloria, sonriendo en la oscuridad.

Se quedaron así agachadas un momento, escuchando los crujidos del bosque tropical y los trinos nocturnos. En lo alto de los árboles, alguna especie de insecto estaba anunciando desesperadamente el final del mundo con su estridente quejido. Si Gloria hubiera podido verlo, se lo hubiera comido sin pensárselo, solo para hacerlo callar.

Se habían pasado lo que les quedaba de la noche anterior y el día en la aldea de los Alas Lluviosas, recuperándose de tan largo viaje. Sol le había restregado la savia del cactus a Membranas en la herida y les había dicho, muy contenta, que creía que estaba funcionando.

Los otros se habían quedado allí a pasar la noche. Gloria pensaba que no

era muy probable que pillaran al monstruo misterioso durante su primera noche de guardia. Además, parecían muy cansados. También le había hecho prometer a Manglar que no las volvería a seguir y había dejado a Plata con Sol, porque lo único que sabían con seguridad era que el monstruo comía perezosos.

—¿Qué piensas de Llamas? —le preguntó Tsunami en un susurro—. ¿Deberíamos escogerla a ella?

—No lo sé —le respondió Gloria también en un susurro—. No me gusta mucho. ¿Y a ti?

—Tendría que hablar menos y dejar de mencionar al Ala Celeste que falta —le dijo la Ala Marina.

Gloria no podía estar más de acuerdo, pero le alegraba que lo hubiera dicho primero Tsunami y no ella.

—Parece mucho menos siniestra que Brasas o Ampolla —le dijo Gloria —. Pero también una gran incompetente. ¿Sería justo para los Alas Arenosas que les entregáramos a una reina inútil como ella? Además, estoy segura de que no va a ganar la guerra solo porque nosotros le digamos a todo el mundo que la hemos escogido a ella.

—Eso es verdad —dijo Tsunami—. Nunca sobreviviría en un combate de verdad, especialmente contra una de sus hermanas.

—Da igual —espetó Gloria—. De todas formas a mí no me incumbe. Vosotros decidid lo que queráis. Es decir, ya que yo no aparezco en la profecía no debería poder decidir.

—Deja de decir esas tonterías o te daré un tortazo —siseó Tsunami, aunque bastante alto.

Gloria podía sentir cómo la estaba mirando fijamente en la oscuridad y, por extraño que pareciera, se sintió muy complacida.

—Shh —le indicó Gloria, golpeando las alas de Tsunami con la cola—.

¿Qué ha sido eso?

Chasquido.

Ambas dragonas se quedaron paralizadas en su sitio con las cabezas levantadas. Gloria aguzó el oído.

Chasquido. Culebreeeeeeeeeo.

—Ahí está —susurró Gloria.

El corazón le volvía a latir desbocado. Intentó ver la piedra a través de la oscuridad, pero no percibió ningún movimiento. Oyeron el sonido de algo grande que se arrastraba bajo ellas, en el suelo. Respiraba con dificultad, husmeando sin cesar como un rinoceronte resfriado.

—No ha salido del agujero —susurró Tsunami—. Está al otro lado del arroyo, cerca del otro árbol. Pero no puedo... no estoy segura... —dijo mientras se inclinaba hacia delante, intentando ver algo bajo los arbustos.

De repente, les llegó otro ruido. Parecía provenir de muy lejos.

Sonaba como un... silbido.

Gloria también se inclinó hacia delante, escuchando atentamente. Era la canción de los dragonets... la misma que había escuchado por última vez cuando los prisioneros habían empezado a cantarla en la arena de los Alas Celestes.

> Se acercan los dragonets...
> Vienen a salvarnos la vida...
> Vienen a luchar... por lo que saben que es correcto... Los dragonets...

Alguien estaba silbando su canción.

—Eso sí que viene del agujero —susurró la Ala Marina, agachándose para echar un vistazo a través de las hojas.

Una forma oscura apareció en la entrada del agujero de la roca. Al mismo

tiempo, las dragonas escucharon unos golpes y crujidos mientras la misteriosa criatura volvía a desaparecer en el bosque.

Gloria maldijo en voz baja y se puso en pie.

—¿Deberíamos perseguirlo?

Pero Tsunami ya se había lanzado desde el árbol, directa a la roca. La dragonet chocó con la figura y los dos gritaron de dolor, rodando y forcejeando en el suelo.

Gloria salió disparada tras ella y cogió de la cola al recién llegado. Los tres lucharon hasta que Gloria y Tsunami lo redujeron contra el suelo y Gloria pudo sentarse en su pecho.

No le sorprendió demasiado descubrir que se trataba de Mortífero. Por lo que Gloria podía ver gracias a la poca luz que se colaba entre las hojas que tenían sobre la cabeza, el Ala Nocturna tenía arena entre las garras y una expresión nada arrepentida en el rostro.

—¿Qué clase de asesino persigue a sus presas y silba al mismo tiempo? —le preguntó Gloria.

—Deberíamos matarlo ahora mismo —siseó Tsunami.

—Has espantado a nuestro monstruo —continuó Gloria, golpeándole el hocico—. Así que ahora estamos doblemente enfadadas contigo.

—Sí, por eso y por el hecho de que estés intentando matarnos —agregó Tsunami.

—¿Qué monstruo? —dijo Mortífero, con una voz demasiado inocente.

Gloria lo miró con sospecha. ¿Acaso él sabía algo?

—¿Nos has seguido a través del túnel? —le preguntó la Ala Lluviosa—. ¿O ya sabías que estaba ahí?

—¿Cómo iba yo a saber que estaba ahí? —le preguntó el dragón.

—Eso es lo que quiero saber —le contestó ella.

—Llevémoslo de vuelta a la aldea para interrogarlo —dijo Tsunami.

—No creo que sea seguro —espetó Gloria—. Ya sabes... para los Alas Lluviosas o para los otros. Deberíamos mantenerlo tan alejado de todo el mundo como podamos.

Tsunami arrugó el hocico, pensando.

—O —dijo al cabo de un momento— podemos volver al plan A. Matémoslo ahora mismo.

—Tsunami, creo que tienes las mismas ganas de hacerlo que yo —le dijo Gloria.

Eso la obligó a guardar silencio. Gloria se había dado cuenta de lo enferma que se ponía Tsunami cada vez que había que matar a un dragón después de su experiencia en la arena de los Alas Celestes. Hacerlo en defensa propia era una cosa, pero ahora tenían a Mortífero atrapado bajo sus garras.

—Está bien —dijo Tsunami finalmente, después de un largo silencio—. Tienes razón. No quiero hacerlo, pero esperaba que él creyera que sí queríamos. Así que buen trabajo siguiéndome el rollo.

—Siento no poder leerte la mente como un estúpido Ala Nocturna —le dijo Gloria—. Hablando de lo cual, ¿eres del tipo de Ala Nocturna que puede leer la mente? —preguntó. Entrecerró los ojos y miró a Mortífero—. ¿Qué estoy pensando ahora mismo?

—¿Que soy demasiado encantador, inteligente y guapo para matarme? —probó el dragón.

De hecho, aquello estaba demasiado cerca de la verdad para gusto de Gloria. Infló la gorguera y volvió a golpearle el hocico.

—Respuesta incorrecta —lo amonestó—. Estoy pensando que empiezas a ser un horrible montón de problemas. ¿Has decidido matarme después de todo?

La sonrisa juguetona de Mortífero desapareció y la estudió como si de

verdad estuviera pensando seriamente en aquella pregunta.

—No estoy segura de que me guste esta pausa tan larga —le dijo Gloria.

—Me estaba preguntando si había una alternativa —le explicó Mortífero —. Pero no es decisión mía.

—¿Y de quién es? —le preguntó Tsunami—. ¿De la reina de los Alas Nocturnas?

Mortífero puso una cara rara que Gloria fue incapaz de descifrar.

—No puedo decíroslo.

—No entiendo por qué un Ala Nocturna iba a quererme muerta —murmuró Gloria.

—Para mí también se ha convertido en todo un misterio —respondió Mortífero, con un tono que sonó galante y sincero a la vez.

—Así que un misterio... —espetó Gloria—. Aun así, probablemente acabes haciéndolo.

—Yo no diría probablemente —ofreció Mortífero—. Más bien... quizá.

—Y yo no llamaría a eso reconfortante —le contestó Gloria—. Lo llamaría todo lo opuesto a reconfortante.

Mortífero le sonrió y Gloria deseó que dejara de hacerlo. La distraía mucho.

—Entonces ¿qué hacemos con él? —le preguntó Tsunami—. No podemos dejar que se vaya y no podemos llevarlo de vuelta a la aldea de los Alas Lluviosas.

—Podríamos atarlo, dejarlo en el bosque y esperar a que el monstruo se lo coma —soltó Gloria, mirando a Mortífero a la cara. No parecía estar ni siquiera un poco preocupado—. ¿He mencionado ya que hay un monstruo? —le preguntó—. Ha estado secuestrando y seguramente comiéndose a algunos Alas Lluviosas de por aquí. Me apuesto lo que quieras a que se emocionará cuando te encuentre ahí atado.

—Oh, no —se mofó Mortífero—. No me dejéis solo donde un monstruo podría comerme, por favor.

Gloria abrió la boca y a continuación la cerró. Acababa de tener una idea que fuera posiblemente brillante y terriblemente perfecta. Una sobre la que tenía que reflexionar un minuto. Volvió a golpearle en el hocico.

—¿Acabas de usar el sarcasmo conmigo? —le preguntó—. Tsunami, ¿a ti te ha sonado eso extrañamente a sarcasmo?

—Como si no creyera en los monstruos —le dijo Tsunami—. En los que, para que conste, no estoy muy segura de creer yo tampoco.

«O está confabulado con él —pensó Gloria— o al menos sabe lo que es y no le tiene miedo». Decidió no decir eso último en voz alta. Puede que el entusiasmo de Tsunami por interrogarlo volviera a aflorar y Gloria estaba segura de que sería una gran pérdida de tiempo. No le iban a sacar nada útil a Mortífero solo con parecer fieras y exigirle respuestas.

Ahora que había un plan formándose en su mente, quería intentarlo. Pero tenía que deshacerse de Tsunami.

—Alejémosle del túnel y atémosle —dijo la dragonet—. Después irás a avisar a los otros y podemos hacer turnos para vigilarlo hasta que decida confesarnos quién nos quiere muertos y por qué.

—Y a quiénes de nosotros —sugirió Tsunami—. Contó que lo habían enviado a matarnos a unos cuantos, no solo a ti.

—Y también, ya sabes, cómo impedirlo —dijo Gloria.

—Tendréis que esperar un poco —sugirió Mortífero—. No me permiten deciros nada.

Tsunami y Gloria lo ignoraron. Las dragonets cogieron unas cuantas lianas de los árboles y ataron sus alas con las más fuertes. Tsunami le ató las garras juntas para que no pudiera correr, le pasó una liana por el cuello y lo obligó a caminar delante de ellas por el bosque. Después de una corta

caminata, encontraron un árbol que a Tsunami le pareció adecuado y lo ataron a él con los nudos tan apretados como pudieron.

—Quemará las lianas en cuanto nos vayamos —señaló Tsunami.

—Entonces no nos iremos —le contestó Gloria—. Ve tú a avisar a los otros. Me sentaré aquí apuntándole con mi extremadamente mortal arma secreta.

—¿Cuál es? —preguntó Mortífero—. Espera, déjame adivinar. Tu agudo ingenio.

—Intenta escapar y lo averiguarás de la peor de las formas —ofreció Gloria.

Él se apoyó contra el árbol. Parecía muy cómodo y nada interesado en escapar. «Un dragón muy peculiar», pensó Gloria.

—Envía primero a Cieno —le sugirió Gloria a Tsunami—. Él puede hacer la siguiente guardia.

—Espero que estés escuchando lo mandona que estás siendo —le dijo Tsunami—. Voy a dejarlo pasar, pero lo recordaré.

—Vaya. Vete ya —dijo Gloria.

Le hizo un gesto con las alas hasta que la Ala Marina alzó el vuelo y se internó en la oscuridad.

Cuando dejó de oírse su aleteo, los sonidos nocturnos del bosque tropical los rodearon. Una orquesta de insectos que cantaban y piaban mientras los árboles crujían, los pájaros nocturnos gritaban y las ranas croaban de fondo, como un público decepcionado.

—Aquí hay demasiado ruido —dijo Mortífero tras un momento de silencio—. Hay mucha vida.

—¿No es así de donde tú vienes? —le preguntó Gloria.

—El Reino Helado es mucho más silencioso —señaló el Ala Nocturna—. Y el Reino de Arena también.

No dijo nada del hogar de los Alas Nocturnas, pero Gloria tampoco esperaba que lo hiciera.

La dragonet miró fijamente hacia el bosque, pensativa. En cuanto Cieno llegara para reemplazarla, podría escabullirse. Nadie se daría cuenta de que no estaba. Al menos durante un tiempo. Podría salir y buscar al monstruo en solitario porque, para ella, era la mejor forma de hacer las cosas.

—No lo hagas —dijo Mortífero de repente.

—Más te vale que no estés leyéndome la mente —le espetó Gloria.

—No me hace falta —le dijo él—. Tienes escrito «estoy a punto de hacer algo estúpido» por toda la cara.

—No es estúpido —se defendió Gloria—. Es bastante inteligente. Y puede que sea la única forma de pillar al monstruo.

—Quizá deberías dejar al monstruo en paz —le dijo él—. Olvídate de él. Vuelve a eso de hacer que la profecía se cumpla.

Eso la detuvo un momento. La profecía —ponerle fin a la guerra— era importante. Encontrar a unos pocos Alas Lluviosas no era comparable, pero ella ya había hecho una promesa.

—Yo ni siquiera estoy en esa estúpida profecía —dijo.

—Lo sé —contestó el Ala Nocturna—. Pero sigo creyendo que se te daría bastante bien hacer que se cumpla.

—Eso no tiene sentido —dijo—. Y los Alas Lluviosas son mi tribu. Necesitan mi ayuda —dijo Gloria, sintiendo un estallido de certeza en el pecho—. Y tengo que hacerlo yo sola.

—Espera —la frenó Mortífero, con una nota de alarma bastante gratificante en la voz—. ¿Por qué? Tienes amigos. Deja que ellos te ayuden.

Gloria negó con la cabeza.

—No pueden ayudarme con eso. El monstruo, o lo que quiera que haya

ahí fuera, no va a acercarse a un grupo de dragonets. Ataca a los Alas Lluviosas cuando están solos en el bosque.

—Así que tú...

Gloria le sonrió a Mortífero.

—Voy a ofrecerme como cebo.

CAPÍTULO 19

—Vigílalo con mucho cuidado —le dio instrucciones Gloria a Cieno—. No dejes que te hable.

—MUUMFUUR —se quejó Mortífero a través de las enredaderas con las que le había atado Gloria el hocico.

La dragonet no quería que le contara a Cieno sus planes antes de que pudiera internarse en el bosque. Además, se había cansado de sus berridos durante la noche, mientras intentaba arruinarle el plan. De aquella forma, Gloria había podido disfrutar del amanecer en una paz relativamente silenciosa. Un poco después había llegado Cieno.

—No te preocupes —le dijo su amigo—. Me limitaré a sentarme aquí y a intimidarlo con mi presencia.

Cieno echó los hombros hacia atrás e intentó fruncir el ceño.

—Muy terrorífico —le aseguró Gloria.

Mortífero consiguió esbozar una mueca escéptica a pesar de todas las enredaderas que le ocultaban buena parte de la cara.

—Enviaré pronto a alguien para que te releve —le dijo la dragonet, retrocediendo.

«Pero primero, voy a atrapar a un monstruo».

Por mucho que dijera Mortífero, no era un plan estúpido. Una Ala Lluviosa sola era justo el objetivo que perseguiría el monstruo. Y no podía

arriesgarse a inmiscuir a otro Ala Lluviosa para que fuera el cebo... todos eran demasiado tontos para resultar útiles, incluso Manglar.

Además, por lo que sabía, ella era la única Ala Lluviosa dispuesta a usar su veneno contra otro ser vivo. No era su pasatiempo favorito, pero seguía siendo un arma —un arma muy poderosa que muy pocos dragones conocían — y Gloria estaba segura de que podía usarla para escarpar de cualquier situación si necesitaba hacerlo.

Primero se dirigió al túnel. Seguía estando segura de que estaba conectado con los Alas Lluviosas desaparecidos, aunque aún no sabía cómo.

Empezó haciéndose una pregunta: ¿quién había puesto el túnel ahí? Y luego: ¿Cuál era el plan? ¿Secuestrar algunos Alas Lluviosas por aquí y por allá? ¿Por qué?

Gloria deambuló por el bosque alrededor de la entrada del túnel hasta que encontró un claro donde podía sentarse y pensar un momento.

Brasas parecía ser la sospechosa más obvia, ya que su fortaleza no estaba muy lejos del túnel. Pero Gloria había visto la cara de Brasas cuando su veneno había entrado en contacto con las escamas de la reina Escarlata. Estaba sorprendida y aterrorizada. Estaba claro que la reina Ala Arenosa nunca había visto nada en su vida como el veneno de Gloria. Si era ella la que había estado secuestrando a los Alas Lluviosas durante todo ese año, estaba segura de que sabría lo de las sesiones de entrenamiento y todo lo que conllevaba.

Gloria se paró delante de un arbusto pequeño y lo roció con su veneno. Una pringue negra le cubrió las hojas y, casi de inmediato, el arbusto entero se secó, se marchitó y murió. Gloria ladeó la cabeza hacia él, sintiéndose extrañamente culpable.

Quizá pudiera practicar su puntería mientras esperaba que el monstruo la

atacara. Escogió otro arbusto con unas largas hojas parecidas a las colas de los dragones e intentó darle solo a una de ellas.

La mitad del arbusto empezó a chisporrotear y derretirse sobre la hierba.

—Hum —murmuró Gloria en voz alta—. Qué mala puntería.

Lo volvió a intentar. Y otra vez. El claro empezaba a tener muy mal aspecto.

Gloria paró de escupir y se abofeteó con la cola.

«Intenta usar la cabeza durante un segundo, Gloria».

Si ella había hecho ese estropicio practicando con su veneno, entonces seguro que los otros dragonets que estaban entrenando también lo habían hecho. Así que, aunque Bromelia no quisiera enseñarle dónde había desaparecido Kinkajú, existía la posibilidad de que Gloria lo pudiera encontrar por sí misma.

Empezó por la cascada y siguió dando vueltas por el bosque desde allí, andando para poder observar los arbustos mientras pasaba por su lado. Unas ranas gordas y repletas de púas la miraban fijamente, haciendo extraños ruidos con la garganta. Un par de pájaros rojos y dorados, de pico largo, la siguieron un rato, cotilleando de manera estridente en lo que parecía un confuso idioma de dragón.

Aun así no encontró nada. Ninguna señal de veneno por ningún lado. Quizá las sesiones de entrenamiento habían tenido lugar en un sitio muy diferente del bosque. Quizás el túnel secreto no tenía nada que ver con los secuestros.

Gloria siguió buscando, empecinada en encontrar algo. ¿Qué otra razón podía haber para la existencia del túnel? ¿Quién iba a necesitar pasar rápidamente del desierto al bosque tropical? Nadie... De hecho, nadie iba nunca al bosque tropical y los Alas Lluviosas nunca salían de él.

«Pero la guerra está más cerca de lo que piensan —pensó—. Está justo a

las puertas de su hogar, lista para irrumpir en su pacífico mundo». Alzó la mirada hacia la copa de los árboles y se imaginó a la reina Magnífica allí arriba. «¿Y qué es lo que va a hacer esa reina inútil para evitarlo?».

«Llamas no es mucho mejor que Magnífica. Si la elegimos, dejaremos a los Alas Arenosas tan débiles y vulnerables como son ahora los Alas Lluviosas».

Volvió a mirar hacia la copa de los árboles. ¿Estaba oscureciendo ya? Solo hacía un par de horas que había salido el sol.

Una gota de lluvia enorme le cayó en el hocico. Sobre su cabeza, las hojas zumbaron como las alas de un dragón mientras el viento las mecía. La lluvia empezó a caer con más fuerza, dispersándose. Gloria pegó las alas al cuerpo.

«Seguramente hace días que la lluvia ha borrado los rastros de veneno», pensó. Pero siguió andando, chapoteando con las garras en el suelo empapado.

De pronto, fue a parar a un pequeño círculo donde los árboles se juntaban lo suficiente para formar una especie de paraguas de hojas, manteniendo el suelo bajo ellos relativamente seco. Se paró allí, estirando y sacudiendo las alas. «Esto es una estupidez —se dijo a sí misma—. No voy a encontrar nada y tampoco me va a atacar nada con este tiempo. ¿Qué clase de criatura iba a salir de caza bajo la lluvia?».

Lo mejor era que volviera a la aldea y se secara. Pero cuando se giró para marcharse volando, vio algo oscuro en uno de los arbustos de flores rosas que tenía cerca. Gloria frenó, se acercó y lo miró atentamente.

Varias hojas parecían secas y muertas: estaban enfermas, negras y retorcidas. Unas cuantas gotas negras brillantes habían caído al suelo, bajo el arbusto.

«Alguien ha estado entrenando aquí —pensó Gloria—. Puede que

Kinkajú. Quizás alguno de los otros Alas Lluviosas desaparecidos». Apartó la pila de hojas que cubrían el suelo y encontró la huella de media garra en el barro. Era pequeña, incluso más pequeña que la de Sol. Se agachó para olerla.

Y en ese preciso instante, algo la golpeó en la parte posterior de la cabeza.

Gloria se despertó al percibir movimiento a su alrededor y algo que le presionaba de manera muy incómoda las alas. Se quedó quieta un momento con los ojos cerrados, intentando averiguar qué estaba pasando.

Parecía como si la estuvieran arrastrando por el suelo. Tenía el costado izquierdo mojado y cubierto de lodo, lo que no le resultaba muy agradable, como si estuviera envuelta en algo que dejaba calar el lodo y se le pegaba a las escamas. La lluvia seguía cayendo a su alrededor, pero el sonido quedaba amortiguado por lo que fuera que la envolvía... una especie de saco gigante, supuso.

Tenía las alas atadas a los lados y una tela gruesa le envolvía las garras. Lo que más le molestaba era la liana o cuerda que tenía alrededor del hocico y que le impedía abrir la boca.

Lo que significaba que no podría usar el veneno.

También significaba que lo que quiera que la hubiera atrapado no era solo una bestia misteriosa sin cerebro. Era lo suficientemente inteligente como para atarla. Seguramente supiera que poseía veneno... o quizá solo quisiera protegerse de sus dientes.

Golpeó algo sólido con la cola y se encogió de dolor. Abrió los ojos y solo vio oscuridad. No, un momento... no era una oscuridad total. Una débil luz verde se colaba a través del grueso saco que la envolvía. Tenía la tela

muy cerca del hocico. Olía a animales muertos, huevos podridos y fuego, y bloqueaba el olor a hojas húmedas del bosque tropical.

Gloria aguzó el oído por si oía algo que le sirviera, pero lo único que oía era un culebreo húmedo, seguramente el ruido del saco al ser arrastrado por el bosque. Entonces le recorrió un escalofrío como unas garras afiladas intentando escapar. Reconocía el extraño cosquilleo bajo sus escamas... era la sensación que sentía cuando se acercaba al agujero que llevaba al Reino de Arena.

«Tenía razón —pensó—. Me están llevando al túnel».

De alguna forma, sin su veneno, ya no le parecía tan divertido tener razón.

Escuchó una especie de salpicadura y, un momento después, el agua empapó el saco en el que estaba metida mientras la arrastraban por el agua del riachuelo. Después oyó un par de gruñidos y notó cómo la elevaban en el aire para luego dejarla caer sobre la fría roca.

Algo le empujó la cola y ella empezó a escurrirse, cada vez más abajo, como si estuviera sobre un trozo de hielo resbaladizo.

«Espera —pensó con una desagradable sensación—. El túnel hacia el desierto no va hacia abajo. ¿Dónde estoy?». Se golpeó contra la pared y giró en un recodo, cogiendo más velocidad. «Este no es el agujero hacia el Reino de Arena. Pero la sensación que desprende el agujero es la misma. ¿Entonces se trata del mismo tipo de pasadizo, puesto en un sitio donde no debería estar? ¿Dónde acaba este?».

De repente, la dragonet fue a parar a un espacio abierto y cayó sobre un montón de finas pieles, aunque no amortiguaron demasiado el golpe contra las rocas que tenían debajo.

Gloria se quedó allí tumbada un momento, intentando no jadear. Le dolían todos los huesos del cuerpo; parecía que le habían arañado cada

escama. Estaba bastante segura de que se había mordido la lengua al aterrizar, pues notaba el sabor de la sangre en la boca.

Ahora, el olor a muerte y humo era más fuerte. Ya no llovía, pero apenas llegaba nada de luz a través del saco. Definitivamente, aquello no era el desierto, pues era frío en vez de abrasador, aunque le llegaba el sonido de una hoguera desde algún punto cercano. Gloria oyó un retumbar lejano, como el de unas nubes de tormenta. Aunque lo más extraño de todo era que no provenía del cielo, sino de debajo de las rocas.

Unos pies pesados se acercaron a ella y algo husmeó con fuerza el saco. Su respiración sonaba idéntica a la cosa que se había comido el perezoso por la noche. Gloria apretó las garras con fuerza. ¿Estaba planeando comérsela? Porque iba a ser una gran sorpresa si...

—¿Otra más? —soltó una voz con un tono de desaprobación.

El dragón empezó a husmear más fuerte, como si estuviera sorprendido, y entonces una voz ronca, al lado de la cabeza de Gloria, dijo:

—Sí, ha sido una presa fácil. Estaba sola en el bosque. Estúpida, como todos los Alas Lluviosas.

«Dragones —pensó Gloria. El alivio se mezcló con la furia—. Solo son un par de dragones. Nada misterioso ni espeluznante. Aparte del hecho de que secuestrar a otros dragones es bastante espeluznante».

«Bueno, puedo manejar a un par de dragones espeluznantes. En cuanto me quiten este saco». Gloria flexionó las garras, preguntándose si podría deshacerse de la tela que las rodeaba.

—¿No recibiste el mensaje? —dijo el primer dragón.

—Sí —contestó el otro, el de la respiración extraña—. Pero me gusta cazar en el bosque. Y tenía hambre. Y entonces apareció esta dragona pidiendo a gritos que la atrapara. Además, el mensaje me pareció estúpido.

—No es estúpido si consigue que estemos a salvo —suspiró el primer

dragón—. Métela con los otros. Y de ahora en adelante, haz lo que te dicen.

—Sí, sí —gruñó el segundo dragón—. Está bien, lo pillo. Nada de volver a cazar ni secuestrar dragones en el bosque tropical hasta que Mortífero diga que es seguro.

CAPÍTULO 20

Gloria nunca había estado tan contenta de que no pudieran verle las escamas. No había forma de impedir que los colores dejaran de cambiar. Ni siquiera podía imaginar de qué color se estaban volviendo ahora.

Mortífero sabía quién se estaba llevando a los Alas Lluviosas desaparecidos. Él mismo estaba implicado. Y les había dicho que pararan... hasta que «fuera seguro». ¿Qué significaba eso? ¿Hasta que hubiera matado a los dragonets? ¿O hasta que Gloria y sus amigos dejaran de husmear por el túnel?

¿Y cómo les había hecho llegar el mensaje a los dragones? Gloria lo había dejado en el Reino Helado y luego lo había pillado saliendo del túnel del desierto que iba hasta el bosque tropical. Les había dicho que había seguido a los dragonets por el agujero de la arena, pero quizá sabía de su existencia mucho antes. Quizás había llegado allí primero, había entrado en el bosque, había avisado a esos dragones y luego había vuelto al desierto hasta que los dragonets estuvieron de vuelta en el bosque tropical... pero...

Gloria recordó que Mortífero había llegado a tiempo para evitar que atraparan a la criatura misteriosa.

«Lo ha hecho a propósito».

«Estaba avisando a los otros dragones... al que respira con dificultad».

«Mortífero sabía que podíamos atraparlo. Quizá quería que lo hiciéramos».

Curvó la cola.

«Y mis amigos están solos con él. Tengo que volver. Tengo que salir de aquí ahora mismo».

Abrió las alas y movió con fuerza la cola, arañando el saco con desesperación.

—¡Eh! —exclamó la voz grave—. ¡Necesito un poco de ayuda!

A Gloria dejó de latirle el corazón cuando escuchó ruido de pisadas y el batir de muchas alas. Había más de dos dragones ahí fuera. Empezó a patear a oscuras, luchando con todas sus fuerzas, pero varias garras la sujetaron por todos lados y la aplastaron contra el suelo.

—Nunca conseguirás que se calme así —jadeó uno de los dragones—. Tendrás que volver a dejarla inconsciente.

—Será un placer —dijo la voz grave.

Y, una vez más, algo golpeó a Gloria en la cabeza. Luego, todo se volvió oscuridad.

—¡Oye!

Algo le dio con el hocico a Gloria en las costillas y esta se despertó con un pequeño chillido de dolor.

—¿Estás despierta? —preguntó una voz.

Unas garras diminutas le levantaron los párpados y algo borroso se le pegó al hocico para observarla de cerca.

—¡Muum! —chilló Gloria a través de la mordaza que tenía en la boca.

Intentó quitársela, pero sentía las garras demasiado pesadas y no lo consiguió.

—Ja, ja. Ni lo intentes —dijo la vocecita—. Me he pasado toda la vida despertando a dragones que preferían seguir durmiendo en vez de entrenarme. Soy una experta en esquivarlos cuando se enfadan conmigo —

prosiguió la voz. Las diminutas garras le dieron unos golpecitos en la gorguera—. ¿Cómo es que no te conozco?

—Muum —barbotó Gloria de nuevo.

Le dolía la cabeza. La volvió a apoyar en el suelo y no paró de pestañear hasta que el mundo volvió a enfocarse. Vio un hocico pequeño, con forma de diamante, a solo unos centímetros del suyo. Unos gigantescos ojos oscuros sobresalían entre las escamas doradas y naranjas. La pequeña dragonet no podía tener más de tres años. Volvió a darle unos golpecitos a la gorguera de Gloria.

—No te preocupes. Sé que no puedes hablar. Soy la única que no tiene una mordaza. Decidieron que mi veneno no era bastante potente ni podía lanzarlo lo suficientemente lejos como para resultar peligrosa o algo así, supongo. Lo que es bastante injusto porque si alguien me hubiera entrenado como es debido, creo que se me daría superbién y entonces esos dragones estarían superarrepentidos por haberme metido en una jaula.

Una pequeña onda de furia escarlata le pasó por las alas.

Sin muchas ganas, Gloria se sentó para poder mirar a su alrededor. El dolor de la cabeza la atacó con fuerza y tuvo que cerrar los ojos hasta que se convirtió en poco más que un latido.

Cuando volvió a abrirlos, se dio cuenta de que no era culpa de sus ojos que todo a su alrededor estuviera tan borroso. Había una neblina extraña en el aire, mezclada con humo. Un calor pulsante flotaba sobre sus escamas, aunque no podía ver ninguna señal de que hubiera fuego cerca. Alzó la mirada y vio irregulares paredes de piedra muy cerca de su cabeza. Parecía que el calor provenía de las propias rocas.

«De vuelta en una cueva —pensó—. Maravilloso».

El saco había desaparecido, pero las ataduras de alas y garras seguían ahí. También tenía la boca atada, pero ahora parecía ser diferente... Lo que fuera

que le mantenía el hocico cerrado era más pesado que las lianas de antes. Bizqueó, intentando echarle un vistazo.

—Es una banda de metal —le explicó la pequeña dragonet, inclinando la cabeza hacia ella con lástima—. Como esta que llevo yo alrededor del cuello. Es para evitar que usemos nuestro veneno, pero también para que no podamos camuflarnos y desaparecer. Siempre podrán ver la banda de metal —añadió. Se señaló un cepo grueso y estridente que llevaba en el cuello—. Inteligente pero un problema, ¿verdad? —guardó silencio un momento—. ¡Como yo! ¡Ja, ja! Por cierto, me llamo Kinkajú, por si acaso te lo estabas preguntando.

«Así que aquí está uno de los dragones desaparecidos —pensó Gloria—. ¿Dónde están los otros?». En la pequeña cueva solo estaban ella y la dragonet. La luz de una media luna brillaba en la puerta, no muy lejos. Gloria intentó dar un paso hacia allí y luego otro, al ver que no ocurría nada. Nada cayó del techo ni la atacó. Ninguna alarma se disparó. ¿Qué tipo de prisión era aquella?

Kinkajú la siguió, sin parar de hablar.

—Sé lo que estás pensando —dijo—. Se me da superbién adivinar esas cosas, especialmente estos días en los que soy la única que puede hablar y me tengo que imaginar lo que los otros me dirían en una conversación. Quizá la telepatía sea contagiosa o algo así. Pero bueno, da igual, estás pensando que puedes salir de esta cueva y, créeme, no puedes, pero tendrás que comprobarlo por ti misma porque es lo que hace todo el mundo, en vez de escucharme, supongo.

Gloria llegó hasta la entrada y se paró.

Kinkajú tenía razón. No había forma de salir de allí.

Un río ancho de lava derretida fluía muy lentamente justo alrededor de la cueva. Brillaba con tonos dorados y naranjas, como si fuera la única nota de

color en un yermo paisaje negro. Con las alas atadas, Gloria jamás conseguiría pasar.

Se inclinó hacia fuera para ver dónde empezaba el río de lava. Una enorme montaña oscura ocupaba todo el cielo, medio escondida por el humo que desprendía su cima. Unos pequeños riachuelos de lava bajaban por la ladera y un brillo rojizo salía de algunos agujeros en las rocas. Se hacía difícil adivinar si era de día o de noche. La luz era demasiado extraña y el cielo estaba cubierto de nubes negras. Gloria dedujo que había estado fuera de combate unas cuantas horas, por lo menos. El aire olía a huevos podridos.

—Siniestro, ¿verdad? —le dijo Kinkajú al oído, cosa que hizo a Gloria dar un respingo—. ¿Quién querría vivir aquí? No lo entiendo.

«¿Quién vive aquí? —se preguntó Gloria—. ¿Los Garras de la Paz? ¿Aquí es donde se esconden?».

Y entonces se dio cuenta de que había partes del paisaje que se estaban moviendo. Después de todo, no eran rocas... eran dragones. Dragones negros con escamas plateadas que les brillaban bajo las alas. Podía ver al menos a unos cien dispersos por la montaña y a unos cuantos más volando por encima.

Respiró bruscamente, pero se arrepintió cuando el azufre se le metió por la nariz.

«Sé dónde estamos».

«Estamos en el hogar secreto de los Alas Nocturnas».

CAPÍTULO 21

Gloria se giró hacia la dragonet y señaló con sus garras atadas la mordaza que tenía en la boca.

—Dios mío —exclamó Kinkajú, mirando cómo las escamas de Gloria cambiaban de color—. Te has emocionado por algo. ¡Me pregunto por qué! ¡Oooooh...! ¡También sientes curiosidad! Sí, claro que la sientes. Debes de tener un montón de preguntas. Yo también tenía muchas preguntas cuando llegué aquí. Eh, ahora estás... ¡frustrada! ¡Superfrustrada! ¡Y te estás enfadando! Vaya... ¿por qué estás tan enfa...?

Exasperada, Gloria apartó a un lado a la dragonet y volvió a entrar en la cueva.

—Vaya... estás enfadada conmigo —dijo Kinkajú trotando tras ella—. Ya estoy acostumbrada.

La cueva no era muy grande y, en la parte posterior, terminaba abruptamente en un pronunciado precipicio. Gloria bajó la mirada hacia el abismo, negro como boca de lobo. Sin fuego ni la capacidad de ver en la oscuridad, ningún Ala Lluviosa se acercaría demasiado. Ni aunque tuviera las alas libres.

—Así es como visito a los otros prisioneros —le dijo Kinkajú—. Todas sus cuevas y la cueva en la que se supone que estoy yo, dan a este abismo.

Gloria miró a la dragonet con un respeto renovado. Las alas de Kinkajú no estaban atadas, pero eran enanas; la mayoría de los dragonets de tres

años no podían volar durante mucho tiempo sin descansar. No podía haber sabido cuánto tiempo podría haber estado volando cuando saltó por primera vez a la oscuridad, buscando a los otros prisioneros. Era valiente. Y estaba loca.

Kinkajú inclinó la cabeza hacia Gloria.

—No tengo ni idea de lo que significa ese color —dijo la dragonet—. Vaya, sí que eres diferente —dijo, mientras alzaba las patas y tiraba de las cuerdas que Gloria tenía en torno a las alas—. Pero esto es igual —suspiró —. No puedo quitároslas a ninguno. Lo siento. Es una especie de nudo superimposible.

Gloria levantó las garras. Una tela gruesa las cubría, anudada con otra cuerda que le rodeaba los antebrazos.

—Aquí han hecho el mismo —informó Kinkajú señalándole el nudo—. ¿Ves lo apretado que está? —dijo. Gloria lo miró, aunque tampoco es que supiera demasiado sobre nudos. Señaló con un gesto las garras de Kinkajú y la pequeña dragonet sacudió la cabeza—. No son lo suficientemente afiladas para cortar la cuerda. Ya lo he intentado.

Kinkajú pasó una zarpa diminuta sobre la cuerda, pero no la deshilachó ni un poquito.

Gloria movió la cola.

—Es muy frustrante —estuvo de acuerdo Kinkajú—. Estúpidos Alas Nocturnas. Pero si intentáramos escapar, nos leerían la mente o lo predecirían y nos atraparían, ¿verdad?

Gloria descubrió que aún podía gruñir.

—¿Significa eso que quieres intentarlo? —le preguntó Kinkajú, espabilándose. La gorguera se le tiñó de color alrededor del rostro—. Porque nadie más quiere intentarlo, pero yo sí, porque Dios mío, ni siquiera has visto lo horrible que es la comida aquí. No paran de traernos cosas

horriblemente muertas. Es decir, cosas que llevan muertas semanas, creo. Es megaasqueroso y nos pone enfermos cuando lo comemos. No hay nada de fruta. Tapir ayunó hasta que se murió de hambre. Fue horrible. Yo intento comer lo menos posible.

«¿Cómo se supone que voy a trazar un plan de escape con una dragonet que no se calla a mi lado? —se preguntó Gloria—. Si ni siquiera puedo hacerle preguntas».

Tales como: ¿Qué es lo que quieren los Alas Nocturnas de los Alas Lluviosas? ¿Por qué los secuestran y luego los hacen prisioneros? ¿Qué tiene Mortífero que ver con todo esto? ¿Y por qué les había dicho que pararan?

—¡Estás confusa! —adivinó Kinkajú, señalando las escamas de Gloria —. Y... ¡vuelves a estar frustrada!

«Necesito un color que signifique DEJA DE HACER ESO», pensó la Ala Lluviosa.

Algo revoloteó fuera, junto a la entrada de la cueva. Kinkajú se giró hacia el sonido, luego se encogió y cerró los ojos.

Gloria la adelantó y echó un vistazo fuera.

Tres Alas Nocturnas sobrevolaron el río de lava y desaparecieron dentro de otra cueva, situada no muy lejos de la de Gloria. Unos momentos después reaparecieron, arrastrando consigo a un Ala Lluviosa desganado.

Las escamas del Ala Lluviosa eran gris oscuro, como las nubes justo antes de llover. Era un color lleno de tristeza que Gloria no había visto en ningún otro Ala Lluviosa. El dragón estaba consciente pero ni se rebeló ni les puso las cosas más fáciles a los Alas Nocturnas. Se limitaba a colgar entre ellos como si se hubiera rendido por completo. Gloria pensó en las alegres y brillantes escamas de Jambu y sintió un odio visceral hacia los Alas Nocturnas, por llevarse a dragones inocentes de sus casas, y hacia los

otros Alas Lluviosas, por dejar que esto le estuviera sucediendo a sus amigos sin darse cuenta ni preocuparse de que hubieran desaparecido.

Los dragones negros levantaron al Ala Lluviosa por encima del río y lo llevaron a la cuesta de la montaña, dejando que la cola le golpeara las rocas. Gloria se quedó mirando hasta que todos desaparecieron en una especie de fortaleza en la mitad de la montaña. Parecía un montón de rocas apiladas, así que no se había percatado de ella antes.

—Pobre Gibón —dijo Kinkajú—. Se lo llevan cada dos por tres. Supongo que su veneno es más interesante que el mío o algo así.

Gloria se giró para mirarla.

—Ah, sí —añadió Kinkajú—. Cuando te lleven ahí arriba, intenta fingir que tu veneno no funciona bien o algo así. Para eso es para lo que nos quieren... para derretir cosas. ¡Es muy raro! ¿Es que ellos no pueden derretir sus propias cosas? Por ahora, solo he derretido una naranja y unas cuantas hojas. Me pidieron que derritiera esa cosa de metal con forma de garra, pero es una estupidez... Nuestro veneno no funciona con cosas sin vida. Luego me hicieron escupir un poco de veneno en un cuenco y a saber lo que quieren hacer con eso. No lo entiendo.

«Nos están estudiando —se percató Gloria—. O, por lo menos, estudian nuestro veneno». Se giró y empezó a dar vueltas por la cueva. «¿Esperan usarlo con sus propios fines? ¿Como arma? Pero los Alas Nocturnas no luchan. Están al margen de la guerra. Entonces ¿para qué necesitan un arma?».

«¿Planean unirse pronto a la guerra?».

«¿Del lado de quién?».

«Del de Ampolla, por supuesto —pensó de inmediato, golpeándose en la cabeza con la cola—. Esa es la razón por la que querían que la escogiéramos para la profecía».

«¿Pero por qué van a unirse ahora a la guerra? ¿Y por qué torturan a los Alas Lluviosas para conseguir su veneno cuando los Alas Nocturnas tienen esos poderes tan especiales sobre los que no paran de hablar?».

—Ese debe de ser el color de pensar muchísimo —dijo Kinkajú, saltando sobre una roca y mirando a Gloria con gran interés—. Ahora mismo, tus escamas son de muchos colores. Nunca he visto a otro Ala Lluviosa que hiciera eso. ¡Ojalá pudieras hablarme!

«Sí, ojalá», pensó Gloria.

—Quizá podamos escapar juntas y luego podrías ser mi profesora —dijo Kinkajú—. Te prometo que no soy tan horrible como todo el mundo dice. Pero tenemos que conseguir que cruces el río de lava y luego tenemos que encontrar el túnel de vuelta al bosque tropical y también pasar por esos guardias de ahí... y quitarte todas las ataduras o quizá debamos hacer eso lo primero. De hecho, eso tendría mucho más sentido, porque entonces podrías volar y luchar y ese tipo de cosas. Pero no tengo ni idea de cómo hacerlo.

Kinkajú se calló un momento, dejó caer las alas y, de pronto, pareció extremadamente joven. Gloria se había preguntado por qué Kinkajú no había escapado ella sola. Pero si no sabía dónde estaba el túnel y, además, había guardias contra los que luchar... era demasiado para una pequeña dragonet. Especialmente cuando el fracaso se traduciría en acabar atada y amordazada como el resto de Alas Lluviosas.

—Quizá pueda encontrar algo lo suficientemente afilado para cortar las cuerdas —dijo la dragonet, animándose de nuevo—. Como una piedra muy afilada. O... bueno, no hay mucho más por aquí que no sean rocas. ¡Ay! O podría buscar un hueso muy afilado en alguna de esas cosas muertas tan asquerosas, cuando llegue la cena. Va a ser muy asqueroso, pero bueno. Tú también podrías hacerlo.

Gloria golpeó el suelo con la cola para captar la atención de Kinkajú. Se

señaló la boca, luego el estómago, luego de nuevo la boca e intentó volver sus escamas del color de la curiosidad.

—¡Me estás haciendo una pregunta! —le dijo Kinkajú contenta—. Espera, déjame adivinar. Tienes... ¿hambre?

Gloria frunció el ceño y se tocó la mordaza, señaló a la entrada de la cueva, movió las patas como si fueran alas, se señaló el estómago y volvió a señalarse la mordaza.

Kinkajú arrugó la frente.

—Algo sobre los Alas Nocturnas y la comida... ¡Oh! ¡Ya lo sé! Quieres saber si nos quitan la banda de metal cuando nos dan de comer. ¿Tengo razón? ¿La tengo? —preguntó. Se giró hacia la entrada de la cueva cuando Gloria asintió—. Supongo que estás a punto de averiguarlo.

La pequeña dragonet salió corriendo hacia la parte trasera de la cueva y desapareció en uno de los agujeros del muro. Gloria podía ver sus ojos brillando en la oscuridad, sin perderla de vista.

Cuatro Alas Nocturnas entraron en la cueva, uno tras otro, llenando el pequeño espacio. Gloria se quedó inmóvil y los miró. Al menos no había ni rastro de Oráculo. Estaba más segura siendo una prisionera Ala Lluviosa cualquiera de lo que lo estaría si descubrían que era la dragonet que había echado a perder la profecía... la dragonet a la que ya habían intentado matar más de una vez.

El último dragón que entró tenía una inquietante cicatriz en el hocico. Unas extrañas burbujas de piel deforme le sobresalían de la línea de la mandíbula y tenía uno de los agujeros de la nariz cosido y cerrado, así que hacía mucho ruido al respirar, como si olisqueara.

Cuando habló, Gloria reconoció la voz grave del dragón que la había capturado.

«Es el que estaba en el bosque —se percató, escuchando su forma tan

peculiar de respirar—. La criatura de la oscuridad... el que se comió al perezoso muerto».

—A mí me parece normal —dijo el dragón, en tono brusco.

Uno de sus compañeros, una dragona, le dedicó una mirada feroz.

—Al contrario —dijo la dragona—. Está claro que algo no marcha bien con esta.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó un tercer dragón.

—Observad sus escamas. Todos los Alas Lluviosas que hemos cogido se vuelven verdes al instante. El color que parece significar miedo. Pero esta... no sé lo que significa, pero estoy viendo retazos de rojo y de naranja, quizás un poco de negro por aquí y por allá —dijo la Ala Nocturna.

Utilizó un palo para señalar los puntos en las alas de Gloria, en un gesto de fría indiferencia. Por el tono desapasionado de su voz, bien podría estar describiendo a un escarabajo muy poco interesante.

—Bueno, intenta mimetizarse con el entorno —dijo el tercer dragón—. Eso es algo que suelen hacer, ¿no?

Gloria los miró entrecerrando los ojos y cambió sus escamas deliberadamente a un morado fuerte.

—Vaya —exclamó la dragona sin ningún tipo de emoción—. Deberíamos llevarla al laboratorio inmediatamente para estudiarla más de cerca. Recomiendo no darle de comer ni tocarle la mordaza hasta que sepamos más.

—Puaj —exclamó el dragón de la cicatriz—. Todos los Alas Lluviosas son iguales. Son unos podridos inútiles.

—Además, a la reina Triunfal no le gusta que cuestionemos sus órdenes —dijo el cuarto dragón. Dio un paso adelante con algo peludo y que olía fatal entre las garras—. Es la hora de la cena. Puedes ir a preguntarle si podemos llevarnos a esta al laboratorio después.

—Lo haré —dijo retrocediendo hacia la entrada—. Yo ya os he avisado. Haced lo que queráis.

La Ala Nocturna salió de la cueva y se alejó volando.

«Ahora ya solo quedan tres dragones a los que enfrentarme —pensó Gloria—. Puede que hayáis estudiado el veneno de Alas Lluviosas pacíficos, bien entrenados y aterrorizados, pero nunca me habéis estudiado a mí».

El dragón de la cicatriz sacó una lanza larga de una funda que llevaba a la espalda. El extremo más afilado tenía tres puntas retorcidas con forma de garra y, bajo la luz rojiza, despedía un brillo malvado. La levantó entre las garras y sacó la lengua mirando a Gloria como si estuviera esperando una excusa para atacarla.

«Nos odia —pensó, mirándolo a los ojos—. Para él, es algo personal». Su mirada recayó sobre la cicatriz. «Vaya. Parece que eso se lo podría haber hecho nuestro veneno. Me pregunto qué Ala Lluviosa fue lo suficientemente valiente para hacerlo».

Con un escalofrío, se dio cuenta de que era la primera vez que veía a un dragón que hubiera sobrevivido al veneno de los Alas Lluviosas. Lo que significaba que era posible sobrevivir. Lo que significaba que la reina Escarlata podría estar viva de verdad.

El bulto peludo y muerto aterrizó a sus pies y los otros dos guardias también sacaron un par de lanzas. Gloria miró fijamente la comida que le estaban ofreciendo. Kinkajú no había exagerado. Olía horriblemente mal y llevaba muerto mucho tiempo. Apenas podía distinguir qué animal era... una rata almizclera, quizá. Tenía un asqueroso mordisco negro e infectado en uno de los costados, muy parecido al del perezoso del río.

Uno de los guardias se inclinó hacia delante y le golpeó la cara con la lanza. Gloria retrocedió con un gruñido ahogado.

—Quédate quieta si quieres comer —gruñó el dragón de la cicatriz—. O no comerás. A nosotros no nos importa.

Gloria tensó las garras y miró la lanza que no paraba de moverse arriba y abajo. Era muy difícil ver lo que había hecho exactamente el guardia, pero Gloria notó cómo metía el gancho de la punta de la lanza en una especie de cerrojo en la banda de metal, para después girarlo y tirar con fuerza. El cepo se abrió y cayó. Todos los Alas Nocturnas retrocedieron de un salto, con las lanzas en alto.

Pero no fueron lo suficientemente rápidos.

CAPÍTULO 22

Gloria embistió al dragón que tenía más cerca, con los dientes al descubierto y agarrando su lanza entre las garras. Le dio un tirón hacia ella, lo que hizo que el guardia perdiera el equilibrio, y disparó un chorro de veneno que no le dio en la cara, pero sí en las alas y en la espalda.

El dragón soltó la lanza y se tambaleó hacia la entrada de la cueva con un grito de dolor.

El dragón de la cicatriz soltó también su lanza y salió disparado de la cueva. Al pasar junto a su compañero de tribu, lo empujó.

Gloria se giró hacia el último guardia e intentó atacarle con la lanza, pero por culpa de las ataduras, sus movimientos eran torpes y se le escurrió el arma. El otro dragón corrió a toda velocidad hacia ella, directo a su cuello. Gloria le disparó otro chorro de veneno pero, para su sorpresa, el dragón la esquivó y rodó por debajo de su cuerpo. Al segundo siguiente, la golpeó y le aplastó la cara contra el suelo. Le restregó el hocico contra el suelo de piedra y le presionó la punta de la lanza contra el cuello.

—Buen intento, Ala Lluviosa —rugió el guardia—. Pero no es tan fácil engañar a un... ¡AAAARGH!

De repente, Gloria ya no notó el peso del dragón sobre su espalda, pero sí oyó sus gritos, que resonaban por toda la cueva.

Gloria se puso en pie y se topó con Kinkajú a su lado. La pequeña dragonet se tapaba el hocico con las garras.

—¡No puedo creerme que lo haya hecho yo! —gritó Kinkajú—. ¡Dios mío! ¡Míralo!

El Ala Nocturna se tambaleó contra la pared, arañándose el cuello. Kinkajú solo lo había rociado con unas gotas de veneno, pero allí donde lo había tocado, las escamas del dragón no paraban de burbujear y echar humo. El Ala Nocturna se volvió hacia las dos Alas Lluviosas con una rabia ciega en los ojos.

—¡Lo siento! —gritó Kinkajú—. ¡Ay! ¡Parece que te duele mucho!

Gloria le quitó la lanza de las garras al dragón y lo empujó hacia el abismo que había en la parte de atrás de la cueva. La dragonet lo oyó batir las alas y resbalar en la oscuridad, mientras gritaba.

—Pero... —dijo Kinkajú.

—Estará bien en cuanto se acuerde de que puede echar fuego —dijo Gloria—. Y nosotras ya nos habremos ido cuando eso suceda.

—Cuando dijiste que querías escapar, no sabía que te referías a hacerlo ahora —le dijo Kinkajú—. Es decir... ahora mismo. Eso es una locura. Estás loca.

La voz de la dragonet sonaba nerviosa y frenética, pero las escamas se le habían vuelto de un tono amarillo brillante. Estaba muy emocionada.

—Apágalas un poco, ¿quieres? —le dijo Gloria señalándole las alas—. No necesitamos avisar a todos los Alas Nocturnas de que nos estamos escapando. Intenta parecerte a ellos —dijo, mientras volvía las escamas del mismo tono negro brillante que las de los Alas Nocturnas que había fuera —. Por cierto, me llamo Gloria.

—Ya lo tengo —contestó Kinkajú, moviendo la cola. Las escamas se le empezaron a teñir de un tono negro como la tinta, como si alguien le hubiera volcado la noche encima—. Pero ¿cómo vamos a hacer que cruces el río de lava?

«Vaya». Gloria se había olvidado de ese detalle. O, mejor dicho, ni siquiera había pensado en un plan a largo plazo. Había visto la oportunidad de usar su veneno y la había aprovechado sin pensar. «¿Quién se supone que soy? ¿Tsunami?», se regañó a sí misma.

Peor aún, sabía que el Ala Nocturna de la cicatriz volvería en cualquier momento con refuerzos.

Mordió la tela que le cubría las garras con los dientes. Con una sacudida violenta de la cabeza, rasgó la tela hasta que se aflojó. En cuanto volvió a tener las garras libres, cogió la lanza y la colocó entre las cuerdas que le rodeaban el cuerpo.

—Se acercan los guardias —dijo Kinkajú con ansia.

—Finge que eres una dragonet de Ala Nocturna y despístalos —le dijo la Ala Lluviosa.

Colocó la punta de la lanza contra una de las cuerdas en un ángulo muy extraño y acabó cortándose en el estómago. Con un siseo, levantó de nuevo la lanza y volvió a intentarlo.

—Sí. Está bien. Los despistaré. Ningún problema —contestó Kinkajú.

La pequeña dragonet salió corriendo hacia la entrada de la cueva. El primer Ala Nocturna al que Gloria había atacado estaba tirado en medio de la entrada, gimiendo en voz baja y retorciéndose como si estuviera intentando salir de su propio cuerpo.

Kinkajú lo miró un momento, luego le levantó una de sus alas y se tapó con ella los hombros y la espalda, ocultando de paso la banda de metal que llevaba en torno al cuello. Se asomó un poco al exterior de la cueva y miró hacia el cielo.

—¡Daos prisa! —gritó de repente la dragonet, haciendo que Gloria saltara del susto—. ¡Nos ha atacado! ¡Y ha escapado! ¡La hemos visto irse por ahí! —dijo, señalando hacia la parte baja de la montaña—. ¡Deprisa!

¡No os paréis! ¡Iba volando superdeprisa! ¡No, no! ¡Yo cuidaré de él! ¡Id tras ella! ¡Se está escapando!

El silbido de las alas salió disparado sobre sus cabezas, mandando un estallido de aire caliente hacia el interior de la cueva. Al mismo tiempo, Gloria consiguió enganchar la punta de la lanza en el nudo de la cuerda. Girándola, consiguió serrar los puntos más fuertes de las fibras hasta que saltaron, pero mientras la cuerda caía, Gloria se dio cuenta de que había cuatro más atadas a ella de forma independiente.

«Nunca conseguiré quitarlas antes de que se den cuenta de que ha sido un truco y vuelvan aquí», pensó. Tenía que haber otra forma de cruzar el río. Quizás había algo que pudieran usar como pasarela.

La dragonet corrió hasta la entrada y echó un vistazo al exterior, buscando rocas grandes. Kinkajú la miró con confianza. Un escuadrón de cinco Alas Nocturnas estaban volando lejos de allí sobre la montaña, hacia una playa de arena negra y una gran extensión de agua gris y tormentosa.

«¿Solo cinco Alas Nocturnas para detenerme?», pensó Gloria. Miró a la cima de la montaña, pero no había ninguna señal de que hubieran dado la alarma o de que se estuvieran movilizando más refuerzos.

—Supongo que no les preocupa mucho que me haya escapado —dijo Gloria, preocupada.

—A mí eso me inquieta bastante —ofreció Kinkajú.

—Eh —exclamó Gloria, empujando al guardia—. Aún puedes volar, ¿no?

Él se encogió, alejándose de ella.

—No puedo —gimoteó—. Me duele todo.

Tampoco tenía tan mal aspecto. El Ala Nocturna se había librado de la peor parte y casi todo el daño se había producido en un lado de la espalda.

—Pues te dolerá mucho más si no me ayudas a cruzar la lava —le

amenazó Gloria—. O me cortas estas cuerdas.

La Ala Lluviosa le enseñó los dientes y él se cubrió la cabeza con las alas, huyendo a la parte trasera de la cueva.

—De hecho —dijo una voz recién llegada—. Yo tengo algo mucho mejor que ofrecerte.

Gloria se giró cuando un dragón negro descendió del cielo y le dedicó una sonrisa descarada.

—Hola, Gloria —la saludó Mortífero.

CAPÍTULO 23

—Borra esa sonrisa petulante de tu rostro —le espetó la dragonet.

—Esta no es mi sonrisa petulante, es mi sonrisa heroica —le dijo Mortífero—. Es divertido, ¿verdad? ¿Primero fui yo tu prisionero y ahora tú eres la mía?

—Quizá no te has enterado de lo que les hago a los dragones que intentan hacerme su prisionera —le dijo Gloria con un siseo.

—Ya está bien. Vosotros dos, parad —dijo Cieno, que en ese momento llegó volando tras Mortífero y aterrizó al lado de Gloria.

—¡Cieno! —gritó la Ala Lluviosa—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Hemos venido a rescatarte —le explicó el Ala Lodosa, dándole un empujón con el ala—. ¿No estás contenta?

—Estaba a punto de rescatarme a mí misma —le dijo Gloria. Le estaba costando bastante mantener las escamas negras, pues la presencia de Cieno hacía que quisieran volverse tan rosas como las de su estúpido hermano—. Puede que en otro momento.

—¡No le hagas caso! —gritó Kinkajú—. ¡Claro que necesitamos que nos rescaten! ¡Por favor, rescatadnos!

—¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí? —preguntó Gloria—. Es decir, ¿cómo sabías que tenías que buscarme aquí?

Cieno señaló a Mortífero, que no paraba de mover la cola, adquiriendo una pose aún más petulante.

—Él me lo dijo. Cuando no volviste, me dijo que sabía dónde estabas y que me ayudaría a encontrarte si lo liberaba.

—Parece un truco —le espetó Gloria, mirando a Mortífero con recelo.

¿Por qué iba el dragón a volverse en contra de sus compañeros Alas Nocturnas? ¿Era aquella una forma de atrapar también a Cieno?

—Escapemos primero y dejemos para más tarde las preguntas escépticas —dijo Kinkajú, mientras saltaba en el aire y batía las alas.

—Una dragonet sensata —observó Mortífero, dedicándole a Gloria una mirada indescifrable: provocativa, pero preocupada; satisfecha, pero dulce... todo eso al mismo tiempo—. Podrás expresarme tu gratitud eterna más tarde. Esperaré.

—Puedes esperar sentado —le sugirió Gloria.

—Vámonos —intervino Cieno, abriendo las alas para que Gloria pudiera saltar sobre su espalda.

La dragonet dudó un momento. Una parte de ella pensaba: «Puedes hacerlo tú sola. No necesitas la ayuda de nadie. Solo tienes que liberar las alas y salvarte las escamas».

Pero no había tiempo y, aunque no podía confiar en Mortífero, no había ningún dragón que le inspirara mayor confianza que Cieno. La Ala Lluviosa se subió a su espalda, sosteniendo la lanza aún entre las garras y manteniendo el equilibrio de forma extraña sin sus alas.

Cieno ya estaba en el aire antes de que Gloria se le pudiera agarrar al cuello. Se escurrió hacia un lado y a punto estuvo de hacer que su amigo se cayera a la lava. Cieno rozó con la cola el burbujeante río rojo de lava ardiente que tenían debajo, para después volver a elevarse con un siseo de dolor.

—Estoy bien —añadió rápidamente—. Me curaré pronto, no te preocupes.

«Las escamas a prueba de fuego de Cieno son de gran ayuda aquí», pensó Gloria, mirando hacia abajo mientras él se elevaba. La dragonet vio varias cuevas sobre el río de lava, pero no se asomaba ningún hocico por ellas.

—Tenemos que rescatar a los otros Alas Lluviosas —le gritó a Cieno en el oído—. Tenemos que liberarlos.

—¿Ahora? —le preguntó su amigo—. Tendremos suerte si conseguimos salir nosotros sin que nos descubran.

—No puedo dejarlos ahí —gritó Gloria—. Le prometí a Manglar que encontraría a Orquídea.

—Y lo has hecho —razonó Cieno—. Ahora sabes dónde está. Podremos volver y rescatarla. Con refuerzos —dijo el dragonet, mientras echaba un vistazo por encima del hombro y doblaba la velocidad—. Muchos refuerzos.

Gloria también miró hacia atrás y vio a un grupo de Alas Nocturnas de pie sobre el filo rocoso de un acantilado. Tres de ellos señalaban a Cieno y les gritaban a los otros. El volcán estaba repleto de cabezas de escamas negras que miraban hacia el cielo.

También vio a Kinkajú moviendo frenéticamente las alas para mantener el ritmo de los dragonets. A quien no vio fue a cierto asesino sabelotodo.

—¡Mortífero no viene con nosotros! —gritó.

—Claro que no —le contestó Cieno también en un grito. Se precipitó en picado entre dos columnas curvas de piedra y giró a la derecha—. Su tribu no puede saber que ha sido él quien nos ha ayudado.

Gloria pensó con inquietud en el dragón al que había herido con su veneno en la cueva. Definitivamente, él sí que habría visto a Mortífero y habría oído la conversación que habían mantenido. Aunque bueno, eso ya era asunto de Mortífero.

—¿Y qué pasa con su misión? Esa en la que se supone que nos tiene que matar. ¿Te acuerdas?

—Quizá ya no quiera hacerlo —le contestó Cieno encogiéndose de hombros.

«¡Qué sospechoso! —pensó la Ala Lluviosa—. O, como diría Kinkajú, supersospechoso».

Aun así, sentía un extraño vacío en el pecho, como si deseara haber tenido la oportunidad de decirle adiós. Se giró para volver a mirar hacia atrás, pero seguía sin estar allí. «Bueno, quizá la próxima vez que intente matarme».

Se dio cuenta de que Cieno se dirigía con rapidez a la playa de arena negra que rodeaba la isla en la base del volcán. Varios árboles retorcidos y sin hojas crecían en la ladera del volcán, como huesos que sobresalían de la tierra. Más allá de la playa, el océano rugía y se batía, gris y nada amistoso, salpicado de espuma.

—Esto... ¿Cieno? —le dijo Gloria—. No vamos a volver volando al bosque tropical y cruzando el océano, ¿verdad?

—Claro que no —le dijo el dragonet—. Ni siquiera sé en qué dirección está el resto de Pirria ni a cuánta distancia. ¿Tú sí?

—No —fue la respuesta de Gloria—. Pero tiene sentido que los Alas Nocturnas vivan en una isla... que además no aparece en los mapas. Aunque, creía que habrían elegido una más bonita. Este lugar es espantoso —tosió, preguntándose si alguna vez se quitaría de encima el olor a huevos podridos.

Cieno se dirigió a una cueva en la mitad de un pequeño acantilado de roca, al final de la playa.

—El pasadizo al bosque tropical está ahí dentro —gritó—. Preparaos para luchar.

—Siempre-estoy-lista —jadeó Kinkajú a sus espaldas.

Gloria abrió la boca y saboreó el aire lleno de humo. No veía a ningún guardia en la playa de abajo.

—¿Tú no tuviste que pelear con nadie cuando saliste del túnel? —le preguntó a Cieno.

—No... Mortífero entró primero y los distrajo. Pero a estas alturas ya habrán vuelto.

—También —resolló Kinkajú—. Compañía. Detrás.

Gloria no tuvo que mirar atrás, ya había escuchado el ruido de las alas acercándose y la verdad era que no quería saber cuántos Alas Nocturnas tenían tras ellos. Agarró con fuerza la lanza que tenía entre las garras, imaginándose a Oráculo justo en el extremo puntiagudo.

La cueva se abrió frente a ellos. Cieno no redujo la velocidad cuando entró disparado entre los muros de piedra. Gloria parpadeó, tratando de que los ojos se le acostumbraran a la oscuridad. Entonces lo vio. La luz de una hoguera brillante delante de ellos.

Había cuatro Alas Nocturnas reunidos alrededor del fuego, cada uno de ellos sujetando una de esas lanzas de aspecto malvado que poseían. Esa sensación de que algo iba rematadamente mal emanaba del círculo perfecto que se abría en la pared de roca, tras los Alas Nocturnas. Y, claramente, esos dragones estaban allí para asegurarse de que nadie se acercaba a él.

«Tenemos que pasar entre ellos con rapidez —pensó Gloria—. O también tendremos que enfrentarnos a todos los Alas Nocturnas que nos persiguen».

El primer guardia que los vio llegar se puso en pie de un salto y golpeó a Cieno. Gloria salió despedida por encima de su cabeza, soltando la lanza. Lo único que evitó que cayera directa al fuego fue que chocó contra otro guardia. Unas garras la sujetaron por la cola y por las alas. Otras distintas la

intentaron agarrar del hocico. «Ni de broma», pensó la dragonet. Nadie iba a volver a amordazarla para dejarla sin armas.

Abrió la boca y giró el cuello, disparando veneno al guardia que intentaba mantenerla contra el suelo. Unas gotas negras le cayeron sobre el pecho. Gritando, el guardia retrocedió, se tambaleó y fue a caer al fuego. Luego salió volando hacia la playa, mientras las escamas echaban humo.

Los otros dos guardias se abalanzaron sobre Gloria desde atrás, volviéndola a empujar contra el suelo. Ambos eran enormes, del mismo tamaño que Oráculo, y llevaban armaduras de metal abrochadas en el estómago y unos extraños cascos que les protegían el hocico. Gloria tenía la cara aplastada contra el suelo. Movió la cola de un lado a otro, furiosa, intentando golpearlos del mismo modo en que lo haría Tsunami, pero uno de los guardias le saltó encima y la inmovilizó.

Gloria se revolvió bajo el peso de los dos dragones. Sobre ella, Cieno luchaba con el primer Ala Nocturna. Las garras de ambos chocaban una y otra vez, y el fuego que expulsaban llenaba el aire.

«Kinkajú», pensó Gloria. ¿Adónde habría ido? ¿Habría conseguido llegar hasta el túnel?

La pequeña dragonet apareció de pronto detrás de los guardias, sujetando la lanza que Gloria había dejado caer. La giró con fuerza y golpeó a uno de los Alas Nocturnas en la cabeza con el extremo romo. Él se hizo a un lado, gritando, para luego girarse hacia ella con un brillo asesino en los ojos.

—¡Kinkajú! —gritó Gloria—. ¡Usa tu veneno!

—Pero... —contestó Kinkajú, esquivando un zarpazo del Ala Nocturna —. Yo no...

—¡O la lanza! ¡Pero esta vez con la parte puntiaguda!

Kinkajú bajó la mirada hacia la lanza con una expresión de sorpresa. La levantó y se la clavó al guardia cuando este fue a por ella. El dragón la hizo

a un lado de un empujón y amenazó con la suya a Kinkajú. La pequeña dragonet gritó y Gloria vio un reguero de sangre cayéndole por el cuello.

La Ala Lluviosa apretó las garras con rabia. ¿Cómo se atrevía? Kinkajú no era más que una pequeña dragonet. No solo eso, sino que además era una Ala Lluviosa, lo que significaba que nunca la habían entrenado para la lucha.

En ese momento, solo había un guardia reteniendo a Gloria. La dragonet se acordó de los trucos de Sol en las clases de pelea y dejó de retorcerse. Encima de ella, el guardia dejó escapar un siseo complacido.

Gloria cambió el color de sus escamas al color de las rocas que tenía debajo.

—Estúpida Ala Lluviosa —siseó el guardia—. Aún puedo sentirte. Aún puedo ver las cuerdas alrededor de tus alas.

Gloria lo sabía, pero esperaba que la extrañeza de agarrar algo que no podía ver lo volviera más lento. Respiró hondo y, de repente, se hizo un ovillo. Las garras del Ala Nocturna resbalaron por sus escamas y, durante un momento, Gloria volvió a tener libre la cola. El tiempo suficiente para balancearla y golpearle al guardia en plena espalda.

A Sol le encantaba aquel movimiento y, al principio, ninguno de ellos entendía el por qué. Si ella hubiera tenido un aguijón venenoso en la punta de la cola como el resto de los Alas Arenosas, habría sido terrorífico... pero con una cola inofensiva, ¿de qué le iba a servir?

Luego, cada uno lo había experimentado y habían descubierto que había algo extraño y perturbador en aquel movimiento. Era como si los hubiera golpeado un rayo en el punto equivocado, como si sus escamas supieran que podría haberles hecho mucho más daño... que de haber tenido veneno en la punta de la cola, les habría paralizado al instante la espina dorsal y habrían muerto solo unos momentos después. Así que era extrañamente

espeluznante, además de una distracción muy efectiva en mitad de una pelea.

Gloria no tenía ni idea de si el truco funcionaría cuando un Ala Lluviosa se lo hiciera a un Ala Nocturna, pero valía la pena intentarlo.

El guardia se quedó rígido como si lo hubiera golpeado una de las anguilas eléctricas de la prisión de la reina Coral. Solo duraba un momento, pero en ese instante Gloria fue capaz de quitárselo de encima y de liberar el hocico. Se fue directa al atacante de Kinkajú y le escupió veneno a todas las partes del cuerpo que estaban expuestas.

El Ala Nocturna gritó y se dejó caer de espaldas sobre las rocas. Gloria vio otro corte en uno de los costados de Kinkajú. La pequeña dragonet estaba temblando y sus escamas estaban repletas de pequeñas ondas blancas y verde claro.

Unas garras sujetaron a Gloria por la cola antes de que pudiera llegar hasta la dragonet.

—¡Sal de aquí! —le gritó Gloria, señalando al agujero—. ¡Vete!

Kinkajú dudó, mirando al guardia Ala Nocturna que estaba detrás de Gloria. Durante un instante, Gloria estuvo segura de que la dragonet la desobedecería y que se quedaría a ayudar en la pelea. Pero entonces, sin discutirle, Kinkajú salió corriendo hacia el túnel y se esfumó en la oscuridad.

«Bien. Vale —pensó Gloria mientras una lanza la golpeaba con fuerza en la cabeza—. Por una vez, alguien ha sido sensato. No como mis amigos». Intentó girarse, pero el Ala Nocturna la empujó contra la pared. Gloria empezó a ver estrellitas que no paraban de girar. «Ni se te ocurra desmayarte. Ni se te ocurra desmayarte». Si los Alas Lluviosas la capturaban, no tendría otra oportunidad de usar su veneno y escapar. Seguramente la dejarían sin comer hasta que muriera.

De forma borrosa, vio a Cieno volar por el aire y se le hizo un nudo en la garganta. ¿Lo habían herido? Dio un paso hacia él, pero un fuerte dolor en una pata trasera la detuvo. El guardia la había herido con su lanza.

Gloria siseó, furiosa, y se lanzó a por la lanza cuando el guardia se la sacaba de la pata. Volvió a clavársela, violento y rápido, y ella sintió cómo le arañaba el estómago como una dolorosa fila de picotazos de abejas.

Al mismo tiempo, Cieno aterrizó en mitad del fuego. Las llamas le lamieron la barriga y las alas. El olor a quemado inundó la cueva. A Gloria le dolieron las escamas solo de mirarlo. Incluso si sanaba deprisa, Gloria sabía que debía estar quemándose en ese momento.

Apretando los dientes, Cieno se agachó y cogió con sus propias garras los trozos de brasas que aún ardían en el fuego. El Ala Nocturna que volaba por encima de él no tuvo tiempo de ver lo qué estaba a punto de ocurrir. Cieno lanzó los trozos de ascuas directos a la cara del guardia y empezó a coger más y a lanzárselos al Ala Nocturna, que se llevó las garras al hocico.

—¡Cieno! —gritó Gloria mientras su propio oponente la tiraba al suelo.

En cuanto cayó, tuvo al Ala Nocturna encima, rodeándole el hocico con sus fuertes garras y obligándola a cerrar la boca.

Unas brasas al rojo vivo llegaron volando por el aire. La mayoría de ellas chocaron contra la armadura del dragón y una golpeó dolorosamente contra una de las cuerdas que sujetaban las alas de Gloria; unas pocas, sin embargo, encontraron los agujeros de la armadura y se colaron por dentro. El guardia soltó a Gloria y empezó a arañarse la armadura, gritando de dolor.

Gloria acababa de ponerse en pie cuando alguien la agarró de los hombros. Se volvió siseando y casi no consigue reprimir un escupitajo de veneno a la cara de Cieno.

—¡Rápido! —gritó el Ala Lodosa, echándosela a la espalda.

Ella se agarró a su cuello otra vez, mientras Cieno daba un salto y pasaba volando por encima de los guardias, directo al agujero. Uno de los Alas Nocturnas heridos agarró a Cieno de la cola, pero en cuanto vio que Gloria abría la boca lo soltó.

Cieno se internó en el túnel, que giraba en espiral hacia arriba. Gloria se agarraba con fuerza, enterrando la cabeza en las escamas de su amigo mientras volaban.

La dragonet podía oír la lluvia por encima de sus cabezas.

«Ya casi estamos —pensó—. Casi a salvo. Por ahora».

CAPÍTULO 24

Salieron y el sol los bañó. La lluvia se colaba entre las hojas, pero algunos rayos se abrían paso entre los árboles, reflejando destellos de luz en las gotas y haciendo aparecer arcoíris en telarañas y cascadas.

Cieno dejó a Gloria sobre el suelo y saltó a la charca de lodo más cercana, respirando con dificultad.

Ella se sentó, se sacudió y alzó la mirada hacia el túnel que desembocaba en la isla de los Alas Nocturnas. No se oía ningún ruido que indicara que los estaban persiguiendo. Nada de aleteos, ni hocicos negros asomándose para continuar con la pelea.

A Gloria le costó un momento darse cuenta de lo cerca que estaban del otro pasadizo, el que llevaba al desierto. El primer túnel estaba en una piedra y este estaba en el segundo árbol oscuro, al otro lado del río.

Gloria no habría visto el agujero en el tronco del árbol si no lo hubiera estado buscando. Estaba muy por encima de sus ojos, en un punto en el que la mayoría de los dragones tendrían que inclinar la cabeza hacia atrás para verlo. Era tan oscuro como el propio árbol, camuflado por el bosque, y emanaba una sensación de que no debería estar ahí. Lo único que quería Gloria cada vez que acercaba los ojos a él era apartar la vista.

—Un segundo túnel —le dijo a Cieno—. Es muy raro. ¿Crees que hay más?

—Despiértame cuando lo averigües —le contestó Cieno—. No, espera.

No me vuelvas a despertar jamás. Voy a dormir durante un par de cientos de años.

Cieno se llenó las garras de lodo y se lo echó por la cabeza, cerrando los ojos con un suspiro.

Kinkajú salió disparada de la copa de los árboles, directa hacia Gloria.

—¡Estoy tan feliz de que estéis bien! —gritó la dragonet—. No quería dejaros allí, pero tenía mucho miedo...

—Hiciste lo correcto —le aseguró Gloria, agachándose para esquivar la lanza que Kinkajú tenía aún entre las garras—. Dame eso y ve a mirar ese agujero por si alguien nos está siguiendo.

Kinkajú abrió mucho los ojos.

—Pero... ¿y si resulta que sí que nos están siguiendo? Entonces ¿qué hago?

—Asústalos hasta que vuelvan a su horrible isla —dijo Gloria, dirigiendo la lanza a los nudos de sus ataduras—. Iré a ayudarte en cuanto me libre de esto. Y si averiguo cómo se hace, usaré esta cosa para quitarte también la banda del cuello —añadió señalando al anillo de metal de la dragonet.

Kinkajú arrastró los pies.

—Pero... esto... escucha... yo... no estoy segura de que quiera volver a usar mi veneno sobre ningún dragón. Me hace sentir muy, muy mal.

—Entonces finge que lo vas a hacer —le dijo Gloria, empujando a la dragonet hacia el árbol—. Siéntate en la entrada del túnel con la boca abierta e intenta parecer algo siniestra, ¿vale?

Kinkajú reaccionó.

—Claro, ¡te apuesto lo que quieras a que puedo parecer muy siniestra! ¡Supersiniestra! ¡Mira y observa! —dijo.

La dragonet voló hasta el agujero, enroscó la cola alrededor de las garras

traseras, abrió la boca y entornó los ojos mientras miraba al interior del túnel.

Con esas pintas, Kinkajú se parecía más al tope decorativo de una puerta que a una guardiana, pero por ahora tendría que servir.

Gloria mantuvo un ojo puesto en ella, mientras intentaba librarse de las ataduras de las alas. Era un poco inquietante que nadie hubiera intentado seguirlos a través del túnel. Quizá los Alas Nocturnas pensaran que había más dragones esperándolos a este lado para luchar con ellos.

¿Cuánto tiempo llevaba desaparecida? Gloria observó los ángulos de los rayos de sol y reparó en que debía de ser por la mañana. Parecía como si hubiera estado atrapada en el Reino Nocturno un mes entero, pero solamente había pasado un día.

Ya solo le quedaba una cuerda que desatar cuando escuchó las voces que se aproximaban por el bosque.

—¡Es una idea terrible! ¿No podemos discutirla como dragones sensatos?

—¡No hay tiempo! ¡El Ala Nocturna asesino ha secuestrado a Cieno y a Gloria! ¡Tengo que salvarlos!

—Pero no sabemos a ciencia cierta que él se los haya llevado ni si se los llevó por el túnel o dónde deben estar en el Reino de Arena...

—¡Estamos aquí! —gritó Gloria.

Hubo un momento de silencio, seguido de un batir de alas. Nocturno y Tsunami salieron de entre los árboles y descendieron por el río para aterrizar al lado de Cieno. Unos segundos después, Sol los alcanzó. La perezosa de Gloria estaba sentada en su cabeza, agarrándose a los cuernos de Sol con una expresión sorprendida.

—Vaya, sabía que estabais bien —dijo Sol, feliz. Aunque luego dudó un momento al mirar a Cieno y ver el lodo que le caía por el hocico. Sus ojos

repararon en las heridas que Gloria tenía en las escamas—. Esto... ¿estáis bien?

—Claro —le dijo Cieno, hundiéndose más en el charco de lodo.

Plata saltó de la cabeza de Sol al cuello de Gloria y empezó a tirarle de las orejas, gorjeando un aluvión de quejas. Gloria la cogió entre las garras y le acarició la cabeza.

—Lo siento —susurró la Ala Lluviosa—, pero no era un sitio seguro para ti.

—HAARF —se quejó la perezosa.

—¿Dónde habéis estado? —gritó Tsunami—. ¡Mortífero ha escapado! ¡Podría estar en cualquier sitio! ¡Podría saltarnos encima en cualquier momento e intentar matarnos!

—De hecho, está ahí dentro —dijo Gloria señalando la parte alta del árbol.

Los dragonets echaron hacia atrás la cabeza para poder ver el agujero.

—¿Otro túnel? —preguntó Sol, mirando al río y temblando—. Ya me había dado cuenta de la sensación tan extraña, pero pensé que venía del otro.

—¿Este adónde va? —quiso saber Nocturno.

Gloria ladeó la cabeza, mirándolo.

—Lleva al Reino de la Noche —le dijo.

Nocturno respiró lentamente y alzó la mirada hacia el árbol. La dragonet pudo ver la ansiedad y la curiosidad que se reflejaban en él con la misma claridad que si sus escamas también pudieran cambiar de color. Su tribu estaba al otro lado de ese túnel, al igual que su hogar. Se preguntó qué pensaría su amigo de la isla... del olor, del aire quemado y de las rocas hostiles. Además, también estaba el pequeño detalle de que sus compañeros Alas Nocturnas estaban secuestrando a los Alas Lluviosas para quitarles su

veneno. Considerándolo bien, Gloria prefería una tribu de vagos como la suya a una tribu de malvados.

—Escuchad —les dijo a sus amigos—. Quizá queráis sentaros para oír lo que os tengo que decir.

Decidieron dejar a Cieno y a Tsunami vigilando el túnel.

—No dejéis que nadie entre por ahí —les dijo Gloria ferozmente—. Si veis aunque sea un milímetro de hocico asomándose, le hundís esta cosa con toda vuestras fuerzas —dijo la Ala Lluviosa, mientras le tendía la lanza a Tsunami.

—Sin problema —le contestó esta con satisfacción, girando la lanza entre las garras.

—Volveremos pronto —le aseguró Gloria—. Con un ejército de Alas Lluviosas.

Tsunami y Nocturno intercambiaron un par de miradas y Gloria infló la gorguera.

—Sé lo que estáis pensando —les espetó—. Así que ni se os ocurra decirlo.

—Es solo que... —empezó Nocturno—. Es decir, ¿crees que es una buena idea? Los Alas Lluviosas no son muy... guerreros. Los Alas Nocturnas los aplastarán con facilidad.

—Especialmente si uno de ellos ve el futuro y os ve llegar —corroboró Sol.

—No anticiparon que yo me iba a escapar —señaló Gloria—. No son todopoderosos. Podemos detenerlos y rescatar a los Alas Lluviosas.

—Quizá sea un malentendido —dijo Nocturno, apoyando las garras delanteras sobre el árbol—. Quizá si voy yo y hablo con ellos...

—Entonces acabarás en una bonita prisión de lava tú también —le dijo

Gloria—. O muerto. No olvidemos que a lo mejor eres uno de los dragonets que Mortífero tenía que matar —dijo Gloria. Abrió las alas y dejó que reflejaran los colores del arcoíris de la telaraña—. Pero tú mismo si quieres quedarte aquí todo el día preocupándote. Yo voy a volver a por mi tribu, contigo o sin ti.

La dragonet le hizo un par de señas a Kinkajú y se elevó en el aire.

Era un alivio volver a usar las alas. Las extendió todo lo que pudo, mientras planeaba entre las ramas más altas. Plata se le aferraba a los hombros, haciendo ruiditos peludos de felicidad. Kinkajú se puso a la cabeza, ansiosa, dándole un golpe en la cola. Gloria había adivinado cómo quitarle la banda de metal del cuello con la lanza de los Alas Nocturnas. Le había dejado una melladura a la pequeña dragonet que parecía dolorosa, pero Kinkajú estaba demasiado feliz como para que le importara. Un estallido de rosa y amarillo se expandió por sus escamas, haciéndose más brillante cuanto más se acercaban a la aldea.

—¿Me han estado buscando todos los días? —preguntó la dragonet, trazando un círculo mientras volaba alrededor de Gloria—. ¿Tuvo Bromelia un ataque al corazón cuando desaparecí? Puedo imaginarme su cara —dijo Kinkajú, mientras fruncía el hocico en una imitación bastante lograda de Bromelia—. ¡Esa dragonet hizo que la secuestraran a propósito! ¡Siempre está metiéndose en problemas! —exclamó la dragonet, echándose a reír—. Espero que se le cayeran las alas de tanto buscarme. Esa vaca vieja y gruñona. ¡Dios! ¡Todo el mundo estará muy emocionado cuando aparezca!

—Esto... —le dijo Gloria—. No te enfades si no te dan una fiesta de bienvenida.

—¡Ahí está Coco! —gritó Kinkajú, mirando a un pequeño dragón tumbado en una de las hamacas, a las afueras de la aldea—. ¡Ay, mira lo

cansado que está! Dimos clase de planeo juntos el año pasado. Supongo que ha estado ayudando a buscarme. ¡Coco! ¡Soy yo! ¡He vuelto!

Kinkajú planeó hasta la hamaca y le dio unos golpecitos, muy animada, hasta que el dragón verde esmeralda que había dentro se sentó, parpadeando.

—¿Huuuum? —dijo Coco—. ¿Qué pasa?

—¡He vuelto! —le contestó Kinkajú, abrazándolo con las alas hasta casi hacerlo caer de la hamaca—. ¡Estoy bien! ¡He vuelto a casa!

Coco se deshizo de su abrazo educadamente.

—¿Kinkajú? —le dijo el dragón, echándole un vistazo—. ¿Te habías ido a algún sitio?

—He estado desaparecida casi tres semanas enteras —le dijo la dragonet. Su sonrisa se borró cuando el dragón negó con la cabeza—. ¿No me has echado de menos?

—Esto... —le contestó Coco—. Han sido unos días muy ajetreados.

—Seguro que sí —añadió Gloria, enfadada—. Tú, te quiero en el pabellón de Magnífica dentro una hora con todos los Alas Lluviosas que puedas encontrar. Vamos a tener una reunión de tribu.

—¿Una qué? —le preguntó Coco.

—Y si no estás allí, lo sabré y vendré personalmente a atarte a esta hamaca para que pases ahí el resto de tus días —le contestó Gloria—. Ve a decírselo a todo el mundo. ¡Ve!

Coco salió de la hamaca y se alejó volando, confuso.

Gloria llevó a Kinkajú al centro de la aldea. Las alas de la dragonet estaban alicaídas y cubiertas de motas azul grisáceo.

—Decepcionar a los jóvenes dragones que cuentan con ellos —soltó Gloria— parece ser la especialidad de los Alas Lluviosas.

—Alguien debe haberme buscado —dijo Kinkajú.

—Sí... yo —señaló Gloria.

La dragonet vio la casa de la reina por encima de ella y se dirigió allí. Ni Nocturno ni Sol las habían alcanzado aún. Quizás estaban demasiado ocupados discutiendo en qué fallaría el plan de Gloria. O puede que estuvieran visitando a Membranas, como si fuera más importante que salvar a los Alas Lluviosas.

Aquel día, la cola para ver a Magnífica era más corta. Solo había dos dragones sentados en la plataforma de espera y ninguno de ellos parecía particularmente enfadado. Gloria pasó volando a su lado y entró por la cortina de enredaderas, derrapando sobre el suelo de madera hasta frenar.

La reina Ala Lluviosa se sobresaltó y su perezoso trepó hasta su cabeza, sorprendido.

—Los he encontrado —anunció Gloria. La dragonet se fijó en los dragones con los que Magnífica estaba reunida: un joven Ala Lluviosa cuyas escamas verde azulado parecían imitar a las de Tsunami, pues hasta lucía puntos blancos que emulaban perlas; y un consumido y viejo dragón de gorguera plateada—. He encontrado a los Alas Lluviosas desaparecidos, Majestad.

—Vaya, llámame Magni —le dijo la reina—. ¿Qué Alas Lluviosas desaparecidos?

—Los que me mandaste ir a buscar —contestó Gloria con impaciencia—. Como Orquídea, la reina Esplendor o Kinkajú, aquí presente.

—Vaya —dijo Magnífica. Un brillo morado oscuro se le extendió por las escamas—. ¡Maravilloso! Estoy muy contenta. Ve a decírselo a Manglar. Será genial no tener que aguantar a ese pesado ni un día más.

Y dicho esto, se giró para seguir hablando con los otros Alas Lluviosas.

—No, no... escucha —volvió a hablar Gloria—. Los han secuestrado. Tenemos que rescatarlos.

Magnífica parpadeó, mirando a Kinkajú.

—Excepto a ella —dijo Gloria—. Es decir... conseguimos sacarla de allí, pero los otros siguen atrapados. Necesitamos reunir a la tribu y organizar una expedición para salvarlos.

—¿Una expedición? —repitió Magnífica.

Sus ojos se posaron en un lagarto que reptaba perezosamente al otro lado de la ventana.

—¿Salvarlos de qué? —preguntó el Ala Lluviosa verde azulado.

—De los Alas Nocturnas —informó Gloria—. Han estado secuestrando a los Alas Lluviosas para hacerlos prisioneros —siseó, recordando la cola del dragón gris que se arrastraba tristemente por el suelo mientras los Alas Nocturnas se lo llevaban.

—¿Quieres que luchemos contra otros dragones? —dijo la reina—. ¿Cómo vamos a hacer eso?

Gloria se sujetó la cabeza. Sabía que las escamas le vibraban con los furiosos colores del amanecer, pero necesitaba toda su energía para discutir con la reina.

—Con vuestro veneno —le dijo lentamente—. Con vuestro camuflaje. Con vuestras garras y dientes. Con cualquier cosa que pueda salvar a vuestros compañeros.

—No somos luchadores —le contestó la reina, como si estuviera explicándole las tres lunas a una pequeña dragonet—. Los Alas Lluviosas no han nacido para eso. Somos una tribu pacífica.

—Entonces ¿qué sugieres? —le espetó Gloria—. ¿Pedirles amablemente a los Alas Nocturnas que nos devuelvan a los dragones que nos robaron? Porque secuestrar dragones los hace parecer una tribu muy razonable. Seguro que están abiertos a las negociaciones y todo eso.

La reina Magnífica se examinó las garras un momento, luego cogió a su

perezoso y lo acarició debajo de la barbilla.

—Vamos a pensar con sensatez. ¿De verdad necesitamos que vuelvan?

En ese instante, Gloria se sintió como si la hubieran arrojado al volcán de los Alas Nocturnas. Miró fijamente a la reina.

—Quieres decir... ¿que vas a dejarlos allí?

—Vaya —exclamó el dragón azul, mirando las escamas de Gloria—. Nunca antes había visto a nadie volverse de ese color rojo.

—Solo son unos pocos dragones —repitió la reina moviendo una garra —. ¿Verdad? ¿Cinco o seis?

—Catorce —intervino Kinkajú—. Sin contar los tres que murieron allí.

«Ni siquiera Manglar sabía cuantos habían desaparecido —pensó Gloria, sintiendo otra oleada de rabia—. Tres muertos antes de que nadie empezara a buscarlos. ¿Esperaban que los rescataran? ¿Creían que alguien iría a por ellos o sabían que no había ninguna esperanza?».

—¿Lo veis? Solo son catorce —dijo Magnífica—. Tampoco hay tanta diferencia, ¿verdad? Hay muchos más dragones en la tribu.

Por un momento, Gloria se quedó sin habla. Nunca, jamás, ni en un millón de años, habría creído que pudiera existir una reina capaz de dejar morir a sus súbditos sin levantar una garra para salvarlos. Si a la reina no le importaba, ¿qué oportunidad tendrían esos Alas Lluviosas?

Y no había nada que Gloria pudiera hacer. No era parte de la profecía, no era una Ala Lluviosa normal y no podía salvar a los Alas Lluviosas ella sola, por mucho que quisiera hacerlo. Sin la reina, sin ejército alguno, la dragonet era tan inútil como un perezoso.

Tenía ganas de gritarle un millón de cosas a la reina: ¿Qué os pasa a todos? ¿No sentís ningún tipo de lealtad? ¿De empatía?

«Alguien debería preocuparse cuando desaparece un dragón».

Entonces se dio cuenta de lo que de verdad quería decir.

Gloria abrió las alas y señaló a la enorme dragona.

—Reina Magnífica, te reto por el trono de los Alas Lluviosas.

TERCERA
PARTE
UN TRONO
EN LA COPA
DE LOS ÁRBOLES

CAPÍTULO 25

—¿Significa eso que quieres un turno para ser reina? —dijo Magnífica, ladeando la cabeza con una expresión de desconcierto—. Si insistes, estoy segura de que podemos solucionarlo. Puedo hablar con las otras e intentar meterte entre Grandiosa y Exquisita el año que viene.

—No, necesito ser reina ahora —le contestó Gloria.

La dragonet intentó no pensar en lo grande que era Magnífica ni en cuantos años mayor que ella sería. «Aun así, estoy segura de que nunca la han entrenado para pelear ni ha tenido que enfrentarse a las garras de una Ala Marina ni una mañana durante seis años».

—Porque si no vais a rescatar a esos Alas Lluviosas —prosiguió—, yo lo haré, me cueste lo que me cueste. Incluso si eso significa tener que arrebatarte el trono.

—Vaya —exhaló Kinkajú.

—No veo cómo podrías hacer eso —dijo la reina Magnífica, bajando la mirada y colocándose bien uno de sus collares de flores.

—No es muy complicado —le dijo Gloria—. Peleemos y quien sobreviva será reina.

Todos los dragones que quedaban en la habitación jadearon.

Las escamas de la reina emitieron un resplandor blanco y verde. Magnífica miró fijamente a Gloria.

—¿Matarías a otra dragona para poder ser reina?

—Así es como funciona en las otras tribus —le explicó Gloria.

—Pero aquí no —contestó Magnífica—. Es de bárbaros.

—Lo que es de bárbaros es abandonar a los dragones de vuestra tribu cuando podríais salvarlos —le dijo Gloria violentamente.

La reina Magnífica agitó las garras delanteras, con aire displicente, y se dirigió a Kinkajú y al dragón verde azulado.

—Estoy segura de que ningún Ala Lluviosa seguiría a una reina que hubiera conseguido el trono con violencia. ¿Verdad?

El dragón verde azulado se encogió de hombros, pero Kinkajú infló el pecho y miró a la reina.

—Yo seguiría a Gloria a cualquier sitio —dijo la pequeña dragonet.

—No es la forma en la que los Alas Lluviosas hacemos las cosas —protestó la reina.

—Por lo que sé, la forma de hacer las cosas de los Alas Lluviosas es tumbarse y no hacer nada —espetó Gloria—. Así que... ¿por qué no te limitas a hacer eso y dejas que yo sea la reina? Después de todo, nadie quiere el trabajo, ¿verdad?

—Quizá yo no quiera que tú seas reina —gruñó Magnífica.

—Hay una vieja tradición —intervino el dragón anciano de repente—. Si queréis oírla —dijo el viejo Ala Lluviosa, que soltó una risita cuando todos se giraron hacia él—. No me mires así, Magni. Es lo más justo y te da una oportunidad para que conserves el trono.

—¿Cuál es? —preguntó Gloria.

—Un torneo —dijo el dragón—. Las leyendas dicen que hubo un tiempo en el que las dragonas se disputaban nuestro trono como en cualquier otra tribu, pero que con el paso del tiempo los Alas Lluviosas idearon un nuevo método que no acababa con la muerte de ninguna. Si quien retaba quería

conseguir el trono, tenía que vencer a la actual reina en un torneo... y la reina tenía el derecho de elegir la naturaleza de dicho torneo.

—Eso suena agotador —dijo Magnífica de mal humor.

—A mí me parece justo —contestó Gloria. El típico sinsentido de los Alas Lluviosas pero, siendo honesta, convertirse en reina sin tener que matar a nadie le parecía bien—. ¿Qué tipo de torneos tenían?

El viejo dragón entrecerró los ojos.

—Déjame pensar — dijo, contando con las zarpas—. Una vez hubo una carrera de deslizamiento entre las copas de los árboles. Y cuando era un dragonet muy joven, vi un torneo de camuflaje... Una se escondía mientras la otra trataba de encontrarla y luego al revés. La ganadora era la que encontrara a la otra primero.

—Jugar al escondite para convertirse en reina —murmuró Gloria—. ¿Por qué no?

Gloria esperaba que nadie se diera cuenta de que estaba un poco nerviosa. Estaba bastante segura de que sería mejor que Magnífica en una pelea a muerte de lo que lo sería en una carrera de vuelo entre los árboles o recogiendo flores o lo que quiera que se le ocurriera a la reina. Pero si quería convertirse en la reina de los Alas Lluviosas, tenía que empezar a actuar como una. Manteniendo sus escamas rojas, se volvió hacia Magnífica y le dijo:

—Adelante, Majestad, elije tu torneo.

Magnífica entrecerró los ojos.

—Quiero un día para poder pensarlo —dijo.

—Esto también es habitual —estuvo de acuerdo el anciano.

Gloria meneó la cola. Quizá los Alas Lluviosas secuestrados no tuvieran un día. ¿Quién sabía lo que harían los Alas Nocturnas ahora que sabían que los habían descubierto? ¿Y si mataban a todos los prisioneros para eliminar

las pruebas? ¿O si en esos momentos estaban reuniendo un ejército y reforzando sus defensas? Lo que Gloria tenía en mente era un ataque rápido y por sorpresa antes de que los Alas Nocturnas pudieran prepararse.

«Quizá pueda volver esta noche, yo sola —pensó—. Quizá pueda colarme en el túnel y liberarlos a todos, mientras derrito a algún Ala Nocturna que intente pararme antes de que los traiga a todos a casa».

Pero se acordó de la sensación de las garras de un Ala Nocturna al aplastarla contra el suelo de piedra y de la banda metálica con que le habían inmovilizado las garras. Si volvía sola y la atrapaban, no habría tiempo para que nadie fuera a rescatarla. Los Alas Nocturnas la matarían en cuanto la vieran. Y entonces ya no quedaría ninguna esperanza para los Alas Lluviosas que seguían prisioneros.

No, no podía rescatar a nadie sin un ejército, lo que significaba que necesitaba el respaldo que podía ofrecerle el poder del trono y, para conseguirlo, tenía que ganar este torneo. Y con un día más, quizá tuviera tiempo para prepararse. Quizá Jambu pudiera enseñarle a deslizarse entre los árboles tal y como le había prometido.

—Está bien —accedió, mirando a la reina a los ojos—. Mañana al amanecer.

—En el Arboreto —contestó Magnífica con una sonrisa ladina, como si supiera perfectamente que Gloria no tenía ni idea de dónde estaba eso.

«Tengo que memorizar también el plano de la aldea de los Alas Lluviosas —se dijo—. Por si acaso la reina elige algo así como una caza del carroñero».

Magnífica señaló al viejo dragón.

—¿Cómo te llamabas? —le preguntó.

—Hermoso —le contestó este, guiñándole un ojo a Gloria—. Nuestros nombres no siempre acaban definiéndonos bien.

—Hermoso puede supervisar el torneo, ya que esta estúpida idea ha sido suya —dijo Magnífica—. Si te parece bien, mocosa.

—Me parece perfecto —contestó Gloria—. Disfruta de tu último día como reina.

La dragonet salió de la habitación cruzando la cortina de enredaderas y se quedó de pie un momento en el puente, respirando profundamente. El verdadero peso de lo que acababa de hacer empezaba a calar en ella.

«¿Estoy loca?».

«¿De verdad QUIERO ser la reina de los Alas Lluviosas? ¿Y estar encerrada aquí de por vida? ¿Intentando organizar a estos inútiles dragones?».

Podía imaginarse lo que sus amigos le dirían.

Alzó la mirada y vio alrededor de veinticinco Alas Lluviosas apiñados en la plataforma de espera, mirándola. Uno de ellos era Coco. Aparentemente, aquello era lo mejor que podía conseguir cuando se le pedía que reuniera a toda la aldea.

Pero, a juzgar por sus expresiones, habían escuchado la conversación de Gloria con Magnífica. Y, por lo que sabía de los Alas Lluviosas, aquella era la clase de noticia que corría con facilidad... sobre todo porque significaba que tendrían un entretenimiento al amanecer.

Kinkajú salió brincando de la casa del árbol, tras ella, y también vio a los dragones.

—¡Coco! —gritó la dragonet—. ¿Lo has oído?

El otro dragonet restregó una garra por la plataforma de madera.

—Sí —dijo.

—Por fin vamos a tener a una reina de verdad —dijo Kinkajú con orgullo.

Unos cuantos Alas Lluviosas intercambiaron una mirada, volviéndose de

un extraño color naranja purpúreo claro. Gloria supuso que indicaba sorpresa o confusión. No era un color que ella usara... o dejara usar... muy a menudo.

—¿Una reina de verdad? —repitió otro de los Alas Lluviosas—. Es... esto... ¿de verdad la necesitamos?

—¿Qué hay de malo con las que ya tenemos? —preguntó otro.

—¿Por qué no le haces a Gibón esa misma pregunta? —le contestó Kinkajú—. ¿O a Orquídea? ¿O a Esplendor? ¿O a Tualang? ¿O a Lémur?

Todos los dragones fruncieron el ceño. Varios de ellos miraron a su alrededor, como si esperaran que Orquídea o Esplendor salieran de entre los árboles para poder formularles esa pregunta.

—Hum... así es —siguió Kinkajú—. No los habéis visto últimamente, ¿verdad? Eso es porque los han secuestrado, al igual que a mí. Y aún siguen atrapados allí... excepto Tapir, Brillo y Orangután, que tuvieron unas muertes horribles, solos y lejos de todo y todos los que amaban. Y la única dragona que está dispuesta a hacer algo es Gloria. Esa es la razón por la que debería ser nuestra reina.

A Gloria no le gustó la pausa tan extraña que siguió. Varios Alas Lluviosas arrugaron el hocico, como si intentaran adivinar quién era esa tal Gloria.

—No la escuchéis —dijo Bromelia, abriéndose paso entre los otros dragones y mirando a Kinkajú. Su lengua no paraba de salir por la boca—. Esta dragonet es un mar de problemas. Lleva tres semanas escondiéndose en el bosque para fastidiarme y ahora se ha inventado esa ridícula historia para llamar la atención.

Un naranja furioso se expandió por las alas de Kinkajú, mientras le enseñaba los dientes a Bromelia con un siseo.

—Créetelo, Bromelia —le dijo Gloria, colocando a Kinkajú tras su

espalda—. Es todo verdad. Yo también estuve allí —dijo, mientras volvía a centrar su atención en los otros dragones de la plataforma... y en los que empezaban a reunirse en los árboles—. Escuchadme. Vuestros amigos están sufriendo. Están siendo torturados y encerrados en cuevas en un lugar horrible que huele a humo y a muerte. No hay fruta. No hay siestas bajo el sol.

Unos murmullos horrorizados se extendieron por las ramas, sobre su cabeza.

—¿Nada de siestas bajo el sol? —chilló alguien.

Gloria dio un paso y varios Alas Lluviosas retrocedieron otro.

—Esto podría haberle ocurrido... aún le puede ocurrir... a cualquiera de vosotros. Si vosotros no vais a rescatarlos, ¿quién lo hará? Se quedarán allí para siempre —dijo Gloria, moviendo la cola—. Sé que preferís dormir que enfrentaros a los problemas, pero esos dragones son de vuestra tribu y os necesitan.

Miró hacia atrás, hacia a casa del árbol a su espalda, y alzó aún más la voz.

—Esa es la razón por la que mañana me haré con el trono. No es porque quiera las frutas más grandes o la plataforma más alta para dormir al sol. Voy a hacer esto por los dragones desaparecidos... y por vosotros, para que no tengáis que pasaros el resto de vuestra vida mirando por encima del hombro y pensando: «Nuestros amigos han desaparecido... y nosotros podríamos haberlos salvado».

CAPÍTULO 26

Gloria respiró hondo y estudió a su audiencia.

La mayoría de los dragones parecían confusos, pero unos pocos tenían las escamas cubiertas de rayas de color morado oscuro... culpabilidad y vergüenza, justo al lado del orgullo en el espectro de colores.

«Vaya —pensó Gloria—. Ahí tenéis el noble discurso que aguardaba dentro de mí». De alguna manera, siempre le habían parecido más creíbles y menos extraños en los pergaminos que leía. Los discursos emotivos estaban siempre al final de los capítulos, pero en ese momento, un montón de dragones la miraban fijamente y Gloria no podía recordar nada de las historias sobre qué hacer cuando uno acababa su noble discurso o sobre cómo irse con elegancia después.

—Ahí lo tienes —dijo Kinkajú, sacándole la lengua a Bromelia.

Gloria estaba bastante segura de que así no era como continuaban los pergaminos.

—¿Y ahora qué hacemos? —le preguntó Kinkajú a Gloria alegremente. Sus escamas ya no eran azul grisáceo y parecía haber recuperado toda su energía—. No importa. Sé qué es lo primero que tenemos que hacer. ¡Encontrar algo decente que comer!

Gloria le dio la espalda a su sorprendido público y centró su atención en Kinkajú.

—Ve tú. Yo tengo que contarles a mis amigos lo que acaba de ocurrir. Y

también tengo que encontrar a alguien que me enseñe todas las habilidades de los Alas Lluviosas a lo largo del día.

—¡Yo puedo hacerlo! —le dijo Kinkajú—. Después de comer. Me voy a zampar toda la fruta del bosque tropical. ¿Dónde nos vemos?

—Búscame en la cabaña de los sanadores —suspiró Gloria—. Trae también a Manglar.

Kinkajú salió disparada hacia los árboles. Gloria giró la cabeza y se aseguró de que Plata estuviera todavía dormida sobre su hombro. Ignorando a la multitud, abrió las alas y se alejó volando. Si recordaba bien las indicaciones de Magnífica, la cabaña de los sanadores no estaba demasiado lejos de allí.

Vio las bayas rojas que crecían en el balcón y descendió hasta la casa del árbol cuyo tejado de hojas estaba lleno de agujeros para que entraran los rayos del sol. Dentro, solo había dos camas ocupadas: la de Membranas y otra en la que dormía un Ala Lluviosa que tenía el hocico vendado, como si se hubiera estrellado contra un árbol mientras volaba. Tres Alas Lluviosas con las escamas blancas y de un relajante azul estaban reunidos en un rincón, comiéndose unos plátanos y hablando en voz baja.

Tal y como esperaba, Sol y Nocturno estaban junto a Membranas, observándolo con inquietud. Bueno, Sol observaba a Membranas. Y como era habitual, Nocturno observaba a Sol.

Membranas estaba tumbado sobre un nido de hojas en forma de araña bajo los rayos del sol. Estaba dormido y respiraba con tranquilidad por primera vez desde que Ampolla lo había atacado. Sol tenía razón, la savia del cactus estaba funcionando. La herida de la cola aún no estaba del todo curada, pero tenía mejor aspecto por los lados: ya no estaba en carne viva y el color negruzco había desaparecido en vez de seguir extendiéndose.

—Supongo que lo has salvado —remarcó Gloria, deslizándose a su lado.

—Eso espero —dijo Sol—. Pero aún está muy triste. No para de murmurar en sueños que es culpa suya que los Alas Celestes descubrieran el Palacio de Verano y lo destruyeran.

—Bueno, lo es —dijo Gloria.

—Vaya, qué amable —le dijo Nocturno—. Vamos. Membranas no sabía que Cocodrila lo estaba siguiendo.

Cocodrila... la última dragona contra la que Gloria había usado su veneno antes de los dragones del Reino de la Noche. Por un instante, vio la cara aterrorizada de la Ala Lodosa, pero apartó el pensamiento a un lado. Había sido en defensa propia. Siempre había sido en defensa propia. El tipo de defensa propia que sus compañeros Alas Lluviosas debían aprender.

Sol le acarició el hombro a Gloria con el ala y esta se alejó de ella.

—Deberías ponerte algo en los arañazos —la aconsejó Sol.

—Esto no es un arañazo —le contestó Gloria, señalando el sanguinolento corte de su pata trasera, que había empezado a palpitar violentamente y de forma dolorosa—. Es una herida de guerra.

—Sí, eres muy dura y terrorífica —contestó Sol.

La Ala Arenosa se acercó a los Alas Lluviosas blancos y azules, mientras Gloria se preguntaba si eso había sido sarcasmo. ¿Sol? ¿Usando el sarcasmo? No parecía apropiado.

La dragonet se giró para ver a los Alas Lluviosas aplicarle con toquecitos algún tipo de emplasto en sus heridas.

—Cuidado —siseó Gloria, pero, tras un momento, el escozor se desvaneció y lo único que podía sentir era un fresco entumecimiento. Gloria se observó las heridas y olisqueó el emplasto, que olía un poco a menta—. Hum —dijo finalmente—. Una dragonet llamada Kinkajú viene hacia aquí. Ella también necesita un poco de esto —dijo Gloria. Advirtió la mirada

significativa de Sol, que hizo un gesto afirmativo dirigido a los sanadores —. Gracias.

—¿Dónde está tu ejército? —le preguntó Nocturno a Gloria, en un tono ligeramente sarcástico.

—Está... en proceso —le respondió la Ala Lluviosa. Sol se inclinó sobre Membranas, colocándole bien la compresa sobre la herida—. Así que, mientras tanto —continuó Gloria—, he decidido convertirme en reina de los Alas Lluviosas.

Sol trastabilló y Membranas soltó un «ay» cuando ella aterrizó sobre él, pero no se despertó. Nocturno se giró para mirar a Gloria, incrédulo.

—Pero ¿por qué? Nunca has querido ser reina —le dijo.

—Eso tú no lo sabes —le contestó su amiga, percatándose de que los sanadores no se alejaban del todo, de que intentaban parecer ocupados para escuchar a escondidas—. Lo que pasa es que nunca ha salido el tema porque estábamos demasiado ocupados escuchando lo mucho que Tsunami deseaba ser reina. De todas formas, tengo que convertirme en reina si quiero liderarlos en una batalla contra los Alas Nocturnas.

—¿Una batalla? —preguntó Nocturno, preocupado.

—Yo creo que serás una gran reina —le dijo Sol moviendo sus alas doradas.

—REERB —estuvo de acuerdo la perezosa, despertándose y apoyándose sobre el cuello de Gloria.

—Quizá no sea necesario pelearse con los Alas Nocturnas —dijo Nocturno con una voz lastimera—. Dejadme hablar con ellos. Quizá pueda averiguar por qué empezaron a llevarse Alas Lluviosas.

—Aun así tenemos que rescatarlos —le espetó Gloria.

—Quizá los Alas Nocturnas los dejen irse —dijo Nocturno—. Puede que si se lo explico...

—¿El qué? ¿Que tener a dragones encerrados en cuevas está mal? —le dijo Gloria—. Claro, seguro que no han caído en eso. ¿O que quizá deberían haber preguntado educadamente antes de robarle su veneno a los Alas Lluviosas?

—Y no te olvides de los Alas Lodosas —añadió Sol—. ¿Por qué mataron a esos dos soldados?

Gloria se había olvidado de la muerte de los dos Alas Lodosas. Si aquello había sido obra de los Alas Nocturnas también... entonces, por el amor de Pirria, ¿qué se traían entre manos?

—Escucha —le dijo Gloria a Nocturno—. Sé que no quieres estar en el otro bando la primera vez que te veas con los de tu tribu, pero no puedes fiarte de ellos. Ni siquiera tú estás a salvo. No tenemos ni idea de si Mortífero iba a matarte a ti también.

—¡Nunca me matarían! —protestó Nocturno—. ¡Soy uno de ellos!

—Apenas —le dijo Gloria—. Pero da igual, prefiero descubrir la verdad con muchos refuerzos cargaditos de veneno, ¿tú no?

Nocturno se frotó las garras. Gloria miró a través de la ventana más cercana y vio a un par de dragones que cambiaban rápidamente el color de sus escamas para camuflarse en las ramas cercanas. Miró más de cerca y creyó ver destellos de movimiento en algunas otras ramas. Aparentemente, su tribu al fin se interesaba por ella.

—Espera —le dijo Sol, sentándose y haciendo que sus alas brillaran—. Si quieres ser reina, ¿no tienes que matar a Magnífica?

—Ellos tienen una forma de ganarse el trono que no implica matar a nadie —le explicó Gloria—. Son Alas Lluviosas, claro que no van a matar a nadie.

—¿Ah, sí? ¡Eso es fantástico! —dijo Sol con una vehemencia inesperada —. Así es como deberían hacerlo todas las tribus. Puede que, después de

que acabemos con esta guerra, podamos enseñarle al resto de las tribus la manera en la que los Alas Lluviosas cambian de reina.

Gloria le dedicó una mirada perpleja. Eso era mostrar demasiado entusiasmo por algo que hacían los Alas Lluviosas. Estaba segura de que la mayoría de los dragones no sentirían lo mismo.

—¿Por qué no llevamos a cabo nuestra revolución paso a paso? —dijo la dragonet, moviendo la cola hacia Sol—. Las otras tribus llevan siglos haciendo las cosas a su manera.

—¿Y? —preguntó Sol—. Las cosas pueden cambiar.

—Si las reinas no matan a sus rivales... —intervino Nocturno—. ¿Qué impide que los rivales vuelvan a intentarlo al día siguiente y al otro? O si el rival gana, la reina puede, simplemente, intentar quitarle de nuevo el trono. En vez de gobernar su reino, una reina tendría que emplear todo su tiempo en intentar conservar el trono.

—Entonces dictaremos nuevas reglas —dijo Sol, obstinada—. Por ejemplo, que solo la pueden retar un número de veces al año o que cada rival puede intentarlo dos veces antes de darse por vencido o algo así. Somos dragones, no orugas. Podemos hacer las cosas de forma diferente si queremos.

—Los dragones son dragones, Sol —le dijo Gloria—. Luchar es parte de nuestra naturaleza.

—Para los Alas Lluviosas no —contraatacó Sol—. Y ellos también son dragones.

—Pero...

«Pero ellos no son normales», pensó Gloria. No quería decirlo en voz alta porque los sanadores estaban allí escuchando y, por otro lado, a saber cuántos dragones escuchaban también al otro lado de la ventana, pero sabía que Nocturno debía de estar pensando lo mismo que ella.

—Quizá los Alas Lluviosas estén más evolucionados que el resto de nosotros —dijo Sol—. Quizá todos los dragones deberíamos ser más como ellos. Son felices, ¿verdad?

«Verdad —pensó Gloria—. Pero quizá yo también podría haber sido feliz siendo la prisionera de la reina Escarlata, siempre que pudiera estar tumbada bajo el sol y comiendo piña todo el día. Y entonces... ¿dónde estarían ahora mis amigos?».

—No creo que ser feliz sea suficiente —le dijo Gloria lentamente—. Creo que también debes preocuparte por algo. Por ejemplo, por otros dragones que te necesiten. Y aun así, tienes que estar listo para luchar, por si acaso algunos dragones «menos evolucionados» deciden invadir tu territorio y secuestrar a un puñado de tu tribu.

—Yo no creo que nadie pueda llegar a ser feliz sin pergaminos —dijo Nocturno melancólicamente—. No he visto un pergamino en varias semanas y me siento muy desgraciado.

—Pobre Nocturno —le dijo Sol con auténtica simpatía, acariciando sus alas con las suyas—. Bueno, cuando Gloria sea reina podrá solucionar eso. Nocturno puede enseñarle a todo el mundo a leer y Tsunami puede enseñarles cómo defenderse.

—Y haremos una lista de todos los huevos y dragones que haya en la tribu, para que nadie vuelva a desaparecer. Además, salvaremos a los Alas Lluviosas secuestrados, elegiremos a una reina Ala Arenosa y le pondremos fin a esta guerra —sentenció Gloria—. Sin problemas. Dadme una semana.

Sol sonrió como si aquello le pareciera un plan muy razonable.

«Cuando sea reina —repitió Gloria para sí—. Me gusta cómo suena».

A través de una de las ventanas, Gloria vio acercarse a Kinkajú y a Manglar. Unos cuantos dragones más los estaban siguiendo a través de los árboles y Gloria distinguió más ojos observándolos entre las hojas.

Manglar era una inesperada mezcla moteada de amarillo brillante y verde lima. «Emocionado y aterrorizado —pensó la dragonet—, pero todavía más complicado». Con la vuelta de Kinkajú, Manglar sabía ahora que Orquídea seguía con vida... pero también sabía que se hallaba en un lugar horrible y que iba a ser muy difícil traerla de vuelta. Gloria esperaba que Cieno y Tsunami estuvieran preparados para interceptarle el paso si intentaba colarse por el túnel y rescatarla él solo.

—Bueno, necesito ganar antes de cambiar la esencia fundamental de los dragones y de reformar la tribu de los Alas Lluviosas —dijo la dragonet—. Así que ahora mismo tengo que ir a entrenar para el torneo de mañana. Si alguien quiere ir a verme mientras los otros vigilan el túnel, será en el Arboreto, mañana al amanecer.

—Allí me tendrás —le aseguró Sol—. Será bonito conocer a una reina que nos guste de verdad.

—Si ganas —añadió Nocturno, pesimista.

—Si gano —dijo Gloria, fijándose de nuevo en las escamas de Manglar. Pensó en Orquídea y en los otros dragones del bosque tropical, encadenados, amordazados y alimentados con animales podridos. Encerrados lejos del sol y de su propia tribu—. Tengo que ganar.

CAPÍTULO 27

—Papaya —recitó Gloria—, fruta estrella, tangelo, clementina, kumbu, fruta del dragón, mango, pera de fuego y ese de ahí es trampa, no es más que un caracol que parece una fruta —dijo, mientras le daba un golpecito a la concha morada con una garra. Nervioso, el caracol volvió a esconder las antenas.

El sol estaba ya muy alto sobre sus cabezas y la lluvia mañanera había parado, aunque las hojas no dejaban de bañar a los dragones cada vez que alguien pasaba volando por allí y sacudía los árboles. Todos los tucanes, loros y cacatúas que habían desaparecido durante la lluvia habían vuelto, se habían apostado en las ramas más altas y no paraban de gritarle alegremente al sol como si creyeran que nunca más lo volverían a ver.

Ahora Gloria ya podía identificar todos los pájaros que veía, después de haberse pasado toda la mañana con Manglar y Kinkajú estudiándolos. Pájaros, insectos, flores, fruta... tenía que memorizar cualquier cosa con la que Magnífica pudiera ponerla a prueba. Cada vez que sentía que se cansaba de estudiar, pensaba en el aire lleno de humo que sofocaba a los Alas Lluviosas en las cuevas y era más que suficiente para que volviera a centrarse.

—Vaya —exclamó Kinkajú, mirando atónita a Gloria con sus oscuros ojos—. ¿Cómo has aprendido todo eso tan rápido?

—¿De verdad que nunca has comido nada de esto? —le preguntó

Manglar, evaluando las más de cuarenta frutas que llenaban la plataforma.

—Una o dos, quizá —le contestó Gloria—. Debería probarlas todas también, ¿verdad? Por si acaso elige una cata a ciegas.

—No creo que a nadie se le haya ocurrido eso nunca —dijo Manglar—. Pero nunca se sabe.

El dragón peló el plátano con unos cuantos arañazos y se lo pasó a Gloria.

—Cieno ganaría en una cata a ciegas —soltó Sol desde el lugar que ocupaba en los árboles, por encima de ellos.

La luz del sol bailaba sobre sus escamas doradas. Un pequeño mono naranja con la cara negra no paraba de jugar con la cola de Sol, pero ella no parecía notarlo, o tal vez no le importaba.

—Es cierto, lo haría —dijo Cieno con tristeza—. ¿Te vas a comer todo esto?

Gloria le dio otro bocado y le lanzó el resto. Cieno se lanzó a cogerlo y acabó con un plátano aplastado entre las garras que se lamió, satisfecho.

—Puedes practicar tu camuflaje a la vez —le dijo Manglar—. Mira a ver si puedes imitar a este mango —dijo, al tiempo que lo empujaba con la nariz y se lo pasaba rodando.

Gloria estudió la parte exterior del mango y dejó que sus escamas se volvieran lentamente de un verde aburrido con motitas negras, al tiempo que teñía las alas y la cola de un rojo oscuro.

—¡Qué guay! —la animó Sol.

—¿Te lo vas a comer entero? —preguntó Cieno.

Gloria se rio.

—Al menos déjame probarlo, Cieno —dijo.

Intentó pelarlo tan limpiamente como Manglar había pelado el plátano.

La pulpa de color amarillo anaranjado le empezó a resbalar por las escamas y Plata se deslizó por la pata de Gloria para lamérsela.

«Deja de perder el tiempo —se reprendió mientras ayudaba a la perezosa a aguantar el equilibrio—. Ya ha pasado la mitad del día y aún necesitas practicar tu puntería con el veneno y el camuflaje, además de aprender a deslizarte entre los árboles».

—No estoy segura de que este sea el mejor momento para decírtelo —le dijo Sol—, pero te están observando.

Gloria y Manglar alzaron la mirada rápidamente. La dragonet le había pedido ir a un sitio donde pudieran practicar sin llamar demasiado la atención. Era muy inquietante encontrarse con los ojos de un Ala Lluviosa mirándola cada vez que se daba la vuelta. Toda la tribu debía de saber que ella no era una Ala Lluviosa normal, pero tampoco era necesario que vieran todos sus fallos justo el día antes de que intentara convertirse en reina.

Pero Sol tenía razón. Por mucho que estuviera en una esquina apartada de la aldea, Gloria veía un montón de cabezas de dragón tras los troncos de los árboles o asomadas a las hamacas, mirándola fijamente. Cuando se giraba con rapidez para encararlos, la mayoría de ellos cambiaban sus escamas de color y desaparecían. Pero si había conseguido ver a esos pocos, se podía imaginar cuántos más debía de haber ahí fuera, camuflados y sintiendo una enorme curiosidad por la dragonet que quería hacerse con el trono.

«Bueno, podéis quererme u odiarme —pensó Gloria—. Puede que no sea la típica Ala Lluviosa, pero quizá sea la reina que necesitáis».

—Está bien, ¿qué hacemos ahora? —preguntó la dragonet, llevándose unas bayas a la boca. «Las frambuesas son más ácidas que los camemoros. Las brevas saben igual que el viento del desierto. Las guayabas son esas que podría estar comiendo toda la vida»—. ¿Practicamos con el veneno?

—Lo siguiente es la hora del sol —dijo Kinkajú y Manglar asintió

mirando al cielo.

—¿Estáis locos? —espetó Gloria. Agarró una papaya y, sin querer, la estrujó entre las garras delanteras—. Solo tengo un día para prepararme. No lo voy a malgastar echándome una siesta como una babosa.

—La hora del sol no consiste en echarse una siesta —le dijo Manglar severamente—. Se trata de recargar energías.

—Heerble feerble —estuvo de acuerdo la perezosa de Gloria, que se encaramó a la dragonet para tirarle de las orejas.

—Preferiría seguir estudiando —les dijo Gloria, aunque al ver la expresión alicaída de Kinkajú añadió—: Vosotros podéis ir. Practicaré yo sola.

—No lo harás —le contestó Manglar—. Necesitas este tipo de energía para ganar. Te dormirás, aunque todos tengamos que sentarnos encima de ti para que lo hagas.

—Me presento voluntario —dijo Cieno—. Soy campeón del mundo en sentarme encima de mis amigos.

—¡Cieno! —exclamó Gloria mientras Sol se reía—. ¡Esto no es una broma! ¡No tengo tiempo para vaguear!

—Gloria tiene algunos problemillas con la palabra «vago» —anunció Sol —. Nuestros guardianes solían decírselo todo el tiempo, así que siente la necesidad de probar algo demostrando que no le hace falta dormir.

Gloria infló la gorguera y miró a Sol.

—Perdona, pero... ¿les estás explicando cómo soy?

Sol levantó las alas en un abrazo amistoso.

—Bueno, eso es lo que dijo Nocturno —le explicó—. Pero a mí me parece que tiene mucho sentido.

—Dormir cuando lo necesitas no es ser una vaga —le dijo Manglar—. Eso solo lo pensaría un dragón que está loco. Dormir es tan importante

como respirar. ¿Verdad que no dejarías de respirar porque no tuvieras tiempo?

—O de comer —asintió Cieno—. No se puede dejar de dormir ni de comer.

El dragonet Ala Lodosa saltó de su rama y aterrizó ruidosamente al lado de su amiga, aplastando un mango bajo sus enormes garras. Se agachó lo suficiente para que sus ojos marrones quedaran a la misma altura que los de Gloria. Plata se inclinó sobre la cabeza de la Ala Lluviosa e intentó tirarle de los cuernos a Cieno.

—Gloria —le dijo su amigo—, dejar de tener miedo durante un momento y piensa en cómo te sientes ahora mismo. Y no me refiero a furiosa, sino a cómo te sientes físicamente.

—No tengo miedo —le dijo Gloria, alterada—. Aunque estoy bastante cerca de estar furiosa.

—¿Y? —le espetó él.

—Cada vez más cerca —le contestó ella.

Cieno le dedicó una mirada paciente.

Y... «exhausta», se dio cuenta Gloria, mientras respiraba hondo. No había dormido bien en... bueno, en mucho tiempo. No adecuadamente. Pensó en el rayo de sol que le bañaba las escamas.

—Está bien —espetó la dragonet—. Pero despertadme dentro de una hora, ¿entendido?

—Ya veremos —dijo Cieno.

—¡¡Riiiirlee!! —gritó de alegría Plata.

Mientras Gloria, Kinkajú y Manglar despegaban, hubo un frenesí de alas moviéndose entre los árboles cuando los no muy sutiles Alas Lluviosas camuflados empezaron a seguirlos. Kinkajú los condujo a una plataforma que estaba construida justo encima de la copa de los árboles, sin hojas que

la separaran del arco azul que era el cielo. La superficie se hundía en el centro y estaba delineada con flores rosa palo, que crecían en enredaderas entretejidas con la madera.

—Tú duérmete aquí —le dijo Kinkajú señalando el hueco del centro.

A regañadientes, Gloria se hizo un ovillo sobre las enredaderas y, enseguida, notó el calor que se le iba metiendo en los huesos. Plata se desplomó alegremente en su lugar acostumbrado, el hombro de Gloria, y se acurrucó allí. Gloria se sobresaltó cuando Kinkajú se tumbó a un lado de ella y Manglar al otro. Eso respondía a su pregunta de si a los otros Alas Lluviosas no les importaba tocarse entre sí, de modo que solo ella tenía un problema con ese asunto.

—Esto... —empezó a decir, pero los dos Alas Lluviosas ya estaban respirando profundamente.

Gloria cerró los ojos, segura de que nunca se podría dormir así. Un momento después los abrió y se encontró a sí misma mirando directamente a los ojos ambarinos de la reina Escarlata.

CAPÍTULO 28

Gloria dio un salto hacia atrás, siseando, y abrió la boca.

—Ni te atrevas —gruñó la reina—. ¿No crees que ya has hecho más que suficiente?

Gloria aguardó un momento, estudiando la cara de la Ala Celeste.

Era perfecta... tan perfecta como nunca lo había sido: sus escamas naranjas brillaban como las orquídeas que crecían entre el musgo, tras ella, y los pequeños rubíes que tenía sobre los ojos lanzaban destellos bajo los rayos del sol.

Y, entonces, todo el cuerpo de Escarlata, de alguna manera, parpadeó y, bajo sus perfectas escamas, Gloria vio algo oscuro y derretido, una horrible mancha donde debía estar su cara. Detrás de Escarlata, Gloria entrevió una habitación en penumbra de cuyo techo colgaban jaulas de cristal. Algunas de ellas tenían un brillo extraño.

—Vaya. En realidad no estás aquí —dijo Gloria, cuando reapareció el bosque tropical y las escamas de Escarlata volvieron a ser perfectas.

La reina estaba de pie sobre el filo de la plataforma donde dormía Gloria, pero ahora que miraba con más atención, la dragonet se dio cuenta de que las zarpas de la Ala Celeste no se hundían en las hojas que tenían debajo.

Gloria se sentó y enroscó la cola alrededor de las patas.

Kinkajú y Manglar seguían durmiendo profundamente, cada uno a un

lado, y la perezosa seguía roncando sobre su hombro. El sol estaba ya alto en el cielo.

—¿Estoy despierta? —preguntó Gloria.

—No —le contestó Escarlata—. Llevo días intentando pillarte dormida —dijo, al tiempo que le mostraba las garras, en las que sujetaba un pequeño zafiro con forma de estrella que despedía una espeluznante luz azul—, en cuanto me di cuenta de lo que era esto.

—Un visitasueños —dijo Gloria, reconociéndolo por los dibujos de los pergaminos—. He leído sobre ellos. Un dragón animus creó tres hace cientos de años, ¿verdad? Creía que el último que existía se había perdido junto al tesoro de los Alas Arenosas cuando el carroñero mató a la reina Oasis y se lo robó.

—Aparentemente no fue así —contestó Escarlata, abriendo las garras para mirarlo.

—Así que de verdad estás viva—agregó Gloria.

—No pareces tan decepcionada como yo esperaba —le dijo Escarlata.

Gloria movió la cola.

—No te quiero muerta. Lo que quiero es que no intentes matarnos.

—Nunca intenté matarte a ti —señaló Escarlata—. Me gustabas bastante. Podríamos habernos divertido mucho juntas —dijo. Se levantó y se acercó a Gloria hasta que sus hocicos estuvieron casi nariz contra nariz—. Lo que me recuerda... quería probar algo.

De repente, la reina alzó la garra que tenía libre, la movió rápidamente y le rajó la cara a Gloria. Sus zarpas se hundieron en las escamas de Gloria como gotas de lluvia salpicándole agua helada. Estaba frío, pero no dolía. Las garras de Escarlata no estaban allí en realidad. Gloria mantuvo ese pensamiento en su mente mientras Escarlata se lanzaba de nuevo hacia ella.

La dragonet cerró los ojos y se quedó muy quieta. La reina Ala Celeste no podía hacerle nada. No era más peligrosa que cualquier otro sueño.

Tras unos segundos, Gloria volvió a abrir los ojos y Escarlata retrocedió, siseando. Le salió humo de la nariz y se le enredó entre los cuernos. El hocico oscuro y deforme volvió a titilar bajo la ilusión un momento, junto con la habitación que tenía detrás.

—¿Dónde estás? —le preguntó Gloria.

—Si te lo digo, ¿vendrás y me liberarás? —le preguntó Escarlata.

—No lo creo —le dijo Gloria—. Espera, déjame pensar... No. Claro que no.

—Pero me lo debes —le dijo Escarlata, dando un pisotón.

Gloria ladeó la cabeza.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

—Por lo que me hiciste —dijo Escarlata, furiosa—. Antes era hermosa. Lo tenía todo.

—Incluyendo a una bonita dragona arcoíris en un árbol —dijo Gloria—. Lo recuerdo.

—Si no me liberas —la amenazó Escarlata—, encontraré la forma de salir de aquí yo misma y luego te encontraré y te mataré.

—¿Sabes? Algo me dice que eso ya está en tu agenda de asuntos pendientes —le dijo Gloria.

Escarlata siseó y luego disparó un chorro de fuego hacia la cara de la dragonet. «Calmada y azul —pensó Gloria—. Mantén la calma, quédate azul».

—¿Alguien te mantiene prisionera? —le preguntó Gloria. De pronto se le ocurrió algo—. ¿Son los Alas Nocturnas?

—Si no vas a ayudarme —gruñó Escarlata—, encontraré a otro que lo haga.

De repente, desapareció, dejando solo un remolino de humo en el aire.

«Ahí tengo mi respuesta. Escarlata está viva». Gloria notó que las hojas que tenía debajo no paraban de agitarse. «Oh, vaya. Esa soy yo».

Kinkajú se revolvió como si también notara que Gloria estaba temblando. Se acercó más a ella y Gloria sintió el calor del sol que irradiaba por todas sus escamas.

Lentamente, cerró los ojos, respirando profundamente y salió del sueño.

Cuando se despertó, supo enseguida que había pasado bastante más tiempo de una hora. Plata estaba agachada delante de ella, acariciándole la nariz con una mirada preocupada. Los otros dos estaban despiertos y no paraban de estirarse, contentos.

—¿No te sientes mejor? —le preguntó Kinkajú.

—Sí —admitió Gloria.

«Y no».

—¡Entonces deslicémonos un poco por los árboles! —exclamó Kinkajú con alegría.

—Por mí bien —dijo Manglar.

Gloria asintió. Estaba demasiado alterada para discutir.

Se preguntó qué pensaría Escarlata de que Gloria fuera a convertirse en la reina de los Alas Lluviosas. Se preguntó si el hecho de ser reina la haría estar más a salvo.

Sol y Cieno la saludaron desde sus ramas, mucho más abajo. «¿Debería contárselo? Debería hacerlo. Se lo diré, pero todavía no».

Gloria quería hablar primero con Nocturno para ver lo que él podía recordar de los visitasueños y si podía adivinar dónde estaba Escarlata por la descripción de la habitación que había visto tras ella. El enorme cerebro del Ala Nocturna era justo lo que Gloria necesitaba para un acertijo así.

Mientras Gloria se elevaba en el cielo, despertando un alboroto de alas

invisibles, se preguntó dónde estaría la reina Ala Celeste... y cuándo la volvería a ver.

CAPÍTULO 29

Resultó que el Arboreto era el corazón de la aldea de los Alas Lluviosas. Un montón de lianas y ramas que se entretejían juntas con firmeza para formar un área enorme muy por encima del suelo, abierta al cielo y rodeada de casas construidas en los árboles, pasarelas y hamacas. Muchas de las casas que la rodeaban parecían estar dispuestas para el intercambio de frutas y guirnaldas de flores. Entre las hojas se movían pájaros de color azul brillante y naranja cobrizo, que charlaban y se llamaban los unos a los otros como un público reuniéndose para un espectáculo.

Parecía haber espacio suficiente para que toda la aldea se reuniera en torno al círculo... y parecía también que la aldea entera había acudido. Las voces de los dragones retumbaban mezcladas con los gorjeos de los perezosos. Todo aquello hacía temblar la pasarela de madera donde estaba Gloria, observando el estadio verde que se extendía ante ella.

Gloria se sintió incómoda al recordar la arena de los Alas Celestes donde sus amigos habían peleado para el divertimento de la reina Escarlata. Por la forma en la que Tsunami movía la cola, Gloria adivinó que ella estaba pensando lo mismo.

—Esto no es justo —gruñó Tsunami—. Si ganas...

—Tendrás que llamarme «Su Majestad» —le dijo Gloria, sonriendo—. Lo sé. ¿No sería muy divertido?

—Aaaargh... Y tendrás esa cara todo el tiempo —agregó Tsunami—. Va

a ser muy difícil no darte un mordisco.

—Pero, si lo haces, mis guardias te encerrarán en las mazmorras —contestó Gloria, moviendo la garra de forma muy regia.

—Los Alas Lluviosas no tienen mazmorras —señaló Kinkajú.

—Ahí está la sorpresa. Haré construir una solo para Tsunami —dijo Gloria.

—Quizá debería haber dejado que fuera Nocturno quien viniera al torneo —contestó la Ala Marina—. Hubiera pospuesto mi agonía un poco más.

Tanto Nocturno como Cieno estaban vigilando el túnel de los Alas Nocturnas. Aún no habían visto nada salir de él... aparte de una ráfaga de humo. Gloria lo encontró tan alarmante como tranquilizador. Quizá los Alas Nocturnas tenían miedo de luchar contra los Alas Lluviosas. Eso haría que enfrentarse a ellos fuera un poco más fácil.

Aún no había tenido la oportunidad de hablar con Nocturno. Se había quedado junto al túnel toda la noche. «Hablaré con él en cuanto acabe el torneo —pensó la Ala Lluviosa—. Hablarle de la reina Escarlata lo distraerá y no se preocupará tanto por la pelea contra los Alas Nocturnas».

«Además, no puedo pensar en la reina Escarlata ahora mismo».

—Yo podría haber vigilado el túnel —dijo Sol—. No entiendo por qué nadie me deja que haga un turno de vigilancia.

—Bueno, hay un motivo. Te necesito aquí para que me animes —le dijo Gloria—. ¿Quién podría hacer eso mejor que tú?

—Creo que estáis siendo condescendientes conmigo —dijo Sol, golpeando el suelo de madera de la plataforma que tenía debajo con la punta inofensiva de su cola—. Pero de todas formas te animaré. Vas a ganar. No estoy preocupada.

Gloria sí estaba un poco preocupada. Sobre todo porque su oponente parecía haberse multiplicado durante la noche.

La reina Magnífica estaba esperando en el centro de la plataforma. Sus escamas eran de un morado resplandeciente pero tenían las puntas doradas. Aquel era un truco que Gloria no había probado jamás. Se había quitado la mayoría de sus collares de flores, reemplazándolos por una guirnalda pequeña de lirios en su gorguera. Parecía una corona blanca de encaje.

Alineadas tras ella había cuatro Alas Lluviosas más. Todas bastante grandes, bastante bonitas y bastante enfadadas, a juzgar por sus miradas y colores.

—¿Quiénes son? —le preguntó Gloria a Kinkajú.

—Las otras reinas —susurró Kinkajú—. Es decir... bueno, ya sabes, las que hacen turnos para ser reinas. Supongo que ellas tampoco quieren que les quites el trabajo.

—¿Alguna de ellas es mejor que Magnífica? —preguntó Gloria.

Quizás hubiera otra opción. No tenía por qué ser ella, siempre y cuando los Alas Lluviosas tuvieran una reina que cuidara de ellos. Pero Kinkajú negó con la cabeza.

—Todas son bastante parecidas —contestó la pequeña dragonet. Señaló a una de las reinas, que parecía haber comido demasiados aguacates y papayas durante su reinado—. Esa de ahí es Destello. Le da a cualquiera lo que pide siempre y cuando le traigan suficiente tributo. A ella le toca el trono antes que a Magnífica. Después, le toca el turno a Grandiosa.

Grandiosa era una majestuosa dragona anciana de ojos soñolientos y expresión avinagrada. En ese momento, su gorguera era de un tono naranja pálido que indicaba indignación, pero el resto de sus escamas eran lavanda claro y parecían brillar con pequeñas gotas de rocío.

—Durante su reinado —continuó Kinkajú—, solo atiende las peticiones una vez a la semana, durante una hora. Al que llega se le atiende y si no consigues entrar durante esa hora, tienes que esperar hasta la siguiente

semana. Las colas prácticamente se extienden por toda la jungla. Y luego suele negarse a la mayoría de las cosas. Es muy, muy vieja. Todo el mundo recuerda que siempre ha sido una de las reinas.

Kinkajú señaló a la siguiente dragona, que tenía dos perezosos colgando de la espalda y uno más acurrucado en la curva de la cola. Esa reina tenía las escamas del mismo color plateado que los perezosos, con un ligero centelleo que las hacía parecer pelo movido por el viento.

—Esa es Exquisita —dijo Kinkajú—. Está obsesionada con los perezosos. Tiene alrededor de veinte más en casa. No para de hablar de ellos, les da de comer las mejores frutas, los cepilla con sus propias garras y, cuando ella es reina, hace que todo el mundo construya hamacas enanas para que los perezosos duerman ahí y que les tejan pequeños collares de flores. Ningún dragón es tan importante para ella como esos bichos.

—Destello, Grandiosa y Exquisita —murmuró Gloria, añadiendo esos nombres a la lista de cosas que había memorizado el día anterior.

—¿Y la última? Déjame adivinar... ¿Esplendorosa? ¿Asombrosa? ¿Demasiado Hermosa Para Los Ojos?

—Esa es Murciélaga de la Fruta —respondió Kinkajú.

—Vale. Eso sí que no me lo esperaba —admitió Gloria—. Si nadie tiene padres, ¿quién elige los nombres para los dragonets que acaban de eclosionar?

—Hay una lista que va rotando —dijo Kinkajú—. Normalmente, las que tienen los nombres más brillantes son las que después quieren ser reina. Murciélaga de la Fruta es la excepción. No para de trabajar en un experimento para ver si puede extraer la esencia a las flores y así oler como ellas todo el tiempo.

Gloria arrugó la nariz.

—Es raro, pero al menos también interesante. ¿Qué tiene eso que ver con

ser reina?

Kinkajú se encogió de hombros.

—No le va muy bien. Lleva unos treinta años trabajando en eso. Se apuntó a los turnos para ser reina para poder tener acceso a los jardines reales. Al final de su mes, los jardines siempre acaban destrozados. Mi amiga Tamarina, que es una de las cuidadoras de las flores, se pone de los nervios.

—Parece que, después de todo, Magnífica es la mejor de ellas —dijo Gloria, metiendo una garra en uno de los agujeros de la plataforma.

—El principal problema de Magnífica es que es muy olvidadiza —señaló Kinkajú—. Nunca recuerda lo que se ha prestado a hacer para la tribu ni quién le ha pedido qué. Tampoco le importa. Ya estamos todos bastante acostumbrados —dijo la dragonet, volviendo sus pequeños ojos oscuros hacia Gloria—. Pero si al final te conviertes en nuestra reina... ¡todo será diferente!

«Eso espero —pensó Gloria—. Espero que diferente en el buen sentido. Pero... ¿y si no soy mejor que ellas?».

Gloria miró a Murciélaga de la Fruta, que tenía la nariz metida en el enorme collar de orquídeas que llevaba en torno al cuello.

«Está bien. Estoy segura de que seré mejor que alguna de ellas».

El anciano dragón que había estado presente en la casa de la reina apareció de repente y se colocó al lado de Magnífica. Miró a su alrededor y le hizo señas a Gloria.

—Deséame suerte —murmuró la Ala Lluviosa, tendiéndole la perezosa a Sol.

Plata barbotó algo en un tono desesperado y trepó inmediatamente hasta la cabeza de Sol para poder ver mejor.

Magnífica se aplanó la gorguera y le dedicó una mirada altiva a Gloria

cuando esta aterrizó ante ella. Las otras cuatro reinas movieron la cola.

—Entonces ¿cuál es el plan? —preguntó Gloria, moviendo las alas—. ¿Tengo que ganaros a las cinco?

La dragonet había elegido un color dorado veraniego que hacía juego con las libélulas que revoloteaban entre las copas de los árboles. Estaba decidida a permanecer de ese color durante el torneo, sin importar lo que Magnífica le lanzara. La primera meta de Gloria era: «No dejes que nadie vea que estás molesta o enfadada. O peor aún, asustada».

—No —soltó Hermoso antes de que Magnífica le pudiera responder—. Esa no es la tradición. Los que retan luchan solo contra la actual reina.

—Pero mis compañeras de la realeza no querían quedarse al margen —dijo Magnífica—. Así que las he incluido en la competición. —Sonrió de una forma que hizo que a Gloria le entraran ganas de estrangularla con una hamaca—. Lo que significa que tú también vas a necesitar un equipo.

—No tengo un equipo —contestó Gloria y luego guardó silencio.

«Bueno... tengo algo parecido». Se giró y miró a Sol y a Tsunami, que la observaban con sus enormes ojos desde la plataforma.

«No necesito arrastrar a los otros a esto. Estoy segura de que puedo vencer a las reinas yo sola. ¿Qué pueden hacer cinco Alas Lluviosas que yo no pueda? Además, ¿no dejaría a todos impresionados si las gano yo sola sin ningún tipo de ayuda?».

Flexionó las alas, que aún le dolían por culpa de las cuerdas con las que se las habían atado el día anterior.

Aquella línea de pensamiento le resultaba familiar: así era como se había convencido a sí misma para ofrecerse como cebo.

«Y conseguí volver, ¿no es cierto? Podría haber resuelto esa situación yo sola».

Pero Gloria sabía perfectamente que aquello no era verdad. Sin Kinkajú,

sin Cieno y sin Mortífero aún estaría atrapada en la prisión de los Alas Nocturnas... puede que incluso muerta, si los Alas Nocturnas hubieran tenido el tiempo necesario para averiguar quién era.

«Así que no seas idiota. Ganar el trono con ayuda no te hará menos reina».

—Tienes que elegir a tus dragones —le dijo Magnífica—. A los cuatro que quieras.

«Eso me lo pone fácil», pensó Gloria. Tenía exactamente cuatro amigos en el mundo, después de todo. Podría pedirle a Manglar que fuera a vigilar el túnel y hacer volver a Nocturno y a Cieno.

La dragonet abrió la boca para llamarlo, pero dudó.

«Puede que sea un poco demasiado fácil». Estudió a Destello, Grandiosa, Exquisita y Murciélaga de la Fruta. Todas parecían listas, despiertas y deseosas de competir. No era una actitud que hubiera visto antes en muchos Alas Lluviosas.

«Están convencidas de que van a ganar».

—Adelante —dijo la reina—. Llámalos. A quien quieras.

Gloria ladeó la cabeza mirando a Magnífica. «Es un truco. Quiere que escoja a mis amigos.

»Y entonces el torneo se basará en camuflaje y veneno o algo que solo los Alas Lluviosas puedan hacer.

»No solo eso, sino que mis futuros súbditos pensarán que confío más en unos forasteros que en ellos mismos. Lo que, a decir verdad, hago porque la mayoría de los Alas Lluviosas son unos incompetentes redomados.

»Pero ahora mismo necesito su ayuda».

—Elijo a... Kinkajú —dijo Gloria.

La dragonet escuchó un fuerte chillido de sorpresa detrás de ella, mientras un murmullo generalizado corría entre el público de dragones.

—¿Una dragonet de tres años? —dijo Magnífica con aires de superioridad—. Parece divertido.

—Y elijo a Manglar —continuó Gloria, ignorándola.

El dragón dio un paso hacia delante, saliendo del público situado frente a Gloria y la saludó con una pequeña reverencia. Orquídea seguía allí fuera y él haría cualquier cosa para salvarla. Gloria podía confiar en eso.

Ahora las cosas se ponían un poco más complicadas.

Gloria cerró los ojos y suspiró.

—Elijo a Jambu.

—¡SÍ! —gritó su hermano, dando saltos en el aire—. ¡Ese soy yo!

Fue saltando hasta ella de liana en liana, sonriendo todo el tiempo con su cara rosa de bobo.

«¿A quién más?». Gloria pensó en todos los dragones que había conocido en el bosque tropical. «Liana. Bromelia. Coco». No era un grupo muy prometedor. Gloria no sabía demasiado sobre ellos, pero ninguno la había impresionado como jugador de equipo.

Kinkajú se acercó a ella, moviéndose con gestos nerviosos. Por las escamas verdes se le iban extendiendo burbujas moradas y azul oscuro. Gloria se acordó de alguien a quien había nombrado la pequeña dragonet cuando estaba describiendo a las reinas. Era muy arriesgado elegir a una dragona que no conocía, pero no podía ser peor que el resto de los Alas Lluviosas.

—Y elijo a Tamarina —dijo finalmente.

Todo lo que Gloria sabía de ella era que era amiga de Kinkajú, que se preocupaba por su trabajo con las flores y que no era una gran admiradora de Murciélaga de la Fruta. Lo que, para Gloria, eran tres buenas cualidades.

La multitud volvió a murmurar. El sonido era igual que el de las olas al recorrer el océano. La reina Magnífica soltó una carcajada, sorprendida.

—¡Tamarina! —gritó Kinkajú—. Pero... ¿estás segura?

—Demasiado tarde —dijo Magnífica—. Ya la ha elegido. Que alguien empuje a Tamarina en la dirección correcta.

Una dragona pequeña salió de entre la multitud y se tambaleó hacia delante. Luego se detuvo. Se quedó muy quieta, mientras varias olas de color verde claro le surcaban las escamas. Sus ojos eran extraños, de un azul muy claro, y no paraba de mirar fijamente por detrás de Gloria, hacia los árboles.

—¿Qué le pasa? —preguntó Gloria, mirando a Kinkajú—. ¿Por qué no debería elegirla?

—Puedes hacerlo —le dijo Kinkajú—. Solo que... Tamarina es ciega.

CAPÍTULO 30

Kinkajú se acercó corriendo y le susurró algo a su amiga al oído; luego la guio hasta Gloria. La Ala Lluviosa ciega se movió con confianza por la inestable superficie de lianas como si supiera dónde estaba cada hoja y cada agujero. Mantenía las alas en alto y hacia fuera, como las antenas de un insecto.

—Esta es Gloria —las presentó Kinkajú—. Nuestra próxima reina.

La dragonet le levantó las garras a Tamarina para que pudiera tocarle la cara y las alas a Gloria.

—¿Por qué me habéis elegido? —barbotó Tamarina.

La dragona llevaba una guirnalda de flores alrededor de los hombros. Los tonos rojos, rosas y morados no pegaban demasiado, pero olían de maravilla. El perfume hizo pensar a Gloria en cocos y miel, pero no le provocó hambre.

—Le he hablado de ti —dijo Kinkajú.

La voz le tembló un poco, dando a entender que no se lo había contado todo.

—No tenía ni idea de que existieran dragones ciegos, excepto en las viejas historias de los pergaminos —le dijo Gloria, moviendo un ala delante de los ojos de Tamarina. La Ala Lluviosa ni parpadeó—. ¿Cómo vuelas entre los árboles? ¿Cómo aterrizas? ¿No te caes sin querer de las plataformas o de las hamacas?

—Ya no —contestó Tamarina. El verde empezaba a desaparecer de sus escamas a medida que se relajaba—. El primer año sí. Constantemente.

Levantó aún más las alas para mostrarle una vieja cicatriz que le recorría el estómago. Gloria vio unas cuantas más en las alas y en el cuello de Tamarina. Aquellas no eran las cicatrices de batalla que la guerra había provocado a tantos dragones. Aquellas contaban la historia de una pequeña dragonet que chocaba contra los árboles, que se caía de las pasarelas y que se ensartaba en ramas perdidas mientras intentaba aprender a volar en la más absoluta oscuridad.

—Pero todo el mundo cuidó de mí —le dijo Tamarina—. Siempre había dragones vigilándome, ayudándome y enseñándome —dijo. Gloria miró a la tribu, que no paraba de observarla. Jamás hubiera creído que alguno de aquellos dragones quisiera hacerse cargo de una pequeña dragonet ciega. Pero en realidad todos lo habían hecho y eso le dio esperanzas—. Y ahora ya he memorizado la aldea, así que conozco todas las distancias y obstáculos.

La gorguera de Tamarina se encogió y luego la volvió a abrir, como si estuviera percibiendo las cambiantes corrientes de aire.

La reina Magnífica desplegó las alas moradas y se alzó sobre las patas traseras.

—¡Empecemos! —gritó—. A menos que hayas cambiado de opinión.

—Estamos listos —contestó Gloria.

—¿No hay ningún discurso inspirador? —preguntó Jambu. Parecía decepcionado.

Tanto Kinkajú como Manglar inclinaron el hocico hacia ella, expectantes. Tamarina aguzó el oído.

—Ya di uno ayer —protestó Gloria.

—Entonces ahora uno solo para nosotros —dijo Kinkajú.

Sus escamas no paraban de cambiar de color para parecerse a las hojas verde oscuro que tenía debajo, como si estuviera intentando esconder lo que sentía de verdad. Manglar, por su parte, lucía un resignado tono azul.

—Esto... está bien. Hacedlo lo mejor que podáis —dijo Gloria—. Gracias y todo eso.

Kinkajú reprimió una carcajada.

—Vaya —dijo Manglar—. Me has conmovido.

La reina Magnífica hizo un gesto autoritario y dos Alas Lluviosas corpulentos aparecieron volando tras ella cargados con una mesa baja de caoba, tallada de una sola pieza. Pulcramente colocadas sobre ella había cinco nueces marrones, más o menos del tamaño de un ojo de dragón.

—Este torneo consta de cinco partes. Cada una está relacionada con un talento especial de la tribu —explicó Magnífica—. Deberás elegir a un miembro de tu equipo para cada prueba y el equipo que gane tres de los cinco retos, gana la corona —dijo, mientras señalaba con una zarpa afilada la primera nuez—. Puntería con veneno. —Y luego, mientras iba señalando la segunda, tercera y cuarta nuez, añadió—: Búsqueda de flores. Carrera entre los árboles. Y recolección de fruta.

La reina cogió la última nuez y le dio un par de vueltas entre las garras.

—Y, por supuesto, debe haber una competición de camuflaje. Después de todo, somos Alas Lluviosas —concluyó, mientras volvía a dejarla sobre la mesa con una sonrisa que dejaba todos los dientes al descubierto—. Primero la recolección de fruta, así los competidores podrán dedicarse a ello mientras los demás terminamos las siguientes pruebas.

—Cierto —concedió Hermoso—. Bastante lógico. Es un torneo muy honesto. Cada dragón tiene una hora para recolectar tantos tipos de fruta diferentes como pueda encontrar. El que venga con más variedad, gana.

—Destello será la que compita por nuestro equipo —dijo Magnífica,

señalando con el ala a la rolliza dragona—. ¿Y por el vuestro?

Gloria estudió a sus propios dragones, luchando contra la ansiedad que amenazaba con aflorar en sus escamas. Todos los torneos tenían que ver con las habilidades de los Alas Lluviosas así que, por un lado, había burlado a Magnífica al elegir a cuatro Alas Lluviosas en vez de a sus amigos. Pero, por otra parte, apenas conocía a sus compañeros de equipo. No tenía ni idea en qué eran buenos.

—Está bien —les dijo Gloria en voz baja—. ¿Quién debería hacerlo? Jambu, tú enseñas deslizamiento entre los árboles... ¿eres rápido? ¿Puedes encargarte de la carrera entre los árboles?

—¡Por supuesto! —le dijo su hermano, haciendo que sus escamas rosas brillaran por el entusiasmo.

—Déjame a mí el de las flores —dijo Tamarina—. Si se trata de flores, yo puedo hacerlo.

—La reina dijo que se trataba de una caza de flores —dudó Gloria.

—Conozco las flores —insistió Tamarina.

«Dale una oportunidad —le dijo a Gloria la voz de su cabeza—. Es lo que una buena reina haría».

—Está bien —dijo Gloria, mientras miraba la fila de nueces de la mesa, pensando en las otras pruebas.

Su único día de entrenamiento no le había dado la confianza necesaria para ninguna de las que quedaban.

—Supongo que yo debería hacer la prueba de camuflaje —dijo al cabo —. No tengo ni idea de dónde encontrar frutas en el bosque tropical y no soy exactamente una experta con el veneno —dijo, al recordar la que había liado el día anterior con todo lo que le habían puesto por delante—. Manglar, sé que eres recolector de fruta, pero Kinkajú... Lo siento, pero

tengo la impresión de que tus entrenamientos con Bromelia no iban demasiado bien.

—Eso es porque Bromelia es una mona vieja —dijo Kinkajú acaloradamente—. ¡Soy supergenial disparando veneno! ¡Te lo juro! Además, Manglar puede transportar más fruta que yo.

Gloria se frotó la frente. Después de todo, solo tenía que ganar tres de las cinco pruebas.

—Está bien —dijo volviéndose hacia las reinas, que seguían esperando —. Manglar recolectará fruta.

Manglar extendió las alas y le hizo una reverencia a Destello. Cuando Hermoso dio la señal, los dos salieron volando entre los árboles en direcciones opuestas, provocando un tornado de pequeñas mariposas carmesí mientras se marchaban.

—Ahora —dijo Hermoso mirando al cielo y dando una vuelta lenta para que todos los dragones pudieran oírlo—. ¡Siguiente! ¡La carrera entre los árboles, una prueba de velocidad y agilidad!

Magnífica hizo girar una de las nueces de la mesa.

—Exquisita, te toca.

—¡Y a mí! —dijo Jambu, entusiasmado.

Hermoso sonrió.

—Nunca olvidaré la última carrera que vi. ¿No participabas tú? —le preguntó el viejo dragón a Grandiosa—. ¿Quién te retó?

—Nadie que merezca la pena mencionar —respondió Grandiosa, con una voz fría como el hielo—. Gané, por supuesto.

—Pero ahora eres demasiado anciana para correr —le dijo Magnífica con desdén.

Grandiosa le dedicó una mirada helada que Magnífica ignoró.

El perezoso que Exquisita tenía en la cola trepó hasta su cuello mientras

la reina plateada daba un paso adelante. Extendió las alas para que los otros dos perezosos pudieran deslizarse hasta la plataforma.

«Unos hombros fuertes —se fijó Gloria—. Grandes alas. Me apuesto cualquier cosa a que es rápida».

Jambu parecía un mono de color rosa brillante al lado de la elegante dragona plateada.

Hermoso señaló la copa de los árboles que rodeaban el Arboreto. Había una pequeña plataforma de tres dragones de ancho apostada en las ramas más altas. Unas flores de color melocotón adornaban los tablones de madera oscuros, atadas en forma de pequeños racimos con hebras de pelo de perezoso.

—Ahí empieza y termina la carrera —dijo el dragón—. Le daréis volando tres vueltas al Arboreto, por fuera del círculo de árboles. Si voláis por dentro, seréis descalificados. Si tocáis a vuestro oponente, seréis descalificados. Siempre y cuando os mantengáis por fuera del círculo, podéis ir por el camino que queráis, pero tenéis que tocar la plataforma cada vez que acabéis una vuelta. ¿Entendido?

—Entendido —exclamó Jambu, flexionando las alas.

Exquisita no contestó. Tenía las garras delanteras alrededor de dos perezosos y los estaba arrullando, mientras ellos intentaban trepar por sus garras.

—¿Majestad? —dijo Hermoso y luego se corrigió—. Es decir... ¿Exquisita? ¿Has entendido las reglas?

—Por supuesto —respondió esta zafándose de sus mascotas. Exquisita se bajó el tercer perezoso del cuerpo, lo puso al lado de los otros y les acarició la cabeza—. Volveré en un momento, queriditos. Tengo que ganar esta carrera para la tita Magni.

—Deja de llamarme así —le espetó Magnífica, enfadada—. No soy la

tita de nadie. Y mucho menos de un puñado de perezosos. Además, esto no es solo por mí, pedazo de cabeza peluda. También es tu trono.

—Ya, ya —dijo Exquisita mientras arrullaba a los perezosos, que se habían convertido en una pequeña montaña de pelo dormido—. La tita Magni no está enfadada con vosotros. Solo está de mal humor porque hoy tiene algo que hacer —dijo. Y luego, en un susurro alto que todo el mundo pudo oír, añadió—. Además, está celosa porque vosotros sois mucho más guapos que su perezoso.

Magnífica gruñó de manera muy poco digna en una reina y le dirigió una oscura mirada a los tres perezosos, como si estuviera pensando en lanzarlos fuera del Arboreto mientras Exquisita estuviera compitiendo.

—Buena suerte —le deseó Gloria a Jambu—. Gana, por favor.

—Ese es el plan —dijo él, contento.

El dragón siguió a Hermoso y a Exquisita hasta la plataforma de arriba, luego se colocó en el filo y saludó a la multitud de dragones que los miraban desde el Arboreto. Sol y varios dragones respondieron al saludo. Gloria se preguntó a quién apoyarían. ¿Había alguien que quisiera que ella ganara? ¿Sabían lo que eso significaba? ¿Tenían idea de todo lo que ella quería cambiar de su mundo?

Recorrió a los Alas Lluviosas con la mirada. Esa tribu que pronto sería suya. Intentó leer sus escamas, pero lo único que sacaba en claro era que aquel día habían escogido sus colores naturales para vestirse, como si aquello no fuera más que una fiesta donde lucirse. Las únicas emociones que distinguió fueron estallidos de amarillo chillón por aquí y por allá, que denotaban emoción. Además, tenía la impresión de que aquella era su forma de comportarse cada vez que ocurría algo nuevo.

Hermoso se posó sobre una rama con forma de cola de dragón en espiral y extendió las alas.

—Empezad cuando escuchéis el grito del tucán —les dijo a Jambu y a Exquisita—. No os olvidéis de las reglas. ¿Listos? Y... ¡CRAAA!

A Gloria le sorprendió tanto el sonido que le había salido de la garganta que se perdió el inicio de la carrera. Hermoso había imitado a la perfección el sonido que había oído hacer a los pájaros de picos grandes. Si aquel era otro de los talentos de los Alas Lluviosas, a Gloria no se le había ocurrido practicarlo.

Exquisita salió disparada por delante de Jambu, balanceándose suavemente de una rama a una liana y luego a otra rama. Tenía la cola más larga que la de Jambu, lo que le facilitaba llegar más lejos en sus saltos y balanceos. Pero las alas más estrechas de Jambu lo ayudaban a pasar entre las marañas de vegetación que la dragona tenía que rodear. Cuando volvieron a posarse sobre la plataforma, el hocico del Ala Lluviosa casi rozaba la cola de Exquisita.

—¡Vamos, Jambu! —gritó Sol desde su lugar en la pasarela—. ¡Vas a ganar! ¡Eres el dragón más rápido del bosque! ¡Vamos! ¡Vamos!

Kinkajú le dio un codazo a Tamarina y las dos empezaron a animarlo y a gritar también.

Personalmente, Gloria pensaba que tanto ruido debía de ser una molesta distracción, pero parecía impulsar el viento hacia las alas de Jambu. El dragón se inclinó para tomar una curva alrededor de un tronco, esquivó un nudo de lianas cubiertas de hibiscos y adelantó a Exquisita.

«Bueno, si de verdad funciona...», pensó Gloria.

—¡Venga! —gritó la dragonet—. ¡Jambu es el mejor! Esto... ¡eres un volador magnífico! Venga... eh... ¡vuela! ¡VAMOOOOS!

Pilló a Tsunami lanzándole una mirada divertida y le sacó la lengua a su amiga.

Jambu acarició la plataforma por segunda vez con las garras y salió

volando de nuevo. Unos momentos después, Exquisita aterrizó en el mismo sitio y salió tras él. Sus alas no paraban de moverse mientras arrugaba la frente, enfadada.

A Gloria se le aceleró el corazón cuando los vio cambiar de dirección entre los árboles. Una vuelta más... Si Jambu podía aguantar en cabeza un poco más, ganaría. «Aguanta». La dragonet clavó las garras en las lianas que tenía bajo las zarpas, deseando poder estar ahí arriba y darle a su hermano un poco de velocidad de alguna manera.

Jambu rebotó contra un árbol y se lanzó hacia un agujero entre las ramas. El Ala Lluviosa giró bruscamente en la última curva y, de repente, alzó las alas para frenar bruscamente. Se quedó inmóvil un momento y Gloria vio la liana que se le había enredado en el cuello. Salió disparado hacia atrás, jadeando en busca de aire y agitándose hacia un lado.

Con un horrible nudo en el estómago, Gloria vio a Jambu caer y chocar contra el círculo de árboles. Al mismo tiempo, Exquisita pasó a su lado y aterrizó suavemente sobre la plataforma. La dragona estiró las alas y dio una vuelta, triunfante, mientras unas olas morado oscuro le recorrían las escamas.

Pero Gloria había visto otra cosa.

La liana de Jambu no había salido de la nada. Algo se alejaba del punto donde Jambu casi se había estrangulado a sí mismo.

De hecho, más de una criatura, todas de greñudo pelo plateado.

CAPÍTULO 31

—¿Cómo te atreves a acusarnos de hacer trampas? —preguntó Magnífica.

—La pregunta sería: ¿cómo os atrevéis vosotras a hacer trampas? —le preguntó Gloria a ella.

—Los perezosos de mi compañera han estado aquí, delante de nosotras, todo el tiempo —dijo la reina.

—Estos tres sí —espetó Gloria, señalando las bolas de pelo que en ese momento estaban trepando por los hombros de Exquisita—. Sabemos que Exquisita tiene muchos otros que podrían estar apostados en los árboles, esperando para intervenir si por casualidad pareciera que ella no iba a ganar.

—Ya —dijo Grandiosa, entrecerrando los ojos.

La dragona había permanecido todo el tiempo sentada en la misma posición, con un aspecto aburrido y regio.

—Ridículo —se mofó Exquisita.

—Sus perezosos no son tan inteligentes como para eso —dijo Magnífica.

—¡Claro que lo son! —intervino Exquisita, inflando la gorguera. Miró a Gloria y, con cuidado, se volvió a calmar—. Pero nunca harían nada parecido.

—Harían cualquier cosa que les dijeras —gritó Kinkajú mientras un arrebato de naranja rabioso le recorría la cola.

Cerró los dientes con fuerza cerca del perezoso más cercano y este le chilló en respuesta.

—Ya es suficiente —dijo Hermoso—. Jambu, ¿qué fue lo que viste?

Gloria apenas reconocía a su hermano con sus escamas de un lúgubre azul grisáceo. El Ala Lluviosa se encogió de hombros con desánimo.

—No lo sé. Todo sucedió muy rápido. Un segundo estaba volando y al siguiente me estaba asfixiando. Vi a varios perezosos en los árboles, pero...

—Pero no estás seguro que fueran los de Exquisita ni de que ellos tuvieran algo que ver con la liana con la que te has enredado —terminó Magnífica.

Jambu le dedicó a Gloria una mirada triste.

—No pasa nada, Jambu —le dijo su hermana—. Sé que hubieras ganado en una carrera justa.

La dragonet se aseguró de hablar en voz lo bastante alta como para que la escucharan todos los Alas Lluviosas que había allí reunidos. Magnífica siseó en voz baja y cogió la nuez correspondiente a la carrera entre los árboles de la mesa baja. Moviendo la cola, la dejó caer en un coco que había en su lado del Arboreto.

—Sigamos —dijo Hermoso, aclarándose la garganta—. ¿Quizá debamos seguir con la caza de la flor?

Tamarina dio un paso adelante. Le temblaban las alas y sus escamas volvían a ser verde claro. Gloria se preguntó si sabría que sus emociones estaban proyectándose en su cuerpo.

Se le ocurrió una pregunta.

—¿Puedes usar tu camuflaje? —le preguntó a Tamarina—. Es decir... ya que no ves lo que intentas imitar...

—Sí, aun así funciona —le explicó Tamarina—. No me preguntes exactamente cómo.

La Ala Lluviosa respiró hondo varias veces, con los ojos cerrados. Sus escamas fueron adquiriendo un verde oscuro moteado de rayos del sol y

sombras, hasta que la pequeña dragonet desapareció, fundiéndose con las lianas que había bajo ella.

—No puedo elegir el color —continuó Tamarina—. Si me pides que vuelva mis escamas rojas, por ejemplo, no podría hacerlo. Pero, si me relajo, se vuelven automáticamente del color que me rodea.

—Fascinante —dijo Gloria.

Y lo más importante, Tamarina ya no parecía tan asustada.

Murciélaga de la Fruta se acercó arrastrando los pies, balanceando su gigantesco collar de orquídeas hasta que la mayoría de ellas le quedaron a la espalda. Un olor extraño impregnó el aire tras ella. Un olor a hojas muertas debajo de otro empalagosamente dulce. No era tan nauseabundo como el olor del Reino de la Noche, pero tampoco era agradable.

—¿Qué hay que hacer en esta prueba? —preguntó Gloria—. ¿Y cómo nos aseguramos de que ahora nadie haga trampas?

Le encantó ver que Magnífica no pudo evitar que sus escamas se volvieran rojas. Hacer que otros dragones se enfadaran era una habilidad que Gloria poseía y en la que sabía que era buena. Miró por encima de su hombro hacia Tsunami, que tenía un brillo fiero en la mirada. La dragonet sabía que su amiga estaba lista para atacar el Arboreto y vencer a las cinco reinas ella sola.

—Ejem —dijo Hermoso rápidamente, aclarándose la garganta varias veces—. Sí. La prueba. Para este miembro del equipo, la reina ha solicitado la caza de la flor. Por eso mismo, esta mañana temprano he escondido una flor muy particular en algún sitio de este Arboreto: la rara y majestuosa orquídea de canela. No la variedad amarilla más común, sino la roja.

—Vayaaaa —murmuró el público.

—Quien la encuentre primero, gana —dijo Hermoso.

«¿Una flor? —pensó Gloria—. ¿En este sitio tan enorme? Podría estar en

cualquier sitio. Y ella no puede ver nada. ¿Cómo va a empezar a buscarla Tamarina? Incluso si pudiera apreciar la diferencia entre las flores, ¿cómo iba a saber si es roja o amarilla?».

Por primera vez, Gloria pensó que existía la posibilidad de que perdiera aquel torneo. Quizá no llegara a ser reina. La dragonet entrecerró los ojos mirando a Magnífica y movió la cola. «Está bien. Si tengo que hacerlo, pensaré en otra forma de rescatar a los Alas Lluviosas del Reino de la Noche».

Hermoso abrió las alas.

—¡Podéis empezar!

Murciélaga de la Fruta entró en acción. Mucho más rápido de lo que Gloria se hubiera esperado al verla, la Ala Lluviosa rodeó el círculo, olisqueando cada grieta y agujero. Escarbó en cada montón de hojas y levantó los fardos de lianas. Hizo a un lado las colas de los dragones que estaban apostados en el filo de la plataforma y se abalanzó sobre cada destello rojo anaranjado que veía, asustando a un número enorme de pájaros y escarabajos inocentes.

Mientras tanto, Tamarina se quedó muy quieta, justo donde estaba. Sus fosas nasales no paraban de moverse. Sus alas no paraban de subir y bajar mientras respiraba profundamente.

Después de unos momentos así, Gloria intervino:

—Esto...

—Shh —la silenció Kinkajú—. Está trabajando.

—¿Podría trabajar de una forma que pareciera... más trabajadora? —preguntó Gloria.

Tamarina volvió a respirar profundamente y levantó el hocico. Unas pequeñas plumas en forma de llamas se le extendieron por la gorguera, imitando la forma de la flor que estaba buscando.

—¿Puede olerla? —le susurró Gloria a Kinkajú—. ¿Es eso lo que está intentando hacer?

—Lo hará —le prometió Kinkajú—. Tiene una nariz increíble.

—Te creo —le aseguró Gloria—, pero debe de haber un millón de flores en su campo olfativo ahora mismo, sin tener en cuenta a todos los dragones, monos y otras tantas cosas de olor mucho más intenso que el de una flor. No hay forma de que la encuentre así.

—Tú no conoces el olfato de Tamarina —le dijo Kinkajú—. Y ahora... shh.

Gloria volvió a sentarse y se enroscó la cola en las patas traseras. De todas formas, ella no podía hacer nada. Lo que le apetecía era empezar a poner patas arriba el Arboreto tal y como estaba haciendo Murciélaga de la Fruta, pero no se le permitía intervenir.

«¿Esto es lo que hacen las reinas? ¿Dar órdenes y luego sentarse a la espera de que otros dragones las lleven a cabo?».

Pensó en las reinas que ya había conocido. La reina Escarlata y la reina Coral preferían tener esbirros que les hicieran todo el trabajo sucio, pero Brasas y Ampolla parecían muy dispuestas a hacerlo ellas mismas. Quizá porque aún no eran reinas de verdad... o porque habían aprendido, después de años de guerra, que la única dragona en la que se podía confiar era en una misma.

Gloria volvió a mirar a Sol y a Tsunami. Ella sí que confiaba en los otros dragonets, un poco al menos, aunque de forma distinta en cada uno de ellos. Confiaba en que Sol intentara, por lo menos, hacer lo correcto y lo más valeroso, incluso aunque fuera demasiado pequeña para hacerlo bien. Nocturno no tenía ni coraje ni habilidad para la lucha, pero si alguna vez Gloria necesitaba saber algo, confiaba en el cerebro del Ala Nocturna. Esa

era la razón por la que quería contarle a él antes que a ningún otro lo de Escarlata.

Podía confiar en que Tsunami luchara con zarpas y dientes en casi cada situación, incluyendo aquellas en las que sería muy inapropiado. Y, por supuesto, también estaba Cieno, que haría cualquier cosa para salvar a sus amigos.

Deseó que ellos fueran su equipo, en vez de aquellos Alas Lluviosas que apenas conocía. Por mucho que le gustara Kinkajú, era horrible sentir que tenía tan poco control sobre su propio destino. «Yo soy la que quiere ser reina. Debería ser yo la única que estuviera luchando para lograrlo».

Magnífica no paraba de mirar alternativamente a Tamarina y a Murciélaga de la Fruta. Cuando por fin Tamarina dio un paso al frente, la reina siseó y Murciélaga de la Fruta se giró para ver lo que su competidora estaba haciendo.

—Tamarina —le dijo Gloria en voz baja—. Si sabes donde está, corre, porque Murciélaga de la Fruta te está mirando y creo que va a intentar copiarte y ganar.

La Ala Lluviosa ciega volvió a respirar profundamente una vez más, se agachó y se lanzó al aire. A punto estuvo de pasarse de largo la plataforma a la que se dirigía, pero la rozó con la cola y consiguió recuperar el equilibrio para aterrizar de nuevo con un grácil movimiento. Era la plataforma que Jambu y Exquisita habían usado para su carrera. La que estaba llena de ramos de flores de color melocotón, con forma de estrella.

Murciélaga de la Fruta se lanzó tras ella. Tamarina agachó la cabeza, veloz, y empezó a oler los ramos. Justo cuando Murciélaga de la Fruta aterrizaba con un golpe tras ella, Tamarina alzó uno de los ramos y retiró el lazo de pelo de perezoso con que lo habían atado.

Las flores rosa claro le cayeron entre las garras, mostrando la flor

escondida en el interior. Tenía forma de garras de dragón que resplandecían como lenguas de fuego.

Magnífica y Murciélaga de la Fruta dejaron escapar un grito de rabia.

—Eso suena prometedor —dijo Tamarina con una sonrisa.

—¡Lo has conseguido! —gritó Kinkajú—. ¡La has encontrado! —exclamó, al tiempo que le daba unos golpecitos a Gloria con la cola, sonriendo—. Te dije que lo conseguiría.

Si los Alas Lluviosas tuvieran aliento de fuego, Gloria estaba segura de que Magnífica hubiera expulsado humo por las orejas y por la nariz.

—Bien hecho —felicitó Gloria a Tamarina cuando esta aterrizó junto a ellos otra vez, estrujando la flor entre las garras—. Estoy muy impresionada.

Gloria se inclinó sobre la mesa y cogió la nuez de la búsqueda de la flor. Con una mirada pícara dirigida a Magnífica, la dejó caer dentro de su propio cuenco de coco. Uno a uno. Solo quedaban tres pruebas más.

Y entonces se convertiría en reina.

—¿Cuál deberíamos hacer ahora? —le preguntó Gloria a Magnífica. La dragonet se sentía más confiada ahora—. ¿Qué tal la prueba de camuflaje?

Magnífica le enseñó los dientes.

—Me parece genial.

—¿Has participado alguna vez en un torneo de camuflaje? —le preguntó Hermoso a Gloria.

—No exactamente —le contestó Gloria—. Pero he tenido que usar mi camuflaje para escapar de varios dragones que querían matarme. Así que si lo que me estás preguntando es si puedo aguantar la presión, la respuesta es sí.

—De hecho, me estaba preguntando si sabías las reglas —dijo Hermoso, escondiendo una sonrisa—. Pero no son complicadas. Una de vosotras se

esconde la primera en algún sitio que quede a la vista de este lugar. Entonces la otra la busca y luego os cambiáis los papeles. Yo juzgaré quién encuentra antes a la otra. Si el resultado es demasiado ajustado para decidir quién gana, lo volveremos a intentar.

—Lo pillo —dijo Gloria.

—¿Te acuerdas de cuando...? —empezó a decir Hermoso, girándose hacia Grandiosa.

Gloria se preguntó cuál de los dos tendría más años. Los dos parecían tan viejos como las Garras de las Montañas de las Nubes.

—Claro que lo recuerdo —le espetó Grandiosa. Se irguió y siseó al público hasta que todos guardaron silencio y la escucharon—. Lo recuerdo todo. Recuerdo incluso cuando necesitábamos nuestro camuflaje para protegernos de los dragones que intentaban invadirnos. En aquel entonces no era ningún juego. Era lo que teníamos que hacer para sobrevivir.

—Se acabaron las historias aburridas —ordenó Magnífica, ganándose otra de las miradas de la otra dragona—. Grandiosa, cállate hasta que sea tu turno. Yo me esconderé la primera.

Hermoso le tapó los ojos a Gloria con una hoja larga y gruesa. Mientras la oscuridad se hacía a su alrededor, pensó que así era como Tamarina debía de ver el mundo todo el tiempo. Solo podía recordar una historia sobre un dragón ciego en los pergaminos y era de hacía muchísimo tiempo, de antes del Ardor.

Un momento después le quitaron la venda de los ojos y se encontró con la mirada curiosa de cientos de Alas Lluviosas.

—Puedes empezar —le dijo Hermoso asintiendo con la cabeza.

Gloria parpadeó y empezó a girar en círculo, buscando alguna pista.

Magnífica había desaparecido completamente. Sobre las lianas del suelo descansaba su pequeña corona de flores blancas. No había ni rastro de las

escamas moradas de bordes dorados y ninguna de las hamacas que rodeaban la arena presentaba bultos inusuales.

«¿Dónde podrá estar?».

«¿Dónde me escondería yo si fuera una Ala Lluviosa particularmente olvidadiza y espectacularmente vaga?».

Gloria no creía que Magnífica fuera el tipo de dragona que trepaba a los árboles o que se colgaba de una rama por la cola si podía estar tumbada cómodamente en algún sitio. Y la mayoría de las plataformas y pasarelas estaban demasiado llenas de dragones para que pudiera colarse allí fácilmente.

Lo cual le dio a Gloria una idea. Se giró para observar a los dragones que la rodeaban. Puede que alguno de ellos hubiera visto dónde se había escondido Magnífica. La mayoría de ellos llevaban toda la vida jugando a esa especie de juego del escondite. Debían de estar inspeccionando el lugar, al igual que ella, intentando encontrarla.

La dragonet se fijó en que Exquisita y Murciélaga de la Fruta miraban fijamente hacia un árbol cercano con una franja de musgo rizado. Estaban mirando de una manera un poco demasiado intensa, como si esperaran que Gloria las viera. Murciélaga de la Fruta le dio un codazo a Grandiosa y la majestuosa dragona le lanzó una mirada de asco.

Entonces, Gloria vio a una pareja de Alas Lluviosas que miraban fijamente en la dirección del puesto de la fruta en la parte más alejada de la arena. Entrecerraron los ojos y luego se acercaron el uno al otro para empezar a hablar en susurros.

«Vale la pena echar un vistazo», pensó Gloria.

Voló a través de la arena directa al puesto de la fruta. Era una plataforma de madera con muros bajos que servían también de mesas. La mayoría estaban cubiertos de mangos, piñas, esferas rojas puntiagudas y frutas

verdes con forma de estrella. Racimos repletos de plátanos colgaban de las ramas por encima de su cabeza.

Gloria deslizó la cola por el suelo de madera de la plataforma y luego estudió las mesas, pero no vio ningún signo que indicara que había una dragona ahí escondida. Alzó la mirada y le echó un vistazo a los plátanos colgantes. Había algo extraño en la forma en la que colgaban... como si hubiera algo pesado posado encima.

Era espeluznante. Lo único que podía ver eran sombras y luces, hojas verdes y plátanos amarillo chillón. Pero cuando levantó las patas, pudo acariciar con las garras las escamas de un dragón; el siseo de indignación que salió de aquellas escamas le confirmó que había encontrado lo que estaba buscando.

—Majestad —le dijo Gloria con una reverencia educada—, un camuflaje muy impresionante —añadió honestamente.

—Veamos lo que puedes hacer tú —gruñó Magnífica, devolviendo el color morado a sus escamas.

Ambas volvieron al centro de la arena, mientras todos los Alas Lluviosas aplaudían. A Gloria le costó un momento darse cuenta de que la estaban aplaudiendo a ella. Esperaba que eso significara que la había encontrado bastante rápido. Ahora solo tenía que esconderse aún mejor que Magnífica.

Hermoso se acercó a la reina para taparle los ojos.

Gloria dejó que sus escamas se volvieran del mismo verde que las lianas bajo ella. No quería que nadie viera a donde iba, mucho menos las otras reinas.

Su primera idea había sido elevarse en el aire y camuflarse en el cielo, pero para quedarse en lo alto tendría que mover las alas y tenía miedo de que Magnífica pudiera notar la brisa que generara.

Así que, en vez de eso, se dirigió al árbol que tanto Exquisita como

Murciélaga de la Fruta habían estado mirando. Subió por el tronco, enroscándose a su alrededor, y notó el musgo peludo bajo sus garras. Sus escamas habían cambiado al instante hasta volverse marrón oscuro y verde amarillento, como el árbol cubierto de musgo. Cuando consideró que había trepado lo suficiente, giró alrededor del tronco para poder ver todo lo que ocurría abajo. Luego se apretujó aún más contra el tronco y se concentró, añadiendo la forma de una pequeña rana azul en la espalda para mejorar el camuflaje. Manglar le había enseñado ese truco.

Más abajo, escuchó a Hermoso decirle a Magnífica que podía empezar a buscarla. La reina abrió los ojos y se giró inmediatamente hacia las otras reinas. Exquisita y Murciélaga de la Fruta levantaron las alas, ofuscadas. Grandiosa bostezó fríamente.

Magnífica giró en círculo, mirándolo todo. Dejó escapar un pequeño siseó de frustración y luego recogió las alas. De repente, sacó los colmillos y se lanzó hacia el borde del círculo donde se encontraba Sol.

«¡No se atreverá a herir a mis amigos!». Pero Gloria se encogió cuando vio a Sol retroceder. Al mismo tiempo, Plata saltó de la espalda de Sol con un chillido de alarma y salió corriendo hacia el árbol donde se escondía Gloria.

Magnífica vio adónde se dirigía la perezosa, pasó corriendo a su lado y golpeó el tronco, haciendo que Gloria casi se soltara. La reina trepó por el árbol tan rápido que le pisó las alas a Gloria antes de darse cuenta de que la había encontrado. Con un grito de triunfo, se echó hacia atrás y le dio un golpe a la dragonet en el hocico.

—¡Te encontré! —gritó Magnífica.

Plata llegó hasta ellas y se lanzó a las garras de Gloria, temblando. La Ala Lluviosa se balanceó hasta una rama para poder estrechar a la perezosa contra su pecho y acariciarla.

—¿Creéis que eso ha sido divertido? —le preguntó Gloria a Magnífica —. ¿Asustar a una perezosa inofensiva de esa manera?

Por los murmullos y las expresiones sorprendidas de las caras de los dragones, más abajo, Gloria supuso que aquella no era una forma muy popular de tratar a una de las mascotas de los Alas Lluviosas.

—Sobrevivirá —le contestó Magnífica—. Aquí lo importante es que he ganado.

Gloria bajó la mirada hacia Hermoso con pesar. Él extendió las garras en un gesto que parecía decir: «¿Qué puedo hacer?».

—La reina tiene razón —dijo en voz alta el dragón—. Magnífica gana esta prueba.

CAPÍTULO 32

—Mirad —exclamó Magnífica, contenta, señalando el destello de los rayos del sol en unas alas que se acercaban entre los árboles—. Los recolectores de fruta están volviendo.

Regresó volando al centro del Arboreto y cogió una de las nueces de la mesa de caoba. Iban dos a uno.

—¿Eso no han sido trampas? —le dijo Sol mientras Gloria regresaba junto a su equipo.

Kinkajú tenía rayas rojas furiosas extendiéndose por sus escamas. Jambu volvía a ser azul grisáceo. Gloria se preguntó si su hermano tendría más de dos estados de ánimo.

—¡Sí que han sido trampas! —gritó Tsunami—. ¡No puedes dejar que se salga con la suya! ¡Buuuu! ¡Fuera!

—Hazlas callar —le dijo Magnífica a Hermoso frunciendo el ceño.

El dragón extendió las alas y se aclaró la garganta.

—No hay nada en las reglas que prohíba lo que acaba de hacer la reina —anunció el Ala Lluviosa—. Ella es la ganadora. Oficialmente, aunque no en espíritu.

Magnífica lo miró fijamente mientras Manglar y Destello llegaban volando entre los árboles.

Gloria estaba demasiado aturdida como para contestar. Puede que los otros lo consideraran hacer trampas, pero por lo que a ella respectaba,

Magnífica solo había encontrado un truco para descubrir el sitio donde se escondía Gloria. Ella había hecho lo mismo al usar a los Alas Lluviosas en busca de pistas.

Así que Gloria había perdido. Perdido.

No podía prestar atención a la selección y recuento de las frutas de todas las formas y tamaños que Manglar y Destello dejaban sobre el follaje. Hermoso las iba cogiendo una a una, murmuraba algo un momento y luego las ponía en un montón.

«Si hubiera estado compitiendo yo sola, ya habríamos terminado», se dio cuenta Gloria. Habría perdido el trono en un torneo directo con Magnífica. Si finalmente lo ganaba, sería solo porque los otros Alas Lluviosas triunfaban en sus pruebas. Tamarina, a la que no conocía en absoluto, Manglar y Kinkajú. Siempre y cuando lo lograran.

Los ojos de Kinkajú estaban fijos en el montón de fruta de Manglar. No paraba de mover nerviosamente la cola y de contar en voz baja.

Hermoso examinó la última fruta, una bola azul oscura espinosa que rezumaba un líquido verde brillante cuando se la golpeaba. El dragón asintió y la dejó sobre el montón de Manglar. Kinkajú le lanzó a Gloria una mirada encantada.

—Diecisiete a dieciséis —dijo Hermoso—. Manglar es el ganador.

—¿Qué? —graznó Magnífica. Se giró para mirar fijamente a Destello, que tenía motitas amarillas alrededor de la boca y un rastro de salpicadura verde en el pecho—. ¡Te has comido unas cuantas! Sé que había diecinueve cuando... —empezó a decir, pero guardó silencio de repente.

—Lo siento —murmuró Destello—. Pensé que dieciséis serían suficientes.

—Bueno, te equivocaste —gruñó Magnífica.

—Perdonad —dijo Hermoso—. ¿Has dicho que había diecinueve?

Se produjo una pausa incómoda mientras las dos reinas se miraban la una a la otra. Magnífica movió la cola y le dedicó una mirada altiva a Hermoso.

—¿Me estás acusando de algo? —le preguntó con frialdad.

—¡Yo sí! —barbotó Kinkajú—. ¡Recolectaste frutas y las dejaste en algún sitio antes de tiempo!

—Eso es absurdo —dijo la reina. Las escamas rojas desaparecieron de sus alas de pronto—. E imposible de demostrar.

A Gloria se le ocurrió que Magnífica había elegido aquel día el tono morado para que nadie pudiera ver indicios de culpabilidad en sus escamas. «Muy inteligente», pensó la dragonet bajando la mirada y observando las suyas. El amarillo había desaparecido un poco y se le estaban formando unas pequeñas nubes negras en torno a los hombros y las alas.

—De todas formas no importa —señaló Destello a Kinkajú—. Habéis ganado.

Kinkajú le dio un golpecito a Gloria con la cola y Gloria volvió a concentrarse. Aún tenía una oportunidad. Ahora estaban empatados y aún quedaba una prueba.

—Sí que importa, si pretendéis volver a hacer trampas —le dijo con brusquedad.

—Eso no será necesario.

El viento ululó entre las hojas cuando Grandiosa se deslizó majestuosamente entre Gloria y Magnífica. Los huesos le crujían como bosques centenarios y el tono plateado de sus escamas parecía el reflejo de la luz de la luna en vez de la del sol. Grandiosa no era como las otras reinas. De hecho, no era como ningún otro dragón en la aldea. Gloria pensó que Grandiosa era la única Ala Lluviosa que hablaba y se movía como una reina de verdad.

La dragona arqueó el cuello y miró a Kinkajú.

—Puedo derrotar a esta pequeña criatura yo sola con facilidad.

—Ya lo veremos —le contestó Kinkajú con valor, aunque le aparecieron en la gorguera unas manchas verdes de ansiedad.

«Esto es pedirle demasiado», pensó Gloria, preocupada. Kinkajú apenas era la mitad de grande que Grandiosa y apenas tenía entrenamiento. A los Alas Nocturnas les había impresionado tan poco su veneno que ni siquiera se habían molestado en amordazarla. ¿Cómo iba a poder ganar?

Hermoso les hizo señas a las dos dragonas para que se acercaran al centro del Arboreto.

—Aquí se aplican las reglas normales para las prácticas de veneno —dijo —. Tened mucho cuidado en no darle a ninguna criatura viva. Vamos a probar distancia y puntería. ¿Quién quiere ser la primera?

—Yo —dijo Grandiosa.

La dragona miró a Hermoso y a sus dos ayudantes mientras dejaban un tablón de madera largo y pulido sobre las lianas. Era tan ancho como cinco huellas de dragón y cuatro veces más largo, con pequeñas marcas de medida en el lateral.

Uno de los extremos acabó bajo las garras delanteras de Grandiosa. La dragona estiró el cuello y la mandíbula mientras los Alas Lluviosas se apartaban, dejando que el tablón se extendiera ante ella como una alfombra de bienvenida.

—Cuando estés... —empezó a decir Hermoso.

Grandiosa abrió la boca y disparó un chorro de veneno negro. Las gotas golpearon el tablón cerca del otro extremo, chisporroteando y formando pequeños agujeros allí donde cayeron. Todos los dragones soltaron una exclamación de admiración.

—Supongo que es bastante impresionante —le dijo Gloria a Manglar.

El suspiro del dragón respondió a su pregunta.

Grandiosa se hizo a un lado, con un gesto cortés dirigido a Kinkajú. La pequeña dragonet dio un paso hacia delante, nerviosa, abrió la boca todo lo que pudo y disparó un pequeño chorro de veneno al tablón.

Cayó a apenas un cuarto de distancia entre sus garras y las gotas de veneno de Grandiosa.

A Gloria le dio un vuelco el corazón. Manglar enterró la cabeza entre las garras delanteras con un gruñido. Kinkajú se giró hacia Gloria con una mirada desolada.

—Aún queda la parte de la puntería —dijo Jambu animado.

El dragón rosa le dio unos golpecitos en la espalda a la dragonet. Los ayudantes ya estaban trayendo una especie de caballete con tres círculos amarillos y blancos pintados en él.

—¿Y si fallo? —le preguntó Kinkajú a Gloria—. Todos esos dragones... será culpa mía si no los volvemos a ver. Será culpa mía que no te conviertas en reina.

—Para —le cortó Gloria, cubriendo una garra de Kinkajú con la suya—. Yo misma he perdido mi propia prueba, ¿te acuerdas? Es más culpa mía que de nadie. Pero algún día seré reina. Y, mientras tanto... —dijo. Miró a Manglar para asegurarse de que la estaba escuchando—. Traeremos de vuelta a Orquídea y a los otros Alas Lluviosas, cueste lo que cueste. Quizá no tenga un ejército, pero mis amigos y yo llevaremos a cabo una misión de rescate con todos los que quieran unirse. Así que no pienses en eso ahora mismo. Lo único que puedo pedirte es que lo hagas lo mejor que puedas... y sé que ni siquiera tengo que pedírtelo, porque eres la clase de dragona que siempre lo hace.

—Eso es verdad —dijo Kinkajú—. Soy de esa clase —afirmó, enderezando los hombros—. Lo haré. Eso es lo que voy a hacer.

Gloria alzó la mirada y se dio cuenta de que Grandiosa también las había

estado escuchando. La vieja reina se giró y, con la mayor indiferencia, disparó un chorro de veneno al tablón pintado. Dio justo en el centro del primer círculo.

Magnífica le lanzó a Gloria una sonrisa triunfal.

«Sería genial poder borrarte esa sonrisa del rostro. Y llegará el día en el que lo haga. Seré la reina de esta tribu. Para eso he nacido. Estoy segura».

Kinkajú se acercó a Grandiosa, abrió la boca y disparó su veneno a los círculos. Sus gotas cayeron justo encima de las de Grandiosa y el tablón emitió un siseo cuando la madera se derritió un poco más.

La otra Ala Lluviosa dejó escapar un sonido de aprobación y le dio unas palmaditas a Kinkajú en la cabeza. Luego ladeó la cabeza un poco y disparó otro chorro negro directo al centro del segundo círculo.

Kinkajú respiró hondo e hizo lo mismo. Salieron más chisporroteos y humo de la madera.

«No te emociones mucho», se dijo Gloria a sí misma, aunque no podía evitar estar impresionada por lo que Kinkajú había hecho. Sabía que ella no habría dado en el blanco con tanta precisión. Pero si las dos dragonas empataban ahora, Grandiosa seguiría siendo la campeona por haber ganado el reto de la distancia. «Pon cara de no-me-importa-haber-perdido. Y luego te dedicarás a estudiar para volver a intentarlo, como si te fuera la vida en ello. Me pregunto cuánto tendré que esperar entre reto y reto».

Grandiosa abrió la boca.

Y entonces un perezoso se descolgó de un árbol y aterrizó delante del tablón.

Kinkajú saltó para apartarlo de allí y entonces el tiempo pareció detenerse. Gloria vio las gotas de veneno describir un arco antes de aterrizar —plas, plas, plas— justo sobre el ala de Kinkajú.

CAPÍTULO 33

Todos los Alas Lluviosas que había en el Arboreto empezaron a gritar.

Kinkajú se desplomó hecha una bola de escamas blancas por el dolor, excepto por los tres puntos donde el veneno negro estaba devorándole el ala.

Gloria corrió a su lado y se encontró a Grandiosa frente a ella, sujetando a Kinkajú de las garras con una expresión de horror en la cara.

—¡Ayúdala! —le gritó Gloria. Se acordaba de lo que Jambu le había dicho acerca de que el veneno de un familiar podía contrarrestar el propio —. ¿Quién es de tu familia? ¡Trae a alguien!

—No lo sé — le contestó ella, desesperanzada—. Hace décadas que no he puesto ningún huevo. Hace mucho tiempo que no compruebo mi veneno con nadie. No creo que quede nadie más de mi familia.

—¡Eso es una locura! —gritó Gloria—. ¿Por qué no podéis llevar un registro de estas cosas? En algún momento debiste tener dragonets y ellos habrán tenido los suyos...

—Quizá, pero nadie ha...

Kinkajú gritó de agonía.

—Empieza a comprobarlo —le urgió Gloria—. Prueba con todo el mundo. Pruébame a mí.

La Ala Lluviosa cogió el caballete y escupió un charquito de veneno en

una esquina. La madera siseó y se derritió, como si estuviera ardiendo desde dentro.

Grandiosa no lo dudó y disparó su veneno justo encima del de Gloria.

La madera dejó de derretirse.

Gloria no tenía tiempo para fijarse en la expresión estupefacta que había aparecido en la cara de Grandiosa. No podía arriesgarse a acertar en los tres lugares donde el veneno de Grandiosa había salpicado a Kinkajú, porque podría acabar haciéndole más daño aún. Rápidamente, Gloria arrancó tres hojas de una enredadera, las mojó en el charco de su veneno y las colocó sobre las heridas de Kinkajú.

El chisporroteo cesó y el ácido negro dejó de expandirse.

—Te pondrás bien. Vas a ponerte bien —le repetía Gloria a Kinkajú, sujetando entre las garras la cabeza de la pequeña dragonet.

Entonces notó que Kinkajú se había desmayado. Además, Grandiosa no paraba de mirarla como si estuvieran saliéndole perezosos de las orejas.

—¿Qué? —le espetó Gloria—. Vale, soy tu nieta o sobrina nieta o algo así. No es que eso importe demasiado, ¿verdad?

—A mí sí —le dijo Grandiosa—, porque eso significa que desciendes del linaje original de las reinas Alas Lluviosas y que, después de todo, no soy la última dragona merecedora del trono que queda.

Gloria la miró y parpadeó.

—Creía que aquí a nadie le importaba el linaje real.

—A nadie excepto a mí —dijo Grandiosa—. Solíamos llevar la cuenta de los huevos reales, pero mis hijas eran unas inútiles, así que mezclamos nuestros huevos con los de la tribu, esperando encontrar sucesoras que fueran reinas de espíritu y no de sangre. Hubo unas cuantas que podrían haber sido maravillosas si hubieran querido el trono, pero lo cierto es que

nunca he encontrado a ninguna dragonet que quisiera el trono y que a la vez lo mereciera. Hasta ahora.

La reina se puso en pie y se enfrentó a Magnífica como una enorme nube de tormenta.

—Me rindo. Kinkajú gana.

—¿Qué? —graznó Magnífica.

—¿Has oído eso? —le susurró Gloria a Kinkajú—. Has ganado.

La dragonet movió los ojos de un lado a otro y consiguió esbozar una sonrisa.

—Eso es superguay —susurró Kinkajú.

Tamarina se acercó por detrás y deslizó el ala bajo la cabeza de su amiga para que Gloria pudiera ponerse de pie, al lado de Grandiosa. La dragonet se sentía mareada por la incredulidad.

—Es mi trono —le dijo Grandiosa a Magnífica—. Os he tolerado a todas vosotras porque pensaba que la experiencia podría transformaros en unas reinas que merecieran la pena —dijo, al tiempo que lanzaba una mirada de disgusto a Destello, Exquisita y Murciélaga de la Fruta—. Mi teoría ha resultado ser errónea.

—No sabes nada de esta dragona —se quejó Magnífica, señalando a Gloria.

—Sé que será mejor reina que vosotras —dijo Grandiosa, girándose y dirigiéndose a los dragones que la rodeaban—. ¡Mirad! ¡Vuestra nueva reina! ¡La reina Gloria de los Alas Lluviosas!

Y ellos la vitorearon.

Gloria retrocedió un paso, aturdida, mientras lo que parecía ser toda la tribu se elevaba felizmente en el aire, batiendo las alas y entonando un canto. El arcoíris de diferentes colores había sido reemplazado por una marea de girasoles dorados que denotaban emoción.

Y Gloria pensó:

«Vaya. Soy su reina. La reina Gloria de los Alas Lluviosas. Ese será mi nombre en los pergaminos de historias... No Gloria el error, ni Gloria la vaga Ala Lluviosa ni Gloria la que nunca podrá ser tan buena como algún Ala Celeste sin nombre que murió hace seis años.

»Ahora soy la responsable de todos estos dragones. Podemos rescatar a los Alas Lluviosas desaparecidos y asegurarnos de que ningún dragonet vuelva a desaparecer. Nocturno puede ayudarme a enseñarles a leer y escribir. Yo los protegeré. Los lideraré. Haré que sean... que seamos... una tribu de la que podamos estar orgullosos.

»Gloria, la reina que eligió su propio destino, salvó a sus súbditos y convirtió a su tribu en los mejores dragones de toda Pirria».

—¡Discurso! —exigió Jambu, saliendo disparado hacia ella.

Tenía las escamas de un rosa tan brillante que casi hacía daño a los ojos mirarlo.

—No empieces. Con suerte, nadie me oirá con todo este ruido —le contestó Gloria, señalando a sus felices súbditos.

Le dio un empujón cariñoso a su hermano y él enroscó su cola con la de ella un momento. A Gloria no le importó que lo hiciera. Mientras Jambu se alejaba para dañar los ojos de otro dragón, Gloria percibió un movimiento junto a un ala y se giró, pensando que era Kinkajú, pero se trataba de Sol. Los rayos del sol se reflejaron en sus escamas doradas cuando la Ala Arenosa se lanzó hacia ella.

—Lo has conseguido —exclamó Sol.

—No por mí misma —le dijo Gloria—. He necesitado a estos dragones para lograrlo.

Gloria extendió las alas para abarcar a Manglar y a Jambu, pero ellos ya estaban dando vueltas por ahí, emocionados. Tamarina estaba abrazada a

Kinkajú e incluso la dragonet herida tenía las escamas de un rosa palo que denotaba felicidad.

—Esto es muy injusto —dijo Tsunami aterrizando a su lado y suspirando dramáticamente—. Se suponía que esta tenía que ser mi historia. Estúpidos Alas Marinas que tenían ya una reina decente.

—Quizás algún día sí que llegues a ser reina —le dijo Gloria—. Y entonces podré darte consejos de cómo ser majestuosa y brillante.

Ambas se sonrieron mutuamente.

—Esto solo prueba lo que siempre he dicho —observó Tsunami—. ¿Quién necesita que una profecía le diga cómo construirse un destino increíble?

—Es verdad —le dijo Gloria—. Chúpate esa, profecía. ¿No me necesitas? Bueno, yo a ti tampoco.

Sol agitó las alas como una mariposa.

—Aún te necesitamos —le dijo a su amiga—. Aún sigues siendo de los nuestros y nadie, jamás, me convencerá de otra cosa.

Gloria le acarició el ala a Sol con la suya y percibió un calorcillo que no provenía de las escamas de la Ala Arenosa.

—Lo primero que tenemos que hacer es rescatar a los Alas Lluviosas del Reino de la Noche —dijo la nueva reina—, lo que significa que tenemos que convertir a estos dragones en un ejército lo más rápido posible... Tsunami puede ayudarnos con eso.

—Sí que puedo —dijo Tsunami flexionando las garras.

—Bueno, de hecho —intervino Sol—, estaba pensando en que quizás había otra...

El sonido de unas ramas al romperse por encima de ellos hizo que Gloria se girara. Cieno se acercaba a toda prisa entre los árboles, apartando ramitas rotas y nudos de enredaderas de su camino. Miró desesperado a su

alrededor, hacia los Alas Lluviosas que estaban de celebración hasta que vio a Gloria y aterrizó con un estruendo delante de ella.

—¡Cieno! —gritó Sol—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

Unas imágenes horribles asaltaron a Gloria. Sus amigos heridos o un ejército de Alas Nocturnas saliendo en tropel del túnel para invadir el bosque tropical...

—Se trata de Nocturno —dijo Cieno—. Ha desaparecido.

El Ala Lodosa le lanzó una mirada inquieta a Gloria y ella se acordó de la discusión que había mantenido con Nocturno la última vez que lo había visto. No se le habría ocurrido...

—Gloria, lo siento —le dijo Cieno—, pero creo que ha ido a avisar a los Alas Nocturnas.

EPÍLOGO

—Odio este lugar —dijo Fulgor, fulminando con la mirada la arena oscura de las piedras, que se le quedaba pegada a las garras—. Lo odio. Lo odio. Lo odio.

—Yo lo odio aún más —gimió Calamar, tosiendo con tristeza—. Tengo las escamas muy secas y me duelen las garras. Además tengo mucha hambre.

—Yo odio a ese enorme y estúpido viejo Ala Nocturna tan horripilante —siseó Víbora.

—No me puedo creer que mi papá le dejara llevarme —dijo Calamar, mientras se acercaba a la entrada de la cueva y miraba fijamente el cielo lleno de humo, como si esperara que Nautilo apareciera de repente en misión de rescate.

—Parad ya —les dijo Profecía, moviendo la cola—. No es tan malo.

De hecho, sí que era tan malo, pero era algo que ella no estaba dispuesta a admitir delante de los otros cuatro. Nunca jamás se había imaginado que el Reino de la Noche (su reino) fuera tan oscuro y apestoso, ni que todos esos dragones fueran tan horriblemente cascarrabias. Era como si ser los dragones más increíbles del mundo no les diera la felicidad.

Pero, ¡eh!, estaba en casa y Oráculo le había dicho que formaba parte de la profecía, lo que era aún más genial que ser una Ala Nocturna. Así que... ¿de qué podía quejarse?

—Quiero morirme —gruñó Ocre.

El dragonet Ala Lodosa llevaba prácticamente todo el día tumbado sobre el suelo de la cueva, desde que Oráculo los había dejado allí.

—Yo también quiero que te mueras —corroboró Fulgor.

—Hueles fatal —le dijo Víbora.

—Creo que no ha sido buena idea comerme todas esas cosas muertas —murmuró Ocre. Guardó silencio un momento y luego añadió—: Ni todas vuestras cosas muertas.

—Yo sí que no me lo iba a comer —dijo Calamar con voz de pito—. Estamos en una isla. Creo que alguien debería traerme pescado fresco, teniendo en cuenta quién es mi padre y el hecho de que soy un dragonet del destino. De verdad.

Profecía levantó las garras, incómoda. No le había gustado ver las cosas que los gruñones Alas Nocturnas les habían traído para comer. ¿Por qué todo estaba tan putrefacto y olía tan mal?

«Ten una visión —se dijo a sí misma—. Eso te hará sentir mejor».

Cerró los ojos, se apretujó la frente y se concentró con todas sus fuerzas.

—Preveo... —dijo con voz pretenciosa.

—¡No! —exclamó Víbora.

—Ahórratelo —gritó Calamar.

—Aaaaaarg —se quejó Ocre.

—Ahora quiero que los dos os muráis —dijo Fulgor.

—Callaos —les dijo Profecía con los ojos cerrados—. Estoy usando mis PODERES. ¡Mirad! Preveo... ¡Una morsa! ¡Una morsa en nuestro futuro! ¡Para que nos la comamos!

—¿Por qué me torturas? —gimió Ocre.

—Casi nunca hemos tenido una morsa, ni siquiera cuando vivíamos al lado del mar —señaló Calamar.

—Dejando a un lado el hecho de que tú predices cada semana que la tendremos —añadió Víbora con amargura.

—Mis visiones no siempre son precisas —dijo Profecía alegremente—.

No dice cuándo llegará la morsa, solo que lo hará y que nos la comeremos. Y que todo volverá a ser maravilloso.

—¿Cuándo ha sido maravilloso antes? —gruñó Fulgor.

—Haznos un favor y deja de compartir tus estúpidos poderes con nosotros —le espetó Víbora.

«Gruñones lagartos desagradecidos». Profecía se sentó en la entrada de la cueva y alzó el hocico, ignorando a todo el mundo. Si sus compañeros no sabían apreciar los dones que ponía a su servicio, ENTONCES VALE, se quedaría las visiones para ella sola. Al menos hasta que tuviera otra.

El volcán del Reino de la Noche se abría bajo sus ojos, oscuro, escarpado y sobrevolado por una multitud de dragones negros. No había tantos Alas Nocturnas como había imaginado. Se parecía más a un campamento de los Garras de la Paz que a un reino entero. Pero tampoco es que a los dragonets se lo hubieran enseñado. Ni siquiera los habían llevado a la gran fortaleza, donde Profecía creía que vivía la reina, que tampoco les habían presentado. Ni a la reina ni a nadie. Oráculo los había dejado en aquella cueva tan alta y se había vuelto a ir.

Profecía bajó la mirada hacia la playa de arena negra que se veía a lo lejos. En el acantilado se abría una cueva y, un poco antes, había visto a varios dragones entrando en ella. En ese momento estaban saliendo de nuevo, con un dragonet Ala Nocturna entre las garras.

Estaba inconsciente y parecía tener la misma edad que Profecía. Las alas le colgaban a los lados y las garras arañaban la arena.

A Profecía le empezaron a picar las escamas de una forma que, a su entender, era una señal del universo.

Algo importante ocurría con ese dragonet.

—Estoy teniendo OTRA VISIÓN —anunció la dragonet.

Los huesos de las sobras de la cena de Ocre se estrellaron a su lado.

Profecía tenía suerte de que Calamar no tuviera demasiada buena puntería.

—Solo os aviso de que NO OS LA VOY A CONTAR —dijo la Ala Nocturna—. Aunque estoy segura de que es MUY IMPORTANTE.

Los otros la ignoraron. Algo que solían hacer muy a menudo.

Bueno, tampoco le importaba.

Estaba en casa con su tribu. Tenía un destino que cumplir y estaba segura de que el dragonet inconsciente, al que estaban llevando a la fortaleza, sería parte de ese destino.

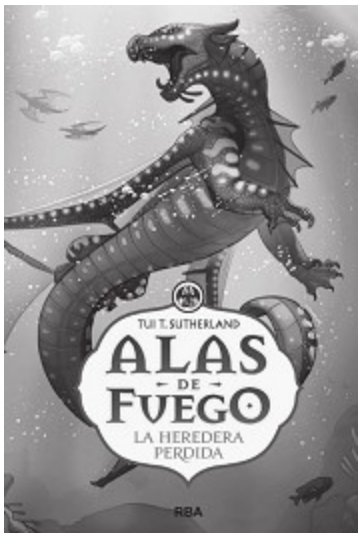
TUI T. SUTHERLAND

Nació en Venezuela y ha vivido en Paraguay, República Dominicana y Estados Unidos, donde estudió secundaria. Su nombre, Tui, viene de un extraño y ruidoso pájaro de Nueva Zelanda. Es escritora de libros infantiles y juveniles, y tiene varias series de libros de fantasía publicadas, algunas bajo el seudónimo de Erin Hunter. Actualmente vive en Boston con su marido, sus dos hijos y su perro.

Si quieres saber más sobre ella, visita la página web:
www.tuibooks.com

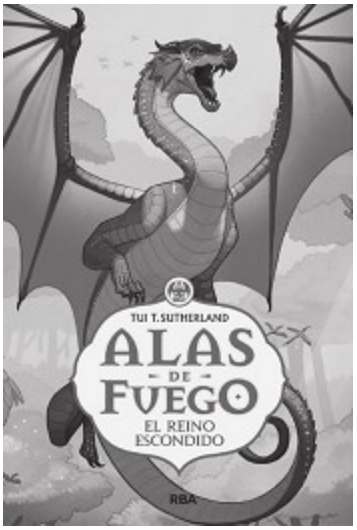
1. LA PROFECÍA

En un mundo habitado únicamente por dragones, una guerra cruel divide a las tribus desde hace generaciones, y la única esperanza recae en cinco jóvenes dragonets destinados a traer la paz. La profecía dice que los cinco elegidos deben permanecer ocultos, esperando el momento preciso para actuar. Pero ¿y si los dragonets hubieran decidido liberarse? ¿Y si se atrevieran a huir de la montaña y luchar por la paz... a su noble manera?



2. LA HEREDERA PERDIDA

Tras escapar de su encierro en la montaña, los dragonets del destino vuelan en libertad, dispuestos a devolver la paz a un mundo dividido. Pero la tierra está llena de amenazas y los elegidos deciden buscar la protección de los dragones del mar. No imaginan que el maravilloso océano esconde también sus propios secretos y peligros. Sobre todo si eres la heredera perdida de los Alas Marinas...



3. EL REINO ESCONDIDO

Tras su última aventura, los dragonets del destino vuelan al bosque, donde esperan convencer a un nuevo reino para que se una a su causa. Pero los Alas Lluviosas son famosos por sus bonitos colores y su pereza… y la guerra les trae sin cuidado. Ni siquiera les preocupan las desapariciones que se están produciendo en el bosque. ¿Podrá Gloria, la joven Ala Lluviosa, convencer a los suyos de que corren un peligro mortal?

Y LOS DRAGONETS DEL DESTINO
VIVIRÁN MUCHAS MÁS AVENTURAS...

SIGUE NUESTRO CATÁLOGO EN:

www.editorialmolino.com